

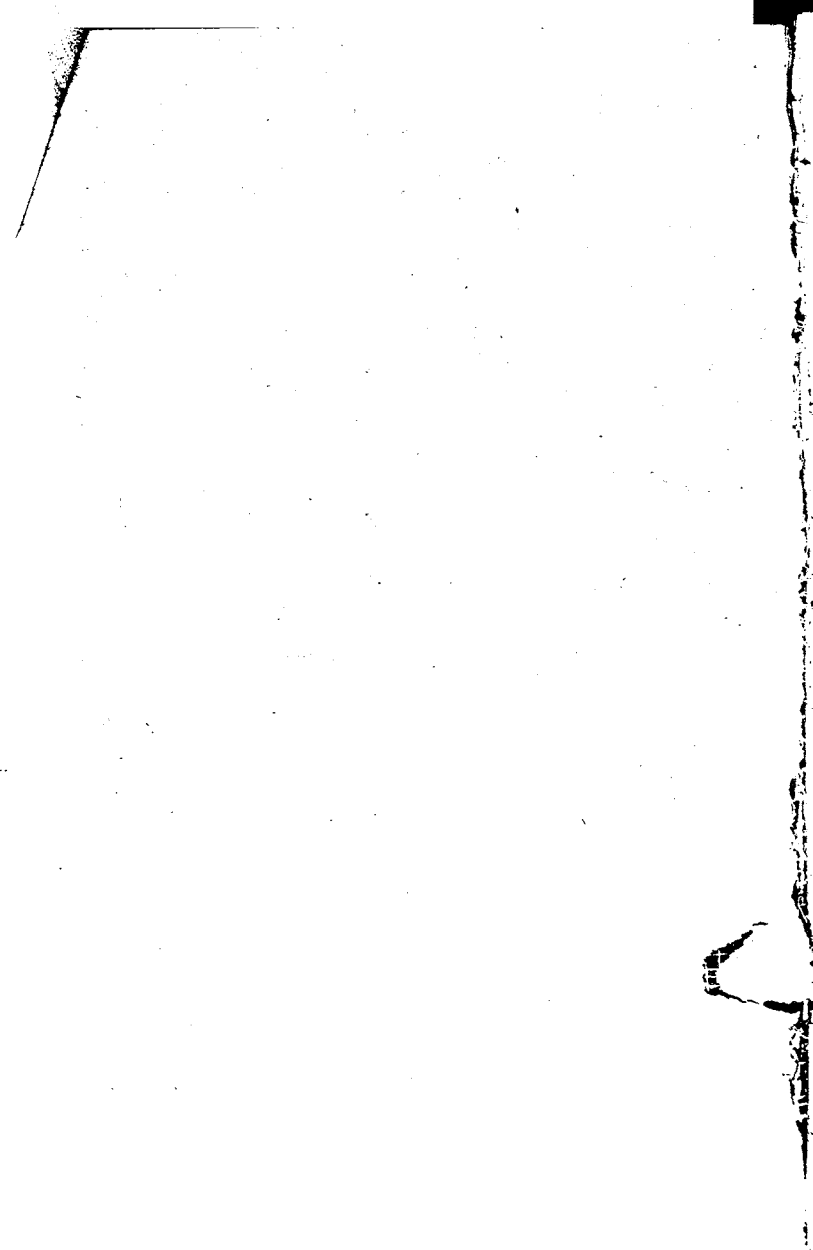
UC-NRLF



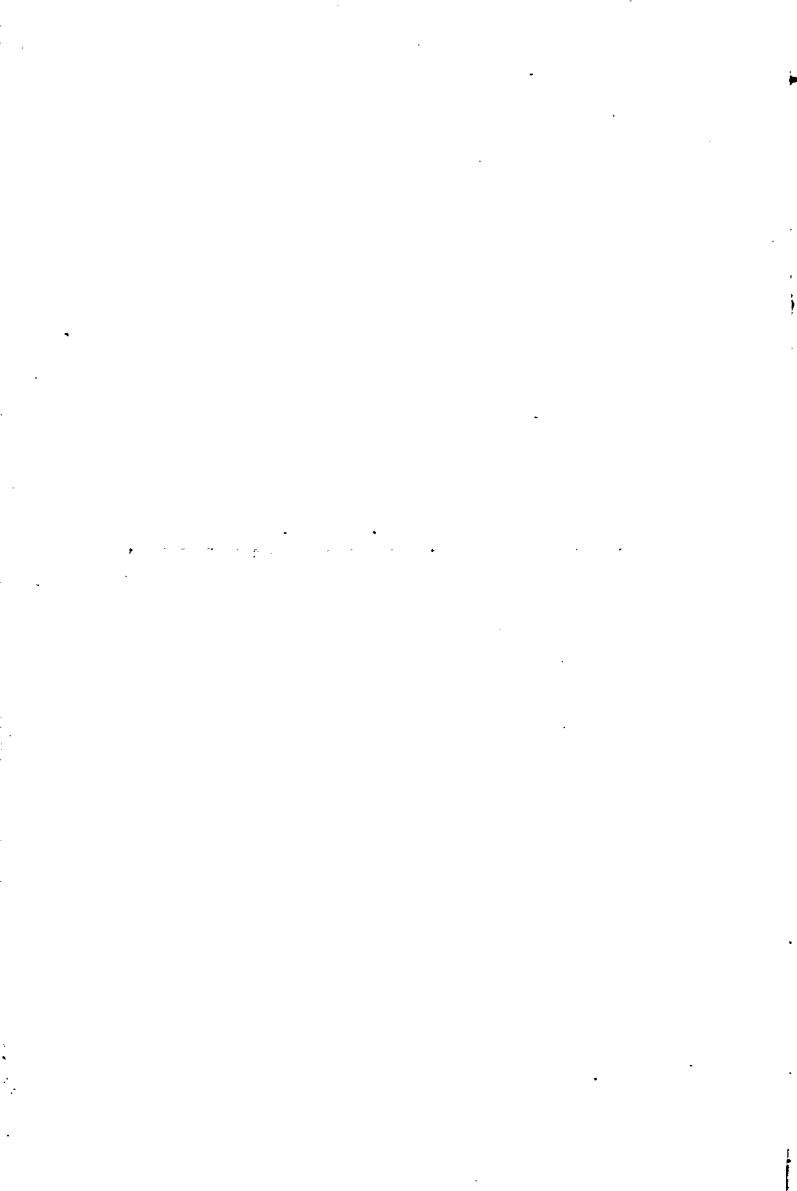
B 4 149 964

The book cover features a dense, repeating pattern of stylized floral and scrollwork motifs in a dark red or maroon color. In the center, there is a lighter, textured rectangular label tilted at an angle. The label contains the text 'BIBLIOTECA DE LOS NOVELISTAS' in a serif font. The background pattern is intricate, with swirling acanthus leaves and floral designs.

BIBLIOTECA  
DE LOS  
NOVELISTAS



030





C. DICKENS

---

# TIEMPOS DIFÍCILES

VERSIÓN ESPAÑOLA

DE

J. PÉREZ JORBA

---

PARÍS

GARNIER HERMANOS, LIBREROS-EDITORES

6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

—  
1903

MAIN

*Ex Libris*

*Silvestre Terrazas*

*Editor - Publicista*

*El Correo de Chihuahua*

*1899 - 1935*

*Chihuahua, Chihuahua, Mexico*

# TIEMPOS DIFÍCILES

---

## CAPÍTULO PRIMERO

### LO NECESARIO

« Sólo quiero hechos. Mostrad sólo hechos á los chicos y chicas. Aquí bajo se necesitan únicamente hechos. No planteis otra cosa y desarraigad lo demás. Con hechos se forma el espíritu de un animal que piensa; lo demás de nada le sirve. Precepto es éste con arreglo al cual educo á mis hijos y á los muchachos que veis ahí. ¡ Sujetaos á los hechos, caballero ! »

La escena ocurría en la desnudez de una sala de escuela monótona y sepulcral. El índice cuadrado del orador daba energía á esas observaciones, subrayando cada frase en la manga del maestro. Redoblaba la energía su frente imponente, recio muro que descansaba en las cejas, al paso que los ojos hallaban un alojamiento cómodo en dos cuevas oscuras, sombreadas por el citado muro; energía que aumentaba aun con la boca amplia, delgada y severa de dicho orador; energía que se afirmaba aún más con

el tono duro, inflexible é imperioso de aquél; energía que se acentuaba especialmente en los cabellos del mismo, los cuales se erizaban en su cabeza calva, por ambos lados, al modo de una plantación de pinos destinada à resguardar del viento la superficie luciente del cráneo, que cubrían tantas jibas como la corteza de un rreleño de patatas. Parecía que su cabeza no hallaba sitio bastante para almacenar todos los hechos sólidos que en su interior albergaba amontonados. El aire decidido, el traje, las piernas, las hombros del orador, todo ello cuadrado, sin omitir su corbata, que le apretaba incómodamente la garganta, como un hecho obstinado, contribuían también à aumentar su energía.

« En esta vida, caballero, se necesitan sólo hechos. »

El orador y el maestro de escuela, junto con el tercer personaje, que era adulto, retrocedieron un poco, para mejor envolver con la mirada las filas de humanos recipientes que se llenarían con hechos hasta desbordar.

## CAPÍTULO II

### LA DEGOLLACIÓN DE LOS INOCENTES.

« Tomás Gradgrind, caballero, fué el hombre de las realidades; el hombre de los hechos y de los cálculos; el hombre que procede según el principio de que dos y dos hacen cuatro, y no más, sin que nunca le induzca argumento alguno á conceder una fracción de exceso; Tomás Gradgrind (recalcad su nombre de pila) To-más Gradgrind, con una regla, unas balanzas y una tabla de multiplicar en el bolsillo, caballero, está dispuesto siempre á pesar y medir el primer paquete humano que tenga al alcance, precisándolo con la mayor exactitud. Se trata de una cuestión de guarismos, ó de una operación aritmética. Podríais lisonjearos de imbuir una noción absurda en el cerebro de un Jorge Gradgrind, de un Augusto Gradgrind, de un Juan Gradgrind ó de un José Gradgrind (personajes ficticios y sin existencia), mas no lo conseguiríais en la de Tomás Gradgrind. No, señor, no; es imposible! »

El señor Gradgrind no dejaba nunca de presentarse mentalmente en estos términos, ya en

el círculo de sus amistades íntimas, ya entre el público en general. También en estos términos, sustituyendo la palabra *señor* por las de *niños* y *niñas*, fué como Tomás Gradgrind acababa de presentarse él mismo, teniendo delante de él y en fila á los menudos cántaros que se llenarían de hechos hasta el gollete.

La verdad es que, en tanto los contempla con curiosidad desde el fondo de las cuevas mencionadas, ofrece el aspecto de un cañón atiborrado hasta la boca de hechos, que se dispone á enviar, por medio de un disparo, mucho más allá de las regiones que conoce la infancia. Tiene el aire de una batería galvánica, en la que se hubiera depositado una mala preparación mecánica, con objeto de suprimir la tierna imaginación en el espíritu de los niños, reduciéndola á polvo.

— ¿La niña número veinte? — dijo el señor Gradgrind, señalando directamente, con su índice cuadrado, á la persona aludida. — No la conozco. ¿Quién es?

— Sissy Jupe, señor — contestó el número veinte, sonrojándose, levantándose y haciendo una reverencia.

— ¿Sissy? Este no es un nombre — dijo el señor Gradgrind — Usted no se llama Sissy, sino Cecilia.

— Señor, papá me llama Sissy — replicó la niña, con voz temblorosa y nueva reverencia.

— Pues hace mal — manifestó el señor Gradgrind — Dígaselo usted, Cecilia Jupe : éste es su nombre... Vamos á ver... ¿En qué se ocupa su papá?

— Es escudero, artista del circo, señor.

El señor Gradgrind frunció el ceño y, con un gesto de la mano, rechazó esta profesión inconveniente.

— Aquí no queremos saber nada de eso. Aquí no hay que hablar de tales cosas. El padre de V. doma caballos rebeldes, ¿no es eso?

— Sí, señor. Cuando hallamos algo para domar, lo hacemos en el picadero.

— Aquí no hay que hablar de picaderos. Téngalo, pues, en cuenta. Dice V. que su padre doma caballos. Cuidará también de los que están enfermos, ¿no es así?

— Sí, señor.

— Muy bien. Es veterinario, herrador y domador de caballos. Haga V. la descripción del caballo.

Sissy Jupe, al oír esta pregunta, experimenta gran terror.

— La niña número veinte no se vé capaz de describir un caballo — exclamó el señor Gradgrind, para edificar á todos los cantaritos en

general — La niña número veinte no posee hecho alguno que se refiera al más vulgar de los animales. Veamos : que uno de estos chicos describa el caballo. ¿Bitzer?

El índice cuadrado, después de pasearse de un lado á otro, vino de súbito á caer sobre Bitzer, tal vez porque éste se hallaba expuesto casualmente al mismo rayo de sol que, deslizándose por una ventana abierta en el local pintado de modo chillón, que hería la vista, derramaba una intensa claridad sobre Sissy; los niños y las niñas estaban sentados en toda la extensión del entarimado inclinado, como un cuerpo de ejército nutrido y dividido por un espacio estrecho. Sissy, colocada en el extremo de un banco, en el lado expuesto al sol, participaba del comienzo de un rayo, cuya cola alcanzaba á Bitzer, situado en el extremo del banco opuesto y algunas filas más abajo. Si la niña mostraba unos ojos y una cabellera muy negros, que el rayo de sol, al caerle encima, parecía colorear más oscura y vivamente, el muchacho, en cambio, ofrecía ojos y cabellos de una rubicundez tan pálida, que antes contribuía el rayo á diluir el color en él remanente. Los ojos rasgados del escolar hubieran sido apenas ojos, sin las menudas briznas de las pestañas que, produciendo el con-



traste inmediato de algo más pálido que ellas, dibujaban su forma. Sus cabellos, casi á rape, podían pasar por una sencilla continuación de las manchas rojizas que cubrían su frente y su semblante. El cútis estaba tan desprovisto de frescura y de salud, que uno pensaba si, al cortarlo, brotaría sangre blanca.

— Bitzer — repuso Don Tomás Gradgrind — haga V. la descripción del caballo.

— Cuadrúpedo; herbívoro; cuarenta dientes, de los que veinte y cuatro son molares, cuatro caninos y doce incisivos. Cambia de pelo en primavera, y en los países pantanosos cambia también de cascos. Los cascos son duros, mas deben herrarse. La edad se conoce por ciertas señales que se descubren en los dientes.

De este modo, y aún más extensamente, habló Bitzer.

— Ahora, niña número veinte — dijo el señor Gradgrind — vé V. ya lo que es un caballo.

Hizo de nuevo su reverencia y se hubiera sonrojado aún más, de haber podido estar más colorada de lo que estaba, al comenzar el interrogatorio. Bitzer guiñó con ambos ojos, mientras miraba á Tomás Gradgrind, y la luz alcanzó la extremidad temblorosa de sus pestañas, de modo que llegaron á parecer las

antenas de una multitud de insectos alareados. Llevó luego su puño cerrado á la frente, cubierta de manchas rubicundas, y, saludando de esta manera, volvió á sentarse.

Entonces se adelantó el tercer personaje. Hombre ceñudo el tal, bueno para cercenar y disecar hechos. Era un empleado del gobierno; un verdadero pujilista á su modo, dispuesto siempre al boxeo, practicando constantemente el sistema de hacer tragar las cosas al público, de buen ó de mal grado, cual si se tratara de una medicina: siempre visible en su pequeño despacho oficial y con ánimo de combatir á toda Inglaterra. Para seguir en términos de boxeo, diré que era un verdadero genio en llegar por cualquier motivo á las manos; en fin, un perfecto matón. No bien entraba en la pista, deterioraba con el puño derecho al primero que veía y con el izquierdo continuaba, se detenía, alargaba puñetazos, desviaba los golpes, apaleaba, reducía á su contrincante (desafiando siempre á toda Inglaterra), acosándolo hasta llegar á la cuerda del recinto, y se dejaba caer sobre él de la manera más gentil del mundo, para ahogarle. Se desgañitaba con el fin de cortar su respiración, de modo que el desdichado no pudiera volver á empezar la lucha, en espirando el plazo de rigor. De aquí

que las autoridades superiores le encargasen que adelantara la venida del gran milenario, durante el curso del cual reinan aquí bajo los comisarios.

— Muy bien — dijo este caballero, sonriendo jovialmente y cruzando los brazos — Esto es un caballo. Ahora, niños y niñas, permítanme que les pregunte una cosa : ¿Adornarían Vds. su habitación con un papel que representase caballos?

Después de un silencio breve, la mitad de los niños se puso á gritar en coro :

— ¡Sí, señor!

Dicho esto, la otra mitad, leyendo en el rostro del caballero que aquel *sí* era erróneo, gritó también al unísono :

— ¡No, señor! — conforme se practica, regularmente, en esta clase de exámenes.

— No; desde luego. Mas ¿por qué?

Nuevo silencio. Un muchacho gordo y algo desenvuelto, que tenía una respiración silbante, se atrevió á decir que no adornaría su habitación con ningún papel, pues prefería pintarla.

— Pero *es preciso* adornarla con papel, — insistió el caballero, con cierta vivacidad.

— Hay que adornarla con papel — añadió Tomás Gradgrind — tanto si le gusta como no. No nos diga, pues, que no la adornará. ¿Qué opina V. de ello?

— Voy á explicarles — dijo el caballero, tras un silencio no menos lúgubre, — porque no debe V. adornar un salón con papel que represente caballos. ¿Ha visto V. alguna vez pasearse caballos por la pared de una habitación? ¿Eh?

— Sí, señor; de cierto modo. No, señor, en otro sentido.

— No; y esto es incontrovertible — repuso el caballero, lanzando una mirada de indignación al lugar del que se había equivocado. — Por lo dicho, pues, no debe V. ver jamás en parte alguna lo que no vea realmente; no debe V. tener en ningún sitio lo que no tenga realmente. Lo que se llama gusto no es más que otro nombre que se da al hecho.

Tomás Gradgrind inclinó la cabeza, en señal de aprobación.

— Este es un principio nuevo, un descubrimiento portentoso — prosiguió el caballero — Voy á hacerles otra pregunta. Supongamos que tienen Vds. que alfombrar el suelo de una habitación. ¿Elijirán Vds. un tapiz en que se representen flores?

Como estaba habituado á que la respuesta más adecuada á las preguntas de aquel caballero era *no*, el coro de los *no* fué muy compacto. Algunos tímidos rezagados declararon que sí. De este número fué Sissy Jupe.

— ¡Niña número veinte! — exclamó el caballero, sonriendo con la superioridad tranquila de la ciencia.

Sissy volvióse encarnada y se levantó.

— Por lo dicho, usted alfombraría su habitación, ó la de su esposo, en caso de ser V. una mujer que tuviese marido, sólo con imágenes de flores, ¿no es eso? — preguntó el caballero — ¿Dígame por qué?

— Si V. lo permite, señor, le diré que me gustan mucho los flores — respondió la niña.

— Y ¿por esto las colocaría usted debajo de las sillas y de las mesas, complaciéndose en ver como la gente las pisotea con sus grandes botas?

— Esto no les haría daño, señor; esto no las aplastaría ni se marchitarían, si V. permite, señor. Serían siempre la imagen de cosas muy bonitas y agradables, y yo podría figurarme...

— Sí, sí. ¿De veras? Pues precisamente nada debe V. imaginar — exclamó el caballero, regocijado por la feliz ocasión de poder expresar lo que quería — He ahí lo que hay que repeler. No debe V. nunca imaginar nada.

— ¡Hechos, hechos, hechos! — repuso el otro — ¡Hechos, hechos, hechos! — repitió Tomás Gradgrind.

— En todo debe V. dejarse llevar por los hechos — dijo el caballero. — Dentro de poco

esperamos reunir un cuerpo deliberador, que se componga solamente de comisarios amigos de los hechos, las cuales deben obligar al pueblo á que acate los hechos y no otra cosa. Hay que desterrar por siempre la palabra Imaginación. No tienen Vds. nada que hacer con ella. Nada deben Vds. poseer, ya en forma de objeto útil ó de adorno, que esté en contradicción con los hechos. Usted no anda, en verdad, por encima de las flores; por ello, pues, no debe consentirse que V. las pisotee en la alfombra. No han visto Vds. nunca que los pájaros ó las mariposas de lejanos climas viniesen á posarse en la loza; por lo tanto, no debe permitirse que en la loza se pintorreen mariposas y pájaros estraños. Jamás ha notado V. que un cuadrúpedo se pasee de arriba abajo de una pared; por consiguiente, no debe representar V. nunca cuadrúpedos en las paredes. Para este objeto — prosiguió el caballero — debe V. usar de combinaciones y modificaciones (por medio de colores primitivos), fundándolas en todas aquellas figuras matemáticas que sean susceptibles de prueba ó de demostración. En esto consiste nuestro nuevo descubrimiento; en esto estriba el hecho. ¡Y ello, además, constituye el gusto! »

La niña hizo su reverencia y se sentó. Era

muy jovencita, pareciendo espantarla el aspecto positivo bajo el cual se le ofrecía el mundo en aquel instante.

— Ahora, si el señor Mac Choakumchild — expresó el caballero — quiere dar su primera lección, tendré el gusto, señor Gradgrind, de acceder á su ruego y estudiar su método.

El señor Gradgrind le dió las gracias.

— Señor Mac Choakumchild, cuando V. quiera.

Dicho esto, el señor Mac Choakumchild empezó con su más atildado estilo. Él y otros ciento cuarenta profesores habían sido modelados de aquel modo, en el mismo taller, bajo un procedimiento idéntico, como si se hubiera tratado de los pies de un piano. Se le hicieron desarrollar todas sus concepciones, debiendo contestar y contestando á innumerables preguntas, cada una de las cuales constituía un verdadero rompe-cabezas. Ortografía, etimología, sintáxis, prosodia, biografía, astronomía, geografía, cosmografía general, ciencia de proporciones compuestas, álgebra, agrimensura y nivelaje, música vocal y dibujo lineal, todo lo sabía al dedillo. Había llegado por un camino pedregoso hasta el muy honorable consejo particular de Su Majestad (sección B), y se había deslizado por las distintas esferas de las

matemáticas superiores y de la física, así como por el francés, el alemán, el latín y el griego. Sabía todo lo que está en relación con las fuerzas hidráulicas del mundo entero (por mi parte, ignoro lo que esto quiere decir), como también la historia de todas las naciones, el nombre de todos los ríos y montañas, los productos, usos y costumbres de todos los países, amén de sus fronteras y situación, relacionada con los treinta y dos puntos de la brújula. A la verdad, este señor Mac Choakumchild sabía un poco demasiado. Si hubiera aprendido algo menos, ¡cuánto más, sino infinitamente, hubiera enseñado!

Empezó la tarea, en esa lección preparatoria, del mismo modo que Morgiana en los *Cuarenta ladrones*, fijándose en cada uno de los receptáculos que tenía delante, todos alineados; y los examinaba, uno después de otro, para ver el contenido. Díme, buen Mac Choakumchild, ¿estás seguro de que, una vez llenados estos jarros hasta el borde con el aceite hervido de tu ciencia, has conseguido matar del todo á la ladrona Imaginación? ¿Estarás quizá seguro de que sólo la has mutilado y desfigurado?



## CAPÍTULO III

### UNA GRIETA

Al dejar la escuela para ir á su casa, el señor Gradgrind experimentaba una satisfacción harto viva. Tratábase de su colegio, y quería que fuera, andando el tiempo, una escuela modelo. Deseaba que cada discípulo se convirtiera en un modelo, al modo de los jóvenes Gradgrind, que lo eran en verdad.

Cinco formaban estos últimos, y ninguno de ellos dejaba de ser un modelo. Desde su tierna infancia se les había dado lecciones : habían seguido tantos cursos como correrías da una liebre. No bien empezaron á andar, se les obligó á ir á la sala de estudio. Su primera asociación de ideas, ó la cosa primordial que recordaran de entonces, era un cuadro inmenso en el que un alto monstruo delgado trazaba con yeso terribles signos blancos.

No podemos decir que conocieran, de nombre ó por experiencia, lo que constituía un monstruo. ¡El hecho se lo evitó! Utilizo el vocablo para designar un monstruo, que se aposentara en un castillo-escuela, exhibiendo una infinidad

de cabezas en una sola, haciendo prisionera á la infancia y arrastándola, por los cabellos, á las cavernas oscuras de la estadística.

Ninguno de los pequeños Gradgrind había visto jamás un rostro en la luna. Antes de expresarse con claridad, estaban ya enterados del hecho relativo á la luna. Ninguno de ellos había aprendido la canción estúpida : « Brilla, brilla, pequeña estrella, que deseo saber quien eres! » Ninguno de los pequeños Gradgrind había experimentado nunca la menor curiosidad por ello, pues cada uno de estos mozalbetes, desde los cinco años, había diseccionado la gran Osa como un profesor del Observatorio, maniobrando con el gran Carro cual pudiera hacerlo el maquinista de una locomotora. Ninguno de ellos había pensado nunca establecer relación entre las vacas verdaderas del prado y la famosa vaca de cuernos rugosos, que hizo saltar al perro que atormentaba al gato, matador de los ratones que se comían la cebada, ó bien aquella otra vaca que engulló á Tom Pouce : ninguno de ellos oyó nunca hablar de esas celebridades ; pues todas las vacas por ellos conocidas eran cuadrúpedos herbívoros, ruminantes y de varios estómagos.

Hacia su vivienda *positiva*, llamada Pedro-Loge, dirigió Tomás Gradgrind sus pasos. Se

había retirado del comercio de quincallería al por mayor, antes de edificar Pedro-Loge, y en aquel momento iba buscando una ocasión que le permitiera figurar aritméticamente en el Parlamento. Pedro-Loge se levantaba en una pradera, á una ó dos millas de una gran ciudad, que en este libro llamaremos Cokeville, para guiar bien á los extranjeros.

Pedro-Loge formaba un regular trazado, en la superficie del país. No había allí el menor disfraz, ni una sombra, ni un tono atenuado en el *hecho*, bien caracterizado, del paisaje. Una extensa casa cuadrada, con un recio pórtico, que daba aspecto sombrío á las ventanas principales, como las bastas cejas que sombreaban los ojos del maestro. Era una casa cuyo importe se había establecido, sumado, balanceado y ratificado. Seis ventanas había junto á la puerta y otras seis al lado opuesto; total: doce ventanas en esta fachada y otras doce en la otra; en junto, veinticuatro, además de un prado cubierto de hierba, un jardín y una avenida en ciernes, todo ello arreglado como un libro de contabilidad botánica. El gas, la ventilación, el drenaje y el servicio de aguas, todo ello era de primera calidad. Los ramplones y traviesas de hierro, á prueba de fuego, iban de arriba abajo; se divisaban también garruchas mecánicas para

uso de las maritornes, de modo que pudieran subir y bajar en cada piso sus cepillos y escobas; en una palabra: toda estaba á pedir de boca.

¿Todo? A fe mía, sí; al menos lo presumo. Además, los pequeños Gradgrind tenían colecciones para servir de base al estudio de varias ciencias. Contaban también con una pequeña colección conquiliológica, otra metalúrgica y otra minereológica. Todos los ejemplares estaban ordenados por familias, con la etiqueta correspondiente, y aquellos fragmentos de piedra y de mineral parecían haber sido arrancados de la primitiva masa por medio de algún instrumento, tan atrozmente duro como su propio nombre; en una palabra, voy á exclamar, parafraseando aquella leyenda gratuita de *Pedro Piper*, que jamás había penetrado en ese criadero de modelos imberbes: « Si los pequeños y voraces Gradgrind deseaban algo más, decidme, en nombre del cielo ¿en qué podía ello consistir? »

Su padre seguía el camino trazado, con ánimo alegre y satisfecho. Era un padre afectuoso, á su manera; pero, en todo caso, se hubiera definido (si le hubieran obligado á hacer, como á Sissy, una definición) al modo de « un padre eminentemente práctico ». No oía nunca sin orgullo estas palabras de *eminentemente*

*práctico*, que á él podían aplicarse especialmente. En cada meeting celebrado en Cokeville, cualesquiera que fuera su objeto, podía tenerse la seguridad de que algún ciudadano, aprovechando la ocasión, aludiría al espíritu eminentemente práctico de su amigo Gradgrind : lo que agradaba mucho al amigo eminentemente práctico. Sabía bien que á ello era acreedor, mas no por eso dejaba de lisonjearle la alabanza.

Acababa de llegar á las afueras de la ciudad, en un terreno neutro que, sin ser campo ni población, era una y otra cosa, sin los atractivos de cada una de ellas, cuando oyó el sonido de una música. El chin-chín y el bum-bum de la orquesta, que se había incorporado á un establecimiento hípico, que había elegido su morada en este paraje, levantando un pabellón, estaba en plena algarabía. Un gallardete, flotando encima del templo, anunciaba al género humano que el circo de Sleary solicitaba su apadronamiento. El propio Sleary, moderna estatua de dimensión poderosa, custodiaba la caja y recibía el dinero en una como garita eclesiástica, de una arquitectura gótica muy primitiva. La Sra. Josefina Sleary, según anunciaban los carteles impresos, inuguraba en aquel momento el espectáculo con su gracioso ejercicio ecuestre de las *Flores tirole-*

sas. Entre otras amenas maravillas, aunque siempre dentro de la más estricta moral, pues había que verlo para creerlo, el señor Jupe tenía que mostrar al público el talento recreativo de su incomparable perro amaestrado, Pata-alerta. También tenía que exhibir su imponderable habilidad, lanzando setenta y cinco quintales de hierro por encima de su cabeza, sin descansar, de delante á detrás, de suerte que pudiera formar en el aire una fuente de hierro sólido ; habilidad que jamás se había intentado anteriormente, ni en este país ni en otro alguno, habiendo la misma arrancado tan fanáticos aplausos, que no podía dispensarse de repetirla, para complacer al género humano. El señor Jupe tenía, además, que sazonar este espectáculo variado con ocurrencias y bromas shakespearianas, de buena ley. Para terminar la representación, tenía que mostrarse en su papel favorito de Sr. Guillermo Bouton, sastre de la calle de Tooley, vestido á la última entre las últimas modas, desempeñando el sainete hiporisible del *Viaje del sastre á Brentford*.

Se comprenderá, desde luego, que Tomás Gradgrind no prestara atención alguna á semejantes frivolidades, sino que prosiguió su camino, como debe todo hombre práctico, barriando de su caletre aquellos insectos alborotadores,

que á lo sumo eran buenos para la casa de corrección. De pronto, al desviar el sendero, se encontró cerca de la barraca y, detrás de ésta, halló juntos á varios mozalbetes que, en distinta actitud endiablada, trataban de mirar las maravillas prohibidas del circo, por los agujeros del entoldado.

Paróse en seco.

— Vamos — dijo — ¿No tenemos ahí á esos vagabundos pervirtiendo á la población menuda de una escuela modelo?

Viéndose separado de la muchedumbre joven por un espacio cubierto de escombros y de hierba desmirriada, sacó el lente del bolsillo de su chaleco, para mirar si había allí alguno de los que conociera y ordenarle que se alejara de aquel sitio. Más, ¡oh fenómeno! Ni acierta á creerlo con su ojos. ¿A quien vé, pues, allí? A su propia hija, á su metalúrgica Luisa, que con todas sus fuerzas mira por el agujero de una de las tablas de abeto; á su propio hijo, á su matemático Tomasito, por el suelo, como los gatos, empeñándose en ver, á través de la cortina, el zueco del gracioso ejercicio de las *Flores tirolesas*.

Mudo de sorpresa, el señor Gradgrind se acerca al sitio donde se deshonra de tal modo

su pro genie, y pone la mano en el hombro de cada delincuente, diciendo :

— « ¡Luisa! ¡Tomás! » —

Los dos se pusieron en pie, colorados y desconcertados. Pero Luisa miró á su padre con más atrevimiento que Tomás. La verdad es que éste no le miró en modo alguno y se resignó á que le remolcasen como una máquina.

— ¡Cielos! Esto es el colmo de la pereza y de la locura — exclamó M. Gradgrind, cogiéndolos de la mano, para llevárselos. — ¿A qué habéis venido aquí?

— Para ver lo que podía ser eso — replicó brevemente Luisa.

— ¿Lo qué podía ser eso?

— Sí, papá.

En ambos niños se notaba un aire de fastidio y de malhumor, especialmente en la chica; sin embargo, en la cara de ésta, á través del descontento, se veía apuntar una llama que no tenía nada que iluminar, un fuego que no tenía nada por consumir, una imaginación anhelante por se mantenía viva, antes mal que bien; y todo ello, no obstante, contribuía á animar aquel rostro, no con la vivacidad propia de la juventud despreocupada, sino con destellos inciertos, vagos y ansiosos, que mostraban cierta analogía lastimosa con los cambios advertidos



en los facciones de los ciegos, cuando buscan el camino á tientas.

Era una chica de unos quince á dieciseis años; mas podía suponerse que á no tardar se haría mujer de sopetón. El padre pensó en ello, al mirarla. Era bonita. « Podría mostrarse terca — pensó él, en su espíritu eminentemente práctico, — si la hubiesen educado de otro modo. »

— Tomás, aun cuando el hecho salta á la vista, no acierto á comprender como tú, con la educación recibida y tus costumbres, has traído á tu hermana á semejante espectáculo.

— Papá, soy yo la que ha traído á Tomás — dijo Luisa vivamente — Soy yo la que le ha hecho venir.

— Siento enterarme de ello. Me causa verdadero dolor. Por lo demás, esto no le disculpa en nada, y aumenta aún tu culpa.

Ella miró de nuevo á su padre; más no se deslizó una lágrima siquiera por su mejilla.

— ¡ Vosotros aquí! Tomás y tú, para los que está abierto el círculo de las ciencias; Tomás y tú, que se os puede ver como jóvenes provistos de hechos; Tomás y tú, que habeis sido educados con exactitud matemática; Tomás y tú, ¡ aquí — exclamó el señor Gradgrind — en situación tan fea! Me dejais patitieso.

— Estaba cansada, papá. Hace mucho tiempo que estoy cansada — dijo Luisa.

— ¿Cansada? ¿De qué? — preguntó el padre, asombrado.

— No sé. Cansada de todo, creo.

— No hables más. No digas chiquilladas — repuso el señor Gradgrind — No quiero oírte más.

Hasta que hubo recorrido en silencio una extensión de media legua, no volvió á abrir la boca. Entonces exclamó con acento grave :

— ¿Qué dirán tus mejores amigos, Luisa? ¿Te preocupas así de su buena opinión? ¿Qué diría el señor Bounderby?

Al enunciar este nombre, Luisa le dirigió una mirada cautelosa, profunda y escrutadora. Él no se percató de nada, puesto que, al mirarla, había bajado ella ya los ojos.

— ¿Qué diría — repitió después de algunos instantes — qué diría el señor Bounderby?

Durante el camino, hasta Pedro-Loge, mientras increpaba con indignación á los delincuentes, repetía á intervalos :

— ¿Qué diría el señor Bounderby? — como si el Sr. Bounderby hubiese sido el bú.

## CAPÍTULO IV

### EL SEÑOR BOUNDERBY

Si el señor Bounderby no era el bú ¿quien sería, pues?

Se hallaba el señor Bounderby tan próximo á ser el amigo íntimo del señor Gradgrind, como sea posible la aproximación, por parentesco espiritual, entre un hombre enteramente desprovisto de sentimiento y otro no menos falto de él. Efectivamente, el señor Bounderby estaba muy cerca, ó si quiere el lector, muy lejos de ello.

Era hombre muy rico : banquero, negociante, fabricante, qué se yo. Hombre gordo y bullicioso, de mirada que hería á la gente y de risa metálica. Hombre hecho con tela basta, que parecía habersele adaptado á su medida, para prestarse mejor á su desarrollo. Hombre de cabeza y frente abotargadas, con grandes venas en las sienes, y la piel tan estirada hacia el semblante, que parecía mantener, de buen ó de mal grado, sus ojos siempre abiertos, levántandole los párpados. Hombre de aspecto siempre hinchado, como un globo que emprendiera la

ascensión. Hombre que nunca se alababa bastante de ser hijo de sus obras. Hombre que jamás se hastiaba de proclamar, en voz semejante á la de una trompeta de bronce, su ignorancia y miseria antiguas: un verdadero fanfarrón de humildad.

Tenía uno ó dos años menos que su amigo eminentemente práctico, si bien el señor Boun-derby parecía de mayor edad. A sus cuarenta y siete ó cuarenta y ocho años, hubiérase podido agregar otros siete ú ocho, sin asombro de nadie. Cubríanle raros cabellos. A veces se sospechaba que se los hubiera llevado el vuelo de sus palabras y que los restantes, erizados y desordenados, se veían en estado lastimoso, por recibir el soplo hinchante de sus adulaciones tumultuosas.

En el salón cuadrado y ordenado de Pedro-Loge, de pié en la alfombra de la chimenea y de espaldas al fuego, el señor Boun-derby hacía á la señora Gradgrind varias observaciones pertinentes al aniversario de su propio nacimiento. Se había colocado delante de la chimenea, ya porque hacía una tarde glacial de primavera, aun cuando el sol brillase con todo su esplendor, ya porque Pedro-Loge estaba aun saturado de humedad, pues el verano no había secado bien el yeso, ó ya porque allí

disfrutaba de una posición ventajosa, desde la cual podía dominar fácilmente á la señora Gradgrind.

— Y no llevaba calzado. En cuanto á calcetines, ignoraba hasta el nombre de ellos. Pasaba el día en un foso y la noche en un establo de puercos. De este modo celebré mi décimo aniversario; y no es que el foso fuera un alojamiento nuevo para mí, toda vez que nací en uno de ellos.

La señora Gradgrind, verdadero paquete de mantones; pequeña, delgada, blanca, con ojos de color de lila, de una debilidad incomparable, ya moral, ya física, que pasaba el tiempo tomando medicinas, sin curarse, y que se veía irremediabilmente aturdida, desde que manifestaba la menor veleidad de volver á la vida, por el acaecimiento de algún hecho abrumador, que su marido le soltara á la cabeza : ¿tuvo la Sra. Gradgrind, cuando menos, la esperanza de que el foso fuera seco?

— ¡No! Mojado como una sopa. Lo menos había allí un palmo de agua — dijo el señor Bounderby.

— ¡Con lo que se podía resfriar un niño de dos años!

— ¿Resfriar? Pero si ya nací yo con una inflamación en los pulmones y, si no me engaño,

en otras partes de mi cuerpo, expuestas á lo mismo — replicó el señor Bounderby. — Durante muchos años, señora, fui uno de los pequeños seres más miserables. Mi salud fué tan doliente, que no hacía yo más que gemir. Iba tan desaliñado y tan puerco, que no hubiera usted querido tocarme ni con pinzas.

La señora Gradgrind contempló las pinzas con ánimo abatido, pues ello era todo lo que en conciencia podía hacer, habida cuenta de su estado de debilidad.

— No sé cómo pude resistirlo — exclamó Bounderby — Era preciso que tomara una resolución. En el resto de mi vida he dado muestras de un carácter resuelto, y supongo que ya lo tenía en aquella época. De todos modos, ya vé V. en que posición me encuentro, señora Gradgrind, sin que deba agradecerla á nadie.

La señora Gradgrind esperaba, débil y humildemente, que la madre del señor Bounderby...

— ¿*Mi* madre? Me plantó allí, señora — dijo Bounderby.

La señora Gradgrind, según costumbre, quedó como anonadada por el golpe, cayendo, después, en su apatía, sin decir palabra.

— Mi madre me abandonó á mi abuela — prosiguió el señor Bounderby — y mi abuela,

por lo que recuerdo, era la mujer más mala y execrable que se haya visto nunca. Si por azar venturoso daba yo con unos zapatos, me los quitaba de los pies y los vendía para emborracharse. Cuantas veces ví á esa buena abuela pasar toda la mañana en la cama, apurando sus catorce copitas de aguardiente, antes de comer.

La señora Gradgrind, sonriendo débilmente y sin dar otra señal de vida, mostró entonces la silueta de una pequeña sombra chinesca de lanterna mágica, no bien iluminada.

— Regentaba una pequeña tienda de comestibles — continuó el señor Bounderby — y me crió en una caja de huevos. Tal fué la cuna de mi infancia : una vieja caja de huevos. No bien fuí bastante crecido para escapar, me apresuré naturalmente á hacerlo. Entonces me convertí en un pequeño vagabundo, y en vez de aporrearne y dejarme hambriento una vieja abuela, cuidó de ello multitud de gente de todas las edades. Tenían razón : culpables hubieran sido, de obrar inversamente. Yo significaba una pesadilla, un obstáculo, algo así como la peste. Lo sé bien.

El orgullo que experimentaba de haber merecido, en cualquiera época de su vida, tan alta distinción de que se le señalara como una pesadilla, un obstáculo ó la peste, no se vió

satisfecho hasta que hubo repetido tres veces los primeros títulos de su juventud gloriosa.

— Mi destino era salir de apuros, y así lo creo, señora Gradgrind. En fin, lo fuera ó no, el caso es, señora, que salí de ellos, sin que nadie me diera la mano. Vagabundo, primero; después, salta-arroyos; luego, todavía en la vagancia; más adelante, ordenanza, dependiente, director, socio-gerente, Josué Bounderby de Cokeville : vea lo que tuve que hacer para llegar á esta situación. Josué Bounderby aprendió á leer en los rótulos de las tiendas : llegó á conocer la hora de un cuadrante á fuerza de estudiar el reloj del campanario de Saint-Giles, de Londres, bajo la dirección de un borracho lisiado, ladrón de oficio y mendigo impertérrito. Hablad á Josué Bounderby de vuestras escuelas de distrito, de vuestras escuelas modelo y de vuestras escuelas normales, y os contestará con franqueza : esto es bonito y útil; pero él no ha disfrutado de ventajas de esa índole. Para formar hombres de cabeza dura y puños sólidos, vale más la educación que recibió Josué Bounderby, pero no hay que recomendarla á todo el mundo, lo sabe él muy bien. Podreis hacerle tragar aceite hirviendo, pero no le obligareis nunca á callar los hechos de su biografía.

Después de esta entusiasta peroración, Josué



Bounderby permaneció en silencio. Calló en el preciso instante que su amigo *eminente* *práctico* entraba en el salón, acompañado de dos jóvenes cómplices. No bien se percató del orador, el amigo *eminente* *práctico* se detuvo, lanzando á Luisa una mirada de reconvencción, como diciéndola :

— ¡Mira! ¡Precisamente ahí le tienes, á tu Bounderby! —

— ¡Cómo! — exclamó Bounderby — ¿Ocurre algo? ¿Porqué tiene aspecto gruñón nuestro Tomás?

Hablaba del joven Tomás, pero contemplaba á Luisa.

— Tratábamos de ver lo que sucedía en el circo — murmuró Luisa, con voz altanera, sin levantar los ojos — y papá nos ha sorprendido.

— Sí, señora Gradgrind — dijo con dignidad el marido de esta dama — y no me hubiera extrañado tanto sorprenderles en la lectura de un libro de poesías.

— ¡Bondad divina! — dijo la señora Gradgrind, lloriqueando — Luisa, Tomás ¿cómo habeis podido?... ¡Me dejais sorprendida! De este modo una llega hasta á dolerse de haber tenido hijos. Poco me costaría decir que hubiera sido más dichosa sin tenerlos. Entonces hubiera querido saber vuestro destino.

Esta reflexión juiciosa no produjo impresión muy favorable al señor Gradgrind. Frunció el ceño con impaciencia.

— ¡ Como si, en el estado actual de mi cabeza, no hubiérais podido mirar las conchas, minerales y otros objetos que se os han comprado, en vez de ir detrás de los circos! — prosiguió la señora Gradgrind — Sabeis tan bien como yo que á las personas jóvenes no se les dan profesores de circo, ni colecciones de circos, ni se les lleva tampoco á los cursos de circología. Quisiera saber en que pueden interesaros los circos. Si buscáis en que ocuparos, bastante teneis que hacer. En el estado actual de mi pobre cabeza, no puedo recordar el nombre de la mitad de los hechos que teneis que estudiar.

— Precisamente, por esto... — dijo Luisa, con aire mohino.

— No me digas que sea por ello, que mala razón das — repuso la señora Gradgrind. — Id en seguida á aprender algo de cosología.

Como la señora Gradgrind no era un personaje científico, despachaba de ordinario á sus hijos con un vago mandato, que les dejaba libres de escoger su tarea.

A decir verdad, era deplorablemente limitada la provisión de hechos que había efectuado la

señora Gradgrind; pero su marido, al elevarla á la alta posición matrimonial que ocupaba, trató de influir en ella por dos motivos: 1º La señora no dejaba nada que desear, en cuanto á guarismos. 2º Tampoco se advertía en ella ninguna clase de *tontería*. Por *tontería* prejuzgaba él de la imaginación; y probable es que estuviese tan pura de aleación semejante, como puede estarlo toda criatura humana que no alcance todavía la perfección absoluta del idiotismo.

Cuando la señora Gradgrind se halló sola en presencia de su marido y del señor Bounderby, se quedó como anonadada, sin requerir, para ello, la intrusión de ningún hecho más. Volvió á quedar abatida nuevamente, sin que nadie lo advirtiera.

— Bounderby — dijo el señor Gradgrind, acercando una silla al hogar — se ha interesado usted siempre demasiado por mi gente joven, especialmente por Luisa, para que me excuse de confiarle que me ha apenado mucho esta observación. Como no ignora usted, me he sacrificado sistemáticamente por educar la razón de mis hijos. La razón, como sabe usted, es la sola facultad á que debe dirigirse la educación. Sin embargo, Bounderby, el hecho imprevisto de hace poco, por insignificante que

ción, tuvo que dirigirse especialmente á mi casa, para que la admitiéramos en la escuela, y.... si, tiene V. razón, Bounderby, tiene V. razón.

— Bien. Aguarde V. un instante — exclamó todavía Bounderby. — ¿ Vió Luisa á esa niña, cuando se presentó por primera vez aquí?

— Ciertamente que la vió Luisa, pues esta me comunicó su solicitud. No cabe duda que Luisa la vió en presencia de la Sra. Gradgrind.

— Hágame el obsequio, señora Gradgrind : ¿qué pasó? — preguntó Bounderby.

— ¡ Ah pobre salud mía ! — replicó la señora Gradgrind. — Luisa y Tomás aseguraron que quería ir á la escuela y que el señor Gradgrind deseaba que las niñas fuesen á ella. ¡ Como era exacto el hecho, yo no les podía contradecir !

— Pues bien, Gradgrind, ¿ quiere V. creerme? — dijo el señor Bounderby — Mande á paseo á esa chica, y asunto arreglado.

— Casi me ha convencido V.

— ¡ Hágallo en seguida ! — dijo Bounderby. — Tal ha sido mi divisa desde mi tierna infancia. Cuando tuve la idea de abandonar á mi abuela y mi caja de huevos, lo realicé acto seguido. Haga como yo. Despáchela inmediatamente.

— ¿ Quiere V. dar una pequeña vuelta? — preguntó su amigo. — Tengo la dirección de su

padre. ¿ Quizá no le será á V. desagradable dar un corto paseo por la ciudad?

— De ningún modo — dijo el señor Bounderby. — Como V. quiera, con tal que lo haga inmediatamente.

Dicho esto, el señor Bounderby se echó el sombrero á la cabeza. Se cubria siempre de este modo, lo que indicaba en él un hombre que siempre había estado muy ocupado en su camino, para que pudiera aprender el modo de ponerse el sombrero; y, con las manos en los bolsillos, pasó á la antecámara.

— No llevo nunca guantes — acostumbraba á decir. — No he subido por la escalera social con guantes. Me hubieran molestado con exceso para subir alto.

Como tenía que perder uno ó dos minutos en la antecámara, aguardando á que el señor Gradgrind hubiera ido á buscar la dirección en el piso superior, abrió el señor Bounderby la puerta de la sala de estudio de los niños y echó una ojeada en aquella habitación, cuyo suelo estaba alfombrado y que, á pesar de las bibliotecas, colecciones científicas é infinidad de instrumentos sabios y filosóficos, ofrecía el aspecto de un salón de peluquería: Luisa, con la cabeza apoyada perezosamente en la ventana, miraba á fuera sin distinguir cosa al-

guna, mientras que Tomás no quitaba ojo del fuego, refunfuñando vindicativamente. Adán Smith y Malthus, los dos Gradgrind pequeños, estaban ausentes; asistían, bajo escolta, á un curso cualquiera. Juana, la pequeña, después de haber puesto en su rostro una bella máscara de arcilla, humedeciéndola con lágrimas y el lápiz de pizarra con que se había embadurnado el semblante, acabó por dormirse sobre las fracciones decimales.

— Está bien, Luisa; está bien, Tomás — dijo Bounderby. — No lo volveréis á hacer ¿verdad? Os aseguro que vuestro padre no os reñirá más. Veamos, Luisa ¿me das un beso?

— Puede V. tomar uno, si quiere, señor Bounderby — replicó Luisa, permaneciendo en silencio, llena de frialdad, después de haber atravesado con paso lento la habitación, para ofrecerle la mejilla, aunque no de muy buen talante y volviendo el rostro.

— Serás siempre la niña de mis ojos ¿verdad, Luisa? — dijo el señor Bounderby.

Dicho esto, salió; pero ella quedóse en el mismo sitio, enjugando con el pañuelo la mejilla que acababan de besar; frotándola y refrotándola hasta que la piel se volvió de fuego. Siguió frotándola cinco minutos después.

— ¿En qué piensas, Lu? — gruñó su her-

mano — Acabarás por agujerearte la cara con tanto frotar.

— Si quieres, puedes arrancar la piel besada con tu cortaplumas, Tom ; te aseguro que no lloraré por eso.

## CAPÍTULO V.

### LA NOTA TÓNICA.

Cokeville, adonde se dirijieron los Sres. Gradgrind y Bounderby, implicaba uno de los triunfos del Hecho. Era una ciudad que había escapado al contagio de la Imaginación, con tanta suerte como la señora Gradgrind. Puesto que Cokeville envuelve la nota tónica, hagamos el acorde antes de continuar la canción.

Era una ciudad de ladrillos rojos ó, que lo hubiera sido, de haberlo consentido el humo y la ceniza. Sin embargo, tal como estaba parecía una ciudad de un rojo y negro artificiales, recordando el semblante embadurnado de los salvajes. Era una ciudad de maquinaria y de altas chimeneas, de las que salían interminables serpientes de humo, sin tregua ni descanso, arrastrándose en el aire sin desenrollarse jamás. Pasaba por allí un canal muy negro y un río

teñido con materias infectas. Se veían barcos innumerables, atravesados por una infinidad de ventanas, que resonaban y temblaban durante el día, mientras el émbolo de las máquinas de vapor se elevaba y descendía monótonamente, como la cabeza de un elefante melancólico. Comprendía diversas calles anchas, que se parecían todas, y una multitud de callejuelas que se semejaban aun más. En éstas vivía gente que también se parecía, saliendo y entrando á la misma hora, haciendo resonar el pavimento con el mismo paso, para dirigirse á la misma faena. Para esta gente todos los días eran de parecido idéntico, el ayer igual al mañana, y el año era semejante al anterior y al siguiente.

En suma, estos atributos eran inseparables de la industria que daba vida á Cokeville ; pero decíase que, en cambio, añadía al bienestar de la existencia ciertos beneficios, que se extendían por el mundo entero y ciertos recursos suplementarios de las elegancias de la vida, que constituyen más de la mitad de la gran dama delante de la cual apenas se atreve uno á pronunciar el nombre de la ciudad llena de humo. Los otros rasgos de la fisonomía de Cokeville tenían algo más de color local. Hélos aquí.

Todo lo que se distinguía en ella denunciaba trabajo. Si los miembros de alguna secta reli-



giosa edificaban allí una iglesia, (como lo habían efectuado los miembros de otras dieciocho sectas) hacían de ella una especie de depósito de piedad religiosa, en ladrillos rojos, sobreponiéndole á veces una campana, suspendida dentro de una especie de jaula para papagallos, siguiendo un estilo adornado hasta la exageración. La única escepción era la *Nueva Iglesia*, edificio de paredes estucadas, teniendo encima de la puerta un campanario cuadrado y terminado por cuatro torrecillas, de poca elevación, semejando piernas de madera adornada. Todas las inscripciones monumentales se veían pintadas del mismo modo, con caracteres severos, negros y blancos. La cárcel hubiera también podido ser hospital, éste hubiera podido servir de cárcel, la casa consistorial hubiera podido hacer las veces de uno de estos monumentos ó de ambos á la vez, ó de cualquiera otro edificio, pues ningún detalle de su graciosa arquitectura indicaba lo contrario. En todas partes, el hecho : nada más que el hecho se veía en el aspecto material de la población ; en todas partes, el hecho : éste se manestaba hasta en el aspecto inmaterial. La escuela Mac Coakumchild no era otra cosa que un hecho, y la escuela de dibujo también lo mismo, así como las relaciones del patrono y el obrero ; solo hechos

ocurrían, desde la maternidad hasta la mortandad ; enfin, todo lo que no puede valorarse en guarismos, todo lo que no puede comprarse á un precio bajo y venderse á otro más alto, no existe ni nunca existirá, *in sæcula sæculorum*.  
*Amen.*

Una ciudad consagrada con tanta devoción al hecho, y que con tanto éxito lo hacía triunfar, ¿ se hallaría naturalmente en un estado de verdadera prosperidad ? No, pardiez : antes lo contrario.

Cokeville no salía de sus hornos tan pura como el oro sometido á la prueba del fuego. Por de pronto existía allí un misterio de los más enigmáticos. ¿Quién formaba parte de las dieciocho sectas religiosas de aquel lugar ? Cualesquiera que fuesen los secuaces, la clase obrera no pertenecía á ninguna de ellas. Extraño era pasearse el domingo por la mañana en la ciudad y observar cuán pocos obreros respondían á la discordancia de las campanas, cuyo repique era capaz de volver locos á la gente nerviosa y á los enfermos. Pocos había, entre ellos, que abandonasen sus barrios y sus habitaciones malsanas, ó el trecho de calle por la que holgaban, contemplando con aire de fastidio á los fieles que iban á la iglesia, como si se tratara de un asunto que no les incumbiera. No eran

sólo los extranjeros quienes advertían el hecho, sino que en el mismo Cokeville existía una asociación indígena, cuyos miembros siempre que celebraban sesión, pedían á voz en grito, que el Parlamento dictara una ley obligando á la gente á dar muestras de piedad, fuere de buen grado ó no. Seguía á ésta la Sociedad de Templanza, que se dolía de que tales sujetos se obstinaran en emborracharse; lo que demostraba, con informes acompañados de cuadros explicativos, que se emborrachaban de verdad, probando hasta la evidencia, en asambleas donde sólo se bebía te, que ninguna consideración divina ó humana (si no era una medalla de templanza) podía disuadir á aquella gente de que se emborrachase. Después venía el limosnero de la cárcel, hombre muy ducho, á fe mía, con otros informes acompañados de cuadros, para demostrar que tales individuos se emperraban en frecuentar guaridas asquerosas, ocultas á la mirada del público, donde prestaban atención á canciones obscenas y contemplaban bailes indecentes, en los cuales tenían á veces la audacia de tomar parte, y donde el sujeto A. B., de veinticuatro años y condenado á dieciocho meses de reclusión, había empezado á corromperse, aun cuando nunca hubiera sido digno de inspirar gran confianza, según él afirmaba. Pero dicho indi-

viduo A. B. estaba perfectamente penetrado de que, sin ello, hubiera sido un ejemplar moral de la primera especie. Después, seguían los señores Gradgrind y Bounderby, que en este instante atraviesan Cokeville; personajes eminentemente prácticos que, en caso necesario, podrían presentar más informes acompañados de cuadros explicativos, como resultado de su experiencia propia y corroborados por ejemplos que conocían muy bien, por los que se inducía claramente que aquellos individuos formaban una cáfila de gente perdida, caballeros: que no os agradecería nada de lo que hiciéreis para ella, caballeros; que estaba siempre inquieta, señores, sin saber lo que quería; que se alimentaba de lo mejor y que no compraba más que manteca fresca, exigiendo que su café fuera de moka puro, rechazando todo pedazo de carne que no fuese bocado fino y de primera calidad, sin contar que se mostraban eternamente descontentos é intratables. En suma, la moral era la de una antigua canción con la que se adormece á los niños:

« — Había una buena mujer, ¿ lo creereis? — que no podía vivir sin comer ni beber; — sin comer y beber todos los días — y, sin embargo, esta buena mujer *nunca* estaba contenta. »

Fijaos un poco ¿ No es singular la analo-

gía que hay entre el estado moral de Cokeville y el de los pequeños Gradgrind? Voy á deciros que ninguno de nosotros, por poco que disfrute de buen sentido y conozca los guarismos, ignora que, desde algunas veintenas de años, se ha dejado de tener en cuenta un elemento esencial en la educación de las clases obreras de Cokeville. Todo el mundo sabe que estas clases conservan cierta dosis de imaginación, que tiene que cultivarse para su sano desarrollo, en vez de obligarla á luchar y abrirse paso por medio de convulsiones; que en razón directa de la duración y monotonía de su trabajo sienten crecer en ellos el deseo de algún alivio físico, de algun recreo que excite el buen humor y la alegría, permitiendo que se manifiesten á lo exterior; de alguna festividad reconocida, aunque no sea más que para bailar honestamente, al son de *alguna* orquesta vivaracha, comiendo alguna torta ligera (y no hubiera sido el Sr. Mac Choakumchild quien hubiera puesto la mano en la pasta); y hay que satisfacer razonablemente este deseo, pues de lo contrario las cosas irán mal, si no se logra suprimir las leyes que han presidido á la creación del mundo.

— Ese hombre habita en *Pod's End*, y no sé fijamente donde se halla *Pod's End* — dijo el

Sr. Gradgrind. — ¿En qué punto se encuentra ese barrio, Bounderby?

El señor Bounderby sabía que se hallaba hacia la parte baja de la población. Paráronse un instante y miraron á su alrededor.

En aquel momento dobló la esquina de la calle, corriendo y con expresión de espanto, una niña á quien reconoció Gradgrind.

— ¡Hola! — exclamó. — Detente ahí. ¿Adónde vas? ¡Detente ahí!

Entonces, la niña número veinte se detuvo, jadeante, y saludó.

— ¿Por qué corres de ese modo? — preguntó el Sr. Gradgrind.

— Me |persegúan....., señor — contestó la muchacha, casi sin aliento — y quería escapar.

— ¿Perseguida? — repitió el señor Gradgrind. — Y ¿quién te perseguía?

Esta pregunta recibió una respuesta imprevista y repentina en la persona del estudiante incoloro, Bitzer, el cual apareció en la esquina con una rapidez tan impetuosa, pues no esperaba encontrar obstáculo alguno en la acera, que dió de lleno en el chaleco del Sr. Gradgrind y fué á rebotar hacia el centro de la calle.

— ¿Qué significa ese comportamiento? — dijo el señor Gradgrind. — ¿En qué piensas?

¿Cómo te atreves á lanzarte encima de..... la gente..... de ese modo?

Bitzer recogió la gorra que el choque reciente le hiciera caer; después retrocedió y saludó con el puño cerrado, en señal de cortesía, justificándose de su conducta con la declaración de que era un accidente.

— ¿No corría detrás de ti, Jupe? — preguntó el señor Gradgrind.

— Sí, señor, — contestó ella, de mal humor.

— ¡No; eso no es verdad, señor! — exclamó Bitzer. — Ha sido ella la que ha comenzado por huir. Creo que los escuderos no se enfadan por mentir; se les conoce en eso..... Ya sabes que los escuderos no se enfadan por mentir — dirigiéndose á Sissy. — En la ciudad también se sabe, aun cuando le disgustará á V., señor, que los escuderos desconocen la tabla de Pitágoras.

Bitzy trató de apaciguar al Sr. Gradgrind con esta última acusación.

— ¡Me ha espantado — dijo la muchacha — con sus horribles muecas!

— ¡Oh! — exclamó Bitzer. — No faltaba más que eso. Tú también eres escudera. Ni la he mirado siquiera, señor. La he preguntado si mañana sabría describir el caballo, y me he ofrecido á enseñárselo, y entonces ella ha huído, y yo me

he lanzado en pos, señor, para decirle que debe contestar cuando se la pida la descripción.....  
¡ Se necesita ser escudero para soltar semejantes infundios !

— No podrá decirse que su profesión sea desconocida en la escuela — observó el señor Bounderby. — Dentro de ocho días, hubiera V. tenido á toda la clase reunida en torno al circo, mirando á los saltimbanquis por debajo de la cortina.

— Empiezo á creerlo — replicó su amigo — Bitzer, muéstranos los talones y vuelve á tu casa. Jupe, quédate aquí un momento. Si os sorprendo otra vez corriendo de este modo, tendreis noticias más por conducto del maestro de escuela. ¿ Me comprendéis ? ¡ Bitzer ! Vamos, lárgate.

El estudiante cesó de guiñar el ojo, saludó de nuevo, llevando el puño á la frente, miró á Sissy, volviéndose y tomó las de Villadiego.

— Ahora — dijo el Sr. Gradgrind — llévanos á casa de tu padre, á ese caballero y á mi.....  
¿ Que traes en esa botella ?

— Aguardiente — dijo el señor Bounderby.

— ¡ Oh ! No, señor : son los nueve aceites.

— ¿ Los qué ?

— Los nueve aceites, señor, para frotar á papá.



Entonces el Sr. Bounderby repuso, con una risotada breve y bulliciosa :

— Y ¿ para qué diablo frotáis á papá con los nueve aceites ?

— Nuestros escuderos se sirven de ello, señor, cuando se hacen daño en el circo — replicó Sissy, mirando por encima de su espalda, para ver si su perseguidor había desaparecido. — En este oficio á veces se reciben malos golpes, ya lo saben Vds.

— Lo tienen bien merecido — dijo el Sr. Bounderby. — Que sigan haciendo oficio de perezosos.

Contempló ella al señor Bounderby con sorpresa y á la vez espanto.

— ¡ Por San Jorge ! — dijo el señor Bounderby. — Tenía cuatro años menos que tú, y ya estaba cubierto de heridas y arañazos, por manera que ni diez, ni veinte, ni cuarenta aceites hubieran podido curarlos. No los adquiriría haciendo contorsiones, no, y sí á fuerza de ser apaleado. No hacía equilibrios en la maroma, sino en la tierra firme, en la que se me hacía bailar á latigazos.

El señor Gradgrind era muy duro, pero estaba lejos de ser tan grosero como el señor Bounderby. No era malo, á decir verdad ; hasta hubiera podido ser muy bueno, de no haber

padecido un error de cálculo, años atrás, al hacer el balance de su carácter. Mientras bajaba por una callejuela, dijo con acento que quería ser animoso :

— Hénos ya en *Pod's End* ¿ verdad, Jupe ?

— ¡ Sí ! señor. Es aquí ; y, si lo permite, señor, le diré que allí se vé la casa.

Ella se paró, en la hora crepuscular, delante de la puerta de un tabernucho, cuya claridad interior era rojiza y pálida. Hubiérase dicho que ese antro sucio y miserable, á falta de otros mejores, se hubiera puesto á beber su fondo y que, siguiendo la misma suerte de los borrachos, no tardaría mucho en caerse.

— No hay más que atravesar el salón común, señor, y subir por una escalera. Aguarde un momento, que voy á encender una vela. Si oye Vd. ladrar á un perro, es Pata-alerta, y no tenga miedo, pues nunca muerde.

— ¡ Pata-alerta y los nueve aceites ! — dijo el señor Bounderby, con su risa metálica, siendo el último en entrar. — No está mal, no está mal para un hombre positivo que se ha formado solo.

## CAPITULO VI

### EL CIRCO SLEARY.

La taberna en cuestión ostentaba el nombre de « Las armas del Pegaso ». Hubiera sido mejor denominarla las piernas del Pegaso (1). Sea lo que fuere, debajo del caballo alado del rótulo se leía en caracteres romanos, A LAS ARMAS DEL PEGASO. Más abajo todavía, en un cartón ondulante, el pintor había trazado con mano ligera el siguiente cuarteto, que no estaba de acuerdo con las reglas exactas de la poesía :

« Buena cebada da buena cerveza ; —  
Entrad, que la muestra es bien nutrida —  
Buen vino da buen aguardiente ; — venid á  
tomar una copita. »

En un cuadro, colgado en el fondo del pequeño y oscuro mostrador, se veía otro Pegaso, un Pegaso teatral, con alas de gasa verdadera, superpuestas, un cuerpo con una constelación de estrellas en papel dorado y unos arreos etéreos, que estaban representados por cordoncillo de seda colorada.

(1) Hay aquí un juego de palabras, puesto que en inglés *arms* significa á la vez *armas* y *brazos*.

Como la calle estaba muy oscura para que se pudiera distinguir el rótulo, y como la taberna no estaba bastante iluminada para que se pudiera ver el cuadro, los señores Gradgrind y Bounderby no tuvieron ocasión de formalizarse en tales atributos mitológicos. Siguieron á la niña, subiendo por una escalera bastante recta, que desembocaba en uno de los rincones del vestíbulo común; después se pararon en la oscuridad, mientras Sissy iba á buscar la bujía. Esperaban oír de un momento á otro la voz de Pata-alerta; pero al aparecer juntas la niña y la bujía, el famoso perro no había aún ladrado.

— Papá no está en la habitación, señor — dijo la muchacha con sorpresa. — Pero si quiere V. entrar un momento, no tardaré en encontrarle.

Entraron; y Sissy, después de haber adelantado dos sillas, se alejó con paso rápido y ligero. Era un pobre cuarto de dormir, amueblado con miseria. El gorro de algodón, adornado con dos plumas de pavo y una cola de peluca, al modo de una mecha (con el que el señor Jupe había divertido al público, aquella misma tarde, en el espectáculo variado de sus « chistes y bromas shakespearianas »), pendía de un clavo; y no se divisaba otro efecto del guarda-

ropa del clown ni otro indicio de éste ó de sus ocupaciones. En cuanto á Pata-alerta, su respetable antecesor, en vez de embarcar en el arca, pudo bien haber sido excluido de ella accidentalmente, pues la hostería de las Armas de Pegaso, muda á este respecto, no daba testimonio alguno de lo contrario. Nada revelaba allí á la mirada ó al oído la existencia de ningún perro.

Oyeron como se abrían y cerraban las puertas de algunas habitaciones del piso superior, mientras Sissy andaba de una á otra parte en busca de su papá. Luego resonaron algunas voces de sorpresa. Volvió ella á bajar los escalones de cuatro en cuatro, entró corriendo, abrió un viejo baúl de cuero, desmantelado y roído por los gusanos, hallólo vacío y se puso á mirar en torno suyo, juntas las manos y el semblante lleno de terror.

— Papá habrá vuelto al circo, señor. No sé lo que puede hacer allí, pero debe estar. Voy á llamarle al momento.

Y salió al punto, sin sombrero, con la cabellera larga y negra, flotando por detrás.

— ¿Ha perdido la cabeza? — dijo el Sr. Gradgrind. — ¿Al momento? Pero si de aquí al barracón hay mas de media legua.

Antes de que el Sr. Bounderby hubiera

tenido tiempo de responder, apareció en el umbral de la puerta un joven, el cual se presentó, á falta de tarjeta, con la fórmula de « permiten Vds. ¿caballeros? », entrando con las manos en el bolsillo. Afeitado recientemente, su semblante aparecía delgado y amarillo, dándole sombra la profusión de cabellos negros, peinados hacia arriba, con la raya en medio de la frente. Sus piernas eran muy robustas, aunque demasiado cortas para lo que exige la buena proporción. Si éstas eran muy cortas, en cambio su pecho y sus espaldas eran muy anchos. Llevaba un traje á la Newmarket, un pantalón colante y un chal alrededor del cuello. Olía á aceite de quinqué, á paja, á piel de naranja, á forraje y á serrín de madera, ofreciendo el aspecto de un centauro muy extraño, producto de cuadra y de teatro. Nadie hubiera podido indicar con precisión donde empezaba el hombre y terminaba el caballo. En los carteles se designaba á ese caballero bajo el nombre de E. W. B. Childers, de tan justa fama, por su prodigioso salto en la parte de cazador-salvaje de las *Pampas de América*, ejercicio muy popular, en el que el joven de estatura exigua y cara de anciano, que le acompañaba en este momento, representaba á su hijo menor, condenado á ser llevado de ca-

beza abajo y sobre las espaldas de su padre, que lo retenía con la mano, ó á galopar con la cabeza sostenida en la cavidad de la mano paternal y las piernas al aire, según el método un poco violento que, como no se ignora, han adoptado los cazadores salvajes que quieren demostrar ternura á su progenie. Adornado con falsas hebillas, guirnaldas, alas; embadurnado con blanco de perla y carmín, ese niño, de gran porvenir; se hallaba de pronto convertido en un Cúpido gracioso, que hacía las delicias del contingente maternal del público pagador; pero en la intimidad se distinguía con un traje de corte elegante, un poco prematuro para su supuesta edad infantil. Su voz ronca, sin embargo, le daba un aire de lo más jockey del mundo.

— ¿Me permiten, caballeros? — dijo E. W. B. Childers, recorriendo con una mirada la habitación. — ¿Preguntan Vds. por Jupe? —

— Sí; — dijo el señor Gradgrind — su hija ha ido á buscarlo, pero no puedo aguardar más. Le agradeceré, pues, que le transmita un encargo.

— Ya verá V., amigo — interpuso el Sr. Bounderby. — Pertenecemos á los que conocen el valor del tiempo, al revés de ustedes.

— No tengo el honor de conocer á *ustedes* — replicó Childers, después de mirar de pies á

cabeza al Sr. Bounderby — Pero si quieren darme á entender que su tiempo les reporta más dinero que á mí, estaré dispuesto á creer, sólo por las apariencias, que no se engañan.

— Y yo también estaré dispuesto á creer que, cuando ustedes ganan dinero, saben guardarlo — añadió Cúpido.

— ¡ Kidderminster, cierra el pico! — dijo Childers.

(Maese Kidderminster era el nombre mortal de Cúpido.)

— ¡ Pues porque vienen aquí á burlarse de nosotros! — exclamó maese Kidderminster, dando muestras de un temperamento muy irascible. — Si se empeñan en burlarse de nosotros, pasen ustedes á la taquilla, suelten su dinero y diviértanse á más no poder.

— ¡ Kidderminster, cierra el pico! Caballero — al Sr. Gradgrind — me dirigía á V. Lo sepa ó no, pues acaso no ha asistido á nuestras representaciones, el hecho es que, de un tiempo á esta parte, ese pobre Jupe mete la pata en todos los ejercicios.

— ¿Mete... qué? — dijo el Sr. Gradgrind, implorando, con la mirada, la ayuda del omnipotente Bounderby.

— Mete la pata.

— Ayer noche rehusó cuatro metros de



percal — dijo maese Kidderminster. -- Hizo la plancha en vez de los ejercicios de cabeza y luego efectuó las contracciones de una manera flácida.

— Es decir, que no ha hecho lo que debía. No ha querido saltar por encima de las banderolas y no se ha atrevido á pasar por los aros. Es decir, que ha faltado á todas sus habilidades — interpretó el Sr. Childers.

— ¡Oh! — dijo el Sr. Gradgrind. — ¿A eso llama V. meter la pata?

— Sí; ese es el término general — respondió E. W. B. Childers.

— ¡Nueve aceites, Pata-alerta, meter la pata, rehusar cuatro metros de percal, efectuar contorsiones!... ¡Ha! ¡Ha! — dijo el Sr. Boun-derby, riendo con su risa metálica. — ¡Sociedad muy chusca es ésa para quien sólo debe su encumbramiento á sí propio!

— Descended, pues, del pináculo — replicó Cúpido. — ¡Á la buena de Dios! Si se ha elevado V. tanto, haga un esfuerzo y baje un poco.

— ¡Hé ahí á un chico bien desagradable! — dijo el señor Gradgrind, frunciendo el ceño de un modo imponente.

— Hubiéramos invitado á algún joven bien educado, para que nos acompañase, si nos hubiesen dado Vds. aviso de su visita — replicó

maese Kidderminster, sin dejarse intimidar. — ¡Qué lástima que olvidásemos anunciar un espectáculo reclamado, ya que sois tan difícil! Cuando se pone V. á bailar sobre la cabeza de la gente, le hace falta cáñamo tieso ¿verdad?

— ¿Qué querrá decir ese pequeño desalmado? — preguntó el señor Gradgrind, que contemplaba á Cúpidó con aire de desesperación. — ¿Qué querrá decir ese pequeño desalmado con su cáñamo tieso?

— ¡Vete á mirar si estoy afuera! — dijo Childers, empujando á su amigo fuera de la habitación, al modo del cazador de las *Pampas de América*. — Cáñamo tieso ó cáñamo flexible, lo mismo da : ello significa sólo cuerda tiesa ó cuerda flaca... ¿No quería V. hacerme un encargo para Jupe?

— Sí.

— En este caso, — respondió vivamente Childers — he de decirle que mi opinión es de que no lo recibirá nunca. ¿Le conoce V. bien?

— ¿Yo? No le he visto nunca.

— Pues bien; empiezo á sospechar que no le verá V. Se ha marchado; la cosa me parece bien clara.

— ¿Cree V. que ha abandonado á su hija?

— Sí, — dijo el señor Childers, inclinando la cabeza en señal de afirmación. — Creo que se

ha largado. Anoche se llamó á Azor, anteayer también, y hoy lo mismo, cada vez á propósito de él. Desde algún tiempo, Jupe hace de modo que llamen á Azor, y no puede acostumbrarse á ello.

— Y¿ porqué... se llama... tan á menudo á Azor... á propósito de él? — preguntó el Sr. Gradgrind, con gran solemnidad y repugnancia.

— Porque las ataduras de sus músculos empiezan á endurecerse; porque empieza ya á enmohecerse — dijo Childers. — Como pico, aun puede brillar; pero esto no basta para salir de apuro.

— ¿Pico? — repitió Bounderby. — ¡Vuelta á empezar!

— Como hablador, si usted prefiere — dijo E. W. B. Childers, el cual lanzó esta explicación por encima de su espalda, con aire desdeñoso y dando una sacudida á sus cabellos, que temblaron todos á la vez. — Es, pues, un hecho notable, caballero, que ese hombre ha padecido menos recibiendo bofetones, que al enterarse de que su hija sabía que llamaran á Azor.

— ¡Vaya! — interrumpió Bounderby. — ¡Esta sí que es buena, Gradgrind! ¡Un hombre que quiere tanto á su hija y que la planta ahí! ¡Esta sí que es extraordinaria! ¡Ha! ¡Ha! Bien, joven, le diré una cosa: no siempre he ocupado

la posición en que me encuentro; veo mucho más allá de la punta de mi nariz. Se extrañará V., acaso, si se entera de que mi madre me abandonó.

E. W. B. Childers expresó, con gran malicia, que esto no le sorprendía en modo alguno.

— Muy bien — prosiguió Bounderby. — Nací en un foso, y mi madre me plantó en él. ¿Cree V. que la disculpo? No. ¿La he disculpado alguna vez? Nunca. ¿Qué nombre piensa V. que le doy, por semejante comportamiento? Probablemente la llamo la mujer peor que haya existido, si se exceptúa la borracha de mi abuela. En mí no existe la menor sombra de orgullo hereditario, la menor sombra de imaginación, la menor sombra de esas tonterías sentimentales. Llamo azada á una azada, y no hay favor ni temor que me impidan llamar á la madre de Josué Bounderby de Cokeville como la llamaría si hubiera sido la madre de Pedro, Juan ó Pablo. De igual suerte me porto con el individuo en cuestión. Digo que es un desertor, un pillo, un vago. Hé aquí lo que es, en buen español.

— Sea lo que fuere, en español ó en inglés, lo mismo da — replicó el señor E. W. B. Childers, encarándose á él.

— Explico al amigo de V. lo que ocurre; y si no le gusta escucharlo, puede V. abani-

carse. Hace V. su buen reclamo, en verdad : pero mejor sería que fuera á hacerlo en su propia casa — gruñó E. W. B. Childers, con ironía severa. — No lo haga V. demasiado aquí, á menos que lo pidamos encarecidamente. ¿No dudo que V. poseerá una casa?

— ¡He! ¡He! Podría bien ser — respondió el señor Bounderby, haciendo sonar el dinero en su bolsillo.

— ¿Entonces no podría V. contentarse en hacer el panegírico en su propia casa? — prosiguió el señor Childers. — Ésta, como V. vé, no es de las más sólidas, y podría desplomarse.

Después de mirar nuevamente al Sr. Bounderby de la cabeza á los pies, lo dejó como hombre ya juzgado y se volvió de la parte del Sr. Gradgrind.

— No hace una hora que Jupe encargó algo á su hija y, algunos minutos después, se ha visto como se deslizaba hacia afuera, con el sombrero hasta los ojos y un paquete envuelto debajo del brazo. Lo mismo da; pero su hija no querrá creer nunca que su padre ha huído y la ha plantado aquí.

— Y, dígame — preguntó el Sr. Gradgrind. — ¿Porque no lo creerá nunca?

— Porque ambos sólo formaban uno, porque nunca se separaban, porque hasta hoy Jupe ha

dado á entender que adoraba á su hija — dijo el señor Childers, adelantándose algunos pasos, para mirar en el baúl.

El señor Childers, lo mismo que maese Kidderminster, andaba de una manera excéntrica, con las piernas más separadas que la mayoría de los hombres y las rodillas tiesas, ya afectada ó, cuando menos, exajeradamente. Este modo de andar era común entre todos los escuderos de la Compañía Sleary, como indicando que se pasaban la vida á caballo.

— ¡Pobre Sissy! Mejor hubiera sido que le hubiesen hecho aprender un oficio — dijo el señor Childers, dando á su cabellera una nueva sacudida, después de terminar el examen del baúl vacío. — Cuando menos podría contar con algo.

— Tal sentimiento honra á V., que nunca ha estado en aprendizaje — replicó el señor Gradgrind, en señal de aprobación.

— ¿Yo? Empecé el aprendizaje á la edad de siete años.

— ¡Oh! ¿De veras? — dijo el señor Gradgrind, arrepintiéndose de la buena opinión que acabara de manifestar. — Ignoraba que los jóvenes tuviesen costumbre de hacer el aprendizaje de...

— De la pereza — intercaló Bounderby, echándose á reir con estruendo.

— ¡Ni yo, pardiez! ¡Ni yo tampoco!

— Su padre tuvo siempre la idea — dijo Childers, fingiendo ignorancia completa de la existencia de Bounderby — de que Sissy recibiera una buena educación, con lo que aprendería el diablo y todo su séquito. Como le vino semejante idea á la mente, lo ignoro; únicamente sé que no le salió de ella. Le ha hecho enseñar un poco de lectura aquí, otro poco de escritura allá, y algunos rudimentos de cálculo en otro sitio, durante los últimos siete años.

El señor E. W. B. Childers sacó del bolsillo una de sus manos, acaricióse el rostro y la barba, y miró al Sr. Gradgrind con aire que denunciaba mucha inquietud, entreverada de esperanza. Desde el principio de la entrevista, había tratado de granjearse la simpatía de ese personaje, en interés de la niña abandonada.

— Cuando Sissy fué recibida en la escuela — prosiguió — su padre estaba alegre como Polichinela. Por mi parte, no comprendí bien el porqué, toda vez que no nos establecemos nunca en sitio alguno, pues somos aves de paso. Entiendo, sin embargo, que había determinado ya jugarnos la trastada; siempre ha sido algo loco, y habrá pensado que, marchando él, su hija se colocará. Si acaso hubiera V. venido esta noche, para anunciarle algo en beneficio

de su hija — dijo el Sr. Childers, acariciándose de nuevo la barba y mirando al Sr. Gradgrind con el mismo aire de indecisión — sería una buena suerte y muy oportuno... ¡Oh! una buena suerte y muy oportuno.

— Venía por lo contrario — replicó el señor Gradgrind. — Tenía el propósito de anunciarle que las relaciones de la niña hacían poco deseable su presencia en la escuela y que, por tanto, no acudiera más á ella. Empero, si su padre la ha abandonado realmente, sin estar en connivencia con ella, yo... Una palabra, Bounderby, si no le sabe mal.

Dicho esto, el señor Childers se retiró cortesmente, con paso ecuestre, hacia el rellano de la escalera, donde se mantuvo en pie, acariciándose el rostro y silbando quedamente. Mientras se daba así á sus ocupaciones, oyó algunas frases de la conversación del Sr. Bounderby, tales como : « No; le digo que no. No haga nada de eso. Créame, por nada del mundo. » También dijo las siguientes palabras al Sr. Gradgrind, pronunciadas en tono menos alto : « Lo haría sólo por demostrar á Luisa á lo que conduce un género de ocupación que ha excitado en ella una curiosidad tan vulgar. Examine V. la cuestión, Bounderby, bajo este punto de vista. »



Entre tanto, los distintos miembros de la compañía Sleary bajaban de las regiones superiores en que se hallaba el cuartel general, reuniéndose en la meseta de la escalera, desde donde, después de hablar entre ellos y con el señor Childers, penetraron poco á poco en la habitación, junto con el propio E. W. B. Childers. Con ellos había dos ó tres mujeres bonitas, sus dos ó tres maridos, sus dos ó tres madres y sus ocho ó nueve hijos, que en ciertas ocasiones servían para desempeñar alguna comedia de magia. El padre de una de estas familias tenía la costumbre de balancear al padre de la otra, en el extremo de una larga barra; el padre de la tercera familia formaba á menudo, con ayuda de los otros dos padres, una pirámide cuya cima era maese Kidderminster y él la base; todos los padres sabían bailar sobre un tonel rodante, andar por encima de botellas, jugleando con cuchillos y bolas, haciendo voltear las pesas, montando á caballo sobre cualquier cosa, saltando por encima de todo sin pararse en ningún sitio. Todas las madres sabían bailar animadamente en la maroma, haciendo ejercicios sobre los caballos ensillados; ninguna de ellas experimentaba el menor escrúpulo en dejar ver las piernas; una de ellas, en un carro griego, conducía sola un tiro de seis caballos, presen-

de su hija — dijo el Sr. Childers, acariciándose de nuevo la barba y mirando al Sr. Gradgrind con el mismo aire de indecisión — sería una buena suerte y muy oportuno... ¡Oh! una buena suerte y muy oportuno!

— Venía por lo contrario — replicó el señor Gradgrind. — Tenía el propósito de anunciarle que las relaciones de la niña hacían poco deseable su presencia en la escuela y que, por tanto, no acudiera más á ella. Empero, si su padre la ha abandonado realmente, sin estar en connivencia con ella, yo... Una palabra, Bounderby, si no le sabe mal.

Dicho esto, el señor Childers se retiró cortesmente, con paso ecuestre, hacia el rellano de la escalera, donde se mantuvo en pie, acariciándose el rostro y silbando quedamente. Mientras se daba así á sus ocupaciones, oyó algunas frases de la conversación del Sr. Bounderby, tales como : « No; le digo que no. No haga nada de eso. Créame, por nada del mundo. » También dijo las siguientes palabras al Sr. Gradgrind, pronunciadas en tono menos alto : « Lo haría sólo por demostrar á Luisa á lo que conduce un género de ocupación que ha excitado en ella una curiosidad tan vulgar. Examine V. la cuestión, Bounderby, bajo este punto de vista. »

Entre tanto, los distintos miembros de la compañía Sleary bajaban de las regiones superiores en que se hallaba el cuartel general, reuniéndose en la meseta de la escalera, desde donde después de hablar entre ellos y con el señor Childers, penetraron poco á poco en la habitación, junto con el propio E. W. B. Childers. Con ellos había dos ó tres mujeres bonitas, sus dos ó tres maridos, sus dos ó tres madres y sus ocho ó nueve hijos, que en ciertas ocasiones servían para desempeñar alguna comedia de magia. El padre de una de estas familias tenía la costumbre de balancear al padre de la otra, en el extremo de una larga barra; el padre de la tercera familia formaba á menudo, con ayuda de los otros dos padres, una pirámide cuya cima era maese Kidderminster y él la base; todos los padres sabían bailar sobre un tonel rodante, andar por encima de botellas, juggleando con cuchillos y bolas, haciendo voltear las pesas, montando á caballo sobre cualquier cosa, saltando por encima de todo sin pararse en ningún sitio. Todas las madres sabían bailar animadamente en la maroma, haciendo ejercicios sobre los caballos ensillados; ninguna de ellas experimentaba el menor escrúpulo en dejar ver las piernas; una de ellas, en un carro griego, conducía sola un tiro de seis caballos, presen-

tándose así en todas las ciudades. Todos procuraban darse aire de malos sujetos y de grandes camastrones. No cuidaban mucho de sus trajes de sociedad; su interior doméstico no era más metódico, y toda la literatura de la compañía no hubiera llegado á producir más que una pobre muestra epistolar, sobre cualquier asunto. No obstante, se advertía en aquellas gentes un fondo de dulzura y de bondad infantiles, una incapacidad especial por todo lo que oliera á intriga, y un apresuramiento incansable para ayudarse y consolarse los unos á los otros, cualidad que tal vez merecía tanto respeto y tanta indulgencia en sus intenciones caritativas, como las virtudes cotidianas de las demás clases de la sociedad.

El señor Sleary fué el último en aparecer. Era, como ya se ha dicho, un hombre gordo; agreguemos que tenía un ojo fijo y otro errante como un planeta; una voz, si merece este nombre, cuyos esfuerzos parecían los de un bofetón estallando; una cara flácida é ideas turbias en una cabeza que no era del todo sobria ni del todo avinada.

— Zeñor, — dijo el Sr. Sleary (que sufría del asma) con una respiración demasiado rápida y difícil, para que pudiera pronunciar todas las sílabas — zervidor de uzté. ¿Ya zabe uzté que

mi clown y zu perro, zegún ze zupone, han tomado la llave de loz cámpoz ?

Se habfa dirijido al Sr. Gradgrind, el cual respondió :

— Sí.

— Y puez, zeñor — prosiguió, quitándose el sombrero y limpiándolo con el pañuelo, que al efecto guardaba en el interior de aquél. — ¿Ze propone V. hacer algo por eza pobre chica?

— Quiero hacerle una proposición, en cuanto vuelva — respondió el señor Gradgrind.

— ¡ Tanto mejor, zeñor ! No ez que yo dezee quitarme de delante eza chica ; pero no quiero impedir el bien que ze trate de hacerla. No pediría otro coza zino que la tuvieran como aprendiz, aunque zea un poco tarde para empezar, dada zu edad. Tengo la voz un poco ronca, zeñor, y loz que no eztán acostumbradoz á ella no me comprenden fácilmente ; pero zi, como yo, ze hubiera enfriado y calentado, calentado y enfriado, y dezpuéz enfriado y calentado en el circo durante la juventud, la voz de V. no habría durado tanto como la mía.

— Es posible — dijo el Sr. Gradgrind.

— Vamos, elija V. zu licor, caballero. ¿ Qué puedo ofrecerle ? ¿ Quiere Jerez ? Elija zu licor, caballero — dijo el señor Sleary, con cierto gozo hospitalario.

— Gracias ; no tomaré nada — replicó el señor Gradgrind.

— No diga graciaz, caballero. Zu amigo no rehuzará. Zi no ha tomado V. zu alimento, beberá un vazo de ajenjo.

En aquel instante se presentó su hija Josefina, joven rubia y linda, que á los dos años había sido atada á un caballo y á doce hizo un testamento, que llevaba siempre encima, en el cual pedía que, si deseaban cumplir la voluntad de una moribunda, la hicieran conducir al cementerio por las dos jacas blancas y grises.

Josefina exclamó :

— ¡Calla, papá! Ya vuelve.

Acto seguido llegó Sissy Jupe, lanzándose á la habitación del mismo modo que salió de ella. Y, cuando los vió á todos reunidos, leyendo en sus ojos, sin sombra de engaño, que su padre no estaba con ellos, dió un grito lamentable y se echó en brazos de una señora, que era muy inteligente en la maroma, la cual se arrodilló, pues estaba en cinta, para acariciar á la pequeña y llorar con ella.

— ¡Ez una verguenza! ¡Ez una infamia, á fe mia! — exclamó Sleary.

— ¡Oh! ¡padre mio, padre mío, adonde has ido! Te has marchado, creyendo hacerme bien, lo sé; te has alejado en interés mío, estoy segura

de ello ¡ Qué desgraciado serás y que abandonado estarás, sin mí, pobre padre mío, hasta que te decidas á volver !

Conmovía tanto oírle repetir infinidad de cosas por el estilo, con el rostro levantado al cielo y los brazos extendidos, como tratando de contener y abrazar la sombra del fugitivo, que nadie pronunció palabra hasta que el señor Bounderby, impaciente, tomó el asunto por su cuenta.

— ¡ Así, buenas gentes — dijo — desperdiciamos el tiempo de un modo deplorable ! Es preciso que esa muchacha sepa lo que ello da de sí. Que lo aprenda de mí, si quiere, pues mis padres me dejaron plantado como si tal cosa. Dí, chiquilla... no recuerdo su nombre. Tu padre ha huído, te ha abandonado, y no debes confiar en verlo en toda tu vida.

Aquellas gentes se preocupaban tan poco del hecho desprovisto de artificio y estaban tan desmoralizadas sobre este punto, que en vez de admirar el buen sentido del orador, prefirieron indignarse. Los hombres murmuraban : « ¡ Á la puerta ! » ; y los mujeres decían : « ¡ Bruto ! » Entonces el señor Sleary creyó oportuno manifestar lo siguiente al señor Bounderby, por separado :

— Dígame, caballero : hablando con fran-

queza, mi opinión ez de que concluya V. ahí, zin tardanza. Miz compañeroz no zon mala gente, aun cuando zuz movimientoz zean un poco vivoz ;y zi no zigue V. mi conzejo, que el diablo ze me lleve, zi puedo impedirlez que le echen por la ventana ! »

Habiendo calmado al Sr. Bounderby esta insinuación amistosa, el Sr. Gradgrind pudo, al fin, hacer su exposición eminentemente práctica del hecho en debate, diciendo :

— Lo mismo dá que se aguarde ó no el regreso, un día ú otro, de la persona en cuestión, pues no es más probable que la veamos. Se ha marchado, y por ahora no abrigamos la esperanza de que vuelva. ¿ Creo que todo el mundo está de acuerdo en estos particulares?

— Perfectamente, caballero. ;No zalga de ahí! — dijo Sleary.

— Prosigo. Yo había venido aquí para anunciar al padre de esta pobre chica, Jupe, que no podía admitirla más en la escuela, por diversas consideraciones prácticas (que no he de analizar), las cuales se oponían á la admisión de todo discípulo cuyos padres hubiesen abrazado tal ó cual oficio; pero en vista de este cambio de circunstancias, estoy dispuesto á hacer una oferta á esa niña. Consiento en encargarme de tí, Jupe, educándote y subviniendo á tus



necesidades. La única condición que impongo (además de la buena conducta, como es de rigor) consiste en decidir si quieres acompañarme ó quedarte aquí. Si me acompañas, exigiré también que no mantengas relación alguna con los amigos presentes : estas condiciones envuelven el resumen sucinto de la cuestión.

— Al mismo tiempo — repuso Sleary — preciza que yo diga una palabra, para que zean igualmente viziblez loz doz ladoz de la bandera. Zi quierez zer aprendiz en mi compañía, Cecilia, ya zabez la claze de trabajo y conocez á tuz compañeroz. Emma Gordon, en el zeno de la cual repozaz ahora, zerá una madre para tí y Joze-fina una hermana. No me laz doy de pertenecer á la familia de laz azaz y, zi algun día llegaz á perder el equilibrio, no digo que ahorre las palabraz de conzuelo ni que ezté parado junto á tí; maz lo que pretendo, caballero, ez que no me ha ocurrido nunca, en loz inztantez de buen ó mal humor, maltratar á uno de miz caballoz, aunque jure cerca de elloz, y no pienzo empezar, á miz añoz, á dar maloz tratoz á una ezcudera. No he brillado nunca como orador, caballero, y he dicho lo que tenía que decir.

La última parte del discurso se dirigía al Sr. Gradgrind, el cual respondió, inclinando gravemente la cabeza :

— La única observación que tengo que hacerte, Jupe, para influir en tu resolución, es que una buena educación práctica es cosa apetecible y tu mismo padre, según se me dice, parece haber sentido y comprendido la importancia de ella.

Estas últimas palabras causaron en la niña una evidente impresión. Cesó en su violento llanto, separóse un poco de Emma Gordon y miró al Sr. Gradgrind en la cara. Todos sus compañeros se sorprendieron del cambio repentino que se operara en ella y lanzaron al unísono un suspiro que quería expresar :

— ¡ Irá con él !

— Reflexiona bien antes de tomar una resolución, Jupe, — dijo como aviso previo el Sr. Gradgrind. — No te digo más que eso. Reflexiona bien antes de tomar una resolución.

— Cuando papá vuelva — gritó la niña, sollozando de nuevo, después de breve silencio — ¿ cómo podrá encontrarme, si me voy ?

— Puedes estar tranquila — dijo el señor Gradgrind con mucha calma (Hacía cálculos sobre el asunto, como si se tratara de una suma). En cuanto á eso, puedes estar tranquila, Jupe. En dicho caso, supongo que tu padre empezará por buscar y ver al señor...

— Zleary. Ezte ez mi nombre y no me aver-

guenzo de él. Soy conocido de uno á otro confín de Inglaterra, por no haber dejado nunca un céntimo á deber.

— Empezaré por buscar y ver al señor Sleary, quien entonces le indicará el nombre de la persona en cuya casa estés. No tendré derecho á guardarte contra la voluntad de tu padre, y el Sr. Jupe no tendrá mucho trabajo en descubrir, en un momento dado, la dirección del señor Tomás Gradgrind de Cokeville. Soy bastante conocido.

— Bastante conocido — repitió el Sr. Sleary, con ademán de asentimiento y haciendo rodar su ojo movable. — Usted es uno de los que impiden que entre en mi caja una porción de dinero. Pero no se trata de esto ahora.

Se produjo nuevo silencio, después del cual Sissy exclamó llorando y con el rostro oculto en sus manos :

— ¡ Oh ! dadme mis cosas, dadme en seguida mis cosas, y dejadme ir antes de que mi corazón se rompa.

Las mujeres se apresuraron, con tristeza, á reunir los efectos de su amiga, lo que pronto estuvo hecho, pues no eran aquéllos numerosos; colocándolos en una cesta que, desde mucho tiempo, viajaba con la compañía. Durante estos preparativos, Sissy continuó llorando, sentada

en el suelo, y ocultando los ojos. El señor Gradgrind y su amigo Boundenby estaban de pie, no lejos de la puerta, y en disposición de llevarse la niña : el señor Sleary permanecía en el centro de la habitación, rodeado de sus esconderos, cual si se hallara en medio del rondel, durante un ejercicio de su hija Josefina. Sólo le faltaba el látigo.

No bien se hubo cerrado el cesto, en medio del silencio general, alisaron los cabellos de Sissy, y le pusieron acto seguido el sombrero. Después corrieron y se inclinaron hacia ella, en actitudes muy naturales, besándola en la frente y estrechándola en los brazos. Inmediatamente trajeron á los niños para que se despidieran de ella. ¡Oh ! ; qué buenas mujeres ! Tan sencillas y quizá tan tontas. Pero, ; qué corazón más generoso !

— Bien, Jupe — dijo el Sr. Gradgrind — si estás bien decidida, ven.

Pero tenía aun que despedirse de los hombres de la compañía, y fué preciso que cada cual abriera los brazos (pues en presencia del señor Sleary todos los escuderos afectaban actitudes teatrales) y le dieron el beso de despedida, excepto maese Kidderminster, cuya joven naturaleza no estaba exenta de una dosis de misantropía, habiendo, además, acariciado pro-

yectos matrimoniales, que nadie ignoraba; por lo que se habia retirado de antemano, en un acceso de mal humor. El señor Sleary tenia que cerrar el último cuadro. Abriendo los brazos, tomó á la chiquilla con las dos manos y quiso hacerla saltar distintas veces, al modo de los profesores de equitación que felicitan á una escudera, después de haber ésta practicado con éxito un ejercicio hípico; mas no halló elasticidad alguna en Sissy, que estuvo de pie y llorando delante de él.

— ¡Adiós, querida! — dijo Sleary. — Espero que harás fortuna. Ninguno de tus compañeros tratará de importunarte, puedes estar segura de ello. Quisiera que tu padre no se hubiera llevado el perro; es una lástima que no lo tengamos para reclamo. Pero ¡bah! Pata-alerta no haría nada sin su amo, de manera que es lo mismo, después de todo.

Dicho esto, examinó atentamente á Sissy, con su ojo fijo, al mismo tiempo que vigilaba la compañía con el movable; besóla y la presentó al señor Gradgrind, siguiendo su costumbre, como si fuera un caballo.

— Tómela, caballero — dijo, después de proceder al examen de la niña, como si acabara de ensillar — y le honrará. ¡Adiós, Cecilia!

— ¡Adiós, Cecilia! ¡Adiós, Sissy! ¡Que Dios

te bendiga! — exclamaron multitud de voces, en la habitación.

Sin embargo, el ojo del maestro de equitación percatóse de la botella de nueve aceites que Sissy estrechaba contra su pecho, y dijo de nuevo :

— Deja aquí esa botella, querida; dura ez de llevar y ahora no te zervirá de nada. Dámela.

— ¡No, no! — exclamó ella, con nuevo arranque de dolor. — ¡Oh, no! Quiero guardarla para papá. Cuando regrese, la necesitará. No pensaba irse, cuando me encargó que la fuera á buscar. Permítame que la guarde para él.

— Como quieraz, querida (Ya vé V., caballero). Vamoz, adióz, Cecilia. Miz últimaz palabraz zon de que no faltez á laz condicionez impueztaz, obedeciendo al caballero y olvidándonz. Pero zi, cuando zeaz grande, cazada y rica, vez acazo á una compañía de acróbataz, no te mueztrez dura con ella ni orgulloza; protéjeloz, pidiéndolez un ezpectáculo, zi puezdez, y pienza que podríaz hacer coza peor. Conviene que la gente ze divierta de un modo ú otro, caballero — continuó Sleary, volviéndose más asmático con ese derroche de palabras — No ziempre ze puede trabajar, no ziempre ze puede aprender. Trata de zacar partido de nozotroz, en vez de irritarnoz con tu dezprecio. Ziempre

me he ganado la vida en la equitación, y conzi-  
dero que le ezplico la filozofía de la coza, di-  
ciéndole : Caballero, háganoz zervir para algo,  
antez que dezpreciarnoz.

Esta lección de filosofía sleariana se dió desde  
lo alto de la escalera á los caballeros que baja-  
ban; y el ojo fijo del filósofo, así como el mo-  
vible, perdieron pronto de vista á los tres per-  
sonajes y el cesto, los cuales desaparecieron en  
las tinieblas de la calle.

## CAPÍTULO VII

### LA SEÑORA SPARSIT

Como el señor Bounderby era soltero, cui-  
daba de su interior doméstico una señora ya en-  
trada en años, mediante cierta retribución anual.  
Esta señora se llamaba Sparsit; y puedo asegu-  
raros que ocupaba un rango muy distinguido,  
entre los criados uncidos al carro del señor  
Bounderby, en el cual ese fanfarrón de humil-  
dad se cuadraba con aire de triunfo.

No sólo la Sra. Sparsit había pasado en su  
existencia mejores días, sino que estaba em-  
parentada con familias de pro. Una tía de ella,  
aun en vida, se llamaba lady Scadgers. El di-

funto Sparsit, de quien era ella viuda, llevaba de parte de su madre el nombre de « Powler ». Sucedia á menudo que extranjeros sin instruccion y de inteligencia limitada no sabían lo que era un Powler; otros habia que parecían preguntarse si esa palabra queria dar á entender una profesion, un partido politico ó alguna secta religiosa. Sin embargo, los espíritus más elevados conocían perfectamente que los Powlers eran de linaje antiguo, que buscaban sus antepasados muy lejos, con peligro de extraviarse en el camino, lo que les ocurrió con bastante frecuencia, gracias á las carreras de caballos, á la ruleta, á los prestamistas judíos y á las quiebras.

El difunto señor Sparsit, que descendía de los Powler por su madre, se habia, pues, casado con esa señora, que descendía por su padre de los Scadgers. Lady Scadgers (vieja enormemente gruesa, con un desordenado apetito por la carne, tenia una pierna misteriosa que, desde catorce años, rehusaba saltar de la cama) habia arreglado ese matrimonio en la época en que dicho Sparsit acabara de llegar á su mayor edad, haciéndose notar sobre todo por su cuerpo delgado, sostenido débilmente por dos piernas largas y entecas, con la cabeza prominente, de modo que daba pena hablar de él. Habia here-



dado de su tío una asaz importante fortuna, que había empeñado hasta el último céntimo, antes de cobrarla, habiendo también hallado modo de gastarla dos veces consecutivas, inmediatamente después. Además, murió á los veinticuatro años (la escena tuvo lugar en Calais y la enfermedad fué el aguardiente), dejando en situación muy precaria á la viuda, de la que se separó poco tiempo después de la luna de miel. La viuda inconsolable, que contaba quince años más que él, no tardó en enemistarse con lady Scadgers, única parienta que le quedaba; y consintió en entrar al servicio de una casa, bajo salario, ya para fastidiar á milady, ya para procurarse medios de subsistencia. Catadla, pues, en sus viejos años, á pesar de la soberbia nariz á la Coriolano y sus pobladas cejas negras, que conquistaran al señor Sparsit, catadla haciendo el te para el señor Bounderby, mientras que éste se sienta para almorzar.

Si Bounderby hubiera sido un conquistador y la señora Sparsit una princesa cautiva, incorporada á su séquito, como accesorio de su cortejo triunfal, no hubiera podido hacer, respecto de ella, más ruido del que hacía. Del mismo modo que su vanidad le llevaba á deprimir su propio origen, exaltaba el de la señora Sparsit. Como no quería admitir que su

juventud se señalara por alguna contingencia feliz, se complacía también en embellecer la existencia juvenil de la señora Sparsit con una aureola de bienestar, sembrando innumerables rosas en el camino recorrido por la dama.

— Y, sin embargo, caballero — tenía costumbre de decir, á manera de conclusión — ¿cómo ha terminado ello, después de todo? Vedla ahora que, por cien libras (1) anuales (le doy cien libras, y tiene la bondad de considerar mi don generoso) dirige la casa de Josué Bounderby de Cokeville.

Hacía resaltar tan á menudo este vivo contraste, que algunas personas se apoderaron de tal arma y consiguieron manejarla con destreza. Uno de los rasgos lastimosos de Bounderby era que, no sólo tocaba él mismo su trompeta, sino que animaba á los demás para que le repitieran el eco. No se podía acercar uno á él, sin que se contagiara de su espíritu jactancioso. Algunos extranjeros, que en los demás sitios se portaban con moderación, levantábanse de súbito, al final de un banquete de cokeburgueses, y ponían á Bounderby en las nubes con discursos de una elocuencia servil. Según ellos, Bounderby representaba las insi-

(1) 2.500 francos.

gnias de la realeza, el estandarte de Inglaterra, la gran carta, John Bull, el *habeas corpus*, los derechos del hombre. « La casa de un inglés es su castillo fuerte », la Iglesia y el Estado,... Dios proteja á la reina : todo esto se resumía en Bounderby. Y cuando alguno de los oradores, como ocurría siempre, citaba en su peroración este dístico tan conocido : « — Los principes y lores pueden rodar por el suelo ; — el soplo que los hizo puede también deshacerlos », el auditorio quedaba más ó menos convencido de que se refería á la señora Sparsit.

— Señor Gradgrind — dijo la señora Sparsit — se entretiene V. en su almuerzo más que de ordinario.

— Ya verá, señora — respondió. — Pienso en la genialidad de ese Tom Gradgrind (Tom Gradgrind, con acento de despreocupación y de independencia, como si alguien se hubiera empeñado en hacerle decir Tomás y no lo hubiera conseguido, á pesar de ofrecerle sumas exorbitantes); en esa genialidad de Tom Gradgrind, que se ha metido entre ceja y ceja la educación de esa pequeña saltimbanqui.

— Precisamente la chiquilla aguarda — dijo la señora Sparsit — que se le diga si debe ir directamente á la escuela ó empezar por llegarse á Pedro-Loge.

— Es preciso que aguarde, señora — respondió Bounderby — hasta que yo mismo sepa lo que debe hacer. Presumo que no tardará en venir Tom Gradgrind. Si quiere que permanezca un día ó dos más en nuestra casa, podrá quedarse aquí, naturalmente, señora.

— Desde luego podrá quedarse, si así lo dispone V., señor Bounderby.

— Anoche ofrecí á Tom Gradgrind levantar una cama en algún sitio para la chiquilla, de modo que tuviera una noche para reflexionar, antes que decidirse á establecer relaciones entre Luisa y la hija del señor Jupe.

— ¿De veras, señor Bounderby? Esto es muy prudente por parte de V.

La nariz coriolanesca de la señora Sparsit experimentó una ligera dilatación en sus ventanas, y sus negras cejas se contrajeron, mientras sorbía un poco de te.

— Entiendo — expuso Bounderby — que la gatita esa no sacará ventaja alguna de tal sociedad.

— ¿Habla V. de la señorita Gradgrind, señor Bounderby?

— Sí, señora; hablo de Luisa.

— Como solo decía V. una gatita — dijo la señora Sparsit — y se trataba de dos niñas, no comprendía bien lo que quería V. indicar.

— Luisa — repitió el señor Bounderby —  
Luisa, Luisa.

— Es usted como un segundo padre de  
Luisa, señor.

La señora Sparsit tomó otro sorbo de té; y, mientras inclinaba otra vez sus cejas fruncidas sobre el vapor de la taza, su semblante clásico parecía absorto en la evocación de las divinidades infernales.

— Si hubiere dicho V. que soy un segundo padre para Tom, el joven Tom, y no mi amigo Tom Gradgrind, se hubiera V. ajustado á la verdad. Pues voy á dar un empleo á Tom en mi despacho. Lo cobijaré con mis alas, señora.

— ¿De veras? ¿No es demasiado joven para eso, señor?

El « señor » de la señora Sparsit, dirigido al señor Bounderby, era palabra de gran ceremonia, antes para darse importancia á sí propia que para rendir homenaje á su burgués.

— No lo tomaré en seguida. Precisa que antes le atiborren de ciencia y que termine su educación — dijo Bounderby. — ¡Por lord Harry! Contando mucho, habrá tenido bastante. Que ojos más grandes abriría ese chico, si supiera los menguados conocimientos que yo tenía á su edad (El joven Tom no lo ignoraba, entre paréntesis, pues se lo había repetido con bas-

tante frecuencia.) Extraordinaria es la dificultad que tengo de hablar de un sin fin de cosas con el primero que venga en pie de igualdad. He ahí, por ejemplo, que toda la mañana hablo á V. de acróbatas. ¿Acaso puede conocer una mujer como V. á esa gente? En la época en que el permiso de hacer ejercicios acrobáticos en el ceno hubiese sido para mí una buena suerte, la lotería de mi existencia, usted se hallaba en los Italianos. Salía V. de la Opera, en traje de seda blanca y cubierta de joyas, radiante y deslumbradora, mientras yo no tenía siquiera dos perros para comprar la antorcha que debía iluminarla hasta su coche.

— Cierto es, señor — respondió la señora Sparsit, con dignidad triste y serena — que fui muy temprano una de las concurrentes asíduas de la Opera italiana.

— A fe mía, en cuanto á eso, también yo he sido uno de los concurrentes á la Opera — dijo Boudnerby — sino que estaba al otro lado de la puerta. Puedo asegurarle que el pavimento de sus arcos era una cama bastante dura. Gente como V., señora, habituada desde la infancia á dormir en plumazón, no puede formarse concepto de la dureza de una cama empedrada. Hay que probarlo. No; no vale la pena de hablar de acróbatas á una dama del rango de V. Antes

debiera hablarle de bailarines extranjeros, del barrio elegante de Londres, de fiestas, de lores, de ladies y de honorables.

— Me inclino á creer, señor — repuso la señora Sparsit, con resignación decente — que no es necesario que usted se ocupe en tales cosas. Juzgo que he aprendido ya á someterme á las vicisitudes de la vida. Prefiero oír el relato instructivo de los percances de V., que nunca me repetirá bastante; y si me inspiran mucho interés, no es gran mérito y me guardaré de lisonjearme por ello. Entiendo que todos hallan el mismo placer en esa narración.

— Es posible, señora — dijo su patrono — que exista gente bastante obsequiosa para decir que le gusta escuchar, á despecho de la franqueza grosera de su lenguaje, las pruebas por que debió pasar Josué Bounderby de Cokville. Pero usted, señora, se vé obligada á confesar que nació en el seno de la opulencia. Veamos ¿sabe V. bien que nació en el seno de la opulencia?

— No puedo — replicó la señora Sparsit, inclinando la cabeza. — No puedo negarlo, señor.

El señor Bounderby se vió obligado á abandonar la mesa, colocándose delante del fuego, para observarla mejor, tan satisfecho estaba del relieve que la daba.

— Y ¿usted frecuentaba la sociedad más encopetada? Una sociedad extraordinariamente educada, — añadió, calentándose las pantorrillas.

— Es verdad, señor — replicó la señora Sparsit, con una afectación de humildad, contraria á la del señor Bounderby — Ello ahuyentaba todo peligro de conflicto.

— Usted se contaba entre la gente más empin-gorotada, y así por el estilo — dijo el señor Bounderby.

— Si, señor — respondió la señora Sparsit, con cierto aire de viudedad social. — Esto, esto es indiscutible.

El señor Bounderby, doblando sus rodillas, abrazó literalmente sus mismas piernas, en señal de satisfacción, echándose á reír muy alto. En aquel momento anunciaron al señor Gradgrind y su señorita : recibió al primero con un apretón de mano y á la segunda con un beso.

— ¿Puede hacer venir aquí á Jupe, Bounderby? — preguntó el señor Gradgrind.

— Ciertamente.

Llegó Jupe. Al entrar, saludó al señor Bounderby, á su amigo Tom Gradgrind é igualmente á Luisa ; pero tuvo la desgracia, en su turbación, de olvidarse de la señora Sparsit. El tem-



pestuoso Bounderby, que advirtió la falta, creyó oportuno hacerle las observaciones siguientes :  
— ¡ Ah! ya. Te diré una cosa, niña. Esta dama, que ves junto á la tetera, se llama señora Sparsit. Ocupa aquí el lugar de directora de la casa. Por consiguiente, si otra vez tienes que entrar en una habitación cualquiera de esta casa, harás en ella una estancia corta, de no portarte, tocante á la señora, con todo el respeto de que seas susceptible. Ya sabes que me burlo, como del año cuarenta, del modo que obres respecto á mí; pues no tengo la pretención de ser algo. Lejos de tener padres de alcurnia, carezco absolutamente de ellos, y he salido de la escoria de la sociedad. Pero quiero que trates á esa señora con la deferencia y respeto debidos, pues de lo contrario no serás recibida aquí.

— Me inclino á creer, Bounderby — dijo el Sr. Gradgrind, en tono de conciliación — que Jupe sólo es culpable de una simple inadvertencia.

— Mi amigo Tom Gradgrind cree estar seguro, señora Sparsit — dijo Bounderby — que esa niña sólo es culpable de una simple inadvertencia. Esto me parece lleno de probabilidad. Pero usted sabe muy bien, señora, que no permito que se le falte al respeto, aunque sea por inadvertencia.

— Es usted muy bueno, señor — replicó la señora Sparsit, inclinando la cabeza con pomposa humildad. — No vale la pena de hablar de ello.

Sissy que, durante este coloquio se había excusado débilmente, fué entregada con los ojos en lágrimas al señor Gradgrind y con un gesto del dueño de la casa. Permaneció inmóvil, con la mirada fija en su protector, y Luisa estaba, por su parte, junto á su padre, con el semblante frío y los ojos bajos, mientras el Sr. Gradgrind proseguía :

— Jupe, he decidido llevarte á mi casa y ocuparte en ella, cuando no estés en la escuela, de modo que ayudes á la señora Gradgrind, que no disfruta de buena salud. He explicado á la señorita Luisa (aquí presente) el término desgraciado, pero natural, de tu carrera; y hay que entender de modo expreso que olvidarás todo tu pasado, no debiendo hacer nunca alusión á él. Sólo desde hoy empieza tu historia. Ya sé que hasta aquí has sido ignorante.

— Sí, señor; muy ignorante — respondió ella, con una reverencia.

— Tendré la satisfacción de educarte de modo positivo; y para todos aquellos con quienes te relaciones, serás una prueba viviente de las ventajas del sistema que presidirá á tu educación. Vas á ser realizada y restaurada. ¿ Acos-

tun brabas á leer delante de tu padre y de las personas con quienes te he encontrado? — preguntó el Sr. Gradgrind, indicándole con una seña que se acercara y bajando la voz, al formular esta pregunta.

— Sólo leía delante de papá y de Pata-alerta, señor. Dispéñeme, quería decir de papá, aunque Pata-alerta estaba siempre allí.

— Dejemos á Pata-alerta, Jupe — dijo el Sr. Gradgrind, que había fruncido el ceño. — Esta no es la pregunta. ¿Tenías costumbre de leer delante de tu padre?

— ¡ Oh! sí, señor; mil y mil veces. Eran aquellos los días más felices... ¡ oh, señor, los días más felices que hemos pasado juntos!

Solo en este instante, en que su dolor se puso de manifiesto, Luisa la contempló.

— Y ¿ qué clase de libros — preguntó el Sr. Gradgrind, con voz más baja aún — leías á tu padre, Jupe?

— Cuentos de hadas, señor. La historia del Enano, del Jiboso y de los Genios — dijo ella, sollozando — y del...

— ¡ Chitón! — dijo el Sr. Gradgrind. — Esto basta. No soples nunca palabra de esas tonterías peligrosas. Bounderby, hé ahí un buen asunto para una educación en regla, que seguiré con el mayor interés.

— Sea — respondió Bounderby — ya le di mi opinión: yo no hubiera obrado como V. Pero muy bien, muy bien, ya que V. lo quiere.

De esta manera fué como el Sr. Gradgrind y su hija llevaron Cecilia Jupe á Pedro-Loge. Durante el camino Luisa no dijo una palabra, ni buena ni mala. El Sr. Bounderby, por su parte, se fué á sus ocupaciones ordinarias. En cuanto á la señora Sparsit, se recogió en la sombra de sus cejas formidables, quedándose toda la noche meditando en la profunda oscuridad de ese retiro.

## CAPÍTULO VIII

### NO HAY QUE SORPRENDERSE NUNCA

Demos nuevamente la nota tónica, antes de continuar nuestra canción.

Cuando tenia media docena de años menos, sorprendieron á Luisa un día hablando con su hermano en estos términos: « Tom, me sorprende que... » Oyendo este prelude de conversación, el Sr. Gradgrind se presentó y dijo: « ¡ Luisa, no hay que sorprenderse nunca! »

Esta frase constituía el resorte del arte mecánico y misterioso de cultivar la razón, sin des-

cender á preocuparse de los sentimientos y afectos. Por medio de la suma, de la resta, de la multiplicación y de la división, arregladlo todo de cualquier manera y no os sorprendais jamás.

— Traedme — dijo Mac Choakumchild — á esa niña que apenas sabe andar y os garantizo que no se sorprenderá más.

Además de una porción de niños que apenas sabían andar, resultaba que en Cokeville había una población de chicuelos que marchaban al infinito desde largo tiempo, veinte, treinta, cuarenta, cincuenta años y más: como esos niños monstruosos eran seres que no podían pasear sus cuerpos en medio de ninguna sociedad humana, sin ser causa de inquietud, las dieciocho sectas religiosas no cesaban de arañarse el rostro y de arrancarse mutuamente los cabellos, so pretexto de llegar á una inteligencia respecto al mejor método que había que seguir para corregirlos. ¡Vano empeño! ¿No sorprende pensar en la manera como los medios empleados se adaptaban felizmente al objeto que perseguían? Sin embargo, aunque discrepasen sobre los demás puntos concebibles ó inconcebibles (sobre todo en los inconcebibles) estaban casi de acuerdo respecto á la prohibición de que esos niños desgraciados se extrañasen jamás. La secta numero 4 decíales

que debían creerlo todo bajo palabra. La secta numero 2 les expresaba que debían juzgarlo todo con arreglo á las fórmulas de la economía política. La secta número 3 les escribía folletos pesados como plomo, demostrando que los niños de juicio llegaban invariablemente á la caja de ahorros, al paso que los niños discolos llegaban invariablemente á la deportación. La secta numero 4 hacía esfuerzos lúgubres para divertir (solo con hablar de ello sentireis lágrimas en los ojos), tratando de ocultar bajo una prosa jovial ciertas trampas científicas, según los cuales el deber del gran niño es dejarse hundir. Sin embargo, había una cosa sobre la cual estaban de acuerdo todas las sectas y era la de que no hay que sorprenderse nunca.

Cokeville poseía una biblioteca cuyo acceso era fácil á todos. Intrigaba mucho al espíritu del Sr. Gradgrind lo que se leía en ella; y con tal motivo iba una serie de informes, acompañados de cuadros demostrativos, á precipitarse en el tempestuoso océano de memorial que nadie ha profundizado relativamente, sin volverse loco. Era un hecho muy triste, un hecho muy desconsolador: ¡ los lectores de la biblioteca seguían asombrándose! Se asombraban respecto á la naturaleza humana, sobre las pasiones humanas, en lo relativo á las esperanzas

humanas, los temores, las luchas, los triunfos, las derrotas, las inquietudes, los placeres y los dolores de la vida y la muerte de ciertos hombres y de ciertas mujeres vulgares. A veces, tras quince horas de trabajo, se ponían á leer relatos fabulosos, concernientes á hombres y mujeres que se les parecían más ó menos, ó referentes á niños que se parecían más ó menos á los suyos. En vez de pedir Euclides, estrechaban sobre su corazón á Daniel de Foë y tenían el gusto de encontrar más ameno á Goldsmith que un tratado de aritmética. Por más que el Sr. Gradgrind estudiara constantemente este problema, ya por escrito, ya de otro modo, no podía explicarse como se llegaba á tal resultado inconcebible.

— Estoy cansado de la vida que llevo, Lu. La detesto cordialmente y aborrezco á todo el mundo, menos á ti, — dijo ese desnaturalizado joven Tomás Gradgrind, mientras el crepúsculo se reflejaba en aquel salón parecido al de una peluquería.

— ¿ Aborreces á Sissy, Tom ?

— Odio la obligación de tener que llamarla Jupe. Ella, por su parte, me detesta — dijo Tom, con acento grosero.

— De ninguna manera, Tom, te lo aseguro.

— No puedo ser — dijo Tom. — Es evidente

que debe odiar á todos los de esta casa. Creo que no le darán descanso hasta que reviente. Se ha vuelto ya pálida como una figura de cera y está tan aburrida como yo.

De este modo se expresaba el joven Tomás, sentado á horcajadas frente al fuego, con los brazos en el respaldo de la silla, y el rostro gruñón apoyado en ellos. Su hermana estaba sentada en el rincón más oscuro de la chimenea, mirando á su interlocutor ó las chispas brillantes que caían de la reja al hogar.

— En cuanto á mí — dijo Tom, despeinando sus cabellos en todos sentidos, con sus groseras manos — soy un asno : he ahí lo que soy. Tengo la obstinación de un asno, soy más bestia que un asno, y no me divierto apenas. Sólo siento una cosa, y es no poder dar mojicones como él.

— No á mí, ¿verdad, Tom?

— No, Lu; no quisiera hacerte daño, á tí. He empezado por hacer una salvedad á favor tuyo. No sé lo que haría sin tí, en esta vieja cárcel, tan... alegre como la peste.

Tom había callado un instante, buscando palabras más lisonjeras y expresivas para definir el techo paternal, y la feliz comparación hallada pareció servir de ligero alivio á su ánimo irritado.



— ¿ De veras, Tom? ¿ Piensas realmente lo que acabas de decir?

— Si, pardiez. Pero ¿ á qué hablar de ello ?  
— respondió Tom, frotándose el rostro con la manga de su vestido, como para mortificar su carne y ponerla en armonía con su espíritu.

— Te preguntaba eso, Tom — dijo su hermana, después de seguir mirando un rato las chispas — porque á medida que avanzo en edad y me hago mayor, permanezco más ante el fuego y deploro no encontrar medio de reconciliarte con la vida de aquí. No me han enseñado lo que se enseña á las otras niñas. No puedo cantarte ni tocarte una canción. No puedo hablarte de manera que te distraiga, pues no he tenido nunca ocasión de ver un espectáculo ameno ni de leer ninguno de esos libros divertidos, de que sería un placer y un descanso hablarte, cuando estás aburrido y fatigado.

— A fé mía, ni yo tampoco estoy más adelantado que tú en ese punto; soy una acémila indigna hasta de mercado, lo que no tú. Puesto que papá estaba decidido á hacer de mí un chigarabís ó una mula, claro que debo ser una mula... y no otra cosa — dijo Tom con rabia.

— Es una buena lástima — dijo Luisa, con aire soñador, después de una pausa, escondiéndose siempre en el rincón oscuro. — Es una

buena lástima, Tom. Es una desdicha para tí y para mí.

— ¡ Oh! En cuanto á tí — dijo Tom — eres una niña, y una niña se sale siempre mejor de apuros que un chico. No veo que te falte nada. Eres el único placer que conozco. Tu alegras este cuchitril en que nos hallamos, y haces de mí lo que quieres.

— Eres un hermano á quien quiero, Tom; y mientras pueda hacete la vida más agradable, no echaré de menos mi ignorancia. Sin embargo, Tom, si no me han enseñado el modo de distraerte, he aprendido una porción de cosas que sentiría no conocer.

Se levantó y lo besó, volviendo luego á su rincón.

— Quisiera poder reunir todos los hechos de que se nos habla tanto — dijo Tom, enseñando los dientes con aire rencoroso — y todas las cifras y todas las gentes que los han inventado, y quisiera poder colocar debajo de ello mil barriles de pólvora, para enviarlo todo al diablo de una vez. Lo mismo da : cuando vaya á vivir á casa del viejo Bounderby, tomaré mi revancha.

— ¿ Tu revancha, Tom?

— Quiero decir que me divertiré un poco, yendo á ver y oír algo. Me desquitaré de mi educación.

— No te hagas ilusiones, Tom; el señor Bounderby tiene las mismas ideas que papá, y es mucho más duro y no es tan bueno.

— ¡ Oh! — exclamó Tom, riendo. — ¿ Qué me importa á mí? Ya encontraré medio de conducir y halagar al viejo Bounderby.

Las sombras de sus cuerpos se dibujaban en la pared; pero las de los grandes armarios de la habitación se confundían en el techo, cual si el hermano y la hermana estuvieran cobijados por una caverna sombría; y una imaginación fantástica (¿ hubiera podido cometerse tal sacrilegio, en aquel santuario de los hechos?) podía acaso descubrir allí la sombra del objeto de su conversación y del porvenir amenazador que presagiaba.

— ¿Cuál es tu medio de amansar y conducir á las gentes, Tom? ¿ Es un secreto?

— ¡ Oh! — dijo Tom. — Sí, es un secreto; no está muy lejos. Eres tú. Eres la niña mimada del señor Bounderby, su favorita; haría todo lo del mundo por tí. Cuando me diga algo que no me acomode, le contestaré: « Mi hermana Lu se sorprenderá de ello y la apenará, señor Bounderby. Siempre me decía que V. sería más indulgente. » Si este medio no basta para hacerle bajar velas, nada podrá con él.

Después de aguardar inútilmente una obser-

vacación á sus palabras, Tom cayó con todo el peso de su fastidio actual y se enroscó, bostezando, en las barrotas de su silla, despeinando más y más sus cabellos. Después, levantó la cabeza y preguntó :

— ¿ Duermes, Lu ?

— No, Tom ; miro el fuego.

— Parece que ves en él cosas que yo jamás he visto — dijo Tom. — Supongo que ésta es una ventaja que las chicas tienen sobre nosotros.

— Tom — preguntó su hermana, con voz lenta y acento extraño, cual si tratara de leer en el fuego una pregunta que no estaba escrita en él de modo claro — ¿ Te causa alegría la idea de abandonar esta casa, para ir á la del señor Bounderby ?

— Yendo á la suya, — respondió Tom, levantándose y retirando la silla — abandonaré esta casa, y ello es algo.

— Entrar en su casa — dijo Luisa, con el mismo acento — significa dejar ésta. Algo es, en verdad.

— No es que yo esté muy enfadado, Lu, para que piense dejarte precisamente aquí. Pero verás ; conviene que me vaya, de buen ó de mal grado, y vale más que me dirija adonde tu influencia me sea provechosa, y no

á otra parte en que no tuviese beneficio alguno.  
¿Comprendes?

— Sí, Tom.

La respuesta se había hecho esperar tanto rato que, aunque no denunciaba irresolución, Tom se acercó y apoyóse detrás de la silla de Luisa, para contemplar, del mismo punto de vista, el fuego que absorbía tanto el pensamiento de su hermana, para ver si en él había algo que explicara la distracción de Luisa.

— A fea mía, si no fuera precisamente fuego — dijo Tom — me parece tan estúpido y tan vacío como todo lo que nos rodea. ¿Qué ves tú en él? No será un circo ¿eh?

— Nada veo en él de particular, Tom. Pero, desde que lo estoy contemplando, me pregunto con sorpresa que será de tí y de mí, cuando seamos grandes.

— ¡Pues aun te sorprendes, tú! — dijo Tom.

— Tengo pensamientos tan revoltosos — contestó Luisa — que, por más que haga, siempre me hacen asombrar.

— Pues bien: te ruego, Luisa — dijo la señora Gradgrind, que acababa de abrir la puerta, sin que la oyeran — que no hagas nada. En nombre del cielo, desconsiderada hija, no hagas nada de ello, ó esto no va á concluir nunca con tu padre. En cuanto á ti, Tomás, es

realmente vergonzoso ver, cuando mi cabeza no me deja un instante de reposo, como un muchacho educado como tú y cuya educación cuesta tanto dinero, anima á su hermana á que se asombre, sabiendo que tu padre se lo ha prohibido terminantemente.

Luisa negó que Tom hubiese tomado parte alguna en ello; pero su madre la interrumpió del siguiente modo:

— Luisa, ¡ cómo puedes decírmelo en mi actual estado de salud! Pues, de no haberte inducido á ello, es imposible, física y moralmente, que te hayas permitido hacerlo!

— Nada me ha inducido á ello, mamá, si no es el fuego con sus chispas rojas, que veía caer de la reja, blanquear y apagarse. Entonces he pensado cuán corta, después de todo, sería mi vida y que moriré antes de hacer gran cosa.

— ¡ Fruslerías! — dijo la señora Gradgrind, volviéndose casi enérgica. — ¡ Fruslerías! No te empeñes en soltarme tonterías como esas, Luisa, pues sabes bien que, si esto llega á oídos de tu padre, no concluiremos nunca. ¡ Después de tantas penas como nos has costado! ¡ Desde que yo misma, cuando mi costado derecho se embotó del todo, te oí contestar al profesor una multitud de cosas sobre la combustión, la calcinación y la calorificación, hasta me atreveré

á decir sobre todas las clases de *acción* capaces de volver loca á una pobre enferma! Y, después de eso, ¡vienes ahora á hablarme así de chispas y ceniza! Quisiera — dijo la Sra Gradgrind, lloriqueando, tomando una silla y lanzando su argumento de más peso — antes que sucumbir bajo esas sombras engañosas de hechos, si, quisiera no haber tenido hijos. ¡Entonces hubiérais podido pasar sin mi!

## CAPÍTULO IX

### LOS PROGRESOS DE SISSY

Gracias al señor Mac Choakumchild y á la Sra Gradgrind, Sissy pasó algunos malos ratos y, durante los primeros meses de su ensayo, no dejó de sentir vivos deseos de alejarse de allí. Durante el día caía sobre ella tal granizada de hechos y se le presentaba la vida como cuaderno tan lleno de correcciones, que se hubiera escapado irremisiblemente, de no haberla contenido una idea.

Triste es confesarlo; pero el freno moral que la contuvo no fué resultado de ninguna fórmula aritmética. Al contrario, Sissy se lo imponía voluntariamente, á despecho de todo cál-

culo, aunque estuviera en contradicción directa con toda la tabla de probabilidades que un diestro tenedor de libros hubiera podido formar con tales datos. Creía la muchacha que su padre no la había abandonado; y esperaba verle volver, persuadida de que estaría muy contento, al saber que había estado en casa del Sr. Gradgrind.

La ignorancia deplorable con que Jupe se aferraba á esta idea consoladora, rechazando la realidad, muy diferente y basada sobre guarismos sólidos, de que su padre era un vago sin entrañas, despertaba en el Sr. Gradgrind una piedad entreverada de sorpresa. ¿Qué hacer, sin embargo? Mac Choakumchild declaraba que tenía un cerebro muy espeso, en el que era difícil hacer entrar los números; que desde que tuvo una noción general de la forma del globo, demostró el menor interés posible por conocer sus exactas dimensiones; que se hacía cargo de las fechas con una lentitud bochornosa, á menos que, por casualidad, se relacionaran con algún miserable acontecimiento histórico; que se echaba á llorar no bien se le pedía inmediatamente, por el procedimiento mental, lo que costarían doscientos gorros de muselina á un franco cuarenta y cinco céntimos cada uno; que ocupaba en la escuela el último sitio que



era posible ocupar; que después de estudiar durante ocho días los elementos de economía política, tuvo que ser corregida por una chiquilla, alta de tres pies, por haber hecho á la pregunta: « ¿Cuál es el principio fundamental de esta ciencia? » la absurda contestación: « Hacer á las demás lo que quisiera hiciesen para mí. »

El señor Gradgrind, moviendo la cabeza, dijo que todo esto era muy triste; lo que demostraba la necesidad de machacarle sin tregua la inteligencia en el molino de la ciencia, merced á los sistemas, anexos, informes, procesos-verbales y tablas explicativas, desde A á Z, y que era preciso que Jupe trabajase de firme. De manera que Jupe, á fuerza de trabajar de firme, se volvió muy triste y no, por ello, más sabia.

— ¡Como desearía estar en su lugar, señorita Luisa! — dijo un día que ésta trató de hacerle más inteligibles los hechos que á la mañana siguiente tenía que desembrollar.

— ¿ De veras ?

— ¡ Oh! ¡ lo quisiera de todo corazón, señorita Luisa! ¡ Sabría tantas cosas! Todo lo que ahora me dá tanta pena, entonces me sería fácil.

— Tal vez no ganarías mucho en ello.

Sissy respondió humildemente, después de haber vacilado un poco :

— Tampoco perdería nada.

La Sra. Luisa replicó que no respondía de ello.

Las relaciones que existían entre las dos chicas eran tan limitadas, (ya sea porque la existencia de los habitantes de Pedro-Loge se desarrollaba de un modo casi mecánico, demasiado monótono para no desalentar cualquiera intervención humana, ya sea por la cláusula que prohibía toda alusión á la carrera anterior de Sissy) que apenas se conocían. Sissy, fijando sus grandes ojos negros, con expresión de asombro, en el semblante de Luisa, quedó llena de indecisión, sin saber si debía responder algo ó permanecer en silencio.

— Eres más útil á mi mamá y de más buen humor que yo — prosiguió Luisa. — Estás de más buen humor que yo.

— Pero, si V. permite, señorita Luisa — interpuso Sissy — soy... ¡ oh! soy muy torpe.

Luisa, echándose á reir con más franqueza que de costumbre, le dijo que no tardaría en volverse sabia.

— Usted no sabe, — dijo Sissy, llorando á medias — lo torpe que soy. Durante la clase no hago más que faltas. El señor y la señora Mac Choakumchild me interrogan constantemente; y siempre, siempre me equivoco. No

puedo impedirlo. Parece que esto me viene naturalmente.

— Pero ¿ es que el señor y la señora Choakumchild no se equivocan nunca?

— ¡Oh! no — replicó ella vivamente. — Todo lo saben.

— Cuéntame algunas de tus faltas.

— No me atrevo, pues me dan vergüenza — dijo Sissy con repugnancia. — Hoy mismo, por ejemplo, el Sr. Mac Choakumchild nos daba explicaciones sobre la prosperidad natural...

— Nacional; creo que habrá dicho nacional — repuso Luisa.

— Sí; tiene V. razón... Pero ¿ no es lo mismo? — preguntó ella, con timidez.

— Ya que ha dicho nacional, harás bien en repetirlo — replicó Luisa con la sequedad y reserva de costumbre.

— Prosperidad nacional. Por ejemplo, nos ha dicho : esta sala representa una nación. Y en esta nación hay cincuenta millones de plata. ¿No goza esta nación de prosperidad? Niña número veinte, ¿ no es esta una nación próspera y no debe V. felicitarle de ello?

— Y ¿qué has contestado? — preguntó Luisa.

— Señorita Luisa, he contestado que no sabía. He creído que no podía saber si la nación prosperaba ó no, ó si debía ó no felicitarle por

ello, antes de saber quien tenía el dinero y si me correspondía alguna parte de él. Pero esto no tenía nada que ver con la pregunta. Esto no estaba en los números — dijo Sissy, enjugándose los ojos.

— Has padecido un gran error — observó Luisa.

— Sí; ahora lo sé, señorita Luisa. Entonces el señor Mac-Choakumchild ha dicho que iba á darme medio de conocerlo. « Esta sala, ha dicho, representa una gran ciudad y contiene un millón de habitantes. Entre éstos hay veinticinco que mueren todos los años de hambre en las calles. ¿ Qué debe V. observar sobre tal proporción? » Mi observación (pues no he podido encontrar otra mejor) ha sido la de que ello tenía que ser duro igualmente, para los que morían de hambre, que existiese un millón de habitantes como un millón de millones. Y seguía equivocándome.

— Es evidente.

— Entonces el señor Mac-Choakumchild ha dicho que iba á darme otra probabilidad; he aquí la gimnástica... ha dicho.

— La estadística — dijo Luisa.

— Sí, señorita Luisa (esto me recuerda siempre la gimnasia, y he ahí uno de mis errores). La estadística de los accidentes ocurridos

en el mar. Y encuentro, dijo el señor Mac-Choakumchild, que cien mil personas, durante un tiempo determinado, se han embarcado para largos viajes, y se han ahogado ó han perecido quemados unos quinientas ¿Qué tanto por ciento es éste? Y he contestado, señorita — y Sissy se echó á llorar, como demostrando el arrepentimiento que sentía por sus faltas — y he contestado que esto no hacía nada....

— ¿Nada, Sissy?

— Sí, señorita. Nada á los parientes y amigos de los que habían muerto. No aprenderé nunca — dijo Sissy — y lo peor es que, si bien mi padre deseaba que aprendiera algo, y yo tengo ganas de ello porque él lo quería, temo que las lecciones acabarán por disgustarme.

Luisa continuó mirando la cabeza linda y modesta que se inclinaba avergonzada, hasta que Sissy la levantó para interrogar el semblante de su interlocutora. Entonces ésta le preguntó:

— Al desear que aprendieras tanto ¿tu padre debía ser muy instruído?

Sissy vaciló antes de responder, demostrando tan claramente que la aventuraban en un camino prohibido, que Luisa añadió:

— Nadie nos oye y, por lo demás, nada hay que decir respecto á una pregunta tan inocente.

— No, señorita — respondió Sissy, después

de recibir este estímulo y moviendo la cabeza.  
— Papá no sabe casi nada. Con dificultad puede escribir y apenas si hay quien pueda leer su escritura, excepto yo, que la leo de corrido.

— Y, ¿ tu madre ?

— Papá me dijo que sabía mucho. Murió cuando yo nací. Era... — Sissy mostróse algo nerviosa, al hacer esta terrible confidencia — era una bailarina.

— ¿ La quería, tu papá ?

Luisa hacía estas preguntas con interés vivo, aturdido, desordenado, lo que le era peculiar ; interés que, al sentirse proscrito, se extraviaba de derecha á izquierda, para ir á esconderse en algún sitio solitario.

— ¡ Oh ! sí, con la misma ternura que me quiere á mí. Papá empezó á quererme, por el amor que sentía hacia mi madre. Me llevaba siempre con él, cuando apenas podía andar. Además nunca estuvimos separados.

— Y, sin embargo, ahora te ha abandonado, Sissy.

— Solo por mi bien. Nadie comprende á mi papá ; nadie le conoce tan bien como yo. Al dejarme por mi bien (pues nunca lo hubiera hecho por el suyo) estoy segura de que se le ha lacerado el corazón. No tendrá un solo minuto de felicidad, hasta que vuelva.

— Dáme otra cosa de él, y no te hablaré más de ello — dijo Luisa. — ¿Dónde vivíais?

— Viajábamos por todo el país, y no teníamos domicilio fijo. Mi papá es payaso.

Sissy pronunció en voz baja el espantoso vocablo.

— ¿Para hacer reír á la gente? — dijo Luisa con un movimiento de cabeza, indicando que comprendía la palabra.

— Sí. Pero á veces la gente no quería reír, y mi padre se echaba á llorar. Desde algún tiempo á esta parte la gente casi no reía, y mi papá regresaba desesperado. Mi papá no se parece á los demás hombres. Los que no le concian ni le querían como yo, pensaban que su cabeza no estaba del todo bien. A veces le jugaban trastadas; pero no sabían el mal que le hacían, y se desesperaba cuando estaba solo conmigo.

— Y ¿tu eras su consuelo, en medio de estos sinsabores?

Sissy respondió inclinando la cabeza, en señal afirmativa, mientras las lágrimas inundaban su rostro. Después añadió:

— Así lo creo, pues él me lo repetía siempre. Por haberse vuelto tan tímido y tembloroso, y porque sabía que era hombre débil é ignorante (estas eran sus palabras) tenía mucho

empeño en que yo aprendiera, para no seguir su suerte. Á menudo leía yo ante él, y él se deleitaba escuchándome. Eran libros malos, y no debo hablar aquí de ellos, pero no teníamos otros.

— ¿Le gustaban á él? — preguntó Luisa, cuya mirada escrutadora estaba fija en Sissy.

— ¡Oh, mucho! Con frecuencia le hacían olvidar sus penas. Y muy á menudo, por le noche, no pensaba siquiera en sus desventuras y se preguntaba sólo si el sultán permitía á la dama que concluyera su historia, ó si le hacía cortar la cabeza, antes de que la terminara.

— Y ¿tu papá fué siempre bueno para tí, hasta que se marchó? — preguntó Luisa, infringiendo el gran principio, pues iba sorprendiéndose y extrañándose más y más.

— ¡Siempre! ¡Siempre! — replicó Luisa, juntando las manos. — Mucho más, mucho más de lo que yo pudiese decir. Sólo una noche se enfadó, y no fué conmigo, sino con Pata-alerta. Pata-alerta (mentó en voz baja el hecho terrible) era un perro sabio.

— ¿Porque se enfadó con el perro? — preguntó Luisa.

— Poco después de regresar del circo, papá mandó á Pata-alerta que subiera al respaldo de dos sillas y que se estirara en ellas, dos pies



en la una y dos en la otra : era una de sus habilidades. Miró á mi padre y no obedeció al punto. Aquel día todo le habia ido al revés á mi papá y no habia contentado al público. Entonces se dió á exclamar que el perro también se percataba de que él se hacia viejo y no queria compadecerle. Entonces le pegó y yo me espanté. Papá, le dije, no hagas daño á esta bestia, te lo ruego : ya sabes que la quiero mucho. ¡ Oh papá, detente, y que Dios te perdone ! Se contuvo y el perro sangraba. Mi papá se sentó en el suelo, con el perro en brazos, y se echó á llorar, mientras Pata-alerta le lamia el rostro.

Luisa vió que sollozaba; se dirijió hacia ella, la besó, tomándole la mano y sentándose á su lado.

— Cuéntame, para concluir, dé qué modo te ha abandonado tu papá, Sissy. Ya que te he preguntado tanto, puedo también hacerte esta última pregunta. Todas las faltas, si las hay, serán para mí y no para tí.

— Querida señorita Luisa — dijo Sissy, cubriéndose los ojos y sollozando aún — Aquella tarde volvi de la escuela á mi casa, y encontré á mi pobre papá que precisamente también acababa de regresar del circo. Balancébase en su silla, delante del fuego, como si

no se encontrara bien. Le pregunté « ¿Te has hecho daño? » (esto le ocurría á menudo<sup>al</sup>, como á los demás), y respondió: « Un poco, querida. » Y, cuando me acerqué á el, inclinándome y mirando su rostro, ví que lloraba. Cuanto más le hablaba, más escondía el semblante. Todos sus miembros temblaron, y no dijo más que: « ¡Querida mía! ¡ Amor mío! »

En aquel instante Tom llegó allí, paseando, y contempló á las dos chicas con sangre fría, lo que denotaba sólo interés para sí propio, de lo que en aquel momento no abusaba mucho.

— Iba á hacer algunas preguntas á Sissy, y no precisa que te vayas; pero déjanos hablar un minuto ó dos, mi querido Tom.

— ¡Oh! muy bien — replicó Tom. — El viejo Bounderby está y quería yo pedirte que bajas al salón, porque si bajas, apuesto veinte contra uno á que me invita á comer y, si no bajas, no hay que apostar nada.

— Bajaré al instante.

— Te aguardo — dijo Tom — para estar seguro de que no te olvidarás.

Sissy prosiguió, bajando un poco la voz:

— En fin, mi pobre padre me dijo que no estaban contentos de él, y que no lo estarían más; que era una vergüenza y una deshonra que yo le perteneciera, y que estaría mejor

sin él. Le dije todas las cosas tiernas que sentía mi corazón, y poquito á poco se calmó. Entonces me senté á su lado, contándole lo que había ocurrido en la escuela, todo lo que se había dicho, todo lo que se había hecho. Cuando no tuve más que referir, le eché mis brazos al cuello y le besé repetidas veces. Después me rogó que fuera á buscar algo de esa droga que él utilizaba, para curar la pequeña herida que se había hecho, encargándome que me dirigiera al otro extremo de la población. Y, después de besarme otrá vez, me dejó salir. Al llegar abajo de la escalera, volví á subir para estar con él un pocomás. Entreabí la puerta y le dije : « Papá ¿quieres que me lleve Pata-alerta ? » Papá movió la cabeza, diciendo : « No, Sissy, no. No tomes nada de lo que me ha pertenecido y que se sepa, querida » ; y le dejé sentado junto al fuego. A buen seguro que entonces fué cuando le vino la idea, á mi pobre padre, de ir á probar algo en bien mío ; pues cuando volví, ya se había marchado.

— Oye, Lu, no olvidemos al viejo Boun-  
derby — dijo Tom, con acento de reproche.

— Nada más tengo que contarle, señorita Luisa, sino que guardo la botella y que estoy segura de que volverá. Cada carta que veo

en manos del Sr. Gradgrind me corta la respiración y me deslumbra, pues me figuro que viene de mi papá ó que el Sr. Sleary nos da noticias suyas. Pues el Sr. Sleary quedó en escribir, no bien supiera de él, y no hay cuidado de que falte á su promesa.

— ¡Vamos, Lu, no olvides al viejo Bounderby! — dijo Tom, silbando con impaciencia. — ¡ Si te entretienes, se marchará !

A partir de aquel día, siempre que Sissy saludaba al Sr. Gradgrind delante de sus hijos y decía con voz algo temblorosa : « Pido mil perdones al señor de que le moleste de ese modo... pero ¿no ha recibido V. alguna carta que me interese ? », Luisa interrumpía su trabajo momentáneo, cualesquiera que fuese, y aguardaba la respuesta con la misma ansiedad que Sissy. Y cuando, invariablemente, el Sr. Gradgrind contestaba : « No, Jupe, no he recibido ninguna carta de ese género », el temblor que agitaba los labios de Sissy se repetía en el semblante de Luisa, cuya mirada de compasión acompañaba á Sissy hasta la puerta. El señor Gradgrind aprovechaba la ocasión para aleccionarles, observando, no bien se marchara Jupe, que si hubiera venido á tiempo y se la hubiera educado convenientemente, se habría hecho cargo, con arreglo á principios irrefuta-

bles, de lo absurdo y loco que había en las esperanzas fantásticas que abrigaba ahora. Bien sabía el desgraciado que una esperanza fantástica se apodera del espíritu con tanta fuerza y tenacidad como un hecho real.

Pero, en caso de que no lo supiera, su hija se había percatado bien de ello. En cuanto á Tom, como otros antes que él, llegaba al resultado triunfal de aquel cálculo que consiste en no ocuparse más que del *número uno*, es decir, de sí mismo. Respecto á la Sra. Gradgrind, si alguna vez hablaba de ello, era sólo para decir, deshaciéndose un poco de las mantas y chales en que estaba agachada, como una marmota humana:

— Bondad divina, ¡ como se alborota mi pobre cabeza, oyendo pedir á la muchacha Jupe, con tanta insistencia, sus fastidiosas cartas ! A la verdad parece que estoy consagrada, destinada y condenada á vivir en medio de cosas que nunca concluyen. Esto es, ciertamente, muy extraordinario, y parece como si jamás deba yo ver el fin de nada.

Al llegar á esta parte de su discurso, sintió la mirada fija del Sr. Gradgrind; y, bajo la influencia de este hecho glacial, volvió al punto á su modorra.

## CAPÍTULO X

ESTEBAN BLACKPOOL

Tengo la debilidad de creer que el pueblo inglés está condenado á una labor tan ruda como los pueblos para los que brilla el sol. Es como una idiosincrasia, una debilidad personal, si quereis, lo que hace que tome yo por los trabajadores un interés especial.

En el barrio más laborioso de Cokeville, detrás de las fortificaciones de aquella fea ciudadela, de donde algunos montones de ladrillos superpuestos apartaron á la naturaleza, teniendo aprisionada una atmósfera de miasmas y de gas mefíticos; en el centro de ese laberinto de callejuelas, hacinadas unas sobre otras, después de venir al mundo una á una, presurosas como estaban de responder á la necesidad de tal ó cual ciudadano; en el fondo y en el rincón más malsano de ese vasto recipiente insalubre, donde las chimeneas, ahogadas por la falta de aire, habían tenido que tomar una multitud de formas achaparradas y encorvadas, como si cada casa quisiera anunciar, por medio de tal enseña, qué clase de gente podía verse salir

del interior ; entre la vil multitud de Cokeville, á la que se llama genéricamente los Brazos (raza que ciertas personas verían con buenos ojos, si la Providencia hubiese creído oportuno no concederle brazos ó, como á los moluscos de las orillas del mar, un estómago extraordinario) habitaba un tal Esteban Blackpool, de cuarenta años de edad.

Este hombre parecía tener más, pero había llevado una vida muy laboriosa. Se ha dicho que toda existencia tiene sus rosas y sus espinas ; pero aquí, por razón de un desprecio de que era víctima Esteban, precisaba que otro acaparase las rosas del obrero, mientras que éste había tenido la mala suerte de acaparar las espinas de aquél, además de la parte que le correspondía. Para emplear su frase, diré que había tenido un montón de desgracias. Se le llamaba ordinariamente el viejo Esteban, lo que constituía una especie de homenaje á la tristeza que le causaba esta vejez prematura.

Era un hombre algo encorvado, de frente arrugada, de aspecto soñador, con una gran cabeza, cubierta por largos y escasos cabellos grises, de un gris de hierro. El viejo Esteban hubiera podido pasar por un hombre muy inteligente entre los individuos de su condición. Y, sin embargo, no se lo hacía valer. No

figuraba entre esos Brazos notables que, aprovechando los pocos intervalos de ocio en muchos años, llegaban á iniciarse en alguna ciencia difícil ó á adquirir conocimientos que no parecían de su condición. No se contaba entre los Brazos que saben pronunciar discursos ó presidir una asamblea. Miles de compañeros suyos sabían expresarse mejor que él en tales ocasiones. Era un buen tejedor mecánico y hombre de integridad perfecta. ¿Atesoraba algo mejor? ¿Cuáles eran sus demás cualidades, si reunía ciertamente otras? Dejemos que se encargue él mismo de hacérselo saber.

Todas las luces de esas grandes fábricas, que por la noche, cuando estaban encendidas, semejaban castillos encantados (al menos lo decían así los viajeros en tren expreso) acababan de extinguirse, y las campanas habían anunciado el fin de la jornada de trabajo, para volver á empezar al día siguiente ; y los Brazos, hombres y mujeres, chicos y chicas, volvían á sus casas, haciendo resonar el pavimento con los pies. El viejo Esteban aguardaba en la calle, experimentando la sensación que despierta el cese del movimiento mecánico, sensación particular, en efecto, y que le hacía creer que el movimiento seguía y se paraba cada noche en su cabeza, como en la maquinaria.



— No veo aun á Raquel — se dijo.

Llovía, y muchos grupos de mujeres pasaron cerca de él, con sus mantones vueltos del revés y colocados encima de sus cabezas desnudas, reteniéndolos con la mano en la barba, para preservar el rostro de la lluvia. Era preciso que conociera bien á Raquel, pues le bastaba una mirada dirigida á uno de esos grupos para cerciorarse de que no formaba parte de él. Luego no pasó ninguno más. Entonces se alejó á su vez, murmurando con acento desazonado.

— ¡Vamos, que también la he dejado pasar !  
No bien recorrió la extensión de tres calles, fijóse en una de aquellas figuras, medio escondidas en su manto, y la examinó con tanta atención, que tal vez debió bastarle ver la sombra dudosa, para reconocerla, reflejándose en el pavimento húmedo, si sus movimientos precipitados no se le hubieran echado à perder. Andando entonces con paso rápido y menos ruidoso, lanzóse de ese modo hasta llegar junto à aquella mujer; después recobró su andar primitivo, y llamó : « ¡Raquel ! »

Esta se volvió, encontrándose entonces bajo la luz de una lámpara ; y, levantando un poco su capucha, dejó ver un rostro ovalado, de fisonomía agradable, de tez morena y delicada,

con un par de ojos animándola dulcemente y unos cabellos alisados que la embellecían. Este semblante no tenía el brillo de la juventud, pues era ya el de una mujer de treinta y cinco años.

— Ah, muchacho, ¿eres tú?

Después de pronunciar estas palabras, con una sonrisa fácil de leer en su rostro y en sus ojos, volvió á colocarse el capuchón y andaron juntos el camino.

— Creía que ibas detrás de mí, Raquel.

— No.

— ¿Has salido temprano esta noche?

— A veces salgo un poco antes, Esteban; á veces un poco tarde. No puedo saber nunca la hora en que iré á casa.

— ¿Ni tampoco la hora en que sales, por lo que parece, Raquel?

— No, Esteban.

La contempló con una expresión que denunciaba cierta contrariedad, así como la convicción respetuosa de que ella estaba en lo justo, hiciera lo que hiciese. Esta expresión no escapó á la mirada de Raquel, que puso una mano ligera en el brazo de su compañero, como dándole las gracias.

— Somos tan buenos amigos, muchacho mío, y nos vamos haciendo ya tan viejos...

— ¿Tú, Raquel? Eres más joven que nunca.

— Nos sentiríamos un poco embarazados, si envejeciéramos el uno sin el otro, Esteban, mientras vivimos — respondió ella, riendo. — Pero somos, en todo caso, amigos tan viejos, que sería gran pecado y mucha lástima ocultarnos el uno al otro una palabra de buena verdad. Vale más que no nos paseemos juntos. ¡Oh! ya llegará el tiempo. Sería, en verdad, muy cruel que perdiéramos la esperanza — dijo ella con dulce alegría, que trataba de comunicar á su amigo.

— De todos modos es muy duro, Raquel.

— Procura no pensar en ello, y así no lo hallarás tan pesado.

— Tiempo hace que lo intento, pero no lo consigo. Y tú tienes razón: pueden charlar mal de ti. Has sido un consuelo tal paramí, Raquel, me has hecho tanto bien y me han animado tanto tus alegres palabras, que tu voluntad es ley para mí. ¡Ah, sí, hija mía, una ley buena y agradable!

— No te atormentes con esas ideas, Esteban — respondió ella vivamente y con la mirada algo inquieta. — Deja tranquilas á las leyes.

— Sí, sí — dijo él, moviendo lentamente la cabeza, dos ó tres veces. — Dejémoslas tranquilas; dejémoslo todo tranquilo, porque todo es un lodazal, y no otra cosa.

—; Siempre un lodazal! — dijo Raquel, volviendo á tocarle dulcemente el brazo, para distraerle de la meditación, durante la cual, mientras andaba, iba mordiendo la cola de su corbata, anudada con descuido al rededor de su cuello. Este contacto produjo un efecto correlativo. Dejó caer el extremo del pañuelo, que tenía entre sus dientes, volvió el rostro hacia ella, sonriendo, y prosiguió con halagüeño acento :

— Sí, Raquel, hija mía ; siempre un lodazal! No salgo de ahí. Vuelvo constantemente al lodazal. Me pongo á chapotear y no saco nada.

Habían andado ya bastante y estaban cerca de su habitación respectiva. La de la mujer era más próxima : Raquel vivía en una de estas numerosas callejuelas, para las que el empresario de funerales más en boga (el cual ganaba una pequeña, aunque bonita suma por las pompas fúnebres de aquella vecindad) tenía siempre dispuesta una escalera negra, para ayudar á los que, al fin, habían logrado subir ó bajar á tientas por los escalones estrechos, de manera que pudiesen pasar más cómodamente de este mundo al otro. Se detuvo ella en un rincón y, estrechándole la mano, le dió las buenas noches.

— Buenas noches, mi querida Raquel, buenas noches.

Bajó ella por la calle oscura, con su aspecto sencillo y cuidadoso, con andar sereno y modesto. El la siguió con los ojos, hasta que desapareció en una casa humilde de allí cerca. No había ondulación de aquel chal que no cobrara interés à los ojos de Esteban; ni sonido de aquella voz que no despertase un eco en su corazón.

Cuando la hubo perdido de vista, prosiguió su camino, en dirección á su casa, mirando al cielo de vez en cuando. Las nubes se amontonaban en él rápida é impetuosamente. Pero de pronto el tiempo abonanzó, cesando la lluvia, y la luna, con su brillo, parecía mirar curiosamente, por el fondo de las altas chimeneas de Cokeville, los vastos hornos emplazados debajo de ella, al paso que dibujaba gigantescas sombras de maquinaria en las paredes interiores de las fábricas. La frente del obrero parecía iluminarse, lo mismo que el cielo, mientras avanzaba.

Su habitación, situada en una calle muy parecida á la primera, solo que era más estrecha, se hallaba encima de una tienda pequeña. ¿Cómo era posible que la gente se dignase comprar ó vender los miserables juguetes, que en

las vitrinas estaban confundidos con periódicos de á perra chica y con pedazos de manteca (Hasta se veía allí una pierna de cerdo, que debía sortearse el dia siguiente) Poco nos importa saberlo ahora. Esteban buscó, en un anaquel, un cabo de bujía, encendiéndolo en otro cabo, que ardía en el mostrador, sin molestar á la dueña del almacén, la cual estaba medio dormida, y subió por la escalera á su alojamiento.

Este se componía de un cuarto, cuyos inquilinos anteriores no dejaron, al pasar por él, de trabar relaciones con la escàlera lúgubre, de que antes he hablado; estaba tan bien acondicionado, en aquel momento, como podía estarlo semejante cuchitril. En un rincón, sobre un viejo pupitre, veíanse varios libros y algunas páginas de escritura. El mueblaje era suficiente. Si bien la atmósfera estaba viciada, el cuarto se veía limpio.

Al dirigirse á la chimenea, para colocar la bugía en una mesa de tres pies, que se encontraba cerca de allí, Esteban tropezó con algo. Retrocedió, bajando la luz al suelo, y vió que aquel algo se movía y tomaba forma de una mujer sentada.

— ¡Bondad de Dios, mujer! — exclamó, apartándose. — ¡Cómo te atreves á volver!

Era, en verdad, una mujer ; pero ¡ qué mujer ! Una criatura perdida, borracha, á duras penas capaz de mantenerse en la actitud que tomara, apoyando una mano sucia y asquerosa en el suelo, mientras que, con la otra, hacía torpes esfuerzos para apartar de la cara los cabellos desgreñados, no consiguiendo otra cosa que ensuciarse más en el barro que los mancillaba ; una criatura tan repulsiva en sus harapos, sus manchas y salpicaduras, y aun más por su degradación moral, que daba vergüenza verla.

Después de lanzar dos ó tres juramentos de impaciencia y de agarrarse los cabellos con la mano suelta, logró separarlos y distinguir al obrero. Después, permaneciendo sentada, balanceó el cuerpo por delante, por detrás y, con su brazo impotente, hizo gestos que parecían tener que acompañarse de risas, aunque el rostro conservara su expresión dormida y atontada.

— ¡ Eh ! ¿ Muchacho, eres tú ?

Algunos sonidos roncós, que trataran de enunciar palabras, salieron, por fin, de la garganta de aquella mujer, con tono burlón, dejando ella caer su cabeza sobre el pecho.

— ¿ Si he vuelto ? — gritó ella, al cabo de algunos instantes, como si Esteban hubiera pronunciado sólo estas palabras. — ¡ Sí ! y vol-

veré aun. Volveré siempre. ¿Si he vuelto ? Sí, aquí me tienes. Y ¿ por qué no ?

Reanimada por la violencia con que gritara estas palabras, pudo levantarse, no sin trabajo, y quedar en pie, con las espaldas apoyadas en la pared ; dejando colgar á un lado, por las carrilleras, un fragmento de sombrero que parecía como si lo hubieran recogido en un estercolero. Mientras lo miraba, quería dar á su rostro una expresión de desprecio.

— Vuelvo para vender todo lo que tienes y luego vendré otra vez, hasta veinte — gritó ella, con ademán parecido á una amenaza y al de una danza báquica. — ¡ Quitate de ahí ! (Esteban, con la cara escondida en sus manos, se había sentado al extremo de la cama.) ¡ Quitate de ahí ! Esta es mi cama y tengo derecho á acostarme en ella.

Avanzó, tropezando. El se escabulló, tembloroso, con la cara siempre escondida, pasando al otro extremo de la habitación. Ella se echó en la cama y él la oyó pronto roncar. Esteban se dejó caer sobre una silla, que sólo abandonó una vez durante la noche. Ello fué para echar una mantá sobre aquella mujer, como si las manos que cubrían su rostro no le bastaran para alejarla de su vista, ni en medio de la oscuridad.



## CAPÍTULO XI

### NO HAY MEDIO DE LOGRARLO

De repente los palacios encantados se iluminan, y aún la pálida mañana no ha permitido ver las monstruosas serpientes de humo que se deslizan sobre Cokeville. El ruido de los zuecos en la acera, el rápido sonido de las campanas y las máquinas, parecidas á elefantes melancólicos, limpias y provistas de aceite para el trabajo del día, vuelven á empezar su ejercicio pesado.

Esteban está inclinado sobre su telar, atento, tranquilo y sin distraerse. Como los demás hombres ocupados en esta selva de telares, forma un contraste extraño con la maquinaria ruidosa, violenta y estallante, en la que trabaja. No tengais miedo, buenas gentes que todo lo temeis, no tengais miedo de que el arte consiga hacer olvidar á la naturaleza. Colocad en cualquier sitio, á un lado y á otro, la obra de Dios y la obra de los hombres, y el primero, aunque no esté representado más que por un pequeño grupo de operarios, gente de poco más ó menos, ganará en dignidad gracias á esta comparación.

Un taller da ocupación á tal número de obre-  
ros y á una maquinaria con fuerza de tantos  
caballos. Se sabe, una libra más ó menos, lo  
que la máquina puede producir; pero todos los  
cálculos de la deuda nacional no podrían decir  
lo que puede el alma de uno de esos operarios  
tranquilos, de rostro apacible, de movimientos  
regulares, durante un segundo, en bien ó en mal,  
por odio ó amor, por patriotismo ó rebeldía,  
por descomposición de la virtud en vicio ó por  
transfiguración del vicio en virtud, y cuenta  
que ellos no son más que los humildes servi-  
dores de aquella máquina bruta. En ésta no  
existe el menor misterio; y, en cambio, el hom-  
bre más abyecto envuelve un enigma impene-  
trable. ¿Si reservásemos, pues, nuestra aritmé-  
tica para los objetos materiales y buscásemos  
otros medios para calcular esas cantidades des-  
conocidas? ¿Qué pensais de ello?

El día fué creciendo y dejóse ver por fuera,  
á despecho del gas que llameaba en el interior.  
Se apagaron las luces y se continuó traba-  
jando. La lluvia empezó á caer y las serpientes  
de humo, sometiéndose á la maledicción de su  
raza, se arrastraban casi por el suelo. En el  
patio de los desembarazos, el vapor expelido,  
el montón de barricas, el hierro viejo, los  
acopios lucientes del carbón y la ceniza dise-

minada por doquiera estaban cubiertos todos por el denso velo de la niebla y la lluvia.

Esteban abandonó el taller caliente, para exponerse, huraño y cansado, al viento húmedo de las calles frías y cenagosas. Alejóse de sus compañeros y de su barrio, no tomando más que un poco de pan, que comía dirigiéndose á la colina en que habitaba su patrón. Vivía éste en una casa roja, con postigos negros al exterior y transparentes verdes en el interior, con una puerta negra de entrada, realizada por mármol blanco, donde se leía el nombre de BOUNDERBY, inscrito en una placa de cobre y en letras que se le parecían mucho, y debajo de ella había una bola de igual metal, que servía de pomo y ofrecía el aspecto de un punto sobre la I.

El señor Bounderby se disponía á merendar. Esteban contaba con ello. — ¿Querría el criado decirle que uno de sus obreros deseaba hablarle? — En respuesta á su embajada, vinieron á preguntar el nombre del operario — Esteban Blackpool. — No existía motivo alguno de queja contra Esteban Blackpool : conque podía presentarse.

Hétenos á Esteban Blackpool en el comedor El Sr. Bounderby, á quien él apenas conocía de vista, estaba merendando ; comía una cos-

tilla y tomaba jerez. La Sra. Sparsit hacía calceta junto al fuego, en actitud de amazona sentada en la silla de un caballo, con el pie en un estribo de algodón. Vijilaba esa comida, ejerciendo su función oficial, sin tomar parte en ella, demostrando que consideraba la merienda como una debilidad, en su expresión majestuosa de desprecio.

— Veamos, Esteban, ¿ qué hay? ¿ Qué os trae por aquí ?

Esteban saludó ; no con saludo servil, porque no le conocen los obreros de las fábricas : nunca se lo sorprenderéis, aunque estén empleados en vuestra casa veinte años. Como tocado en honor de la Sra. Sparsit, únicamente se permitió introducir en su chaleco los bordes de su corbata.

— ¡ Veamos! — prosiguió el Sr. Bounderby, tomando un poco de jerez. — Usted no nos ha dado nunca disgustos ; no ha formado legión entre las malas cabezas ; usted no es de los que tanto abundan y quieren que se les lleve en coche de cuatro caballos, se les alimente con sopa de tortuga y con caza y se les dé de comer con cuchara de oro. (El Sr. Bounderby daba á entender que éste era el único fin deseado por el obrero descontento.) Y estoy seguro de que, si ha venido V. aquí, no es para quejarse. De antemano estoy persuadido de ello.

— No, señor; no es ciertamente por eso que he venido.

El Sr. Bounderby mostróse agradablemente sorprendido, á despecho de la convicción que acababa de manifestar.

— Muy bien — dijo. — Usted es un buen obrero y no me había yo engañado. Veamos, pues, de que se trata. Ya que no es por aquello, dígame lo que hay. ¿Qué tiene V. que comunicarme? Hable, amigo mío.

Esteban lanzó, por azar, una mirada al sitio en que se hallaba la señora Sparsit.

— Me retiro, señor Bounderby, si V. lo desea — dijo esa señora, con ademán de sacar el pie del estribo, dispuesta siempre á inmolarse.

El Sr. Bounderby se lo prohibió, mientras tenía, antes de engullirlo, un bocado en suspenso, haciendo un gesto con la mano izquierda. Después, retirando la mano y tragando el bocado, dijo á Esteban:

— Verá V. : esta señora es de alta alcurnia. No debe V. suponer que, aun cuando gobierne mi casa, no haya subido á la parte superior del árbol social... ¡Sí, me atrevo á decirlo! Por tanto, si tiene V. que referirme algo que no deba oír una persona bien nacida, la señora abandonará la estancia. Si no es así, la señora permanecerá con nosotros.

— Creo que no he dicho nunca, desde que nací, una palabra que no pudiera oír una mujer bien nacida — fué su respuesta, que acompañó de un ligero sonrojo.

— Muy bien — dijo el Sr. Bounderby, rechazando el plato y arrellanándose en su silla. — ¡Adelante!

— He venido — dijo Esteban, después de un momento de reflexión, levantando los ojos que tuviera fijos en el suelo — á pedirle un consejo. Hace dieciseis tristes y largos años que me casé. Fué en lunes de Pascua. Mi esposa era una obrera joven, bastante linda, sin mala reputación. Mas no tardó en pervertirse, y no fué por culpa mía. Bien sabe Dios que no he sido pará ella un mal marido.

— Ya he oído hablar de eso — dijo el Sr. Bounderby. — Se dió á la bebida, dejó de trabajar, vendió los muebles de V. y se le empeñó la ropa. En fin, un diablo que vale por cuatro.

— Lo tomé con paciencia.

(Esto, en mi opinión, prueba que sois un bobo — dijo confidencialmente el Sr. Bounderby á su vaso.)

— He tenido mucha paciencia, he tratado de llevarla mil y mil veces al buen camino, ya de una manera, ya de otra : lo he probado todo. ¡ Cuántas veces, al volver á mi casa, he

notado que había desaparecido todo lo que yo poseía ! ¡ Cuántas veces he encontrado á mi mujer tendida al suelo, durmiendo su borrachera ! ¡ No ha sido una vez ni dos, sino veinte !

A medida que hablaba, los rasgos de su semblante se hundían más y más, ofreciendo el testimonio conmovedor de lo que había sufrido.

— De mal en peor, siempre de mal en peor. Me abandonó. Fué descendiendo cada día más bajo, perdiéndose en todos los conceptos. Pero volvió, volvió, volvió. ¿ Qué podía hacer yo, para impedirlo ? Me paseé noches enteras por la calle, antes de entrar. Me llegué al puente, con idea de lanzarme al agua y concluir. He tenido que padecer tanto, que he envejecido joven.

La Sra. Sparsit, siguiendo avanzando al portante con la aguja de calceta, levantó sus cejas á la Coriolano y movió la cabeza, como para decir :

— « Los grandes tienen sus dolores como los pequeños. No tiene V. más que dirigir su mirada á este lado. »

— Pagué por que estuviera alejada de mí. Hace ya cinco años que pago. He podido reunir algunos muebles en mi habitación. He vivido pobre y tristemente, pero no he tenido que sonrojarme ni temblar de vergüenza.

¡ Anoche volví á casa, y la encontré allí! ¡ Aun está!

En el colmo de su desgracia y en la energía de su dolor, irguióse un momento y un relámpago de altivez iluminó su mirada. Un instante después permanecía del mismo modo que al principio de la entrevista, con las espaldas encorvadas como de costumbre, vuelto el semblante soñador, con expresión extraña, mitad fineza, mitad embarazo, del lado del Sr. Bounderby, como si su espíritu hubiera estado ocupado en resolver algún problema difícil; teniendo el sombrero en la crispada mano izquierda, que se apoyaba en la cadera. Su mano derecha le servía para sostener, con gestos enérgicos, aunque moderados, las afirmaciones que hacía; á ratos quedaba aquélla inmóvil, cuando el obrero se interrumpía, pero siempre extendida y habladora, aun que no dijera nada.

— Hace tiempo, como sabe V., que estoy enterado de ello — dijo el señor Bounderby — salvo de la última escena. Se trata de un asunto desagradable: hélo ahí todo. En vez de casarse, mejor hubiera sido que V. quedase soltero. En fin, es tarde ya para decirle esto.

— ¿ Se trata de una unión desgraciada por la edad? — preguntó la señora Sparsit.



— ¿Oye V. lo que pregunta esta señora? ¿Se trata de una unión desproporcionada por la edad, en el enojoso asunto en que está V. metido? — dijo el Sr. Bounderby.

— Ni tiene esta disculpa. Contaba yo veintiún años y ella no había cumplido aún los veinte, cuando nos casamos.

— ¿De veras, señor? — dijo la Sra. Sparsit, mirando á su patrón con tranquilidad. — Hubiera creído que, en esta unión desgraciada, sólo había influido la diferencia de edad.

El Sr. Bounderby dirigió á la pobre señora una mirada oblicua, que demostraba pesar; y, para animarse, tomó una copita de jerez.

— Pero ¿por qué no sigue V.? — preguntó entonces, con cierta irritación, volviéndose de lado de Esteban Blackpool.

— He venido á preguntarle, señor, cómo podía deshacerme de esa mujer.

Esteban dió una expresión más grave á su semblante atento.

La Sra. Sparsit dejó escapar una exclamación ahogada, indicando que había sido herida moralmente.

— ¿Qué quiere V. decir? — exclamó el señor Bounderby, levantándose y apoyando la espalda en la chimenea. — ¿Qué me viene V. á contar ahí? Usted la tomó, con arreglo á

las cláusulas del evangelio, que le leyeron el día del casamiento : *tanto para el bien como para el mal* (1).

— Es preciso que me deshaga de ella. No puedo soportarlo más. Si he podido vivir tanto tiempo de este modo, lo debo á la piedad y al consuelo de la mejor chica que exista en este mundo y en el otro. Tuve esta buena suerte, pues sin ella me hubiera vuelto loco de atar.

— Quisiera ser libre, para casarse con la mujer de que habla. Lo temo, señor — dijo la Sra. Sparsit, á media voz y apenada por la inmoralidad profunda de la gente del pueblo.

— Sí; esto es lo que quiero. Tiene razón la señora. Esto es lo que deseo. Quiero lograrlo. He leído en los periódicos que la gente de pro (es muy justo, y no lo combato), en no estando unida de manera muy sólida (aunque también se alía *para el bien y el mal*), puede deshacer las uniones desgraciadas y volverse á casar. Y, sin embargo, cuando no se avienen de carácter, disponen de tantas habitaciones que les es posible vivir separadamente. Pero nosotros solo contamos con un cuarto y no podemos vivir. Además, aquella gente posee oro y valores, y puede decir : « Esto para ti; esto

(1) *For better for worse*, palabras de la liturgia anglicana.

para mí », y cada cual se marcha por su lado. Nosotros no lo podemos. Además, aquella gente puede separarse por hechos menos graves que los que yo he sufrido. Por consiguiente, es preciso que me deshaga de esta mujer, y quiero enterarme del mejor modo de lograrlo.

— No hay medio — respondió el Sr. Boun-  
derby.

— Y si le hago daño, señor ¿no existe una ley para condenarme?

— Ciertamente.

— Si la abandono, ¿no hay una ley para castigar-me?

— Ciertamente.

— Si me caso con otra mujer ¿no existe también una ley para encarcelarme?

— Ciertamente.

— Si vivo con ella, sin casarme, suponiendo que esto ocurra, que no ocurrirá jamás, pues es demasiado honrada para ello, ¿no impera una ley para castigarme en cada hijo que me pertenezca?

— Ciertamente.

— Entonces, dígame, por el cielo, ¿qué ley puede ayudarme? — dijo Esteban Blackpool.

— Hum!... En las relaciones sociales reina un carácter de santidad — dijo el señor Boun-  
derby — ... que... en fin... hay que observar.

— No, no, señor. No se observa. Al contrario, se infringe. No soy más que un tejedor. No era más que un muñeco, y ya trabajaba en la fábrica; pero tengo ojos para ver y orejas para oír. Leo los periódicos, y las reseñas de cada juicio, de cada sesión, y V. también lo leerá, con terror seguramente; advirtiéndose que la imposibilidad supuesta de no desunirse á precio alguno, bajo ninguna condición, ensangrienta el país y origina luchas, asesinatos y suicidios en los hogares pobres. Convendría que se nos hiciera conocer bien nuestro derecho. Me hallo en una situación muy triste y quisiera conocer si existe alguna ley que pueda ampararme.

— Bien. Escuche V. un poco — dijo el Sr. Bounderby, metiendo las manos en el bolsillo.  
— Esta ley *existe*.

Esteban, recobrando su actitud tranquila y prestando mucha atención, hizo una señal de cabeza.

— Pero no está hecha para V. en modo alguno. Cuesta dinero, mucho dinero.

— ¿Cuánto podría costar? — preguntó Esteban, tranquilamente.

— Primeramente tendría V. que intentar un proceso ante el tribunal de doctores en derecho canónico, luego tendría que presentar una demanda al tribunal de pleitos comunes, después

tendría V. que incoar un expediente en la cámara de los lores, sucesivamente tendría V. que lograr un acuerdo del parlamento autorizando su nuevo matrimonio, y, admitiendo que la cosa fuera por buen camino, esto vendría á costarle, á lo que parece, de unos veinticinco á treinta mil francos — dijo el Sr. Bounderby. — O quizá el doble.

— ¿ No existe más el ley que ésa?

— Ninguna más.

— Entonces, señor — dijo Estéban, palideciendo y agitando su mano derecha, como para dispersar á los cuatro vientos todas las leyes posibles. — Esto es basura. Es un verdadero lodazal, de un extremo á otro, y cuanto antes muera yo, mejor será.

(La Sra Sparsit quedó de nuevo descorazonada por la impiedad de la gente del pueblo.)

— ¡Bah! ¡Bah! No diga V. tonterías, buen hombre, — repuso el Sr. Bounderby — respecto á cosas que no comprenda bien, y no llame á las instituciones de su país un lodazal, ó una de estos días va verse V. mismo en un verdadero estercolero. Las instituciones de su país no le incumben, y sólo debe V. ocuparse en su trabajo. No tomó V. mujer, *tanto para el bien como para el mal*, con objeto de plantarla ahí, según su capricho. La tomó V. por lo

que era. Si se ha maleado, todo lo que puede decirse, á fe mía, es que podía haber mejorado.

— Es un lodazal — dijo Esteban, moviendo la cabeza y dirigiéndose á la puerta. — Es un verdadero lodazal, y no otra cosa.

— ¡Escuche V. un instante! — repuso el Sr. Bounderby, para despido. — Las opiniones de V., que llamaré sacrilegas, han herido á esta señora. Como le he dicho, se trata de una dama bien nacida y que, como también le he dicho, no ha dejado de tener sus disgustos matrimoniales, ¡apoyada en algunas decenas de miles de libras, ... decenas de miles de libras!... — (Repitió estas cifras con aire de gastrónomo entendido) — Usted, hasta aquí, ha sido un obrero arreglado; pero creo, se lo digo francamente, que va V. á ir por mal camino. Sin duda ha escuchado V. á algún extranjero subversivo (pues éstos no faltan, por ahí) y lo mejor que puede V. hacer, es salirse de aquel sendero. Ya sabe... (aquí los rasgos del Sr Bounderby expresaron una fineza maravillosa)... que veo más allá de la punta de mi nariz, quizá porque me la tuvieron junto al molino: cuando era joven, me las hicieron ver muy duras. Entreveo ahí síntomas de sopa de tortuga y caza con cuchara de oro. Sí, lo entreveo — dijo el Sr Bounderby, moviendo la

cabeza con astucia obstinada — ; Por lord Harry, que lo entreveo !

Esteban respondió, con movimiento de cabeza muy distinto y un largo suspiro :

— Gracias, señor. Buenos días tenga V.

Y dejó al Sr. Bounderby hinchado de orgullo ante su retrato, que pendía de la pared del comedor, mientras que la Sra Sparsit seguía cavalcando despacio, con un pié en el estribo y la cara algo entristecida por los vicios de la gente del pueblo.

## CAPÍTULO XII

### LA VIEJA

El pobre Esteban bajó por los peldaños blancos, cerrando tras sí la puerta negra, adornada con una placa de cobre, con un pomo del mismo metal, del que se despidió, frotándolo con la manga de su vestido, cuando vió que el calor de su mano había empañado su brillo. Atravesó la calle, con los ojos fijos en el suelo, y alejóse tristemente, hasta que sintió el peso de una mano en su hombro.

No era la mano que en tal momento le hubiera sido de mayor necesidad, la mano que hubiera podido calmar la tribulación tempes-

tuosa de su alma, como la de un Dios de amor y de paciencia sublimes, que tuvieran, extendiéndose, el poder de apaciguar el mar irritado. Y, sin embargo, era la mano de una mujer que le detenía. La mirada del obrero, cuando éste se paró y volvióse, fué á dar sobre una mujer vieja, alta y bien conservada, aunque arrugada por los años. Vestía con limpieza y sencillez; en sus zapatos llevaba barro del campo, — por lo que se colegía que llegaba de viaje. Sus maneras agitadas, en medio del ruido desacostumbrado de las calles, el segundo mantón que llevaba en el brazo, el recio paraguas y el cestito, los guantes demasiado anchos, con dedos excesivamente extensos, á los que las manos no estaban hechas; todo denunciaba á una payesa, vestida modestamente de fiesta, haciendo en Cokeville una aparición rara, como los días hermosos. Vió esto de una ojeada, con la perspicacia súbita de la gente de su clase y, para hacerle entender mejor lo que tenía que decirle, inclinó hacia ella su rostro, con la expresión atenta y concentrada que se advierte en el semblante de un sordo ó, lo que es lo mismo, de uno de los obreros que están obligados, como Esteban, á trabajar constantemente con los ojos y las manos, en medio de un alboroto ensordecedor.



— Dispéñseme V., señor ¿pero no acaba V. de salir de esa casa? — designando á la del Sr. Bounderby. — Creo que es V., si no he perdido de vista á la persona que seguía.

— Sí, señora — replicó Esteban. — Soy yo.

— Ha... Excusará V. la curiosidad de una vieja... ¿Ha visto V. al señor?

— Sí, señora.

— Y ¿qué aspecto tenía? ¿Era robusto, animoso, franco y resuelto?

Mientras hablaba, se erguía y levantaba la cabeza, para dar relieve á las palabras con su actitud. Esteban creyó haber visto anteriormente, en cualquier parte, á esa mujer y que no le había gustado.

— ¡Sí! — replicó él, mirándola fija y atentamente — ofrecía ese aspecto.

— Y ¿tan bueno y fresco — dijo la vieja — como una manzana camuesa?

— Sí — respondió Esteban — Precisamente estaba comiendo y bebiendo. Gordo y tonante como un zángano.

— ¡Gracias! — dijo la vieja, con expresión de alegría infinita — ¡Gracias!

Ciertamente era la primera vez que encontrada á esta mujer. Sin embargo, tenía un recuerdo vago como de haber visto, quizá en sueños, á una vieja parecida.

Se puso á marchar junto á él. Esteban, condescendiendo al buen humor de su compañera, habló de nimiedades.

— Cokeville es una ciudad muy activa y populosa, ¿verdad?

A lo que ella respondió :

— En cuanto á eso, sí : terriblemente activa.

— Por lo que veo, llega V. del campo, ¿no es eso?

— Sí, — contestó ella — he venido esta mañana en tren exprés. He hecho cuarenta millas y esta tarde las volveré á recorrer. Esta mañana, antes de llegar á la estación, he tenido que andar diez millas y tendré que apencar con lo mismo esta noche, si no encuentro á nadie que me lleve en su carruaje durante el trayecto. Y, á pesar de mi edad, no me resiento mucho de ello — dijo la comunicativa viajera, con los ojos lucientes de orgullo.

— A fe mía, no. Pero no debe V. repetirlo con frecuencia ¡señora!

— No, no. Solo una vez al año — contestó ella, moviendo la cabeza. — En esto gasto mis economías. Regularmente vengo para pasearme por las calles y ver al señor.

— ¿No más que para verlo?

— Esto basta — replicó ella, con mucha animación é interés. — ¡No pido nada más! Me he

paseado por aquí, en este lado de la calle, para ver salir al señor — añadió, volviendo la cabeza hacia la casa del Sr. Bounderby — pero este año se ha retrasado, y no he podido verle. Usted ha salido en lugar de él. De todos modos, puesto que he de marchar sin verle, después de venir exclusivamente para él, he podido encontrar á V., que ha visto al señor, y con esto tendré bastante.

Al pronunciar estas últimas palabras, miró á Esteban, tratando de fijar en su memoria la fisonomía del tejedor, y sus ojos se hicieron menos brillantes.

Haciendo largas concesiones á la diversidad de gustos y no queriendo rebelarse contra los patricios de Cokeville, el obrero halló tan extraño que se interesasen de tal modo por el Sr. Bounderby y se diesen tanta pena por verle, que la cosa le intrigó mucho. Pero en aquel momento pasaban por delante de la Iglesia y Esteban, fijándose en el reloj, aceleró el paso.

— ¿Va V. á su trabajo? — preguntó la vieja, apretando también el paso, sin que esto la incomodara en lo más mínimo.

— Sí; y tengo el tiempo justo.

Cuando hubo él manifestado donde trabajaba, la vieja se hizo más sorprendente que nunca.

— ¿No es V. muy feliz? — le preguntó.

— Por lo que toca á eso, cada cual tiene sus penas, señora.

De esta manera eludió la cuestión, pues la vieja parecía estar convencida de que era dichoso. De ahí que él no tuviera ánimo de desilusionarla. Bien sabía él que no faltaban penas en el mundo; y si la vieja, después de haber vivido tanto tiempo, podía creerlo exento de su parte de aflicción, mejor para ella. ¿Qué le importaba esto á él?

— Sí, sí; usted tiene sus penas, allí en su casa: ¿eso es lo que quiere decir? — repuso ella.

— A ratos. De vez en cuando — respondió él, con acento ligero.

— Pero, con un patrón como el de V., ¿las penas no seguirán hasta el taller?

No, no. No le seguían hasta allí, según dijo Esteban. Allí todo estaba bien ordenado, nada claudicaba. Sin embargo, no llegó á decir, para complacer á la vieja, que había allí una especie de imagen de la justicia divina; aunque yo he oído, durante estos últimos años, manifestar pretensiones tan estupendas.

Se hallaban ya en el oscuro camino transversal, que daba acceso á la fábrica, y los obreros llegaban en tropel. La campana repicaba, la culebra desenvolvía sus pliegues y el elefante

se disponia á empender su marcha. Todo lo admiraba la estraña vieja, hasta el sonido de la campana. Era uno de las mas agradables que hubiera oído, dijo ella : resultaba imponente.

Al detenerse Esteban para darle un apretón de manos, en señal de despedida, ella le preguntó cuanto tiempo hacía que trabajaba allí.

— Desde la edad de doce años — contestó él.

— Es preciso que yo bese la mano del que ha trabajado durante tanto tiempo en esta fábrica — exclamó ella.

Por más que tratara de impedirlo, le tomó la mano y la llevó á sus labios. A parte de su edad y de su sencillez, aquella vieja debía tener alguna secreta harmonía, de que él no se daba cuenta, pues al besarle la mano, ¡ cosa estraña!, mostró un no sé qué de natural y agraciado. Tenía que ser precisamente ella, para dar á su conducta peregrina un aire tan serio y un carácter tan ingenuo y conmovedor.

Hacía ya media hora que estaba tejiendo y pensando en aquella vieja, cuando echó una mirada afuera, por una ventana cercana, y vió que la mujer estaba aun mirando la fábrica, con profunda admiración. Olvidándose del humo, del barro, de la lluvia y de sus largos viajes, contemplaba el edificio como si el zumbido

monótono de los diversos pisos formase una música de que ella estaba gozosa.

Pronto desapareció, junto con el día. Encendióse el gas, y el tren expreso pasó como un relámpago, á la vista del palacio encantado, sobre el vecino viaducto. Poco se le oyó en medio del ruido de la maquinaria. Desde largo rato el pensamiento había llevado el espíritu de Esteban á la habitación oscura, encima de la pequeña tienda, y hacia aquella vergonzosa forma, pesada y yacente en el suelo, pero aun más pesada en su corazón.

La maquinaria aflojó su marcha, que se hizo cada vez más lenta, palpitando débilmente, como el pulso de un enfermo. Después se paró. La campana volvió á doblar, el brillo de la luz y el calor se desvanecieron, y las fábricas dibujaron sus formas indistintas y macizas en la noche húmeda y negra. Sus largas chimeneas se elevaron por los aires, como rivales de la torre de Babel.

No habían pasado aún veinticuatro horas desde que hablara con Raquel y diera un corto paseo con ella; pero luego ocurrió una nueva desgracia, que sólo ella podía aliviar; y por esto, como también porque tenía necesidad de oír la única voz que pudiera calmar su cólera, se creyó obligado, contrariando su ruego, á

esperarla una vez más. Aguardó; pero ya le había escapado de nuevo. Había salido. De todas las noches del año era aquella la más dura para él, si no podía ver la cara dulce y paciente de su amiga.

¡Oh! ¿no hubiera sido mejor ignorar donde descansar la cabeza, que tener una habitación y no atreverse á ir á ella, por semejante motivo? No obstante, comió y bebió, pues estaba extenuado, aunque no sabía lo que comía y bebía, no preocupándose tampoco de ello; y se echó á divagar, bajo la lluvia glacial, pensando en su desgracia y acariciando pensamientos sombríos.

Nunca, entre los dos, se había tratado de un nuevo matrimonio; pero desde algunos años Raquel venía demostrándole piedad; ella era la única á la cual había abierto su corazón, la única á quien había confiado sus penas; sabía que de estar él libre, consentiría en casarse. Pensaba en el hogar á que podría dirigirse con felicidad y orgullo, en aquel momento; en esta nueva unión que hubiera podido hacer de él otro hombre; en el regocijo que entonces hubiera alegrado su corazón, hoy tan abrumado por la tristeza; en el honor, en el respeto de sí mismo, en la tranquilidad de espíritu que hubiera encontrado y que hoy veía rodando por los suelos. Pensaba en el derroche inútil de sus

mejores años, en el cambio fatal que se operaba en su espíritu, siempre más irritado; en la existencia horrible de un hombre atado, de pies y manos, á una mujer muerta y atormetado por un demonio que adquiriría la forma de ese cadáver. Pensaba en Raquel, tan joven, cuando las consecuencias de su matrimonio le acercaron á ella, tan madura ahora y empezando ya casi á pasar de la edad propecta. Pensó en todas las chicas y mujeres que ella había visto casarse, en todos los hogares animados por niños que ella viera criar á su alrededor; en la resignación que había puesto en seguir, á causa de él, un sendero tranquilo y solitario; en la sombra de tristeza que alguna vez había columbrado en su rostro querido y que le causaba remordimiento y desesperación. Evocó la figura de Raquel, para ponerla enfrente de la de su infame mujer, que encontrara el dia anterior en su casa, y preguntó si era posible que la existencia terrestre de un ser dulce, bueno y fiel se sacrificase del todo por una criatura envilecida.

Absorto en estos pensamientos, de manera que su corazón hinchado parecía que debiera estallar, no viendo en su forma real los objetos por delante de los cuales pasaba en su camino, mientras el círculo irisado de sus sienes



brumosas tomaba de sus ojos conmovidos cierto color de sangre, Esteban entró en el asilo de su techo doméstico.

## CAPÍTULO XIII

RAQUEL

Ardía una bujía en aquella ventana, á la que se había aplicado tantos veces la escalera negra, para hacer deslizar por ella al ser más querido de una madre, viuda en lo sucesivo y condenada á trabajar para su rebaño de hijos hambrientos. Esteban añadió á sus demás pensamientos la reflexión sombría de que, entre todas las eventualidades de nuestra existencia terrestre, ninguna se nos adjudica tan injustamente como la muerte. Para ella de nada sirve la desigualdad de nacimiento. Supongamos que el hijo de un rey y el hijo de un tejedor nacen esta noche á la misma hora : ¿qué contraste es ese, pues, que hace morir á la criatura útil y querida, dejando subsistir á la mujer beoda ?

Penetró en su casa, siempre con el rostro sombrío, con paso lento y aguantándose la respiración. Llegó á la puerta y la abrió, entrando luego en su cuarto.

La paz y la tranquilidad habían reaparecido. Raquel estaba allí, sentada cerca de la cama.

Volvió ella la cabeza, y su cara radiante dispó la noche que se hiciera en el espíritu del obrero. Estaba junto á la cama, velando y cuidando á una enferma. Claramente vió Esteban que, si había alguien en la cama, no podía ser otro que su mujer: pero la mano de Raquel había puesto una cortina, que le ocultaba aquella desgraciada; como también había hecho desaparecer los harapos del vicio, sustituyéndolos con ropa limpia de su propiedad. Cada cosa estaba en su sitio y en el orden que tenía costumbre de dejarla; el fuego había sido preparado y el hogar barrido. Le pareció ver todo esto en el semblante de Raquel : no tenía necesidad de mirar á otro sitio. Mientras iba contemplándolo, se le ocultó aquel rostro con las lágrimas de ternura que brotaron de sus ojos, oscureciéndole la vista; pero había visto que ella le miraba con inquietud y que á su vez tenía los ojos llenos de lágrimas.

Volvióse ella de nuevo hacia la cama y, después de asegurarse que la enferma estaba tranquila, habló en voz baja, serena y casi alegre.

— Estoy contenta de que hayas venido, Esteban. Has tardado.

— Me he paseado por las calles, de un lado á otro.

— Así lo he creído. Pero el tiempo es demasiado crudo para eso. Llueve á cántaros y hace viento.

¿Viento? Efectivamente, la tempestad arreciaba por fuera. ¡Escuchadlo, en la chimenea, estallante como el trueno y rugiente como el Océano! ¡Haberse encontrado en el medio de semejante borrasca é ignorar que hacía viento!

— Es la segunda vez que he venido hoy — continuó Raquel. — La propietaria ha mandado por mí á la hora de comer. Había aquí alguien que necesitaba de cuidado, me dijo. Tenía razón. La enferma ha perdido la cabeza, Esteban; y cada vez se siente más abatida y como magullada.

Esteban se dirigió lentamente hacia una silla y sentóse en ella, inclinando la cabeza ante la enfermera.

— He venido á hacer lo que puedo, Esteban. Primero, porque ella y yo trabajábamos juntas, cuando éramos jóvenes, en el tiempo en que tu la cortejabas, para casarte con ella; y era mi amiga.

El llevó su mano á la frente, con un sollozo apagado.

— Luego, porque conozco tu corazón y sé

que eres demasiado bueno para dejarla morir ó sufrir sin socorro. Ya sabes quién dijo : ¡ que le lance la piedra el primero de vosotros que se halle sin pecado! No ha faltado quien se la echara. Mas tú, Esteban, no eres hombre para lanzarle la última, viéndola en un estado tan lastimoso.

— ¡ Oh, Raquel, Raquel!

— Has sufrido cruelmente : ¡ que el cielo, pues, te recompense! Soy tu amiga, de todo corazón y con toda mi alma.

La herida de que Raquel había hablado, por lo que parece, se hallaba en el cuello de la mujer perdida, víctima lamentable de sus vicios repulsivos. En aquel momento la curó, sin descubrirla. Mojó un trapo blanco en una vasija, en la que vertiera algunas gotas del líquido de un frasco, y lo aplicó á la llaga. Había acercado la mesa de tres pies á la cama, y se veían dos botellas, una de las cuales Raquel acababa de poner allí.

No estaba ella tan lejos que no pudiera Esteban seguir con los ojos su mano y leer lo escrito en grandes caracteres sobre la etiqueta. Volvióse pálido como un difunto, y pareció que un terror subitáneo se apoderase de él.

— Me quedaré aquí, Esteban — dijo Raquel, volviéndose á sentar tranquilamente — hasta

que den las tres. Habrá que renovar la cura á esa hora, y entonces se la podrá dejar hasta mañana por la mañana.

— Pero será preciso que descanses, para que mañana puedas trabajar, querida mía.

— Dormí bien anoche. Puedo velar varias noches seguidas, si conviene. Tú eres quien necesita el sueño, por lo fatigado y pálido que estás. Procura dormir en la silla, mientras velo. Bien se descubre que anoche no dormiste. El trabajo tuyo de mañana es más pesado que el mio.

Oyó el viento, que retumbaba y rugía por fuera, y le pareció que su cólera rodeaba la casa, tratando de penetrar junto á él. Pero Raquel la había rechazado; y en ella confiaba él, para defenderse.

— No me reconoce, Esteban. Abre los ojos, sin ver nada y, medio dormida, pronuncia palabras incoherentes. Le he hablado á menudo, muy á menudo, pero ni siquiera se ha percatado de ello. Quizá es mejor. Cuando vuelva en sí, habré hecho lo que he podido y no sabrá nada.

— ¿Cuánto tiempo crees, Raquel, que estará así?

— El médico ha dicho que recobrará mañana el conocimiento.

Los ojos del operario advirtieron de nuevo

la botella, y un temblor se apoderó de él, agitando sus miembros. Raquel creyó que se había resfriado con la lluvia.

— No — dijo — No es eso. Me he espantado.

— ¿Espantado?

— ¡Sí! sí; al entrar. Mientras andaba, mientras... pensaba. Mientras...

El temblor se apoderó otra vez de él; se levantó, apoyándose en la chimenea, mientras alisaba sus cabellos fríos y húmedos, con mano temblorosa, como si se hubiera sentido atacado de parálisis.

— « ¡Esteban! —

Se adelantó hacia él, pero éste la detuvo con el brazo.

— ¡No! Permanece donde estás, te lo ruego; quédate donde estás. Que te vea siempre sentada junto á la cama. Que te vea siempre tan buena y dispuesta á perdonar. Que te vea como te he visto al entrar aquí. Nunca podré verte en mejor sitio que ahí. ¡Nunca, nunca, nunca!

Después de un temblor violento, volvióse á dejar caer sobre la silla. Al cabo de un rato, logró calmarse y, con el codo en la rodilla y la cabeza apoyada en la mano, pudo mirar de soslayo á Raquel. Vista á la claridad dudosa de la bujía y á través de sus ojos húmedos, le pareció que como si una aureola circundase su cabeza. En verdad,

creyó verla, y la vió, mientras el viento de fuera sacudía la ventana, agitando la puerta de abajo y rodeando la casa, chillando y lamentándose.

— Cuando ella esté mejor, Esteban, espere-mos que te dejará tranquilo, sin apesadum-brarte más. Así lo espero yo. Y ahora voy á guardar silencio, pues quiero verte dormir.

Cerró los ojos, más para complacer á Raquel que para descansar su cabeza fatigada; pero poco á poco dejó de oír el rugido del viento irritado, ó bien éste se trocó en el ruido de su telar ó en el de las mil voces que oyera durante el día (además de la suya), en el taller. Sin embargo, este débil sentido de la vida pronto desapareció, sumiéndole en un sueño agitado y largo.

Soñó que él y otra persona, á la cual había entregado su corazón, (sin que fuera Raquel, y esto le sorprendió, en medio de su dicha imaginaria) se encontraban en la Iglesia y que los casaban. Durante la ceremonia reconoció, entre los testigos, á varias personas que existían y á otras ya muertas, y se hizo una oscuridad completa, á la que sucedió una luz deslumbradora. Brotaba esta luz de la tabla de los diez mandamientos, colocada encima del altar, y sus palabras iluminaban el edificio. También resonaban por los ámbitos de la Iglesia, como si los

caracteres tuviesen voz. Entonces la escena cambió, no quedando allí mas que él y el sacerdote. Se hallaba en la claridad del día, delante de una inmensa multitud, y si se hubiera reunido toda la gente del universo en un mismo espacio, no le hubiera parecido aquélla más numerosa. Todos los espectadores le contemplaban con horror; no había una sola mirada que le compadeciera, con expresión de simpatía, entre los millones de ojos fijos en su semblante. Encontrábase én una plataforma alzada, debajo de su propio telar; y, al levantar la vista por la metamorfosis del telar y oír que se cantaban claramente oraciones de difuntos, tuvo la noción de que estaba condenado á muerte. Al cabo de un minuto, se separó de sus pies la plataforma sobre la que se apoyaba, y quedó ahorcado.

No acertaba á esclarecer por qué circunstancia misteriosa pudo resucitar y frecuentar de nuevo los sitios que conocia; pero indudablemente había vuelto por allí, arrastrando consigo la condenación que no le permitía ver más el rostro de Raquel, sin que pudiera tampoco oír su voz, en este mundo ó en el otro, durante el curso inimaginable de la eternidad. Vagando por acá y acullá, sin cesar, sin esperanza, sin saber lo que buscaba (únicamente



sabía que estaba condenado á buscar) era presa de un terror espantoso, inaudito, sintiendo el miedo fatal de una forma que se le representaba sin tregua. Todo lo que miraba, tarde ó temprano adquiriría esa forma. El único fin de su existencia miserable era impedir que la reconociesen. ¡Vano empeño! Si llevaba á las personas fuera de una sala en que ella se encontrase, si cerraba los cajones ó gabinetes en que se hallaba oculta, si guiaba á los curiosos lejos de los sitios donde sabía que estaba escondida y lograba dirigirlos á la calle, las mismas chimeneas de las fábricas se transformaban repentinamente y, al rededor de ellas, podía leerse la etiqueta impresa.

Rugía de nuevo el viento, y la lluvia chorreaba por las techumbres, mientras que los amplios espacios por los que él divagara hasta entonces se circunscribieron en las cuatro paredes de su habitación. Aparte del fuego, que se había extinguido, nada había cambiado de lugar desde que cerrara los ojos. Raquel parecía dormir en una silla, no lejos de la cama. Se había cubierto con su mantón, y su actitud era perfectamente inmóvil. La mesa estaba en el mismo sitio, y encima de ella se hallaba, en su proporción y aspecto real, la forma que tan á menudo viera en sueños.

Le pareció que se agitaba la cortina. Miró de nuevo y reconoció, efectivamente, que se movía. Vió una mano que se adelantaba, pareciendo buscar algo á tientas. Después la cortina se agitó con más fuerza, y la mujer acostada en la cama la rechazó, sentándose.

Con los ojos desolados, extraviados y espantados, que paseó alrededor de la habitación, miró, sin fijarse, por el rincón en que Esteban dormía, sentado en una silla. Pero sus ojos pronto volvieron allí de nuevo; con la mano les hacía de pantalla, para mirar con atención al operario. Contempló otra vez el cuarto, sin que pareciera fijarse en Raquel, clavando los ojos en el sitio en que él estaba sentado, protegiéndolos de nuevo con la sombra de su mano, como si le buscara con el brutal instinto que le decía que estaba allí. Él observó que, en aquellos rasgos marchitos por la disipación y en el espíritu que respiraba, no había el menor resto de la mujer con la que se casara dieciocho años antes. Si no la hubiera visto descender paso á paso hasta aquel punto de degradación, se hubiera resistido á creer que fuera la misma persona.

Durante aquel intervalo, como si se hallara bajo el influjo de un encanto, permanció en la inmovilidad y en la impotencia. Todo lo más que podía hacer, era mirarla.

Se sentó ella durante un rato, con las manos á la altura de las orejas, entregada á un sueño idiota ó á reflexiones que no lo eran menos. Con la cabeza apoyada de ese modo, volvió á empezar el examen de la habitación. Y entonces, por primera vez, sus ojos se fijaron en la mesa, sobre la cual se hallaban las botellas. Acto seguido dirigió hacia el rincón de Esteban una nueva mirada, en la que se reproducía la hostilidad del día anterior, alargando su mano ávida con lentitud y cautela. Atrajo una taza, quedando algunos momentos inmóvil, sin saber qué botella elegir. Por fin, estrechó insensatamente la que contenía una muerte pronta y segura y, bajo la mirada de Esteban, quitó el tapón con los dientes.

Fuera sueño ó realidad, lo cierto es que Esteban no pudo articular una palabra, siéndole imposible obrar.

Si el peligro es real, y no ha dado aún la hora de esta desgraciada, ¡despierta, Raquel, despierta!

Lo teme la enferma. Mira á Raquel; después vierte el líquido con mucha lentitud y precaución. La taza toca sus labios. Un instante más y nada podrá salvarla, aunque acuda á ella con prisa todo el mundo. Pero en aquel momento

Raquel se lanza con un grito ahogado. La desgraciada mujer hace esfuerzos violentos, pega á Raquel y la coge por los cabellos; pero Raquel tiene la taza en su poder.

Por fin Esteban logró dominar la pesadilla y levantarse.

— Raquel, no sé si duermo ó velo. ¡Qué noche más terrible!

— Pero ¿qué, Esteban? Si nada ocurre. Yo también me he dormido... ¡Calla! Oigo el reloj.

El viento trajo á la ventana el sonido del reloj de la iglesia próxima. Prestaron atención y oyeron dar las tres. Esteban miró á su compañera; vió su palidez, fijóse en sus cabellos desordenados y las huellas de uñas que enrojecían su frente, quedando convencido de que había estado asaz despierto para ver y oír. Por lo demás, conservaba aun la taza en la mano.

— Creía yo que no faltaba mucho para las tres — dijo ella, vertiendo el contenido de la taza en la vasija, en la que remojó los trapos, como ya lo había hecho — ¡Estoy contenta de haberme quedado! ¡Todo habrá concluído, cuando haya puesto esto! ¡Ah! Ahora está tranquila. Voy á echar algunas gotas que quedan en la vasija : es una droga demasiado mala, para que se la deje aquí, por poco que haya de ella.

Mientras hablaba, vació la vasija en la ceniza del fuego y rompió la botella en el hogar.

No le quedaba más que arroparse bien con el mantón, para irse hacia el viento y la lluvia.

— ¿Me permitirás que te acompañe, á esta hora?

— No, Esteban. Sólo con dar unos pasos llegaré á mi casa.

— ¿No temes — la dijo en voz baja, mientras se dirijían hacia la puerta — dejarme solo con ella?

Al mirarle y decirle : « ¡Esteban ! », se arrojó ante ella, en aquella escalera miserable, y llevó el faldón de su chal á sus labios.

— Eres un ángel. ¡ Que Dios te bendiga !

— Esteban, soy tu pobre amiga, como ya te he dicho. No me parezco mucho á los ángeles. Hay un profundo abismo entre ellos y una trabajadora cargada de defectos. Mi hermanita se encuentra con ellos, porque cambió de vida.

Levantó un momento los ojos, al pronunciar estas palabras; pero bajó de nuevo la mirada, toda bondad y dulzura, hacia el rostro del tejedor.

— Tu también has cambiado mi vida. Haces que desee humildemente parecerme más á tí, para ir contigo, siquiera sea cuando salgamos

de esta vida y haya desaparecido todo el lodazal. Eres un angel y quizá no sabes que has redimido mi alma de la perdición.

Miró al obrero arrodillado á sus pies, teniendo, sin abandonarlo, el extremo de su chal en la mano y, cuando vió su fisonomía agitada, espiró en sus labios la repulsa que iba á dirijirle.

— He entrado con rabia en el corazón. Me desesperaba la idea de que, por haber pronunciado una palabra plañidera, se me tome por una mala cabeza. Te he dicho que tuve miedo. Me refiero á la botella, al veneno que he visto encima de la mesa. No he hecho daño nunca á alma viviente; pero al dar con ella, he pensado : ¡quién sabe lo que hubiera podido hacer á mí mismo, ó á ellá, ó á los dos!

Pálida de terror, puso sus manos en la boca de Esteban, para impedirle que hablara más. Las tomó él en la suya, que le quedara libre, y, reteniéndolas, sin dejar el mantón, continuó rápidamente :

— Pero te he visto, Raquel, sentada junto al lecho. Te he visto allí toda la noche. En mi sueño, sabía que tú estabas cerca. Así te miraré en adelante. No la veré más á ella, no pensaré más en ella, sin creer que estás á su lado. No veré nunca, no pensaré nunca en nada que me

irrite, sin figurarme que estás aquí para mi consuelo. Y hasta trataré de esperar, de tener confianza en el porvenir, en la época feliz en que tú y yo juntos iremos lejos, más allá del abismo profundo, al país donde mora tu hermanita.

Besó otra vez el faldón de su chal y la dejó salir. Ella le dió las buenas noches, con voz temblorosa, y se echó á la calle.

El viento venía de levante y rugía constantemente. Ahuyentaba á las nubes. La lluvia se había cansado de caer, yendo, tal vez, á otra parte, y las estrellas brillaban en el cielo. Esteban avanzó, con la cabeza desnuda, por el camino, viendo como ella se alejaba con paso rápido.

En la imaginación inculta del obrero, Raquel se destacaba sobre sus ocupaciones ordinarias como el fulgor de las estrellas, que amortiguaba el brillo de la vela ardiente.

## CAPITULO XIV

### EL GRAN FABRICANTE

El tiempo fué pasando por Cokeville del mismo modo que funcionaban las máquinas en la ciudad : tanto material sucio y fabricado,

tanto combustible consumido, tanta fuerza empleada y tanto dinero ganado. Pero, menos inexorable que el hierro, el acero ó el cobre, llevó sus estaciones cambiantes hasta aquel desierto de humo y de ladrillos, haciendo allí la única oposición que jamás nadie intentara contra la vida uniforme de la ciudad.

— Luisa pronto tendrá aspecto de mujer — dijo el Sr. Gradgrind.

El tiempo, gracias á la máquina cuya potencia en caballos ignoro, prosiguió su tarea, sin prestar la menor atención á lo que decían fulano ó mengano y, en el momento de que hablamos, había concedido al joven Tomás un pie más de altura de la que gozaba en la época en que el Sr. Gradgrind se dignó observar este producto.

— Tomás tendrá pronto aspecto de hombre — dijo el Sr. Gradgrind.

El tiempo continuó modelando á Tomás en su gran fábrica, y hételo ya en traje de caballero y cuello postizo.

— Verdaderamente — dijo el Sr. Gradgrind — es tiempo ya de que Tomás entre en casa de Bounderby.

El tiempo, encarnizándose con Tomás, lo llevó á la casa bancaria de Bounderby, instalándolo en ella y obligándole á comprar su primera



navaja, amén de inducirle á una porción de cálculos referentes á su propio individuo.

El tiempo, ese gran fabricante, que siempre tiene en brazos una cantidad enorme de trabajo, más ó menos dispuesta á ser entregada al consumo, modeló á Sissy en su fábrica, haciendo de ella, en verdad, un objeto muy bonito.

— Creo inútil, Jupe — dijo el Sr. Gradgrind — que sigas á la escuela.

— También lo creo, señor — respondió Sissy, con una reverencia.

— No he de ocultarte, Jupe — añadió el Sr. Gradgrind, frunciendo el ceño — que el resultado de esta prueba ha defraudado mis esperanzas. Lejos estás de haber adquirido, bajo la dirección del Sr. y la Sra. Mac-Choakumchild, la suma de conocimientos exactos que me figuraba. Has adelantado poco en hechos. Tus ideas aritméticas son muy limitadas. Estás muy atrasada, mucho más atrasada de lo que hubiera creído.

— Mucho me apena ello, señor — replicó ella. — Sé que esto es verdad. Y, no obstante, he probado, señor...

— Sí, — dijo el Sr. Gradgrind. — Sí; no dudo de que hayas probado bien: te he observado, y no tengo que quejarme de tí, respecto á este punto.

— Gracias señor. Algunas veces he pensado... (hé ahí como Sissy se vuelve tímida)... que quizá he querido aprender demasiadas cosas y que, si hubiera tratado de aprender menos, hubiera podido...

— No, Jupe, no — dijo el Sr. Gradgrind, moviendo la cabeza, con aire práctico de lo más profundo y eminente. — No. El método seguido por tí está de acuerdo con el sistema; y éste lo es todo. Me limito á suponer que las circunstancias de tu educación primaria han sido desfavorables al desarrollo de tu razón y que hemos empezado demasiado tarde. Sea lo que fuere, me has defraudado en mis esperanzas, como he dicho antes.

— Quisiera, señor, haber podido conocer mejor sus bondades para con una niña abandonada, que no tenía derecho alguno á ellas y á la cual he querido V. proteger.

— No llores — dijo el Sr. Gradgrind — no llores. No me quejo de tí. Eres una buena muchacha, afectuosa y prudente, y... habrá que contentarnos con eso.

— Gracias, señor, muchas gracias — dijo Sissy, con una reverencia de agradecimiento.

— Eres útil á la Sra. Gradgrind y prestas, de ordinario, una porción de pequeños servicios á la familia; lo dice la señorita Luisa y, por lo

demás, yo mismo lo he observado. Espero, pues — dijo el Sr. Gradgrind — que tratarás de ser feliz en estas nuevas relaciones.

— Nada tendría que desear, señor, si...

— Ya te entiendo — dijo el Sr. Gradgrind — aludes de nuevo á tu padre. He sabido por Luisa que guardas siempre esa famosa botella. ¡Pues bien!... Si tus estudios sobre los medios de llegar á resultados exactos hubieran sido más provechosos para tí, sabría ahora á que atenerme sobre el particular. Nada más digo de ello.

En el fondo, quería demasiado á Sissy para no hacer caso de ella; pues de lo contrario, en atención á la poca estima en que tenía las disposiciones aritméticas de su protegida, hubiera acabado por menospreciar su inteligencia. De un modo ú otro se metió en la cabeza que en aquella chica había algo que no podía clasificarse entre sus estados y cuadros numéricos. Su capacidad por la definición hubiera podido evaluarse en una cifra muy baja, y sus conocimientos matemáticos llegaban á cero. También el Sr. Gradgrind se preguntaba como hubiera hecho para dividirla en categorías, en caso de tener que hacerla figurar en las columnas de alguna memoria oficial.

Llegado á cierta altura, en la fabricación del tejido humano, el tiempo emplea procedimien-

tos muy rápidos. El joven Tomás y Sissy habían llegado á esta fase de su fabricación ; se hicieron los cambios en uno ó dos años, mientras el Sr. Gradgrind parecía continuar estacionado, sin sufrir alteración alguna.

Salvo una, sin embargo, y que no tenía nada que ver con el progreso de la hilatura del tiempo. Este fabricante le había empujado á la pequeña mecánica, asaz bulliciosa y sucia, de un lóbrego colegio éndole elejirle, diputado por Cokeville, con destino al Parlamento : uno de estos miembros respetables, afectos á las cuentas por sueldos y dineros, gramos y kilos ; un representante de la tabla de multiplicar ; uno de esos honorables caballeros que son ciegos, cojos y que hacen el muerto, siempre que se trata de cosa distinta de los pesos y de las medidas : ¿Valía la pena de que, sin ello, viniéramos al mundo, en una tierra cristiana, mil ochocientos años, y algunos más, después de nuestro divino Señor ?

Durante aquel tiempo Luisa también adelantó por su parte, conservándose tranquila y reservada, siempre fiel en mirar, á la hora del crepúsculo, las cenizas rojas que caían y se extinguían en el hogar. Rara vez atrajo la atención de su padre, desde que éste le dijo que tenía ya casi aspecto de mujer. Creía aun

que esto era ayer, cuando una mañana se encontró en que lo era ya de hecho.

— ¡Pero si ya es una mujer! — dijo el Sr. Gradgrind, con acento soñador — ¡Lo que es de nosotros!

Poco tiempo después de este descubrimiento, se volvió más pensativo que de costumbre y, durante algunos días, pareció estar muy preocupado en algun proyecto. Cierta noche, en el momento en que iba á salir y Luisa le despedía, pues debía regresar muy tarde y no contaba verle hasta el día siguiente, la tomó en sus brazos y, mirándola con mucho afecto, le dijo :

— Querida Luisa, ¡eres ya una mujer!

— Sí, papá.

Respondió ella con la misma mirada rápida y escrutadora que le dirigiera el día en que la sorprendió en el circo; después bajó la vista.

— Querida mía — dijo el Sr. Gradgrind — tengo que hablarte á solas seriamente, ¿Querrás venir mañana por la mañana, después de almorzar, á mi gabinete?

— Sí, papá.

— Tus manos están algo frías, Luisa. ¿No te encuentras bien?

— Muy bien, papá.

— ¿Y alegre?

Le miró de nuevo y replicó con su sonrisa peculiar :

— Estoy alegre como siempre, papá ; alegre como nunca lo haya estado.

— ¡ Enhorabuena ! — dijo el Sr. Gradgrind.

Diciendo esto, la besó y se marchó. Luisa volvió á su habitación tranquila, que parecía un salón de peluquero, y, con el brazo derecho apoyado en la mano izquierda, se puso á contemplar las chispas efímeras, trasformándose rápidamente en ceniza.

— ¿ Estas ahí, Lu ? — dijo su hermano, apareciendo en la puerta.

El Sr. Tom se había convertido en un hombre de mundo, aunque su semblante no era, francamente, para dar una idea ventajosa de lo que se llama gente de mundo.

— Querido Tom — dijo ella, levantándose y besándole. — ¡ Cuánto tiempo sin venirme á ver !

— Todas las noches he tenido compromiso, Lu, y durante el día el viejo Bounderby me tiene atado bonitamente. La suerte es que tú me sirves para hacerle entender la razón, cuando va demasiado lejos : de este modo no rebasamos límites. Dime, Lu. ¿ Te ha hablado de algo papá, ayer ú hoy ?

— No, Tom. Pero me ha dicho que deseaba hacerlo mañana por la mañana.

— ¡Bien! Es lo que pienso — repuso Tom —  
¿Sabes adónde ha ido esta noche?

Tom parecía dar mucha importancia á este asunto.

— No.

— Pues entonces voy á decírtelo. Está con el viejo Bounderby. Tienen una entrevista seria, en la banca. ¿Por qué en la banca, dirás tú? Voy á decírtelo. Creo que para estar lo más lejos posible de las orejas de la Sra. Sparsit.

Con la mano puesta en el hombro de su hermano, Luisa continua mirando el fuego. Tom consulta el rostro de su hermana, con más atención que de costumbre y, rodeándole el talle, la atrae á sí con ademán acariciador.

— Me quieres ¿verdad, Lu?

— Sí, te quiero mucho, Tom, aunque estés tanto tiempo sin venirme á ver.

— Pues bien, querida hermanita, en esto pensaba precisamente. Podríamos vernos más á menudo, ¿verdad? Podríamos estar siempre juntos ó muy cerca, ¿verdad? Sería una buena cosa para mí, Lu, si pudieras decidirte á lo que sé. Sería soberbio, sería cosa famosa para mí.

El aire pensativo de Luisa desconcertó el exámen hábil de Tom. Aquel semblante impasible no le revelaba nada. La estudió en sus

brazos y la besó en la mejilla. Ella le devolvió el beso, sin apartar la vista del fuego.

— ¡Dime, Lu! He pensado que haría bien en venir, de paso, á decirte una palabra de lo que se está fraguando, bien que supongo lo habrás adivinado, aun que nada papá te haya dicho de ello. Es preciso que me marche, pues he dado cita á algunos amigos, para esta noche. ¿No olvidarás que me quieres?

— No, querido Tom, no lo olvidaré.

— Eres una buena muchacha — dijo Tom — ¡Adiós, Lu!

Ella le dió afectuosamente las buenas noches, acompañándole hasta el exterior, por el que se divisaban los fuegos de Cokeville, encendiendo el horizonte lejano. Quedóse inmóvil, con la vista fija en aquellas claridades vagas, escuchando el ruido que hacían los pasos de Tom, mientras andaba. Este se alejó rápidamente, como si estuviera alegre por escapar de Pedro-Loge. Estaba ya lejos, habiendo cesado el ruido de sus pasos, y ella continuaba allí, de pie en el mismo sitio. Parecía como si tratase de descubrir, primero en las resplandores de su chimenea, luego en la neblina de fuego que se elevaba sobre la ciudad, qué clase de tejido el viejo tiempo, el más grande y antiguo entre los hiladores, iba á for-



mar con aquellos mismos hilos de que había hecho una mujer. Pero la fábrica de este viejo está escondida, no se sabe dónde; su maquinaria no hace ruido y sus obreros son sordomudos.

## CAPÍTULO XV

### PADRE É HIJA

Aunque el Sr. Gradgrind no se pareciese á Barba-Azul, su gabinete ofrecía el aspecto de una habitación azul, habida cuenta del número de *libros azules* (1) que se encontraban allí reunidos. Todo lo que las memorias pueden probar (y, por lo general, prueban lo que se quiere) estaba demostrado en aquel regimiento de folletos que á cada instante venían á reforzar nuevos reclutas. Las más enrevesadas cuestiones sociales se veían adicionadas, totalizadas y arregladas por siempre en aquella sala encantada. ¡Si lo hubieran sabido aquellos á quienes la materia puede interesar! Como un astrónomo que hiciese construir un observatorio sin ventana y se instalara en él para

(1) *Blue-books*, memorias impresas por orden del Parlamento, llamándose así por razón de la cubierta.

arreglar con pluma, tinta y papel el mundo de las estrellas, el señor Gradgrind, aposentado en su observatorio (¡cuántos hay de parecidos!) podía arreglar el destinos de los seres de su alrededor sobre una pizarra y enjugar todas sus lágrimas con un sucio pedazo de esponja, sin necesidad de echar una mirada sobre ellos.

Luisa dirigió aquella mañana sus pasos hacia aquel observatorio, habitación severa, adornada con un reloj, cuyo aspecto nublado tenía algo de estadístico, marcando cada segundo con un golpe, como si se diera éste en la tapa de un ataúd. Una de las ventanas se abría sobre Cokeville y, cuando la joven se sentó junto á la mesa de su padre, fijóse en las altas chimeneas y las largas hileras de humo que se elevaban, oscura y tristemente, en lontananza.

— Querida Luisa — empezó el Sr. Gradgrind — por lo que ayer te dije, supongo que estarás muy atenta á la conversación que vamos á tener. Se te ha educado muy bien y haces tal honor á la educación recibida, he de reconocerlo con gusto, que tengo mucha confianza en tu buen sentido. No eres apasionada, no eres romancesca, estás acostumbrada á ver las cosas con la tranquila imparcialidad de la razón y del cálculo. Espero que así considerarás la comunicación que voy á hacerte.

Aguardó, como si deseara que ella respondiese algo. Pero ella no dijo palabra.

— Luisa, querida mía, eres objeto de una proposición de matrimonio, que se me ha dirigido.

Aguardó también, y tampoco esta vez respondió ella una palabra. Este silencio le sorprendió de tal modo, que le hizo repetir lentamente :

— Una proposición de casamiento, querida.

Entonces ella replicó, sin ofrecer el menor signo de emoción.

— Lo he oído bien, papá. Le aseguro que estoy muy atenta.

— ¡Vamos! — dijo el Sr. Gradgrind, sonriendo, después de experimentar cierta desazón — te dominas más de lo que esperaba, Luisa. ¿Estabas quizá preparada de antemano á oír la comunicación que estoy encargado de hacerte?

— No puedo decirlo, sin conocerla. Está ó no preparada, deseo enterarme de ello por V. Prefiero oírlo de sus labios.

Lo sorprendente era que el Sr. Gradgrind se hallaba, en aquel instante, menos tranquilo que su hija. Tomó un cortapapeles, lo revolvió, lo dejó en la mesa, volvió á tomarlo por segunda vez y vióse obligado á pasear su mirada por la hoja, antes de saber como proseguir la confidencia.

— Lo que acabas de decir, Luisa, no puede ser más razonable. He prometido anunciarte... Bien, el señor Bounderby me ha expresado que, desde hace mucho tiempo, seguía tus progresos con gusto é interés particulares, habiendo aguardado, también desde hace mucho tiempo, el día de poderte ofrecer su mano. Este día, que ha aguardado tanto y con tanta constancia, hay que decirlo, ha llegado por fin. Me ha hecho su petición y me ha suplicado que te la transmita, en la esperanza de que la acogerás favorablemente.

El padre y la hija permanecen en silencio. El reloj, con su estadística lúgubre, toca de un modo cavernoso. La humareda lejana parece muy negra y sombría.

— Papá — dijo, al fin, Luisa — ¿cree V. que yo quiero al Sr. Bounderby?

Esta pregunta inopinada confundió mucho al Sr. Gradgrind.

— A la verdad, hija mía — respondió — yo... á la verdad... no puedo contestar, por mi parte, esta pregua.

— Papá — prosiguió Luisa — ¿me pide V. que quiera al Sr. Bounderby?

— A la verdad, querida mía — dijo Gradgrind — es difícil responder á esta pregunta...

— ¿El de responder con un sí ó un no, papá?

— Claramente, querida mía. Pues... aquí habría algo que demostrar y esto remonta... La contestación depende esencialmente, Luisa, del sentido que demos á la palabra empleada. El Sr. Bounderby no te hace la injusticia, ni se le hace á sí mismo, de pretender algo de romancesco, fantástico ó (empleando vocablos sinónimos) sentimental. El Sr. Bounderby hubiera aprovechado poco las ocasiones que ha tenido de verte crecer y desarrollarte sus ojos, si pudiera olvidar lo que debe á tu buen sentido, al suyo propio, hasta el extremo de ver las cosas bajo este punto de vista. Podría resultar... sólo es una presunción y te le expongo... que el término que has usado no sea la expresión propia.

— ¿Qué expresión me aconseja V. emplear, papá, en su defecto?

— Pues, querida Luisa — dijo el Sr. Gradgrind, que había dado, por fin, con todos sus medios — te aconsejaría (ya que me lo consultas) que juzgases este asunto como estás hecha á observar los demás, es decir, como un hecho positivo. Los ignorantes y aturdidos podrían sobrecargar un hecho de esta índole con una porción de fantasías extrañas y absurdas

que, examinadas, no tienen valor ni ~~so~~ <sup>pued</sup> de existencia. No es lisonja decir que tu no cometes tales errores. Veamos ¿cuáles son los hechos de que se trata? Establezcamos que, en cifras redondas, cuentas veinte años; fijemos que el Sr. Bounderby, en números enteros, tiene cincuenta. Existe alguna desproporción entre vuestras edades respectivas; entre vuestras fortunas y posición no hay ninguna; al contrario, bajo este punto, os es de perfecta y mútua conveniencia. ¿No se trata, pues, de conocer si tal desproporción basta para ser obstáculo al casamiento? Antes de considerar este punto, no carece de importancia consultar la estadística de matrimonios (tal como se ha podido formular hasta aquí) en Inglaterra y el condado de Gales. Hallo, al fijarme en los guarismos, que muchos de estos enlaces se han efectuado entre personas de edad muy desigual y que, en una proporción de más de tres cuartos, el marido es de más edad entre las partes contratantes. Hecho notable (puesto que patentiza como está extendida la ley de que te hablo), es que entre los indígenas de nuestras colonias de las Indias, así como la mayor parte de los pueblos de la China, sin descontar á los Calmucos de Tartaria, las cantidades que se nos han facilitado hasta hoy por los viajeros más fehacientes,

dar el resultado idéntico. La desproporción aludida, en parte, de constituir desproporción y <sup>prácticamente</sup> se halla casi destruída.

— ¿Qué palabra me aconseja V. que emplee, papá — preguntó Luisa, pues estos resultados satisfactorios no habían turbado en lo más mínimo su tranquilidad y su reserva — en vez de la que he usado ahora mismo, en vez del vocablo impropio ?

— Luisa — replicó su padre — nada me parece más sencillo. Limitándote estrictamente al examen del hecho, debes dirigirte la pregunta siguiente : ¿Pide el Sr. Bounderby que me case con él? Sí, lo pide. La única dificultad que entonces queda por resolver es la de : ¿He de casarme con él? Me parece esto muy sencillo.

— ¿He de casarme con él? — repitió Luisa, con mucha sangre fría.

— Justamente. Me congratulo, como padre, en pensar que no examinas esta cuestión con las ideas y maneras de la mayor parte de las chicas de tu edad.

— En efecto, tiene V. razón, papá — respondió ella.

— Tú eres quien debe decidir — dijo el Sr. Gradgrind. — Te he expuesto el hecho del modo como acostumbran hacerlo los espíritus prácticos ; te lo he expuesto tal como se expuso,

en su tiempo, á tu madre y á mi. Lo importante, Luisa, debes decidirlo tú.

Desde el principio de la conversación, la joven tenía fijos los ojos en su padre. Mientras éste se arrellanaba en su sillón y dirigía también á ella una mirada profunda, quizá observó en su hija un instante, sólo un instante, de vacilación, en que ella se sintió impulsada á echarse en sus brazos, para confiarle las emociones de un corazón rechazado duramente. Para que pudiese ver esto, hubiera sido preciso que el Sr. Gradgrind saltase, á pies juntillas, por la barrera social que se elevaba, desde tiempo, entre él y las esencias sutiles de humanidad, que escaparán á las más hábiles deducciones del álgebra, hasta el momento en que el sonido de la trompeta suprema haga entrar el álgebra en la nada. Las barreras eran demasiado numerosas y elevadas para que pudiera franquearlas de un salto. Gracias á la expresión impasible, utilitaria y práctica de su rostro, contuvo el impulso de la joven y la ocasión precipitóse en el abismo del pasado, para confundirse en todas las ocasiones perdidas que el tiempo ha sumergido en él. Dejó ella de mirar á su padre, quedando largo rato en la contemplación de la ciudad, sin proferir palabra, hasta que el Sr. Gradgrind exclamó :



— ¿Consultas acaso las chimeneas de las fábricas de Cokeville, Luisa?

— La apariencia, sólo hay allí una humareda perezosa y monótona; mas en llegando la noche, se enciende el fuego, papá — respondió ella, volviéndose con vivacidad.

— Eso lo sabe todo el mundo, Luisa. No veo en qué se aplica á nuestro asunto tu observación.

No lo veía en absoluto, y hay que hacerle justicia por ello.

Ahuyentó ella, con gesto casi imperceptible, su observación, y prosiguió en sus manifestaciones, mirando atentamente á su padre.

— Papá, he pensado á menudo que la vida es muy corta...

Entraba esto tan esencialmente en la esfera del Sr. Gradgrind, que replicó :

— Sin duda, corta es, querida mía. Se ha demostrado, no obstante, que la duración media de la vida ha crecido durante estos últimos tiempos. Los cálculos de diversas compañías de seguros sobre la vida y de rentas vitalicias, entre otros resultados indiscutibles, han establecido positivamente el hecho.

— Hablo de mi propia vida, papá.

— ¡ Ah! ¿ De veras? No tengo necesidad de observarte, Luisa, que tu existencia está some-

tida á las mismas leyes que gobiernan la existencia de las multitudes.

— Mientras la mía dure, quisiera hacer el poco bien que puedo, el poco bien de que se me ha hecho capaz... ¡Lo mismo da!

Esta última palabra, dicha por Luisa, pareció intrigar algo al Sr. Gradgrind, el cual respondió :

— ¡Cómo! ¿*Lo mismo da*? ¿Lo mismo da qué, hija mía?

— El Sr. Bounderby — continuó ella, con acento firme y decidido, — pide que me case con él. La pregunta que debo hacerme es : ¿Me casaré con él? ¿No es eso, papá? ¿No es eso lo que me ha dicho V., papá?

— Sin duda, querida mía.

— Sea. Ya que el Sr. Bounderby quiere tomarme así, no veo porque he de rechazar su proposición. Dígale, papá, cuando V. quiera, que tal es mi respuesta. Repítasela palabra por palabra, si puede V., ya que mi empeño es que sepa todo lo que he dicho, con exactitud.

— Siempre es bueno ser exacto, querida mía — replicó el Sr. Gradgrind, con aprobación. — Tu pregunta es muy juiciosa, para que yo deje de acatarla. ¿Tienes que expresar algún deseo respecto á la fecha del matrimonio, hija mía?

— Ninguno, papá. ¡Lo mismo da!

El Sr. Gradgrind había acercado su silla y tomado la mano de su hija. Pero la exclamación de esta última acababa de sonar mal á sus oídos. La miró un instante en silencio y repuso sin dejar su mano :

— Luisa, he creído ocioso hacerte una pregunta, porque su posibilidad me parece muy dudosa. Pero quizá debo dirijirtela... ¿Se te ha hecho alguna vez, en secreto, alguna proposición de esa índole?

— Papá — respondió ella, con acento casi desdeñoso — ¿Qué otra proposición puede haberseme dirijido, á mí? ¿Qué gente he visto yo? ¿Adónde he ido? ¿Qué experiencia ha hecho mi corazón?

— Querida Luisa — contestó el Sr. Gradgrind, satisfecho y tranquilo. — Tienes razón; yo era quien me equivocaba. Pero quería sólo cumplir con un deber.

— ¿Acaso sé yo — dijo Luisa, con su acostumbrada sangre fría — lo que son simpatías, caprichos, aspiraciones? ¿No se ha sofocado en mí esta parte de la naturaleza, en la que hubieran podido arraigarse cosas tan fútiles? ¿Me he alejado un solo instante de los problemas que se creen demostrar ni de las realidades que se pueden colegir?

En diciendo esto, cerró instintivamente la

mano, como si hubiera estrechado un cuerpo sólido, y luego volvió á abrirla lentamente, como para dejar caer ceniza ó polvo.

— Querida mía — expresó el padre eminentemente práctico, con semblante de júbilo. — Esto es verdad, muy verdad.

— ¿Acaso no soy yo la última persona del mundo á quien deba hacerse semejante pregunta? — prosiguió la chica. — Esas preferencias infantiles... (me he enterado de ello, á pesar del cuidado de V.)... que son propias de los corazoncitos, no han hallado nunca hogar inocente en mi interior. Ha sido V. tan cuidadoso para conmigo, que jamás he tenido corazón de niña. Me ha educado V. tan bien, que jamás he tenido un sueño de niña. Se ha portado V. tan sabiamente respecto á mí, papá, que jamás he concebido una creencia ó temor de niña, desde la cuna hasta hoy.

El Sr. Gradgrind estaba hondamente conmovido, por el éxito alcanzado y por el testimonio lisonjero que se le acababa de dar.

— Querida Luisa — dijo — Tú me recompensarás con creces. Abrázame, querida mía.

Le abrazó y le besó. Y el padre, reteniéndola en sus brazos, prosiguió :

— Puedo asegurarte, querida hija mía, que tu determinación juiciosa me llena de felicidad.

El Sr. Bounderby es una personalidad notable, y la desproporción ligera que pudiera advertirse en vuestra edad, si aquélla existe, está más que compensada con la educación vigorosa que se ha dado á tu espíritu. Mi propósito ha sido siempre educarte de manera que, á partir de tus tiernos años, pudieses llegar á ser de más edad que yo, si puedo expresarme así. Abrazame nuevamente, Luisa. Y ahora vamos á ver á tu madre.

Bajaron al salón, en el que aquella estimable dama, inaccesible á toda chiquillada, estaba tendida sobre un canapé, según su costumbre, mientras Sissy trabajaba á su lado. Ofreció alguna ligera señal de volver á la vida, cuando ellos entraron, y la sombra chinesca, al poco rato, se halló en su adecuado asiento.

— Señora Gradgrind — dijo el marido, que aguardó con impaciencia á que realizara aquella evolución. — Permitame que le presente á la Sra. Bounderby.

— ¡Oh! — dijo la Sra Gradgrind — ¡has terminado ya, por fin, este asunto! Pues mira, espero que disfrutarás de buena salud, Luisa; pues si tu cabeza tuviera que romperse, como la mía, desde el comienzo de tu matrimonio, no me parecería tu suerte digna de envidia, aunque piensas, sin duda, lo contrario, como hacen

todas las muchachas. Lo mismo es; te felicito, querida mía, y deseo que saques provecho de tus estudios hológicos, ¡puedes creerlo! Voy á darte un beso de enhorabuena, Luísa; mas no me toques el hombro derecho: siento en él un dolor que me va de arriba abajo. Cátate que ahora — prosiguió la Sra. Gradgrind, ajustando su chal á raíz de esta afectuosa ceremonia — tendré que devanarme los sesos, de la mañana á la noche, para saber cómo llamarle á él.

— ¡Señora Gradgrind! — preguntó el marido, en tono solemne. — ¿Qué quiere V. decir?

— ¿Cómo tendré que llamarle á él, señor Gradgrind, cuando sea el esposo de Luísa? Será preciso que le dé un nombre ú otro. Es imposible — continuó la Sra. Gradgrind, con acento que denunciaba, á la vez, un sentimiento profundo de las convenciones y de su propia dignidad — que le dirija la palabra constantemente, sin darle un nombre. No puedo llamarle Josué, porque este nombre me es insoportable. Tú mismo no podrías oír pronunciar el diminutivo Joe, ya lo sabes. ¿Debo llamar *señor* á mi yerno? No, sin duda; á menos que yo entonces quede reducida, so capa de mi desvalimiento, á ver á mi familia y parientes insultarme y pisotearme. ¿Cómo tendré, pues, que llamarle?

Como ninguno de los circunstantes estaba en

disposición de socorrerla, en trance tan difícil, sugiriéndole el medio de solucionar el problema, la Sra. Gradgrind se oscureció provisionalmente, después de agregar el codicilo siguiente á las ya ejecutadas observaciones :

— En cuanto á la boda, todo lo que te pido, Luisa (y te lo pido con las palpitaciones de pecho que se extienden efectivamente hasta la planta de mis pies) que se celebre cuanto antes. No tengo ganas de que sea cosa interminable.

Cuando el Sr. Gradgrind presentó á la Sra. Bounderby, Sissy volvió repentinamente la cabeza y dirigió á Luisa una mirada llena de asombro, de conmiseración, de tristeza y de incredulidad. Luisa lo adivinaba y lo veía, sin necesidad de mirar á la chica. A partir de este instante se volvió impasible, altiva y fría; mantuvo á Sissy á distancia y cambió del todo respecto á ella.

## CAPÍTULO XVI

### MARIDO Y MUJER

La primera desazón del Sr. Bounderby, al enterarse de su felicidad, fué debida á la necesidad de transmitir aquella nueva á la Sra.

Sparsit. No sabía como arreglárselas para ello, y no podía formarse idea clara de las consecuencias de tal comunicación. ¿Se marcharía ella inmediatamente, con armas y bagajes, á casa de Lady Scadgers, ó bien rehusaría con obstinación abandonar su puesto? ¿Se echaría á llorar y á decir palabras fuertes? ¿Vertería las lágrimas todas de sus ojos ó le arrancaría los suyos? ¿Se dejaría destrozar el corazón, sin romper los vidrios? Esto es lo que el Sr. Boun-derby no podía prever de ningún modo. No obstante, como era preciso que la cosa se lle-vara á cabo, convenía también decidirse á ha-cerlo; y después de empezar, sin éxito, algunas cartas, se determinó á efectuarlo verbalmente.

Al volver á su casa, la noche que señalara para ejecutar su importante proyecto, tuvo la precaución de ir á una farmacia y comprar un frasco de sal volátil, de fuerza poderosa.

— ¡ Por San Jorge ! — dijo el Sr. Boun-derby. — Si toma el partido de indisponerse, tendré siempre la satisfacción de desollarle un poco la nariz.

Por más que hiciese el valiente, no tenía, en verdad, el aspecto de un héroe, al franquear el dintel de su casa. Presentóse ante el objeto de sus inquietudes, como un perro que no tiene tranquila la conciencia, al volver de la despensa.



— Buenas noches, señor Bounderby.

— Buenas noches, señora, buenas noches.

Acercó su silla y la Sra. Sparsit apartó la suya, como diciendo :

— Este es su sitio, cerca del fuego, Sr. Bounderby. Me congratulo en reconocerlo. Usted es quien debe ocuparlo todo, si le parece bien.

— No retroceda V. hasta el polo norte, señora — dijo el Sr. Bounderby.

— Gracias, señor — dijo la Sra. Sparsit, volviendo á acercarse al fuego, aunque un poco más próxima á su primer sitio.

El Sr. Bounderby se quedó un instante contemplándola, mientras ella recortaba, con la punta de sus tijeras rectas y afiladas, algunos círculos en un pedazo de batista, como para hacer un adorno misterioso ; y esta operación, unida al aspecto de las pobladas cejas y de la nariz romana, sugería la idea de un halcón encarnizándose en los ojos de un pajarito coriáceo. Estaba absorbida de tal modo en su trabajo, que pasaron algunos minutos sin que levantara la vista de su labor. El Sr. Bounderby atrajo entonces su atención, con un movimiento de cabeza.

— Sra. Sparsit — dijo el Sr. Bounderby, metiendo las manos en el bolsillo y asegurándose, con una de ellas, de que el frasco sería

fácil de destapar. — No necesito decirla que V., no sólo es una dama bien nacida y bien educada, sino también una mujer de mucho ingenio.

— Es verdad, señor — replicó la Sra. Sparsit — puesto que no es la primera vez que me honra V. con tales expresiones.

— Sra. Sparsit — dijo el Sr. Bounderby — voy á darle una sorpresa.

— ¿De veras, señor? — repuso la Sra. Sparsit, como interrogando y con la mayor tranquilidad del mundo. Llevaba mitones, y los alisó, dejando la labor á un lado.

— Voy, señora — dijo Bounderby — ...voy á casarme con la hija de Tom Gradgrind.

— ¿De veras, señor?—respondió la Sra. Sparsit, con acento suave. — ¡Que sea V. feliz, señor Bounderby! ¡Oh, sí, deseo que sea V. muy dichoso!

Pronunció estas últimas palabras con entonación que denotaba tanta condescendencia y tanta piedad para su patrono, que Bounderby, mucho más desconcertado que si hubiera lanzado la cajita de labor contra el espejo y hubiese caído desmayada en la alfombra, tapó herméticamente el frasco de sal volátil, que tenía escondido en el bolsillo, diciéndose : « ¡Diantre de mujer! ¿Quién hubiera jamás creído que tomase la cosa con dulzura? »

— Le deseo de todo corazón, señor — dijo la Sra. Sparsit, con aire distinguido (pues en aquel momento asumía la expresión de una mujer con derecho á apiadarse de la suerte del Sr. Bounderby) — que sea V. dichoso en todos los conceptos.

— Gracias, señora — replicó el Sr. Bounderby, con cierto descontento en la voz, que había bajado de tono, á pesar suyo. — Le estoy muy agradecido. Confío serlo.

— ¿De veras, señor? — dijo la Sra. Sparsit, muy afablemente. — Pero ello es muy natural, muy sencillo.

Al llegar á este punto, el Sr. Bounderby hizo una pausa torpe y muy embarazosa. La Sra. Sparsit reanudó su tarea, dejando sentir, á intervalos, una tos ligera, como de mujer que tiene conciencia de su fuerza y de su magnanimidad.

— Por lo dicho, señora — repuso Bounderby — no juzgo conveniente que una dama como V. tenga que permanecer aquí, á pesar del deseo que uno abrigue de conservarla.

— ¡Oh! no, señor ¡Dios mío! No hay que pensar en ello.

La Sra. Sparsit movió la cabeza, siempre con su aire muy distinguido, variando algo su ligera tos. Ahora ésta era la de una mujer que siente el

don profético y que se resiste, como la pitonisa, al soplo del espíritu, persuadida de que vale más sofocarlo tosiendo.

— No obstante, señora — dijo Bounderby — tengo habitaciones en mi casa de banca, en que la presencia de una dama bien nacida y bien educada, que se aposentase allí con carácter de guardesa, sería considerada como una buena fortuna. Si el mismo gaje...

— Dispense, señor; pero me ha ofrecido V. emplear siempre la frase *gratificación anual*.

— Sea, señora, gratificación anual. Si le parece aceptable allí la misma gratificación anual, no hallo, de mi parte, ningún motivo para que nos separemos.

— Señor — respondió la Sra. Sparsit — este ofrecimiento es digno de V., y si la posición que deba yo ocupar en la casa de banca no me obliga á descender en la esfera social...

— No, sin duda. De otro modo, señora, ¿ cree que lo hubiera yo propuesto á una dama de mundo, como V.? No es que yo me preocupe del mundo, como sabe. Pero V. es distinta de las demás.

— Señor Bounderby, me llena V. de consideración.

— Tendrá V. allí su habitación particular, su fuego, su vela, y dispondrá V. de su cama-

rera para servirla y del ordenanza para protegerla. Estará V. á sus anchas, si he de decirlo así.

— Señor — respondió la Sra. Sparsit — ni una palabra más. Al despojarme del honroso cargo que ocupó aquí, no podré huir de la triste necesidad de comer el pan de la dependencia — (hubiera podido decir la molleja de ternera (1) de la dependencia, toda vez que este plato, sazonado con buena salsa roja, constituía su cena predilecta) — y prefiero recibirlo de V. que de otra persona. Señor, acepto su oferta con agradecimiento por todas sus bondades. Y deseo, señor — añadió la Sra. Sparsit, con marcado acento de piedad — deseo vivamente que halle V. en la Srta. Gradgrind la mujer que anhela y merece.

Nada pudo decidir, en lo sucesivo, á que la Sra. Sparsit abandonase el papel de piedad benévola que se había adjudicado. En vano se exaltó él Sr. Bounderby, reivindicando sus derechos de hombre feliz, con explosiones de dicha matrimonial : la Sra. Sparsit estaba resuelta á mirarle como una víctima y á compadecerle. Estuvo muy cortés, atenta, alegre

(1) Juego de palabras : *sweet-bread*, molleja de ternera ; literalmente : *pan dulce*.

y sonriente; pero cuanto más se mostraba así, más tenía él aire de víctima sacrificada. Parecía ella apiadarse de tal modo de la desdichada suerte de su patrón, que el semblante coloradote del fabricante se cubría de un sudor frío, siempre que ella le miraba.

Se convino, sin embargo, en que el matrimonio se celebraría al cabo de dos meses, y el Sr. Bounderby iba todas las noches á Pedro-Loge, en calidad de pretendiente oficial; y el amor se hacía, cada vez, en forma de brazaletes y de joyas. Cuando llegaron los esponsales, el amor tomó un aspecto más y más manufacturero. Se fabricaron vestidos, se fabricaron dijes, se fabricaron pasteles y guantes, se fabricó un contrato de matrimonio, con abundante acompañamiento de hechos adecuados á las circunstancias. Todo el asunto constituyó un *hecho*, de un extremo á otro. Las horas se guardaron bien de producir una de esas gradaciones de color de rosa que la imbecilidad de los poetas acostumbra á suscitar en tal caso; el péndulo no fué ni más aprisa ni más despacio que de ordinario. El reloj lúgubre y estadístico del observatorio Gradgrind continuó sacrificando cada segundo, en el instante mismo en que nacia, enterrándolo seguidamente con la habitual exactitud.

Llegó, pues, el día señalado, como llegan todos los días, para los que no más escuchan la voz de la razón; y entonces se unieron en la iglesia de pilares de madera esculpida (género de arquitectura particular) Josué Bounderby de Cokeville con Luisa, hija primogénita de Tomás Gradgrind, de Pedro-Loge, miembro del parlamento por la nombrada ciudad. Y, unidos por los sagrados lazos del himeneo, fueron á almorzar al ya citado Pedro-Loge.

El feliz acontecimiento había congregado allí á una sociedad selecta, cada miembro de la cual sabía la procedencia de todo lo que se comía y bebía, y como ello se exportaba é importaba, y en qué cantidad, y si en buques ingleses ó extranjeros; nada les pasaba por alto. Las damas de honor, incluso la pequeña Juana Gradgrind, eran dignas de ser, bajo el punto de vista intelectual, compañeras del célebre niño calculador; ninguno de los comensales era sospechoso de pensar en ninguna cuchuffeta sentimental.

Después del almuerzo, el novio dirigió la palabra en estos términos :

— Señoras y caballeros, soy Josué Bounderby, de Cokeville. Ya que nos han hecho Vds., á mi esposa y á mí, el honor de beber á

nuestra salud y de expresar sus votos por nuestra dicha, supongo que debo darles las gracias; y, sin embargo, como todos Vds. me conocen y saben quien soy, no deben de esperar un discurso de un hombre que, en viendo un poste, dice : Hé ahí un poste, y cuando vé una bomba, expresa : Hé ahí una bomba; pero nadie le obligará nunca á decir que un poste sea una bomba y que una bomba sea un poste, ni menos aún que el uno ó el otro sea un monda-dientes. Si desean Vds. oír esta mañana un discurso, mi amigo y suegro, Tom Gradgrind, es miembro del parlamento : diríjanse á él, que yo no soy hombre á propósito. Me permito esperar, sin embargo, que se me dispensará por el orgullo de mi independenciam, si echo una ojeada al rededor de esa mesa y recuerdo cuán poco pensaba yo en casarme con la hija del Sr. Gradgrind, en aquel tiempo en que era un vagabundo haraposo, é iba por las calles sin lavarme jamás la cara, á menos que encontrase una bomba y aún, todo lo más, cada quince días. Me complazco en creer, pues, que les agradará este sentimiento de independenciam; si no les gusta, nada puedo hacer con ello. Me siento independiente. Ahora, me decía yo, como decían Vds., al brindar por nuestra salud, soy el marido de la hija de Tom Grad-



grind. Me congratulo en serlo. Hace tiempo que lo deseaba. He visto como ha sido educada, y creo que es digna de mí. Por otra parte, y á fin de no engañarles, creo que soy digno de ella. Les agradezco, pues, en su nombre y en el mío, los votos que acaban de expresar : el mejor deseo que puedo emitir para la gente soltera aquí reunida es el siguiente : que todos los mozos puedan encontrar una esposa tan buena como la mia, y las muchachas un marido que se me parezca.

Al poco rato de este discurso, como los novios salían para un corto viaje hacia Lyon (el Sr. Bounderby quería aprovechar la ocasión de ver como los Brazos se portaban allí, y si los obreros de esta ciudad también querían comer con cuchara de oro) la feliz pareja se dispuso á tomar el ferrocarril. La novia, al bajar la escalera, en tocado de viaje, halló que su hermano Tom la aguardaba, hondamente conmovido, quizá por sus sentimientos fraternales, quizá también por el vino del almuerzo.

— ¡Que guapa estás! Eres una hermana de rechupete, Lu. — le dijo Tom al oído.

Ella le abrazó, como hubiera deseado aquel día abrazar una naturaleza más tierna, y por vez primera quebrantóse sa reserva fría.

— ¡El viejo Bounderby está ya dispuesto!

— dijo Tom. — No hay que perder tiempo. Te aguardaré en el andén, cuando regreses. ¿Verdad, querida Lu, que esto es sorprendente?

## CAPÍTULO XVII

### EFECTO EN EL BANCO

El día de San Juan hizo una hermosa mañana, brillando el sol con todo su esplendor. Esto sucedía de vez en cuando, hasta en Cokeville.

Contemplada á cierta distancia, con aquel tiempo, se veía Cokeville envuelta por un halo de niebla humeante, que le era propia y que parecía impermeable á los rayos del sol. Se adivinaba que la ciudad se encontraba allí, pues que solo la presencia de una población, como era sabido, podía explicar aquel topo que afeaba el paisaje. Un vapor de hollín y de humo, dirigiéndose confusamente, ya de un lado, ya de otro, parecía unas veces querer remontarse al firmamento, otras se arrastraba de un modo tenebroso por el suelo, según si el viento caía, se elevaba ó cambiaba de dirección : una mezcla confusa, informe y densa, con algunos girones iluminados, que sólo daban luz

á masas de oscuridad. Cokeville se anunciaba á distancia por lo que era, antes que pudiera columbrarse uno solo de sus ladrillos.

Lo más sorprendente era que la ciudad estuviese aún allí. Había sido arruinada tan á menudo, que su resistencia á tantas sacudidas era maravillosa. Cierto que no se ha visto nunca barro de porcelana más frágil que el que los fabricantes de Cokeville habían amasado. Por más que se modelara con precaución, ponían tal gusto en hacerse añicos, que no podía uno librarse de suponer que estaba rajado desde mucho tiempo. Se les había arruinado, según decían, al obligárseles á llevar á la escuela á los niños de las fábricas; se les arruinó al nombrarse inspectores para el examen de sus talleres, cuando aquéllos, mal aleccionados, expresaron la duda escrupulosa de que los hiladores tuviesen derecho de magullar á la gente en sus máquinas; estaban perdidos, sin remisión, cuando se permitieron insinuarles que, en ciertas ocasiones, podían hacer menos humo. Además de la cuchara de oro del Sr. Bunderby, que era aceptada generalmente en Cokeville, existía otra ficción bastante extendida entre los fabricantes. Se ofrecía bajo forma de amenaza. No bien un cokeburgués se sentía ultrajado, es decir, cuando no se le dejaba

tranquilo y querían impugnarle las consecuencias de sus actos, no dejaba nunca de proferir la siguiente amenaza: « Antes desearía tirar mis bienes al Océano Atlántico ». Más de una vez había temblado por ello el ministro del Interior, de pies á cabeza.

Los cokeburgueses, á pesar de todo, mostrábanse tan patriotas que, lejos de tirar sus bienes al Océano Atlántico, tenían la bondad, al contrario, de cuidar mucho de ellos. La ciudad estaba siempre allí, envuelta en su halo de niebla, que no hacía más que crecer y hermosearla.

Aquel día las calles eran cálidas y polvorientes, y el sol era tan espléndido, que brillaba á través del cargado vapor, suspendido encima de Cokeville, que no se podía mirar fijamente. Los fogoneros salían de diversos sitios subterráneos, mostrándose en el patio de las fábricas, sentados en las escaleras, en vigas y andamios, enjugando su semblante de bronce y contemplando los montones de carbón. La ciudad parecía freír en una sartén. En todas partes se sentía un olor de aceite hervido. Este relucía en las máquinas de vapor, ensuciaba la ropa de los obreros, rezumaba y chorreaba por los numerosos pisos de cada fábrica. La atmósfera de aquellos palacios encantados

parecíase al soplo del simún; y los naturales del país, agobiados por el calor, avanzaban por el desierto con indolencia. Ninguna temperatura podía aumentar ó disminuir la locura de aquellos elefantes atacados de melancolía. Sus hostigantes cabezas se alzaban y bajaban, sin cambiar de movimiento, ya fuese el tiempo cálido ó frío, húmedo ó seco, bueno ó malo. La sombra que proyectaba en la pared su gesto uniforme, era la única que emplease Cokeville en sustitución de la que cae, temblorosamente, en los bosques; del mismo modo que, para suplir al zumbido de los insectos de verano, sólo podía ofrecer, en el curso del año, desde la aurora del lunes hasta la noche del sábado, la música del rechinar de ruedas y el murmullo del árbol de reposo.

Durante aquel hermoso día no hubo otra música, y el caminante que pasaba cerca de las resonantes paredes de las fábricas, oyendo aquel ruido amodorrador, sentía más calor y tenía mayores ganas de dormir. El riego y las cortinas refrescaban algo las grandes calles y las tiendas; pero las fábricas, patios y avenidas estrechas cocían en el zumo. Allí, en el río ennegrecido y espeso por alguna droga de tinctura, algunos chicuelos en libertad, lo que era raro en aquel sitio, se paseaban en un barco

descalabrado, cuya pesada marcha se veía por una estela de espuma, mientras que cada golpe de remo levantaba olores infectos. Pero el mismo sol, bienhechor de ordinario, mostrábase menos favorable á Cokeville que el frío más riguroso, y raro era que dirijiese una mirada penetrante á los barrios populosos de la ciudad, sin causar más defunciones que nacimientos. De esta manera el mismo ojo del cielo se convierte en mala mirada, cuando manos sórdidas é incapaces se interponen entre él y los objetos que sus rayos venían á bendecir.

La Sra. Sparsit está sentada, en la casa de banca, en el sitio más sombreado de la calle, que se tuesta al sol : en el salón de la tarde. Los despachos están cerrados ; y en tal hora del día la Sra. Sparsit tiene costumbre de hermo-sear con su persona la sala de consejo, situada encima de la caja. Su salón particular se halla en un piso más arriba ; desde allí, en lo alto de una ventana, que le sirve de observatorio, acoge todas las mañanas al Sr. Bounderby, al atravesar éste la calle, con el saludo de pésame que hay que dirigir á una víctima. Hace un año ya que el Sr. Bounderby está casado, y la Sra. Sparsit no le ha librado un solo día de su obstinada piedad.

El aspecto de la casa de banca nada ofrece

que pueda turbar la monotonía de la población. Es otra casa con ladrillos rojos, con postigos negros en el exterior y cortinas verdes en el interior, con una negra puerta de entrada, que adornan dos peldaños blancos, una placa y un pomo de cobre. La casa de banca es algo más espaciosa que la habitación particular del Sr. Bounderby, la cual resulta, por su parte, cuatro ó cinco veces mayor que las otras de la ciudad. En lo restante se conforma todo al modelo.

La Sra. Sparsit tenía la convicción de que, al bajar, por la noche, á ver los pupitres y demás accesorios de la contabilidad, esparcía un encanto femenino, para no decir aristocrático, en el despacho. Sentada junto á la celosía, con sa bordado ó su labor de punto, se lisonjeaba de desvanecer, con sus modales distinguidos, el aspecto vulgar de aquellos sitios consagrados á los negocios. Gracias á semejante idea de su interesante misión, la Sra. Sparsit se creía, en cierto modo, el hada de la casa de banca. La gente de la población que la veía allí, yendo y viniendo, no tenía precisamente una idea análoga de ello : la miraban como al dragón de la casa de banca, encargado de velar por los tesoros de la mina.

La Sra. Sparsit ignoraba, como los transeuntes, cuál era la naturaleza de tal tesoro. Oro

y plata en metálico, billetes y secretos que, de ser divulgados, podían ocasionar, de tal ó cual manera, la ruína de determinados personajes (gente, de ordinario, á la que ella no queria), siendo los principales artículos que figuraban en el inventario ideal que ella se forjaba de tal riqueza. Cuanto á lo demás, sabia que, después de cerrada la oficina, reinaba ella en los muebles de la casa de banca, como dueña absoluta, y en un cuarto bardado con hierro y cerrado con triple cerrojo, en el puerta del cual el mozo apoyaba todas las noches la cabeza, acostado en un catre de tijera, que desaparecía con el canto del gallo. Además, era señora soberana de ciertas cuevas prohibidas, por soportes, á los ladrones; así como del residuo del trabajo diario: borrones de tinta, mangos de pluma, fragmentos de obleas y trozos de papel, hechos añicos, de modo tal que no podía descifrar en ellos ningún hecho interesante, al tratar de leerlos. Además, tenia bajo su custodia un arsenal de cuchillos y carabinas, que estaban dispuestos, en orden formidable, encima de una de las chimeneas oficiales; y la vigilancia de esa institución respetable, que no debe olvidar nunca un establecimiento con visos de opulencia, poseyendo una hilera de cubos para incendios, utensilios que no están destinados á



ejercer ningún servicio especial, pero que producian una influencia moral en la mayor parte de los espectadores, de efecto seguro, imponiéndoles lo mismo que si fuesen lingotes de igual calibre.

Una criada sorda y el mozo completaban la soberanía de la Sra. Sparsit. Decíase que la criada sorda era rica; entre la clase obrera de Cokeville circulaban rumores, desde muchos años, de que la asesinarían alguna noche, después de cerradas las oficinas, para robarle el dinero. Creían, en general, que la época había ya vencido, de mucho tiempo á esta parte, y que la profecía se había atrasado en su cumplimiento; lo que no la impedía que continuase guardando su puesto, tanto en el mundo como en la banca, con una tenacidad que no era hija de un buen carácter, causando mucho descontento y sorpresa á los creyentes desilusionados.

Acababa de servirse el te á la Sra. Sparsit, en una impertinente mesita, que pretendía erguirse en sus tres piés, y que dicha señora unia, una vez cerrado el despacho, á la gran mesa oficial, larga, severa, cubierta con badana, pavoneándose en medio de la sala del consejo. En este trébede colocó el mozo la fuente, alzando el puño hasta la sien, en forma de homenaje y saludo reverenciosos.

— Gracias, Bitzer — dijo la Sra. Sparsit.

— Soy yo quien debe dárselas, señora — respondió el mozo.

Este era un hombre bastante endeble, como el día en que le vimos guiñar del ojo en la escuela, al definir un caballo por cuenta de la niña número veinte.

— ¿Está todo cerrado, Bitzer? — preguntó la Sra. Sparsit.

— Todo, señora.

— Y ¿qué se dice — prosiguió la Sra. Sparsit, vertiendo el te — y qué se dice de nuevo? ¿Hay algo?

— Cuanto á eso, señora, no puedo alabarme de haber oído nada nuevo. La gente de aquí no vale gran cosa, señora; pero esto no es una noticia, desgraciadamente.

— ¿Qué hacen, pues, esos pícaros? ¿No sabrán estar tranquilos? — preguntó la Sra. Sparsit.

— Siempre el mismo cuento, señora. Se asocian, se confabulan, apoyándose unos á otros.

— Es de lamentar — dijo la Sra. Sparsit, dando á su nariz una expresión más romana y frunciendo más que nunca, en el exceso de su severidad, las cejas coriolanescas — que los principales, estando asociados, toleren semejantes asociaciones en sus dependientes.

— Sí, señora — dijo Bitzer.

— Y ya que se han asociado entre sí, deberían decidirse, todos ellos, á no emplear ningún obrero que estuviere asociado con otro.

— Lo han intentado, señora — replicó Bitzer — mas no han tenido éxito : ha sido preciso renunciar á ese propósito.

— No pretendo entender de tales cosas — dijo la Sra. Sparsit con dignidad — ya que mi destino me condujo á otra esfera; y el señor Sparsit, en su calidad de Powler, se encontraba igualmente alejado de discusiones por el estilo. Pero sé bien que hay que domar á esas gentes y que es tiempo ya de que ello se haga, una vez por todas.

— Si, señora — replicó Bitzer, manifestando el mayor respeto por la autoridad profética de la Sra. Sparsit. — Ha puesto V. el dedo en la llaga, señora, no cabe duda.

Siendo la hora en que acostumbraba sostener una conversación íntima con la Sra. Sparsit y habiendo leído en la mirada [de la dama que quería hacerle alguna pregunta, entretúvose en arreglar los tinteros, las reglas, etc., mientras ella concluía de tomar el te, lanzando algún vistazo á la calle, por la ventana abierta.

— ¿Ha habido mucho trabajo hoy, Bitzer? — preguntó la Sra. Sparsit.

— No mucho, milady. Un día mediano.

En su conversación Bitzer deslizaba, de vez en cuando, alguno que otro *milady* por *señora*, como homenaje rendido involuntariamente á la dignidad personal de la Sra. Sparsit.

— Los dependientes — dijo la Sra. Sparsit, sacudiendo cuidadosamente de su mitón izquierdo una miga imperceptible de pan y manteca — serán dignos de confianza, exactos y asíduos al trabajo ¿no es eso?

— Sí, señora; no hay que decir gran cosa por ello : dejando aparte la excepción de costumbre, se entiende.

En la casa de banca, Bitzer ejercía las funciones honrosas de espía y, en remuneración de sus servicios benévolos, recibía un regalo por Navidad, además del sueldo. Era ya un joven despabilado, circunspecto y prudente, que no podía dejar de hacer su camino. Su espíritu estaba arreglado con tanta exactitud, que no tenía afecciones ni pasiones. Todos sus actos eran consecuencia de un cálculo frío y minucioso; y no era sin razón que la Sra. Sparsit se complacía en manifestar que no había conocido ningún joven de principios más firmes que los de Bitzer. Habiéndose cerciorado, cuando la muerte de su padre, de que la Sra. Bitzer tenía derecho de residencia en Cokeville, ese digno economista de menor edad había

invocado ese derecho, sujetándose con tal obstinación á tal principio, que la viuda fué recluída, à expensas del municipio, en la casa de los pobres por el resto de sus días. Consignemos que Bitzer le daba media-libra de te todos los años, lo que era, de su parte, una gran debilidad : primeramente, porque los dones dan por resultado la inclinación al pauperismo, ya que la única cosa razonable es comprar ese comestible lo más barato posible y volverlo á vender lo más caro posible, ya que se ha demostrado claramente por los filósofos que este principio comprende todos los deberes del hombre. No digo una parte de los deberes, sino todos sin distinción.

— No hay que decir gran cosa por ello, señora. Dejando aparte la excepción de costumbre, señora — repitió Bitzer.

— Ah!... — dijo la Sra. Sparsit, moviendo la cabeza, por encima de su taza, y tomando un largo sorbo.

— El Sr. Tomás, señora. Tengo dudas acerca del Sr. Tomás, señora. No me place el modo de comportarse el Sr. Tomás.

— Bitzer — dijo la Sra. Sparsit, con acento imponente— ¿no se acuerda del encargo expreso que le hice acerca del uso de los nombres propios?

— Le pido mil perdones, señora. Su obser-

vacación es muy justa, pues que V. me prohibió el empleo de los nombres propios, y sé que siempre es mejor evitarlo.

— Recuerde que aquí desempeña un cargo — dijo la Sra. Sparsit, con aire solenne — que ocupó aquí un sitio de confianza, Bitzer, para el Sr. Bounderby. Por improbable que pareciese al Sr. Bounderby y á mí, hace algunos años, que llegaría él á ser mi principal y me daría una gratificación anual, no debo por ello dejar de considerarlo de ese modo. El Sr. Bounderby, conociendo mi posición social y mi origen, ha tenido para mí todas las atenciones que podía desear y más, mucho más, de las que podía esperar. Por tanto, quiero ser fiel á mi principal, de modo escrupuloso. Y no creo, no quiero creer ni debo — dijo la Sra. Sparsit, que parecía tener almacenado un fondo de honor y de moralidad — que fuese fidelidad escrupulosa para con él tolerar que se pronuncien aquí nombres que, por desgracia... es una desgracia, no cabe duda sobre este punto... se hallan asociados al suyo.

Bitzer llevó de nuevo la mano á su frente y pidió otra vez perdón por su torpeza.

— No, Bitzer — continuó la Sra. Sparsit — diga un *individuo* y le escucharé; pero si dice V. el Sr. Tomás, no quiero oír nada.

— Salvo la excepción acostumbrada, señora — dijo Bitzer, empezando nuevamente su confianza — de un individuo.

— Ah! — repitió la Sra. Sparsit, renovando la exclamación y el movimiento de cabeza, por encima de su taza, y tomando asimismo otro largo sorbo, como para reanudar la conversación en el punto en que se había interrumpido.

— Hay un individuo, señora — dijo Bitzer — que no ha sido nunca lo que debía ser, desde el día en que vino aquí. Es un vago, un disoluto y un malgastador. No merece el pan que come, señora. ¡Ni siquiera se lo darían, señora, si no estuviera bien en la corte, si no tuviera en ella á una parienta y amiga, señora!

— Ah! — dijo la Sra. Sparsit, con otra inclinación melancólica de cabeza.

— Sólo deseo, señora — prosiguió Bitzer — que su parienta y amiga no le procure los medios de continuar una vida semejante. Por lo demás, señora, no ignoramos de qué bolsillo sale aquel dinero.

— ¡Ah! — suspiró la Sra. Sparsit, reiterando su inclinación melancólica de cabeza.

— Es digno de lástima, señora. La última persona á que aludo es digna de lástima — dijo Bitzer.

— Sí, Bitzer — replicó la Sra. Sparsit. — Es

lo que siempre hago : apiadarme de su ceguedad.

— Respecto al individuo, señora — dijo Bitzer, hallando más bajo y acercándose — es tan imprevisor como cualquiera operario de la ciudad. Y ya sabe V. hasta donde llega la imprevisión de éstos, señora. Nadie puede lisonjearse de tener que amonestar por ello á una dama del rango de V.

— Mejor harían — replicó la Sra. Sparsit — en tomar por modelo á V., Bitzer.

— Gracias, señora. Pero ya que V. quiere hablar bien de mí, oiga un instante, señora. He ahorrado ya algun cuarto. Jamás he tocado á la gratificación que recibo por Navidad. Ni siquiera gasto todo mi sueldo, aunque no sea éste muy elevado, señora. ¿Porqué no hacen como yo, señora? Lo que uno puede, también podría hacerlo todo el mundo.

Esta era también una de las ficciones de Cokville. Todo capitalista que hubiese ganado sesenta mil libras esterlinas, empezando por una moneda de seis peniques, afectaba siempre extrañarse de que cada uno de los sesenta mil obreros de la vecindad no ganara sesenta mil libras con una moneda de seis peniques, reprochándoles porque no hacían tal obra maestra. « Lo que he hecho, también V. puede hacerlo. ¿Porque no se dispone V. á hacerlo? »



— Cuanto á su pretendida necesidad de diversiones, señora, eso da lástima. ¿Acaso pido yo diversiones? Nunca he pedido ni las pediré jamás; por otra parte, no me gustan. Cuanto á sus sociedades, hay buen número de ellos que, abriendo los ojos y denunciando á sus compañeros, podrían ganar una bagatela de acá y de allá, sea en dinero, sea haciéndose venir maestros, mejorando de este modo su suerte. ¿Porqué, pues, no la mejoran? Es lo primero en que un ser racional debe pensar, y precisamente es lo que pretenden necesitar.

— Pretenden: esta es la palabra — dijo la Sra. Sparsit.

— A la verdad, descorazona oírles después hablar tan á menudo de sus mujeres y sus hijos. ¡Obsérveme un poco, señora! ¿Acaso tengo yo necesidad de mujer é hijos? ¿Porqué no se pasan sin ellos, como yo?

— Porque son imprevisores — dijo la Sra. Sparsit.

— Sí, señora — replicó Bitzer — eso es precisamente. Si fueran más previsores y menos corrompidos ¿qué harían? Se dirían en su fuero interno: En tanto mi sombrero cubra á toda mi familia, en tanto que mi gorro cubra á toda mi familia... según el sexo, señora... no tengo que alimentar más que una sola persona, y ésta

es precisamente á la más me complazco en mantener.

— Es evidente — replicó la Sra. Sparsit, comiendo una tostada.

— Gracias, señora — dijo Bitzer, saludando de nuevo con el puño cerrado, para testificar que apreciaba, en su justo valor, la conversación edificante de la Sra. Sparsit. — ¿Desea V. un poco de agua caliente, señora, ó necesita que vaya á buscarle algo?

— Nada por ahora, Bitzer.

— Gracias, señora. No quisiera importunarla en sus comidas, señora, especialmente durante el te, sabiendo lo que le gusta — dijo Bitzer, estirando el cuello para mirar á la calle, desde el sitio en que se hallaba de pie — pero he ahí á un caballero que mira por este lado, desde hace un minuto ó dos, y que acaba de atravesar la calle, como si viniera á llamar aquí. ¡Toma! Sin duda es él quien llama, señora.

Fuése hacia la ventana, sacó la cabeza á la calle, retirándola al punto y confirmando su previsión.

— Sí, señora; es él. ¿Quiere V. que le hagamos subir, señora?

— No sé quien podrá ser — dijo la Sra. Sparsit, enjugándose los labios y arreglando los mitones.

— Seguramente un extranjero, señora.

— ¿Qué puede querer un extranjero en una casa de banca, á semejante hora? Debe ser por algún asunto que no podrá despacharse ahora; pero sea lo que quiera, el Sr. Bounderby me ha confiado un cargo en este establecimiento, y sabré llenarlo. Si el deber me obliga á recibir á ese caballero, lo recibiré. Haga como quiera, Bitzer.

El visitante, con su ignorancia absoluta de las palabras magnánimas de la Sra. Sparsit, volvió á llamar con tanta fuerza, que el ordenanza se apresuró á abrirle, mientras la Sra. Sparsit, después de esconder su mesita y las pruebas de su refrigerio en un armario, largóse hacia arriba, para poder reaparecer, si era conveniente, con más dignidad.

— Si V. permite, señora, el caballero desearía verla — dijo Bitzer, pegando su ojo sin color al cerrojo de la Sra. Sparsit.

Oyendo esto, la Sra. Sparsit, que durante el intervalo se arreglara el gorro, tomóse la molestia de volver á conducir sus rasgos clásicos al piso inferior, entrando en la sala del consejo al modo de una matrona romana, que franquea los muros de una ciudad sitiada, para tratar con el general enemigo.

Habiéndose acercado el visitante á la ven-

tana, para mirar á la calle con despreocupación, quedóse lo menos sorprendido del mundo por su entrada imponente. Silbaba á media voz, con toda la tranquilidad imaginable y con el sombrero puesto. Se observaba en él cierto aire de cansancio indolente, que provenía en parte de un exceso de buen tono. Se notaba, á primera vista, que era un caballero perfecto, formado según el patrón de la época, fastidiado de todo, no creyendo en nada, como Lucifer.

— Creo, caballero — dijo la Sra. Sparsit — que desea V. hablarme.

— Le pido mil perdones — dijo, volviéndose y quitándose el sombrero. — Dispénsame V., señora.

— ¡Hum! — pensó la Sra. Sparsit, saludando con dignidad perfecta. — Treinta y cinco años, buena figura, talla bonita, hermosos dientes, voz agradable, buen tono, apostura distinguida, cabellos negros y mirada audaz.

En su calidad de mujer, la Sra. Sparsit, para ver todo eso, bastóle sólo una mirada de soslayo, al hacer su reverencia: las mujeres son como aquel sultán que, sólo con remojar su cabeza en un cubo de agua, veía en él todo el universo.

— Hágame el obsequio de sentarse, caballero — dijo la Sra. Sparsit.

— Gracias. ¿Me permite V.? — adelantó

una silla para ella, y él quedóse apoyado de espalda en la mesa, en actitud negligente. — He dejado á mi camarero en el puerto, para que vigilara mi equipaje, pues el tren iba demasiado cargado, y he salido paseando y contemplando el paisaje. Qué ciudad más chusca. ¿Permite V. que le pregunte si está *siempre* tan negra como ahora?

— De ordinario, se halla mucho más negra — respondió la Sra. Sparsit, con tono resuelto.

— ¡Es posible! Dispense V. mi indiscreción. Creo que no es V. natural de aquí.

— No, señor. — replicó la Sra. Sparsit. — Antes de enviudar, tuve la buena ó mala fortuna, como V. quiera, de vivir en una esfera muy distinta. Mi marido se llamaba Powler.

— Mil perdones. No comprendo; palabra de honor — dijo el desconocido. — ¿Su marido se llamaba...

La Sra. Sparsit repitió :

— Powler.

— ¿La familia Powler? — preguntó el desconocido, después de reflexionar unos instantes.

La Sra. Sparsit hizo, con la cabeza, una señal afirmativa. El desconocido parecía mas fatigado que antes.

— ¿Debe V. fastidiarse mucho aquí? — fué

la única respuesta que tuvo á bien hacer á la declaración genealógica de la dama.

— Soy esclava de las circunstancias, caballero — dijo la Sra. Sparsit — y he aprendido á someterme al poder que gobierna mi existencia.

— Muy filosófico — replicó el desconocido. — Muy ejemplar, sin duda, muy loable y muy...

Juzgó inútil, seguramente, concluir la frase, pues se puso á jugar, con aire de fastidio, con la cadena de su reloj.

— Me permitirá que le pregunte — dijo la Sra. Sparsit — á qué debo el honor de...

— Indudablemente — respondió el desconocido. — Gracias por habérmelo recordado. Traigo una carta de presentación para el Sr. Bounderby, banquero. Paseándome por las calles de esta ciudad, tan extraordinariamente negra, mientras se preparaba mi comida en el hotel, he preguntado á un individuo que he encontrado... á un obrero de la fábrica... Parecía haber tomado una ducha de algo hilachoso, que juzgo provendría de la primera materia...

La Sra. Sparsit inclinó la cabeza, en señal de asentimiento.

—... Materia primera... donde habitaba el Sr. Bounderby, banquero. Y ese individuo, en-

gañado por la palabra banquero, me ha dirigido á la casa de banca. Porque ¿supongo que el Sr. Bounderby no residirá en el edificio en que tengo el honor de dar á V. esta explicación?

— No, señor — respondió la Sra. Sparsit.  
— No vive aquí.

— Gracias. No tenía ni tengo propósito de entregarle ahora la carta. Pero habiendo llegado hasta la casa de banca, al pasearme para matar el tiempo, y habiendo tenido la suerte de distinguir en la ventana — que señaló con ademán lleno de languidez, antes de saludar ligeramente á la parienta de Lady Scadgers — á una dama de porte tan distinguido y agradable, he pensado que lo mejor sería tomarme la libertad de pedir á la misma la dirección del Sr. Bounderby, banquero. Por ello es que me atrevo, con todo respeto, á rogarle que me la comunique.

Las maneras distraídas é indolentes del desconocido eran harto compensadas, á los ojos de la Sra. Sparsit, por cierto aire de galantería desenvuelta que no excluía el respeto. Por ejemplo, en aquel instante el desconocido, así sentado en la mesa, se inclinaba con abandono hacia la dama, como atraído por ella, merced á algun encanto secreto, que la hacía muy agradable en su género.

— Ya sé que las casas de banca son todas

suspicaces, y su deber es — dijo el desconocido, con acento jocosó y fácil, que no carecía de seducción, dejando adivinar más sentido y buen humor; ingeniosa táctica del fundador, tal vez, sea quien fuere ese gran hombre, de la secta numerosa á que pertenecía el extranjero. — Por consiguiente, le diré que dicha carta... vé V.?... es del diputado de esta población, Sr. Gradgrind, á quien he tenido el gusto de conocer en Londres.

La Sra. Sparsit reconoció la letra, declarando que tal garantía era inútil del todo, y dió la dirección del Sr. Bounderby, con todas las indicaciones é informes necesarios.

— Mil gracias — dijo el desconocido. — Naturalmente, ¿usted conocerá mucho al banquero?

— Sí, señor — replicó la Sra. Sparsit. — Mis relaciones con mi principal datan de seis años.

— ¡Esto es una eternidad! ¿Creo que se ha casado con la hija del Sr. Gradgrind?

— Sí, — dijo la Sra. Sparsit, cuyos labios se contrajeron repentinamente. — Ha tenido... ese honor.

— Me han dicho que la señora es un verdadero filósofo.

— ¿De veras, caballero? — dijo la Sra. Sparsit. — ¿De veras?

— Perdóne V. mi curiosidad importuna —



prosiguió el desconocido, manteniéndose por encima de las cejas de la Sra. Sparsit, con aire propiciatorio — pero V. conoce la familia y es dama de mundo. Quiero conocer á aquélla, y posible es que mis relaciones sean bastante continuadas. ¿Es acaso la señora tan terrible como dicen? Su padre le da tal reputación de ciencia, que ardo en deseos de cerciorarme de ello. ¿Es ella del todo inaccesible? ¿Es una de esas mujeres sabias y repulsivas, capaces de derribar á un pobre hombre? ¡Vamos! Veo, por su expresiva sonrisa, que no cree V. nada de ello. Acaba V. de verter un bálsamo en mi alma inquieta. ¿Qué edad puede tener? ¿Cuarenta años? ¿Treinta y cinco?

La Sra. Sparsit se echó á reir.

— Una chiquilla — dijo. — El día que se casó no tenía veinte años.

— Le doy palabra de honor, señora Powler, que en mi vida he quedado más sorprendido — replicó el desconocido, apartándose de la mesa.

Parecía, en efecto, muy asombrado, por lo poco susceptible que era de serlo. Contempló á su interlocutora un instante, sin poder salir de su asombro.

— Le aseguro, señora Powler — repuso él entonces, con aire de hombre enteramente estragado — que las maneras del padre me dis-

ponían á encontrar, en la Sra. Bounderby, á una persona de madurez lúgubre y áspera. Le estoy agradecido por haber disipado en mí tal equivocación. Dispense mi visita importuna. Mil gracias. Buenos días.

Salió, saludando, y la Sra. Sparsit, oculta detrás de la cortina de la ventana, le vió bajar con paso indolente por la parte sombreada de la calle, atrayendo las miradas de toda la población.

— ¿Qué piensa V. de ese caballero, Bitzer? — preguntó ella al ordenanza, cuando éste fué á retirar la fuente.

— Debe gastar mucho dinero en su tocado, señora.

— Hay que confesar — dijo la Sra. Sparsit — que tiene muy buen gusto.

— Sí, señora — replicó Bitzer — pero ¿es esa una compensación suficiente? Por lo demás, señora — repuso, limpiando la mesa — tiene cara de jugador.

— El juego es una cosa inmoral — dijo la Sra. Sparsit.

— Es una cosa ridícula, señora — dijo Bitzer — porque la suerte siempre es favorable á la banca.

Sea que el calor impidiese trabajar á la Sra. Sparsit, sea que no se sintiera con ganas de reanudar su tarea, lo cierto es que no la tocó

más en toda la tarde. Estaba sentada junto á la celosía, cuando el sol empezó á esconderse detrás del humo; estaba aun allí, cuando la humareda se tornó encarnada y fué luego extinguiéndose, hasta que la oscuridad empezó á surgir lentamente de la tierra, subiendo poco á poco al tejado de las casas, al campanario de la iglesia, á la cumbre de la chimenea de las fábricas y al cielo. La Sra. Sparsit permaneció sentada, junto á la celosía, sin pedir luz, con las manos en las rodillas, pensando poco en los múltiples rumores del anochecer: en los gritos de los chicuelos, en los aullidos de los perros, en el rodar de los coches, en los pasos y voces de los viandantes, en los chillidos agudos de los mercaderes ambulantes, en el chapoteo de los zuecos en la acera, al dar la hora del cierre de las fábricas; ni tampoco la interesó el estrépito de las tiendas que se cerraban. Sólo cuando el ordenanza vino á anunciar que la molleja de ternera estaba dispuesta, la Sra. Sparsit salió de su ensueño y trasladó al piso superior sus negras cejas, que una larga meditación había plegado y erizado de tal manera, que requerían un nuevo retoque.

— ¡Oh! Qué gran imbécil es V. — dijo la Sra. Sparsit, al encontrarse sola, delante de su cena.

No dijo á quien se dirijían tales palabras; pero no era, evidentemente, á la molleja de ternera.

## CAPÍTULO XVIII

EL SEÑOR JAMES HARTHOUSE.

El círculo de los Gradgrind tenía necesidad de reforzarse, y le convenían nuevos adeptos para cortar el pescuezo á las Gracias. Buscaban reclutas por doquiera, y ¿dónde podían encontrarlos mejor que entre los caballeros guapos que, á fuerza de estar ahitos de todo, se sienten dispuestos á cualquiera cosa?

Por otra parte, estas saludables disposiciones de espíritu, que elevan al hombre á la altura sublime de la indiferencia, no carecían de atractivo para la mayor parte de los miembros de la escuela Gradgrind. Admiraban á los caballeros hermosos; nos querían tener su aire, lo mismo da, y se pirraban por imitarles; afectaban hablar perzosamente, como ellos, y desembuchaban, con su aspecto agotado, las raciones menudas y mohosas de economía política, que adjudicaban á los discípulos. Jamás llegó raza híbrida tan sorprendente á aquel país.

Entre los donosos caballeros que no pertenecían propiamente á la escuela Gradgrind, se hallaba uno de buena familia y mejor catadura, con vena feliz en ocurrencias, que produjera el efecto más grande en la Cámara de los Comunes, cuando explicó, bajo su punto de vista (y el del consejo de administración) cierto accidente ferroviario, en el que unos empleados diligentes como nunca se hubieran visto, pagados por directores generosos como jamás se hayan conocido, auxiliados por los procedimientos mejores que se hayan inventado jamás, todo ello pertinente á la línea mejor construída que se haya trazado, habían matado á cinco viajeros y habían herido á otros treinta y cinco, á consecuencia de una eventualidad, sin la cual no hubiera sido íntegra, por cierto, la excelencia del sistema adoptado. Entre las víctimas se hallaba una vaca, y entre los objetos abandonados, un gorro de viuda. Y el miembro honorable divirtió de tal modo á la Cámara (que tiene tan delicado sentimiento de las humoradas) al poner aquel gorro en la cabeza de la vaca, que la asamblea no quiso oír hablar más de la información pedida, apresurándose á absolver á los administradores, en medio de fuertes salvas y risas locas.

Pues ese caballero tenía un hermano joven, que ofrecía mejor semblante que su primogé-

nito, habiendo empezado su aprendizaje en la vida como corneta de un regimiento de dragones. Encontró ese oficio cargante y, por cambiar, fué al extranjero con el séquito de un embajador de Su Magestad británica; esto aun le pareció más cargante. Mas tarde, se dió á viajar, por recreo, llegando hasta Jerusalén; pero también halló la cosa cargante, y se hizo á la mar, por último, con su yacht, sin ver nada que no fuese cargante. A ese joven aburrido manifestó un día el honorable y chistoso miembro de la cámara, con acento fraternal :

— Jem, existe un medio de abrirse camino, entre nuestros hombres de Estado positivos. Necesitan reclutas. ¿Por qué no ensayas la estadística ?

Jem, sensible á la novedad de esa vocación, que le ofrecía, al menos, un poco de variedad, no sintió más repugnancia por probar la estadística que por cualquier otra cosa. Ensayó. Preparóse con la lectura de algunos libros azules, y su hermano iba diciendo á los hombres de Estado positivos :

— Si necesitais, para alguna ciudad, un chico donoso, que haga discursos bastante buenos, no teneis mas que tomar á mi hermano Jem. Precisamente es el hombre que os hace falta.

Después de varios ensayos oratorios en al-

gunos *meetings* públicos, Jem fué acogido por el señor Gradgrind y por un consejo de profetas políticos, quienes resolvieron dirigirle á Cokeville, para que se hiciera conocer en la ciudad y en las afueras, antes de la próxima elección. De ahí la carta que exhibiera Jem el día antes á la Sra. Sparsit y que en este momento tenía el Sr. Bounderby en la mano. Iba dirigida á « Josué Bounderby, banquero, Cokeville. Para presentar á James Harthouse, Tomás Gradgrind ».

Una hora después de haber recibido ese despacho, acompañado de la tarjeta del Sr. James Harthouse, Bounderby se puso el sombrero y se dirigió al hotel. Encontró allí al Sr. James Harthouse, que miraba por la ventana, en situación de espíritu tan aburrida, que ya tenía casi ganas de probar otra cosa.

— Caballero — dijo el visitante — me llamo Josué Bounderby de Cokeville.

El Sr. James Harthouse quedó encantado (bien que no lo parecía, por su semblante) de aquel encuentro que había deseado tanto.

— Cokeville, caballero — dijo el Sr. Bounderby, tomando buenamente una silla — no se parece á los demás sitios que haya V. podido ver. Si quiere permitirlo, ó tanto si quiere como no, pues soy hombre de una sola pieza, le

voy á dar algunos detalles, antes de ir más lejos.

Manifestó el Sr. Harthouse que tendría mucho gusto en oírlos.

— Nose precipite demasiado — dijo Bounderby. — Sólo le prometo una cosa. Primeramente verá V. nuestro humo. Es lo que nos hace vivir; es lo que hay de más sano en el mundo, bajo todos conceptos, y sobre todo para los pulmones. Si es V. de los que quieren obligarnos á consumir nuestro humo, no nos entenderemos. No tenemos ganas de utilizar el fondo de nuestras calderas más aprisa de lo que se hace, por toda la gritería estúpida que se levantara en Inglaterra é Irlanda.

Para dar á su *ensayo* todas las probabilidades de éxito, Harthouse respondió :

— Señor Bounderby, le aseguro que participo por completo de su modo de ver : y es por convicción.

— Tanto mejor — dijo Bounderby. — ¿ Probablemente le habrán hablado mucho también del trabajo de nuestras fábricas ? Sí ¿ verdad ? Muy bien. Voy á explicárselo. Es el trabajo más fácil y agradable que existe, y no hay operarios mejor retribuidos que los nuestros. No es posible hacer más confortable el interior de nuestras fábricas, á no ser que las alfom-



bráramos con alfombras de Persia, lo que no es nuestro propósito.

— Tiene V. toda la razón, señor Bounderby.

— En fin — dijo Bounderby. — Es preciso que sepa V. sobre qué atenerse, por lo que hace á nuestros trabajadores. Todos los Brazos de esta población, caballero, hombres, mujeres y niños, sin excepción, entrevén sólo una cosa. Desean que se les alimente con sopa de tortuga, con caza y en cuchara de oro. Y nosotros no tenemos el menor propósito de alimentarlos con sopa de tortuga, con caza y en cuchara de oro. Ya conoce V. Cokeville.

El Sr. Harthouse declaró que ese sucinto resumen de la situación cokeburguesa le había instruido é interesado en alto grado.

— Mire V. — continuó el Sr. Bounderby — cuando trabo conocimiento con un hombre, especialmente si es hombre público, empiezo por entenderme con él, sin necesidad de andar con rodeos. Sólo tengo que decirle una palabra, señor Harthouse, antes de expresarle el gusto que tendré, en el límite de mis contados medios, en honrar la carta de presentación de mi amigo Tom Gradgrind. Usted es un hijo de familia. No vaya V. á descarriarse, imaginando solo un instante que yo sea un hijo de familia. Soy la escoria de la hez del pueblo.

Si algo hubiese podido aumentar el interés del Sr. Harthouse por el Sr. Bounderby, esta última circunstancia hubiera producido su efecto : por lo menos, no dejó de asegurarlo.

— Por lo tanto — prosiguió el Sr. Bounderby — podemos estrecharnos la mano bajo un mismo punto de igualdad. Digo de *igualdad*, porque soy tan orgulloso como V., aunque sepa mejor que nadie lo que represente y la exacta profundidad del fango de donde se me sacó. Soy tan orgulloso como V. Ahora he amparado ya mi independendencia. ¿Qué tal va V.? ¿Espero que bien?

El Sr. Harthouse dió á entender, mientras cambiaban un apretón de manos, que estaba bien, muy bien, gracias á la saludable atmósfera de Cokeville. El Sr. Bounderby acogió esta respuesta muy favorablemente.

— Quizá sabe V. — dijo — ó quizá no lo sabe, que me he casado con la hija de Tom Gradgrind. Si nada mejor tiene V. que hacer, podría acompañarme al otro extremo de la población y tendré mucho gusto en presentarle á la hija de Tom Gradgrind.

— Señor Bounderby — replicó Jem — se anticipa V. á mi mejor deseo.

Terminó allí la plática y salieron. El Sr. Bounderby guió á su nuevo conocido (que formaba

con él contraste visible) hacia la casa de ladrillos rojos, de postigos negros en el exterior y de cortinas verdes en el interior, con puerta negra de entrada, al pie de la cual habían dos peldaños blancos. En el salón de ese hotel vió el Sr. James Harthouse aparecer á la chica más singular que había encontrado nunca. Se hallaba tan cohibida y, con todo, tan dessembarazada; tan reservada y, sin embargo, tan atenta; tan fría, tan soberbia y, no obstante, tan sensitiva, tan avergonzada por la humildad fanfarrona de su esposo, cada ejemplo del cual la hacía estremecer, como si hubiera recibido un golpe en pleno pecho, que Jem experimentó una sensación muy nueva, al contemplarla. El semblante de Luisa no era menos digno de observación que sus modales; pero el juego natural de su fisonomía se dominaba de tal modo, que era imposible adivinar la expresión verdadera. Indiferente en absoluto y segura de sí misma, jamás inquietada y nunca, empero, tranquila, se hallaba junto á ellos en persona, y se aislaba con el pensamiento. James Harthouse vió que sería inútil, hasta algún tiempo, tratar de comprender á esa chica, por la manera como distraía su penetración.

Después de examinar á la dueña de la casa,

-el visitante dirigió una mirada á la casa misma. En la habitación no había ninguno de esos callados indicios que anuncian la presencia de una mujer : ninguna de esas pequeñas decoraciones graciosas, de esas encantadoras inutilidades que ponen de manifiesto una influencia femenina. Fria é incómoda, de una riqueza arrogante y dura, aquella desvergonzada estancia veía á la gente con descoco, sin dejar advertir en parte alguna la ocupación más ligera de una mujer, lo que habría, cuando menos, suavizado su aspereza. De tal modo se erguía el Sr. Bounderby, en medio de sus dioses penates, cuyas divinidades rígidas de soberbia y de opulencia cuadraban bien á la tiesura del mismo. Había una armonía simpática entre ellos.

— Ahí tiene á mi señora, caballero — dijo Bounderby — La Sra. Bounderby, hija mayor de Tom Gradgrind. Lu, te presento al Sr. James Harthouse. El Sr. Harthouse se ha afiliado al partido de tu papá. Si no se convierte, dentro de poco, en el colega de Tom Gradgrind, oiremos, así lo espero, hablar de él en las elecciones de algun distrito próximo. Ya vé V., señor Harthouse, que mi esposa es más joven que yo. No sé lo que ha encontrado en mí, que la decidiese á tomarme por esposo, pero algo debe haber encontrado. De lo contrario, supongo

que no se habría casado conmigo. Posee una infinidad de conocimientos preciosos, señor, ya políticos, ya de otro género. Si quiere V. prepararse, en un instante, para hacer un discurso sobre cualquier materia, no puedo recomendarle mejor maestro que Lu Bounderby.

— Sería imposible recomendar al Sr. Hart-house un maestro más amable y del que él tuviera mayor gusto en seguir las lecciones.

— ¡Vamos! — dijo el Sr. Bounderby — si lo dá por los cumplidos, conseguirá V. su objeto, pues no tiene que temer la concurrencia. Jamás tuve ocasión de estudiar cumplidos é ignoro el arte de hacerlos. Hablando con franqueza, le diré que los desprecio. Pero V. no ha sido educado como yo; usted ha sido educado en buena forma, ¡por San Jorge! Usted es un es caballero y yo no pretendo serlo. Soy Josué Bounderby de Cokeville y esto me basta. Sin embargo, si no me dejo influir por los buenos modales y el nacimiento, puede que Lu Bounderby los guste. No ha tenido iguales ventajas que yo (desventajas, según usted, quizá; mas yo lo estimo de otro modo), de manera que no perderá V., sin duda, su molestia.

— Por lo visto, el Señor Bounderby — dijo Jem, volviéndose hacia Luisa y sonriendo — es un noble animal, que ha quedado casi en

estado salvaje y se halla libre de todos los arreos del convencionalismo, con los que debe apencar un mísero caballo de picadero como yo.

— Por lo que veo, el carácter del Sr. Bounderby le inspira mucho respeto — contestó ella, tranquilamente — y es natural.

Bounderby fué derribado vergonzosamente por un hombre que conocía bien el mundo y se preguntó : ¿Cómo debo tomar eso ?

— Vá V. á consagrarse al servicio de su patria, según me ha parecido entender al Sr. Bounderby. ¿ Se ha decidido V. — prosiguió Luisa, siempre de pié en el mismo sitio en que se había parado, ofreciendo el contraste de una mujer segura de sí misma y cohibida — á indicar al país el medio de salir de todas sus dificultades ?

— No, señora Bounderby — replicó él, riendo — no, palabra de honor. No tengo pretensión alguna de esa índole ni trataré de que lo juzgue V. así. Conozco algo el mundo, por haber corrido de acá y allá, de derecha á izquierda; y he descubierto que no valía gran cosa. No hay nadie que no esté persuadido de ello ; sólo que los unos lo confiesan y los otros no. Vengo buenamente al servicio de las opiniones de su papá, puesto que todos me son indiferentes, y tanto vale defender unas como otras.

— ¿ No tiene V. opinión particular? — preguntó Luisa.

— Ni siquiera he conservado la sombra de una preferencia. Le aseguro que no doy gran importancia á una idea. La infinidad de veces que me he fastidiado en este mundo, me ha hecho convencer (si no es palabra demasiado seria por el sentimiento de despreocupación que quiero manifestar), que una serie de ideas determinadas puede hacer tanto bien como otra y tanto mal como cualquiera. Conozco á una agradable familia inglesa que ostenta una divisa italiana *Che sarà, sarà* : es la sola verdad que acato, por el tiempo que corremos.

Observó que esa pretensión abominable por la franqueza en su improbidad, vicio peligroso, parecía que no causaba en Luisa una impresión desfavorable. Aprovechóse de esta ventaja, prosiguiendo en tono jovial, de manera que ella pudiese otorgar á sus palabras una significación tan seria ó tan poco seria como juzgara conveniente.

— El partido que todo lo puede probar con una línea de unidades, decenas, centenas, etc., me parece la cosa mas chusca del mundo y, por cierto, la más digna de triunfar. Estoy dispuesto á ensayarlo con tanto ardor como si creyera en ello. ¿Qué más podría hacer, si creyera en verdad?

— Es usted un hombre de Estado original.

— Dispense V. No tengo ese mérito débil. Las gentes de mi opinión, es decir, las que no la tienen, puede V. creerlo, componen la mayor parte de nuestros hombres de Estado : para asegurarse de ello, no hay más que sacarnos de nuestros grupos adoptivos y hacernos pasar un examen en regla, uno después de otro.

El Sr. Bounderby, que se había hinchado de tal modo, durante su forzado silencio, en términos de correr peligro de estallar, interrumpió la conversación y propuso aplazar la comida para la seis y media, á fin de aprovechar el intervalo, haciendo que el Sr. James Harthouse girara una visita electoral, entre las notabilidades votantes é interesantes de Cokeville, *intra et extra muros*. Hizose la gira electoral ; y el Sr. James Harthouse, gracias al uso discreto de los conocimientos adquiridos, de prisa y corriendo, en los libros, salió victorioso de la prueba, pero cada vez más fastidiado.

Por la noche, halló la mesa preparada para cuatro comensales ; pero uno de los sitios quedó sin ocupar. El Sr. Bounderby no dejó pasar tan buena ocasión, sin encarecer un plato de anguillas estofadas, á diez céntimos la ración, con que se regalaba por las calles á la edad de ocho años, así como el agua de calidad inferior (des-



tinada, especialmente, á regar el afirmado), con que rociaba sus comidas. Entretuvo de esta modo á su huésped, durante la sopa y el pescado, haciendo el cálculo demostrativo de que él, Bounderby, habíase tragado en su juventud unos tres caballos en forma de salchichones.

Estos detalles, que Jem escuchó con aire de fatiga, intercalando de tiempo en tiempo un : « Ah ! magnífico », lo hubieran decidido á marcharse el día siguiente, por la mañana, aunque hubiese tenido que volver á Jerusalén, si Luisa no hubiera intrigado su curiosidad.

— ¡Cómo ! ¿ Nada hay — pensaba él, mirándola, mientras ella estaba sentada en el sitio de honor, en que su persona, pequeña y elevada, pero muy graciosa, parecía tan bonita como fuera de lugar — ¿ Nada hay que pueda conmover á ese semblante ?

Sí, por Jupiter, algo hay, y cátao que viene en forma imprevista. Tom apareció. Luisa cambió por completo, al abrirse la puerta, y una sonrisa iluminó sus facciones.

Una sonrisa radiante. Quizá el Sr. James Harthouse no la hubiera admirado tanto, si no se hubiese extrañado, durante tanto tiempo, de ver la impasibilidad de aquel rostro. Alargó la mano, una bella manecita, muy suave, y

sus dedos estrecharon los de su hermano, como si hubiera querido llevarlos á sus labios.

— Toma, toma — pensó el visitante — Ese mequetrefe es la única persona que la interesa.

Presentaron el mequetrefe al Sr. James Harthouse. El nombre no era muy lisonjero, pero podía justificarse.

— Cuando tenía tu edad, joven Tom — dijo Bounderby — era puntual ó bien me largaba sin comer.

— Cuando V. tenía mi edad — replicó Tom — usted no buscaba en sus libros un error que fuese preciso rectificar y no tenía que hacer luego su tocado.

— Muy bien; esto basta — dijo Bounderby.

— Entonces — gruñó Tom — era inútil que me recriminase.

— Señora Bounderby — dijo Harthouse, que oía perfectamente esa conversación, cambiada en voz baja. — La cara de su hermano me es familiar. Me parece haberle encontrado en el extranjero. ¿O en alguna escuela pública, quizá?

— No, — respondió ella, — con vivo interés. No ha viajado todavía. Se ha educado aquí, en casa. Querido Tom, digo al Sr. Harthouse que no ha podido encontrarte en el extranjero.

— No he tenido nunca la suerte de viajar, caballero.

Nada había en él que fuese digno de hacer irradiar el semblante de su hermana, pues era un joven mustio y picarón, que ni siquiera se mostraba galante para con ella. La soledad de su corazón tenía que ser muy vacía, para que necesitara ella entregarlo al primero que viniese.

— He ahí porque ese mequetrefe es la única persona que la ha interesado — pensó el Sr. James Harthouse, juzgando la cosa en su fuero interno. — Ahí está el misterio: es claro como el día.

En presencia de su hermana, ó cuando ésta salía del comedor, no dejaba el mequetrefe de mostrar el desprecio que le inspiraba el Sr. Bounderby, desde que podía entregarse á él, sin despertar la atención de aquel personaje independiente, ya haciendo muecas, ya guiñando del ojo. Dejando de responder á sus comunicaciones telegráficas, el Sr. Harthouse fué muy tranquilizador para Tom, durante el resto de la velada, y pareció tomarle cariño. Por último, cuando se levantó para regresar á su hotel, manifestó el temor de no dar con el camino, por ser de noche, y el mequetrefe, ofreciéndosele al punto como guía, salió á acompañarle.

## CAPÍTULO XIX

### EL MEQUETREFE

¿ No es sorprendente que un joven educado en un sistema de presión exajerada se convierta en un hipócrita? Este fué, no obstante, el caso de Tom. ¿ No era extraño que fuera incapaz de gobernarse un joven á quien jamás se abandonara cinco minutos consecutivos? Y, sin embargo, ello ocurría á Tom. ¿ No era incomprendible que un joven, á quien se había triturado la imaginación en la niñez, se viese aun perseguido por el fantasma de tal imaginación difunta, en forma de grosera sensualidad? Pues tal era la situación monstruosa de Tom.

— ¿ Fuma V. ? — preguntó el Sr. James Harthouse, al llegar á la puerta de su hotel.

— Un poco — respondió Tom.

El Sr. Harthouse no podía menos de invitar á Tom á que subiera; y éste, por su parte, no podía menos que subir. Gracias á una bebida refrescante, pero no floja; gracias también á un tabaco menos corriente que al expendido en aquel lugar, Tom tumbóse pronto en un extremo del canapé, con toda comodidad, estando

dispuesto á admirar á su nuevo amigo, que se había colocado al otro extremo.

Al cabo de un rato, Tom disipó el humo que le rodeada y se puso á examinar á su huésped.

— No parece ocuparse en su tocado — pensó Tom, — y, sin embargo, ¡qué bien viste! ¡Qué bien lleva la ropa!

Habiendo encontrado por azar la mirada del Sr. James Harthouse á la de Tom, el futuro miembro del Parlamento observó que su amigo no bebía y llenó su vaso con mano negligente.

— Gracias — dijo Tom — Gracias. Dígame, Sr. Harthouse, estará V. harto ya del viejo Bounderby.

Tom pronunció estas palabras guiñando del ojo y mirando á su huésped con aire fino, por encima del vaso que tenía en la mano.

— Tiene cara de buen chico, — replicó el Sr. Harthouse.

— Ah! sí, lo cree V. ¿de veras? — dijo Tom, guiñando del ojo.

El Sr. James Harthouse sonrió, levantóse del canapé y, apoyándose en la chimenea, permaneció allí fumando, delante de la reja vacía y enfrente de Tom.

— ¡Qué cuñado más chusco es V.! — observó.

— Querrá V. decir: que cuñado más chusco es el viejo Bounderby — dijo Tom.

— Usted se chulea con él, Tom — replicó el Sr. James Harthouse.

Algo agradable había en sentirse dentro de aquella intimidad, con un chaleco semejante; en oírse llamar Tom de manera tan confidencial y por aquella voz; en familiarizarse, en tan poco tiempo, con aquel par de patillas, por lo que Tom se gloriaba de sí propio.

— Oh! bien me burlo del viejo Bounderby — dijo — y eso es lo que quiere V. decir. Cuando hablo de él, le llamo siempre el viejo Bounderby y le miro como un viejo bonachón. No es hoy el día en que me muestre cortés para con él, pues sería ya un poco tarde.

— Por mí, lo mismo da — replicó James — pero cuando la señora está presente, hay que ir con tiento.

— ¿Su mujer? — dijo Tom. — ¿Mi hermana? ¡Ah, ya lo creo!

Y echóse á reír, tomando un sorbo de la bebida refrescante.

James Harthouse seguía holgando junto á la chimenea, en la misma postura, fumando el cigarro con su desembarazo habitual, contemplando al mequetrefe con el aire benévolo de un demonio amigable y seguro de su acción, como sabiendo que, con voltear alrededor de su huésped, pudiese hacer, en su caso, que le entregase

el alma. En verdad se hubiera dicho que el mequetrefe cedía á una influencia de ese género. Empezó á mirar á su compañero con cautela, mientras él no le veía, luego con admiración, después cara á cara, atrevidamente, y estiró una pierna en el canapé.

— ¿ Mi hermana Lu ? — dijo Tom. — Cuando se casó con el viejo Bounderby, no le quería.

— Habla V. del pasado, Tom — replicó el Sr. Harthouse, haciendo caer la ceniza de su cigarro con el dedo meñique. — Pero ahora estamos en tiempo presente.

— No querer, verbo activo, modo indicativo, tiempo presente. Primera persona singular, yo no quiero; segunda persona, singular, tú no quieres; tercera persona, singular, ella no quiere — replicó Tom.

— ¡ Muy bien ! ¡ Muy gracioso ! — dijo su amigo. ¿ Pero no piensa en lo que está V. ahí diciendo ?

— ¡ Ya lo creo, si pienso ! — exclamó Tom — Palabra de honor. ¿ No me dirá V., señor Hart-house, que crea verdaderamente que mi hermana Lu ame al viejo Bounderby ?

— Querido amigo — repuso el otro — ¿ Cómo quiere que no lo crea, cuando veo á dos cónyuges vivir felices y de acuerdo ?

Tom tenía ya las dos piernas en el canapé.

Si la segunda no se hubiese encontrado bien arrellanada, al llamarle querido amigo el Sr. Harthouse, no hubiera dejado de estirla toda en aquel período interesante de la conversación. Sintiendo, empero, que debía reconocer el honor que acababan de hacerle, tendióse como una ternera, con la cabeza apoyada en el extremo del sofá, fumando con afectada soltura; después volvió su semblante vulgar y sus ojos, algo turbados por el vino, hacia el rostro que le dominaba con aire tan despreocupado y, á la vez, tan poderoso.

— Conoce V. á nuestro educador, señor Harthouse — dijo Tom — y no debe por ello extrañarse de que Lu se haya casado con el viejo Bounderby. Ella no tuvo nunca novio; y como el educador le propusiera al Sr. Bounderby, aceptó.

— Mucha obediencia es de parte de su amable hermana — dijo el Sr. Harthouse.

— Sí, pero mi hermana no hubiera sido tan obediente y la cosa no se hubiera arreglado con tanta facilidad, — repuso Tom — si no hubiera estado yo de por medio.

El demonio tentador arqueó solamente las cejas; pero no fué nada más preciso para que el mequetrefe continuara.

— Yo fuí quien la decidí — dijo, con aire de



superioridad muy edificante. — Me emplearon en la casa de banca del viejo Bounderby (á la que no tenía deseos de ir), y sabía yo que me encontraría allí siempre en mala situación, si Lu no acataba las fantasías del viejo; de modo que expresé mi deseo y Lu se apresuró á acceder. Lo haría todo por mí. La cosa es famosa, de su parte, ¿verdad?

— Magnífico, realmente.

— No que ello tuviera la misma importancia para ella como para mí — prosiguió Tom, con tranquilidad. — Mi libertad, mi dicha y mi porvenir quizá estaban en juego; ella no tenía novio, y tanto era estar en casa como en la cárcel, especialmente cuando yo me hallaba ausente. No es lo mismo que hubiese tenido que dejar á otro pretendiente por el viejo Bounderby. Pero, en fin, el acto fué muy hermoso, de su parte.

— No se puede ser más galante... Por lo visto ¿toma las cosas con dulzura?

— ¡Oh! — respondió Tom, con acento de protección desdeñosa — Es una verdadera muchacha. Y una muchacha se sale siempre de apuro. Ella está acostumbrada á ese género de vida, y lo mismo le da. Por lo demás, aunque Lu sea una chica, no es una chica ordinaria. Puede reconcentrarse en sí misma y soñar,

como la he visto muchas veces junto al fuego, durante una hora, sin interrupción.

— ¡Toma! ¡Toma! Tiene recursos en sí misma — dijo Harthouse, fumando suavemente.

— No tantos como V. puede creer — replicó Tom — pues nuestro educador la hizo atiborrar de multitud de paparruchas secas como serrín. Es su sistema.

— ¿Ha formado á su hija á su imagen y semejanza? — indicó Harthouse.

— ¿Su hija? ¿Sí! Y las demás también. Vea, me ha formado de igual manera, á mí, que le hablo — dijo Tom.

— ¡No es posible!

— Sí, que lo es — repuso Tom, moviendo la cabeza — Puedo asegurarle, señor Harthouse, que el día en que salí de casa para ir á la del Sr. Bounderby, era yo un borrego, sin saber de la vida lo que la primera ostra abierta.

— ¡Vaya, Tom! No me hará creer eso. Usted bromea.

— Le doy palabra de honora — dijo el mequetrefe. — Hablo seriamente, lo puede V. creer.

Siguió fumando, durante algunos minutos, con mucha gravedad y dignidad, y luego añadió con aire satisfecho.

— ¡Oh! he adquirido después algunos cono-

cimientos, que no trataré de negar. Pero los he aprendido por mí mismo, sin que el educador tenga nada que ver con ello.

— ¿Y su inteligente hermana?

— Mi inteligente hermana no ha salido de donde se la educó. Antes se me quejaba de no tener ninguna ocupación en que dedicarse, como las demás mujeres, pero no veo que hoy esté más adelantada. Pero esto le es igual— añadió con aire fino, lanzando algunas bocanadas de humo. — Las chicas se salen de apuro, de un modo ú otro.

— Cuando pasé, ayer tarde, por la casa de banca, con objeto de preguntar la dirección del Sr. Bounderby, encontré á una antigua dama que parece estar terriblemente encantada de la hermana de V. — repuso el Sr. Harthouse, tirando la punta de su cigarro, ya concluido.

— ¿La mamá Sparsit? — dijo Tom — ¡Cómo! ¿La ha visto V.?

Su amigo hizo, con la cabeza, una señal afirmativa. Tom quitóse el cigarro de la boca, para guiñar con el ojo (que se hacía difícil de gobernar) de un modo más expresivo, y al objeto de rascarse la nariz con la punta del dedo.

— Los sentimientos de la Sra. Sparsit para con Lu son más que de admiración — repuso Tom. — Diga *afección, devoción*. La Sra. Sparsit

no se encaprichó con el viejo Bounderby, cuando éste era soltero. ¡ Oh, no, nunca !

Estas fueron las últimas palabras que pronunció el mequetrefe, antes que una modorra vertiginosa, seguida de un olvido completo, se apoderara de sus sentidos. Sacóle de ese estado de somnolencia un sueño agitado, que le daba la impresión de que le sacudían con la punta de una bota y, al mismo tiempo, escuchaba una voz que decía :

— ¡ Hola ! Es tarde ya. Larguémonos.

— Vamos — dijo, levantándose del canapé y estirándose lo mejor que pudo — es preciso que le deje... Oiga... su tabaco es bueno, ... pero es demasiado suave.

— Sí, es demasiado suave — replicó su huésped.

— Es... es... ridículamente suave — dijo Tom. — ¿ Dónde está la puerta ? ¡ Buenas noches !

Tuvo Tom entonces otro sueño extraño, en el que se sentía llevado como por un mozo de hotel, á través de la niebla, y aquel individuo se desvaneció en la ancha calle, en la que él permaneció solo, después de experimentar mucha molestia y pena. Luego se dirigió á su domicilio, sin hacer muchas eses, aunque se sentía bajo la influencia y la presencia de su nuevo amigo,

como si éste se cerniera en el aire, con la misma postura de abandono y le mirase de igual manera.

El mequetrefe entró en su casa y se acostó. Si hubiera tenido conciencia de lo que acababa de hacer; si hubiera sido un poco menos mequetrefe y más *hermano*, hubiera podido detenerse en seco y volver, después, la espalda á su domicilio, marchándose hacia el río infecto y tinto en negro, para acostarse precisamente allí, sumergiendo bien su cabeza en aquella agua burbujante y corrompida.

## CAPÍTULO XX

### HERMANOS Y AMIGOS

¡ Oh amigos míos, trabajadores explotados de Cokevilla! ¡ Oh, amigos míos y compatriotas, víctimas de un despotismo cuya mano de hierro os aplasta! Os digo que ha llegado la hora de aliarnos unos con otros, para formar una unidad poderosa y pulverizar á los opresores, que se alimentan con los despojos de nuestras familias, con el sudor de nuestra frente, con el trabajo de nuestros brazos, con la médula de nuestros huesos; que pisotean los divinos dere-

chos de la humanidad, siempre gloriosos, y los sagrados privilegios de la fraternidad!

« ¡Muy bien! ¡Escuchad, Escuchad! ¡Bravo! » y otras aclamaciones, proferidas por muchas voces, se dejaron oír por todos los ámbitos de la sala, en la que hacía un calor asfixiante y que estaba llena de gente, mientras el orador, subido á un estrado, acababa de soltar esa hermosa retahíla, con todo el énfasis de su imaginación. Se había acalorado tanto en su peroración, que su voz se había vuelto ronca y su semblante colorado. A fuerza de gritar con todo el poder de sus pulmones, bajo la deslumbradora luz de una lámpara de gas; á fuerza de cerrar los puños, de fruncir el ceño, de enseñar los dientes, de dar golpes en la tribuna, se había fatigado de tal modo, que tuvo precisión de callar un momento, durante el cual pidió un vaso de agua.

Mientras se hallaba de pie en el estrado, tratando de refrescar su semblante ardiente con el vaso de agua, no le era muy favorable la comparación que hubiese podido establecerse entre el orador y la multitud de rostros atentos y vueltos hacia él. Juzgándole por las apariencias, no se elevaba de la masa de auditores más que por la altura del estrado á que había subido, pero se hallaba muy por debajo del público, en otros particulares. No era tan leal, no era tan

franco, no tenía tan buen humor; reemplazaba su simplicidad por la astucia, su buen sentido por la pasión. Se trata de un hombre contrahecho, de espaldas cargadas, de mirada sombría y amenazadora, de rasgos contraídos casi siempre por una expresión de odio. A pesar de su traje híbrido, formaba un contraste desagradable con la mayoría de los asistentes, vestidos con prendas de trabajo. Si es extraño ver alguien en una reunión que se someta humildemente á la fastidiosa dictadura de un personaje pretencioso, lord ó plebeyo, que ningún poder humano pudiese sacar del berengenal de la tontería, era más extraño aun y más penoso ver á esa multitud inquieta, cuya buena fe no hubiera puesto en duda el espectador esclarecido y desinteresado, dejándose impresionar por un orador como aquél.

« ¡Muy bien! ¡Escuchad, escuchad! ¡Bravo! »

La atención é intención marcadas de aquellos rostros animados constituía un espectáculo de los más sorprendentes. No había allí despreocupación, languidez, ni curiosidad ociosa; ninguna de las distintas fases de la indiferencia, comunes en las otras reuniones, se manifestó allí un instante. Cada uno de aquellos individuos sentía, de un modo ú otro, que su situación era más desdichada de lo que debía; cada uno de

aquellos como hombres juzgaba un deber asociarse unos con otros, para mejorar la suerte común; cada uno de aquellos sujetos creía que no le quedaba otra esperanza que formar cuerpo con los camaradas de su alrededor; toda aquella multitud tenía una fe grave, profunda y sincera en la convicción que sustentaba, erradamente ó con acierto (erradamente, en aquel momento, por desgracia). Podía verse ello de una ojeada; no había medio de engañarse sobre el particular, del mismo modo que se advertían las vigas desnudas del techo y la cal que se destacaba en las paredes de ladrillo. El espectador imparcial no podía tampoco dejar de reconocer, en el fondo de su corazón, que aquellos hombres, hasta cuando se engañaban, ofrecían grandes cualidades, de las que hubiera podido sacarse el mejor y más feliz partido; para presuponer (bajo capa de axiomas generales, por más que fuesen enmohecidos y respetables) que se descarriaban inmotivadamente y sólo por el instinto irracional de su sublevación obstinada, tanto sería decir que pediese haber humo sin fuego, muertes sin natividades, cosechas sin sembraduras, ó que todo puede ser engendrado por la nada.

Habiendo tomado el orador el refresco, enjugó su frente arrugada, paseando por ella, de



derecha á izquierda, el pañuelo enrollado, y concentró sus recuperadas fuerzas en una risa, llena de desdén y de amargura.

« Pero, ¡oh amigos y hermanos míos! ¡oh hermanos y compatriotas, trabajadores oprimidos de Cokeville! ¿Qué diremos de ese hombre, de ese obrero?... ¡Ay! ¿Por qué tengo que mancillar este glorioso título, otorgándolo á semejante hombre?... ¿Qué diremos de aquel que, sabedor, por él mismo, de los males é injusticias que os hace padecer, á vosotros, la cebolla y la médula de este país que os desprecia; de aquel que habiéndoos oído declarar (con unanimidad noble y majestuosa, la cual hará temblar á los tiranos) que estais dispuestos á inscribiros en la Asociación del Tribunal Reunido y obedecer fielmente toda orden que de la misma emane en vuestro bien; qué direis, hermanos míos, de ese obrero, que he de reconocer por tal y que, en un momento dado, abandona su sitio y se acoge á otra bandera; que en tal ocasión no ha tenido vergüenza en declarar cobarde y humildemente que se retira, rehusando unirse á los que se asocian valientemente para defender la libertad y el buen derecho?

La opinión no fue unánime respecto á esta parte del discurso. Se oyeron exclamaciones y silbidos; pues el sentimiento del honor era de-

masiado fuerte y generoso para permitir que se condenara á un hombre sin oírle.

— ¡Cuidad de no equivocaros, Slackbridge!

— Que comparezca.

— Oigamos lo que tenga que decir.

Tales fueron las palabras que salieron de algunos puntos de la sala. Por último, una voz vigorosa exclamó :

— ¿Está aquí ese hombre? Si se halla aquí, Slackbridge, le oiremos en vez de escucharos á vos.

Esta proposición fué recibida con una salva de aplausos.

Slackbridge, el orador, miró en torno á él con sonrisa amarga; extendiendo el brazo (como es costumbre entre todos los Slackbridge) para apaciguar el agitado océano, aguardó á que se restableciera el silencio profundo.

— ¡Oh, hermanos míos en humanidad! — dijo entonces Slackbridge, moviendo la cabeza con aire de hondo desprecio.— No me sorprende que vosotros, los hijos prosternados del trabajo, pongais en duda la existencia de tal hombre. El que vendió su derecho de primogenitura por un plato de lentejas ha existido, Judas Iscariote ha existido, lord Castlereagh ha existido, y ¡ese hombre existe!

Al llegar aquí, se produjo cierta confusión y

barullo cerca del estrado, y pronto apareció el hombre en cuestión, al lado del orador. Estaba pálido, y sus facciones parecían agitadas, especialmente sus labios; pero permaneció inmóvil, con la mano izquierda en la barba, aguardando á que le quisieran oír.

Para dirigir la sesión, había un presidente, que tomó la cosa por su mano.

— Amigos míos — dijo ese funcionario. — En virtud de mi cargo, ruego á nuestro amigo Slackbridge, que quizá se ha extralimitado algo en este asunto, que tome asiento mientras se escucha á Esteban Blackpool. Ya conocéis á Esteban Blackpool, estais enterados de sus desdichas y de su buena reputación.

En diciendo esto, el presidente dió un cordial apretón de manos á Esteban y se sentó. Slackbridge también tomó asiento, enjugándose la frente, siempre de derecha é izquierda, y nunca en otro sentido.

— Amigos míos — empezó Esteban, en medio de un silencio profundo. — He oído lo que acaban de decir de mí, y posible es que contribuya á enmarañar yo el asunto, subiendo aquí. Lo mismo dá. Prefiero que oigais de mí mismo lo que ocurre, aunque jamás haya hablado yo delante de tanta gente, sin turbarme é intimidarme.

Slackbridge sacudió su cabeza, como si hubiera querido, en su amargura, hacerla caer de sus hombros.

— Soy el único obrero de la fábrica Bunderby que no acepta el reglamento propuesto. No puedo aceptarlo, amigos míos, porque dudo que nos haga bien: creo que antes nos hará mal.

Slackbridge se echó á reír, cruzóse de brazos y frunció el ceño, con aire sarcástico.

— Mas no he subido aquí para eso. Si sólo se tratara de este punto, me asociaría á los demás. Tengo otras razones, . . . razones particulares, entendeis, que me impiden, no solo por hoy, sino por siempre . . . siempre . . . mientras viva.

Slackbridge se levantó de un salto y se colocó junto al obrero, rechinando de dientes y gesticulando.

— ¡Oh, amigos míos! ¿No es eso lo que os decía? ¡Oh compatriotas! ¿No es la advertencia exacta que os hacía, poniéndoos en guardia contra un falso hermano? Y ¿qué pensais de esa conducta cobarde en un hombre sobre el cual sabemos todos que la ilegalidad de los derechos ha pesado de una manera abrumadora? ¡Oh compatriotas! ¿Os pregunto qué pensais de esa traición de uno de vuestros hermanos, que

suscribe de este modo su perdición, la vuestra, la de vuestros hijos y la de los hijos de éstos?

Oyéronse algunos aplausos y algunos gritos de : « ¡Abajo el traidor! » ; pero la mayor parte de los congregados permanecieron tranquilos. Miraban las facciones fatigadas de Esteban, que se hacían más aflictivas por el drama doméstico que pregonaban; y en la bondad natural de su alma, experimentaban más tristeza que indignación.

— Hablar es oficio del delegado — dijo Esteban. — Para eso le pagan ; y sabe lo que tiene que hacer. Que lo haga, pues. Que no se preocupe de lo que he sufrido. Esto no le importa. Esto no importa más que á mí.

Había en sus palabras tanta decencia, para no decir dignidad, que el auditorio se mostró más tranquilo y atento. Gritó entonces la misma voz enérgica que se había oído ya :

— Slackbridge, callaos y dejadle hablar.

Entonces se produjo en la sala un silencio sorprendente.

— Hermanos míos — dijo Esteban, cuya voz, aunque poco elevada, se dejaba oír perfectamente — y compañeros, pues soy vuestro camarada de trabajo y de penalidad, y creo que ese delegado no puede decir lo mismo ; sólo tengo que añadir una palabra, y nada más

podría yo decir, aunque hablara hasta mañana. Sé lo que me espera. Conozco bien que estais dispuestos á romper toda relación con un obrero que rehusa ir con vosotros en este asunto. Sé bien que, si me hallara próximo á morir en la calle, juzgaríais como un deber pasar junto á mí, cual si se tratara de un extranjero ó de un desconocido ; pero mantendré lo que he prometido.

— Esteban Blackpool — dijo el presidente, levantándose. — Piense V. en ello. Piense V. aun en ello, amigo mío, antes de que se vea rechazado por sus viejos camaradas.

Dejóse oír un murmurio general, que expresaba el mismo voto, aunque nadie profirió palabra. Todas las miradas estaban fijas en Esteban. Sólo con cambiar de decisión, hubiera aliviado á todos los corazones. Bien lo vió, al dirigir una mirada en derredor. En su corazón no había el menor odio contra ellos ; les conocía demasiado para detenerse en las debilidades y errores externos ; los conocía como un compañero debe conocerlos.

— Más de una vez he pensado en ello. No puedo ser de los vuestros, hélo ahí. Tengo que seguir mi camino, derechamente ; y preciso es que me despida de todos vosotros.

Les hizo como un saludo, levantando los

brazos, manteniéndose un rato en esta postura, no volviendo á tomar la palabra hasta que los dejó caer.

— He cambiado buenas palabras con alguno de los presentes ; veo á más de un semblante que conocí, cuando era más jóven y estaba menos triste que hoy. Desde que me hallo en el mundo, no he reñido con ninguno de mis compañeros, y bien sabe Dios que no he sido yo quien ha buscado la querella de esta noche. Me llamareis traidor y lo demás... Hablo de vos — añadió, dirigiéndose á Slackbridge — pero más fácil es decirlo que probarlo. Pues bien : ¡ sea!

Había ya dado dos pasos, como para bajar del estrado, cuando se acordó de algo que había olvidado decir y volvió á su sitio :

— Quizá—dijo, volviéndose poco á poco, con su arrugado semblante, para dirigir la palabra á alguien del auditorio, individualmente, entre los más próximos como entre los más lejanos — quizá, cuando se renueve esta cuestión y se discuta, se amenazará con declararse en huelga, si los patronos me dejan trabajar con vosotros. Espero morir antes de que tal cosa suceda, pero en este caso me resignaré á trabajar aislado, entre vosotros, y me veo, á la verdad, obligado á ello, no para hostigaros, sino para vivir. Para ganar el pan, sólo tengo mis brazos. Y ¿donde podré

hallar trabajo, si no es en Cokeville, donde empecé á trabajar cuando era muchacho? No me quejaré de que se me rechace y se me abandone, á partir de hoy, pero espero que se me dejará trabajar. Si un derecho tengo, amigos míos, creo que es ése.

No se profirió una palabra más; no se dejó oír en la sala el menor ruido, salvo el ligero roce de los que se apartaban un poco, en el centro del local, para dejar paso al hombre que ninguno de ellos debía considerar ya como su compañero. Sin mirar á nadie, yendo derechamente por su camino, con aire de humilde reserva, que nada pedía ni reclamaba, Esteban abandonó la sala, llevando consigo el peso de nuevos infortunios.

Entonces Slackbridge, que había extendido el brazo, mientras salía Esteban, como si se manifestara en extremo solícito y desplegara gran poder moral en reprimir las pasiones vehementes de la multitud, se ocupó en levantar el espíritu abatido de la reunión.

« ¿El romano Bruto, amigos míos, no condenó á muerte á su propio hijo? Y las madres de Esparta, oh amigos míos, y pronto mis compañeros de victoria, ¿no retuvieron y forzaron á sus hijos, que rehuían la punta de las espadas enemigas? ¿No fué un deber sagrado para los hombres de Cokeville, que tenían detrás de sí á



los antepasados, y delante al mundo que les admiraba y una posteridad que debía sucederles, echar á los traidores lejos de las tiendas que se habían levantado por una causa sagrada y divina? El cielo respondió, de los cuatro puntos cardinales : « ¡ Sí ! » del oeste, del este, del norte y del sud. Así pues, lanzemos tres *hurras* à la Asociación del Tribunal Reunido.

Slackbridge marcó el compás, asumiendo las funciones de un director de orquesta. Aquella multitud de rostros inciertos (que no dejaban de sentir remordimiento) recobraron, al oír aquella señal, un poco de serenidad y se repitió la aclamación. Todo sentimiento personal debía posponerse á la causa común. ¡ Hurra ! Los gritos de triunfo resonaban aun por los ámbitos de la sala, cuando los congresistas se dispersaron.

No faltó más para que Esteban Blackpool cayera en la vida más solitaria que sea dado ver, una vida de aislamiento en medio de una multitud amiga. Aquel que busca, en una tierra extranjera, una mirada simpática en diez mil semblantes, sin encontrarla, se halla en una sociedad agradable en comparación con el desgraciado que todos los días vé pasar, apartándose de él, diez rostros que poco antes eran amigos. Tal debía ser, en cada instante de su vida, la nueva prueba dolorosa de Esteban, ya

en su taller, al entrar ó salir, ya en su puerta, ya en su ventana y por doquiera. Se habían confabulado sus compañeros para no ir jamás por la calle que acostumbraba él atravesar; era el único, entre los obreros, que marchase por el sitio que había elegido.

Desde hacía mucho tiempo, Esteban era un hombre tranquilo, que frecuentaba poco la sociedad de los demás hombres y tenía la costumbre de acompañarse sólo de sus pensamientos. Hasta entonces había ignorado que su corazón necesitara de la simpatía frecuente de una inclinación de cabeza, de una mirada, de una palabra, ó del inmenso alivio que esas nimiedades sociales habían infiltrado en su alma, gota á gota. Jamás hubiera creído en la dificultad de separar de su conciencia el abandono completo en que le dejaban sus compañeros y el sentimiento injusto de deshonor y de vergüenza.

Los cuatro primeros días de su dolorosa prueba se le antojaron tan penosos y tan duros, que empezó á espantarse de la perspectiva que se le ofrecía. No sólo dejó de encontrar á Raquel, sino que trató de evitar toda probabilidad de un encuentro con ella; pues aunque no ignoraba que la prohibición referente á él no se extendía aun de un modo oficial á

las mujeres que trabajaban en las fábricas, observó que muchas de ellas habían cambiado de semblante para con él y tembló para que no hicieran á Raquel objeto del destierro del silencio, como él, si los veían juntos. Había, pues, vivido enteramente solo durante aquellos cuatro días y no había hablado á quien, cuando al salir del trabajo, un joven imberbe se le acercó y le interpeló en la calle.

— Usted se llama Blackpool, ¿no es eso? — preguntó el joven.

Esteban se sonrojó, al advertir que se había quitado el sombrero, por agradecimiento hacia el que se había dignado hablarle, ó por la sorpresa que había experimentado, ó por la confusión de estos dos sentimientos. Hizo como que se lo había quitado para arreglar el ala y respondió :

— Sí.

— ¿Usted es el obrero que han dejado aislado? — preguntó Bitzer, que era el joven, algo coloreado, de que hemos hablado.

Esteban respondió otra vez :

— Sí.

— Lo he adivinado, al ver que todos huyen de V. El Sr. Bounderby desea hablarle. ¿Sabe V. dónde vive?

Esteban volvió á responder :

— Sí.

— Entonces vaya V. en seguida, ¿ Irá V.? — dijo Bitzer. — Le aguardan, y no tiene V. más que decir su nombre al criado. Estoy empleado en la casa de banca; y si va V. allí solo, pues no más he venido á buscarle, me ahorrará V. un viaje.

Esteban, que iba en dirección opuesta, volvióse y se dirigió, como era su deber, hacia el castillo de ladrillos rojos del gran Bounderby.

## CAPÍTULO XXI

### OBREROS Y PATRONOS.

— ¡Veamos, Esteban! — dijo Bounderby, con su voz tempestuosa. — ¿Qué es lo que he sabido? ¡Cómo! ¿Tratan á usted de ese modo aquellos miserables? Entre y hábleme con franqueza.

Se le invitaba á entrar en el salón. La mesa estaba dispuesta para el te. La joven esposa del Sr. Bounderby, el hermano de ella y un apuesto caballero de Londres estaban allí. Esteban hizo su saludo, cerrando la puerta y permaneciendo junto á ella, con el sombrero en la mano.

— Vea al hombre de que le hablaba, Hart-house, — dijo el Sr. Bounderby.

El personaje, á quien se dirigía y que estaba sentado en el canapé y se disponía á hablar á la Sr. Bounderby, se levantó y dijo con acento de fastidio : « ¡Ah! ¡sí! »; y se llegó perezosamente hasta la chimenea, junto á la cual se hallaba el Sr. Bounderby.

— Ahora — repitió Bounderby — hable con franqueza.

Después de los cuatro días que Esteban acababa de pasar en el aislamiento, estas palabras no podían dejar de producir en su oído una impresión desagradable y discordante. No sólo herían su alma lastimada, sino que parecían establecer, en realidad, que merecía el reproche de desertor egoísta que se le dirigiera.

— ¿Qué desea V. de mí, señor, si me permite? — preguntó.

— Pero si se lo acabo de decir — replicó Bounderby. — Hable con franqueza, hable como un hombre, puesto que V. es un hombre, y explíquenos su asunto y la historia de esa asociación de obreros.

— Dispéñeme, señor — dijo Esteban Blackpool. — No tengo nada que decir sobre el particular.

El Sr. Bounderby, que se parecía más ó menos á una tempestad, cuando halló ese obstáculo, se echó inmediatamente á soplar sobre él.

— Mire V., Harthouse — exclamó — ahí tiene una muestra de nuestros operarios. Cuando ese hombre vino aquí, hace algún tiempo, le encargué que fuera con cuidado para con los extranjeros malhechores que infestan el país y que se deberían ahorcar por doquiera se les hallase. Previne á ese hombre de que iba por mal camino. ¡Pues bien! ¿Creerá V. que, en el momento que acaban de proscribirlo, se muestra tan esclavo que tiene miedo de abrir la boca acerca de ellos?

— He dicho que no tenía nada que decir de ellos, señor, pero no he dicho que tenía miedo de abrir la boca.

— *¡Usted ha dicho, usted ha dicho!* Pues mire: yo sé bien lo que V. ha dicho y, lo que es más, sé lo que ha querido decir, vea V. No es siempre lo mismo ¡carape! Son, por el contrario, cosas muy distintas. Hará V. mejor en decirnos inmediatamente que ese pillo de Slackbridge no se halla aquí para sublevar al pueblo; que no es uno de los jefes reconocidos del populacho, es decir, un canalla abyecto. Díganos V. eso en seguida. No puede V. engañarme, á mí. Si eso es lo que tiene V. ganas de decir, ¿por qué no lo dice V.?

— Deploro tanto como V., señor, que el pueblo sólo halle malos directores — dijo Es-

teban, moviendo la cabeza. — Toma los que se le presentan. Quizá la falta de hallar mejores guías no sea nuestro menor infortunio.

La tempestad empezó á arreciar.

— Esto principia bien ¿no es verdad, Hart-honse? No existe mano muerta. ¿No es una bonita y pequeña muestra de la gente con que tratan nuestros amigos? Pero esto no significa nada, caballero. Va V. á oirme hacer una pregunta sencilla á ese hombre. ¿Podríamos permitirnos preguntarle, señor Blackpool (el viento empieza á soplar) el motivo por el cual ha rehusado V. formar parte de la asociación?

— ¿El motivo por el cual...?

— Sí — hizo el Sr. Bounderby, con sus dedos pulgares en la escotadura de su vestido, meneando la cabeza y cerrando los ojos, como si hiciera una confidencia á la pared, que contemplaba. — Sí ¿cuál es el motivo?

— Me hubiera gustado más no hablar de eso, pero ya que V. lo pide, y no quiero ser mal hombre, voy á contestarle que fué porque lo había prometido.

— No á mí, ya lo sabe V. — dijo Bounderby (tiempo borrascoso, entreverado de calma engañosa, calma chicha en aquel instante).

— No á V., señor. ¡Oh! no.

— No á mí, desde luego. No tengo absolu-

tamente nada que ver con ello. Para mí es como si no existiera esa cuestión — dijo Bounderby, dirigiéndose siempre á la pared. — Si no se hubiera tratado más que de Josué Bounderby de Cokeville, ¿hubiera V. ingresado en la liga sin vacilación?

— Sí, señor; es verdad.

— Aunque sepa — prosiguió Bounderby, convertido en huracán — que sus compañeros forman una turba de canallas é insurrectos, que merecen ser deportados, y ¡aun éste sería un castigo leve! Usted que ha corrido por el mundo, Sr. Harthouse, ¿ha encontrado alguna vez á un hombre parecido á éste, fuera de nuestro encantador país?

Y, con dedo irritado, el Sr. Bounderby señaló Esteban á su huésped.

— No, no, señora — dijo Esteban Blackpool, protestando vivamente de los epítetos que emitía su patrón y dirigiéndose institivamente á Luísa, no bien fijó su mirada en el semblante de la joven esposa. — No son insurrectos ni canallas. De ningún modo, señora, de ningún modo. No tengo mucho, por ello, que alabarme; lo sé y lo deploro. Pero entre ellos no hay doce hombres, señora... ¿doce? No; no existen seis que no crean haber cumplido su deber para con las demás como para



consigo mismos. Los conozco, los he frecuentado toda la vida, he comido y bebido con ellos, he vivido y trabajado con ellos y los he querido : Dios me libre, pues, de no salir en defensa suya, en nombre de la verdad, á pesar del mal que hayan podido cometer contra mí.

Hablaba con la vivacidad ruda que es propia de su clase y de su carácter, quizá aumentada por la convicción de que era fiel á sus hermanos, á despecho de su desconfianza; pero no olvidaba donde estaba y por ello su voz era algo queda.

— No, señora, no. Son leales los unos para con los otros, fieles los unos para los otros, afectos los unos á los otros hasta la muerte. Sea pobre con ellos, esté enfermo en su vecindad, tenga en medio de ellos una de esas penalidades que llevan la tristeza á la puerta de un hombre, y los hallará V. tiernos, dulces, compasivos y cristianos. Esté segura de ello, señora. Habría que descuartizarlos, y aun no cambiarían.

— ¡ Bravo! — dijo el Sr. Bounderby. — Será por sus virtudes que le han dejado aislado. Díganoslo, mientras V. se halla aquí ¡ Vamos! no se moleste.

— ¡ Cómo es — repuso Esteban, que parecía siempre buscar un refugio natural en el semblante de Luísa — que lo mejor de nuestra

pobre gente sea precisamente la causa de tanto embarazo, de tanta desgracia y miseria? No lo sé. Y, sin embargo, es así. Lo veo como hay un cielo sobre mí, allá bajo, detrás del humo. No nos falta paciencia, con todo, y por lo general tratamos de obrar bien. Por lo tanto, no creo que toda la censura deba recaer sobre nosotros.

— ¡Ah! ya, amigo — dijo Bounderby, á quien el obrero, sin saberlo, había sacado de sus casillas, dirigiéndose á una tercera persona, en vez de hablarle á él — si quiere V. prestarme su atención durante medio minuto, no me desagradará tener con V. algunas palabras. Decía V., no ha mucho, que no tenía nada que decirnos sobre este asunto. ¿Está V. seguro de ello, antes de proseguir?

— Si, señor, estoy seguro.

— Hay aquí un caballero de Londres (el Sr. Bounderby designó al Sr. Harthouse con su dedo pulgar, por encima de la espalda) — un caballero del parlamento, y no me desagradará que asista á una pequeña conferencia entre V. y yo, en vez de comunicarle luego la sustancia, aunque no ignoro todo lo que va V. á decir. No hay quien, por adelantado, sepa las cosas mejor que yo, se lo prevengo, mas prefiero que lo oiga con su propio oído á que me crea bajo palabra.

Esteban inclinó la cabeza, saludando al ca-

ballero de Londres, cuya presencia no era útil para esclarecer sus ideas. Dirigió involuntariamente la vista al semblante en que había buscado ya refugio, pero una mirada de Luisa, mirada expresiva, aunque rápida, obligóle á volverse del lado del Sr. Bounderby.

— A ver, comuníquenos V. sus quejas — pidió el Sr. Bounderby.

— No he venido aquí, señor — le recordó Esteban — para quejarme. He venido porque se me ha enviado á buscar.

— ¿De qué — repitió el Sr. Bounderby, cruzándose de brazos — de qué se quejan Vds., los obreros en general?

Esteban le miró un momento con indecisión, más pareció tomar su partido.

— Señor, no he sido nunca fuerte en explicarme, aunque participe del mal. Claro es que estamos en un lodazal. Vea la ciudad, rica como es, y vea la gente que ha venido aquí á tejer, á cardar, á trabajar á destajo sin haber logrado nunca procurarse el menor solaz, desde la cuna al sepulcro. Vea cómo y en dónde vivimos; vea cuantos vivimos al día, y mire sin interrupción; vea ahora las fábricas que funcionan, sin dar nunca un paso, si no es hacia la muerte. Vea cómo nos miran, los que escriben sobre nosotros, y como envían sus delegaciones

al secretario de Estado, para hablar mal de nosotros mismos, y como no hemos sido más que gente irrazonable, desde que estamos en el mundo. Vea como el mal va siempre en aumento, siempre creciendo, como se va haciendo más cruel, de año en año, de generación en generación. ¿Quién puede ver eso, y decir, con el corazón, que ello no es un lodazal?

— Nadie, naturalmente — dijo el Sr. Bounderby. — Ahora hará V. el favor de comunicar á este caballero el modo de salir de ese lodazal, como dice V.

— Yo qué sé, señor. ¿Cómo quiere que lo sepa? No es á mí, á quien deben dirigirse para ello, señor. Los que están por encima de mí, y de todos nosotros, han de resolverlo. ¿Para qué servirían, señor, si no fuera para eso?

— En todo caso, voy á decirle lo que podríamos hacer, para empezar — replicó el Sr. Bounderby. — Media docena de Slackbridge nos servirán de ejemplo. Perseguiremos á esos canallas por crimen de felonía, y los haremos deportar á las colonias.

Esteban meneó la cabeza, gravemente.

— No diga que no lo haremos — dijo Bounderby, volviendo á su huracán impetuoso — porque lo haremos. Le doy mi palabra.

— Señor — respondió Esteban, con la tran-

quila confianza de una absoluta certeza — aunque prendiera V. á cien Slackbridge, aunque prendiera á todos los que existen, y los cosiera á todos en un saco para echarlos al mar más profundo que existiera antes de crearse la tierra firme, el lodazal quedaría del mismo modo que está. ¡Extranjeros malhechores! — continuó Esteban, con inquieta sonrisa. — He oído siempre hablar de esos extranjeros. No son ellos los que hacen el daño, señor. No es en ellos donde el mal principia. No los quiero ni tengo ningún motivo para quererlos, antes al contrario; pero es empresa vana é inútil tratar de que abandonen su oficio; antes precisaría obrar de modo que este último les dejase. Todo lo que me rodea en esta habitación estaba ya en ella, cuando entré, y permanecerá aun aquí, después que me marche. Póngase ese péndulo á bordo de un navío y expídase á la isla de Norfolk, y ello no impedirá que el tiempo prosiga su camino. Pues bien: la misma cosa ocurrirá con Slackbridge.

Al dirigir de nuevo los ojos á su primer refugio, observó que Luisa miraba la puerta, en señal de advertencia. Dió algunos pasos hacia atrás, y puso la mano en el pestillo del cerrojo. Pero no había dicho aun todo lo que quería, y en el fondo de su corazón sintió que era una

venganza noble por el mal que le hicieran sus compañeros, el acto de permanecer fiel, hasta el fin, á los que le habían rechazado. Detúvose, pues, para descargar lo que tenía sobre el corazón.

— Señor, no puedo, con lo poco que sé y á mi modo, indicar el medio de mejorar todo eso, aunque en la ciudad existen obreros capaces de decírselo, porque tienen más conocimientos que yo. Pero lo que sé bien y puedo decírselo, es lo que no se debe hacer, porque significaría un mal medio. La fuerza bruta, vea V., no es buen medio; la victoria y el triunfo no son un buen medio. Confabularse para dar razón siempre á los unos y culpa á los demás, es contra natura y no buen medio. No reformar nada tampoco es buen medio. No tiene V. más que dejar pudrir en un mismo pantano á miles y miles de individuos, para que éstos acaben por formar un pueblo aparte y V. otro, con un abismo negro entre ambos, y esto no puede durar siempre. No aproximarse con dulzura y paciencia, con maneras consoladoras, á los que están tan dispuestos á acercarse los unos á los otros, en sus penas innumerables y partir con ellos, en su miseria, lo que necesiten... (pues hacen eso, ve V., como ninguno de los sujetos que el señor habrá visto en sus viajes)... pues bien : tampoco

éste es un buen medio ni se conseguirá nada, mientras el sol no se convierta en un pedazo de hielo. Aun menos se hará tomándolos por la fuerza bruta, ó dirigiéndolos como si fueran guarismos de una suma ó máquinas; como si no tuvieran amor, ni simpatía, ni inclinaciones, ni un alma capaz de desalentarse, ni un espíritu inclinado á la esperanza; tratándoles, cuando están tranquilos, como si no tuvieran nada de eso, y reprochándoles, cuando se agitan, porque faltan á los deberes de humanidad para con V.: ello no será nunca buen medio, señor, en tanto no se deshaga la obra de Dios.

Esteban calló, con la mano en la puerta abierta, esperando, por si tenían que preguntarle algo más.

— Aguarde un instante, — dijo Bounderby, cuyo rostro estaba muy encendido. — La última vez que oí á V. quejarse, le previne que mejor sería tomar otro camino y que se saliese de ahí. También le advertí, si lo recuerda V., que se me alzaban sus aspiraciones á la cuchara de oro.

— Pues yo, señor, no comprendí nada de ello, se lo aseguro.

— Estoy convencido — prosiguió el Sr. Bounderby — de que V. es uno de los que siempre se quejan. Usted va á sembrar el des-

contento por doquiera y á cosechar la rebelión. Usted no se ocupa más que en eso, querido amigo.

Esteban meneó la cabeza, lo que era una protesta muda contra los que creyesen que él no hacía otro género de trabajo para vivir.

— Es usted un individuo tan contradictor, tan irritante y tan mal compañero de cama — dijo el Sr. Bounderby — que hasta en su misma esfera, entre la gente que mejor le conoce, se ha tenido que romper toda relación con V. Voy á decirle una cosa : por esta vez participo de su opinión... una vez no es costumbre... para hacer como ellos y romper toda relación con V.

Esteban volvió vivamente los ojos hacia el semblante del Sr. Bounderby.

— Puede V. acabar lo que tenga que decir — dijo Bounderby, con una inclinación de cabeza muy significativa — y podrá después buscar trabajo en otro sitio.

— Señor, ya sabe V. — dijo Esteban, con expresión — que si me rehusa el trabajo, no lo encontraré en parte alguna.

La respuesta fué :

— Sé lo qué sé, y V. sabe lo que sabe. Nada más tengo que decirle sobre ello.

Esteban dirigió entonces una mirada del lado



de Luisa ; pero esta vez sus ojos no encontraron los de la joven esposa. Lanzó, pues, un suspiro, y murmuró con voz tan baja, que apenas lo oyeron :

— Que el cielo se apiade de todos nosotros, en este mundo.

## CAPÍTULO XXII

### LA DESAPARICIÓN

Era ya casi de noche, cuando salió Esteban de casa del Sr. Bounderby. Las sombras nocturnas habían descendido tan rápidamente, que no miró entorno á él, al cerrar la puerta, y subió acto seguido por la calle. Nada más lejos de su pensamiento que la vieja singular que encontrara, en ocasión de su primera visita á esta propia casa, cuando oyó detrás de él un paso, que reconoció y, al volverse, percatóse de que dicha vieja iba acompañada de Raquel.

— ¡ Ah ! ¡ Raquel, querida mía ! Y ¿ usted con ella, señora ?

— Ah sí, esto le extraña, y la verdad es que hay motivo — respondió la vieja. — Soy yo, otra vez, vé V.

— ¿ Cómo se halla V. con Raquel ? — preguntó

Esteban, andando al mismo paso que las dos mujeres, colocándose entre ellas y mirando alternativamente á una y á otra.

— Pues mire, he trabado relación con esa buena y linda chica, casi del mismo modo que con V. — dijo alegremente la vieja, que se encargó de la respuesta. — Mi visita de costumbre se ha atrasado un poco este año, pues he estado enferma con mi asma y he querido esperar á que hiciera mejor tiempo y más calor. Por la misma causa, no hago el viaje en un solo día, sino que lo divido en dos : duermo esta noche en el *Café de los Viajeros* (una hostería buena y muy limpia) cerca de la estación, y me marcharé mañana por la mañana, á las seis, con el exprés. Muy bien ; pero ¿qué relación puede tener todo eso con esta buena chica, preguntará V. ? Voy á decírselo. Me he enterado del casamiento del Sr. Bounderby. Lo leí en un periódico, donde hacía muy buen efecto. . . ¡ Oh, qué efecto más bonito ! (La vieja recalcó estas palabras con un entusiasmo muy extraño). . . Y quiero ver á su esposa. No la he visto nunca. Pues, ¿ creerá V. que no ha salido de casa, desde este medio día ? De manera que, para no renunciar á ello demasiado pronto, me paseaba un poco antes de irme, cuando advertí que me había cruzado dos ó tres veces con esta

buena chica. Al ver un rostro tan simpático, la hablé y ella me respondió. ¡ Vea V.! — dijo la vieja á Esteban. — Ahora apuesto á que adivinará V. lo restante en menos tiempo del que necesitaría para esplicárselo.

De nuevo tuvo que vencer Esteban cierta disposición instintiva y contraria á esta mujer, cuyas maneras eran lo más francas y sencillas del mundo. Con dulzura que le era tan natural como á Raquel (teniendo en cuenta que no se conocía ésta cualidad, que admiraba en su amiga) reanudó el motivo de la conversación que tanto interesaba á la anciana mujer.

— Pues sí, señora — dijo — he visto á la esposa del señor, que es muy joven y bonita, con grandes ojos negros, muy serios y tranquilos, Raquel, como no he visto nunca de parecidos.

— Joven y bonita. ¡ Sí! — exclamó la vieja, encantada. — ¡ Tan fresca como una rosa! ¡ Qué feliz debe ser!

— Sí, señora, supongo que es feliz — dijo Esteban. (Pero la mirada que éste dirigió á Raquel expresaba duda.)

— ¿ Lo supone V.? Pero si no cabe duda. ¿ No es la esposa de su principal? — replicó la vieja.

Esteban hizo un movimiento de cabeza, en señal afirmativa.

— Por lo que hace á mi patrón — repuso, mirando de nuevo á Raquel — ya no lo es. Todo ha concluído entre nosotros.

— ¿Has abandonado tu fábrica, Esteban? — preguntó Raquel, con inquietud y vivacidad.

— En verdad, Raquel — contestó él — haya yo dejado su fábrica ó ella me haya dejado á mí, lo mismo es. Su fábrica y yo vamos á separarnos, y quizá no es lo peor. Esto es precisamente lo que me decía, al encontraros. Quizá es bueno para mucha gente que me vaya, y también para mí. En todo caso, no debo yo elegirlo, y ello es necesario. Debo volver la espalda á Cokeville por algun tiempo é ir á otra parte á hacer fortuna, querida mía. Hay que empezar de nuevo.

— ¿Adónde irás, Esteban?

— No lo sé todavía — dijo él, quitándose el sombrero y alisándose los claros cabellos con la palma de la mano. — Pero no me marcho esta noche, Raquel, ni tampoco mañana. No es fácil saber dónde ir ni cómo realizarlo. Pero, ¡bah! no me faltará valor.

Y, en efecto, cobraba valor con la idea de que hacía un sacrificio en bien de los demás. Al punto de cerrar la puerta del Sr. Bounderby, reflexionó en la obligación que se imponía de alejarse de la ciudad, lo que sería en provecho

de Raquel, que ya no se vería más expuesta á inquietudes, por no haber roto toda relación con él. Aunque le doliese mucho dejarla y no hubiera podido pensar en ningún otro centro fabril, donde no le siguiese su condenación, quizá representaba, para él, una especie de alivio la obligación de huir del suplicio experimentado durante los cuatro últimos días, aun á riesgo de afrontar mayores penalidades.

Podía, pues, decir con sinceridad :

— Me parece mas fácil soportarlo que no hubiera creído, Raquel.

Raquel no tenía deseos de agravarle la carga; ello era, en realidad, demasiado duro.

Ella le respondió, pues, con una sonrisa consoladora, y prosiguieron los tres su camino.

La vejez, cuando es, sobre todo, confiada y alegre, halla mucha consideración entre la gente pobre. Tenía la vieja un aire tan honrado y resignado; se quejaba tan poco de sus dolencias, aunque éstas aumentaran desde su última entrevista con Esteban, que los dos compañeros le tomaron interés. Era demasiado despierta para sufrir que aflojasen el paso, pero se mostraba tan agradecida de que la hablasen, y tan dispuesta á charlar mientras se la escuchase que, al llegar el obrero y su amiga á su barrio, estaba más animada y viva que nunca.

— Venga á mi pobre estancia, señora — dijo Esteban — y tomará una tazá de te. Raquel subirá con este motivo, y yo me encargaré de conducirla sana y salva á su albergue. Tardaré mucho tiempo, Raquel, en volver á tener el gusto de pasar una velada contigo.

Aceptaron y se dirigieron á la morada del tejedor. Mientras penetraban en una calle estrecha, Esteban levantó los ojos hacia la ventana de su cuarto, con un terror que se cernía siempre sobre su vivienda solitaria; pero la ventana estaba abierta, tal como la había dejado, y no había nadie dentro. Se había marchado el ángel malo de su vida, algunos meses antes, sin que Esteban oyera hablar más de él. El mobiliario reducido y el cabello gris del obrero eran la única huella que dejara la última visita del ángel familiar.

Encendió su bugia, arregló su mesita para el te, tomó agua caliente de abajo, comprando un poco de te y un paquete de azúcar, pan y manteca en la tienda más próxima. El pan era tierno y bien cocido, la manteca fresca y el azúcar de primera calidad. Esto, naturalmente, confirmaba el aserto de los potentados de Cokeville, según el cual, señor, esa gente vivía como príncipes.

Raquel preparó el te (después de haber pedido prestada una taza, por lo numerosa que era la

reunión) y la vieja lo encontró delicioso. Era la primera vez, después de mucho tiempo, que la huésped catase algo que se pareciera à las dulzuras de la sociedad con sus semejantes. También él hizo honor al refrigerio, aunque debiera reanudar pronto su vida de prueba. Nuevo argumento á favor del tema perpetuo de los potentados cokeburgueses, era la ausencia completa de todo espíritu de cálculo en aquella gente.

— No he pensado nunca, señora — dijo Esteban — en preguntarle el nombre.

La vieja se dió á conocer por Sra. Pegler.

— ¿Supongo que viuda? — añadió Esteban.

— ¡Oh sí! Desde hace muchos años.

El marido de la Sra. Pegler (uno de los mejores esposos que se hayan conocido) había muerto antes de que Esteban viniera á este mundo, según el cálculo de la Sra. Pegler.

— Triste cosa es, señora, haber perdido un hombre tan bueno — dijo Esteban. — ¿No tiene V. hijos?

La taza que la Sra. Pegler tenía en la mano denotó en ella cierta agitación, al chocar con el plato.

— No — respondió ella. — Ya no tengo, ya no tengo.

— Me duele haber hablado de eso — dijo Este-

ban. — Debía haber pensado que tocaría algún punto sensible. He... he cometido una torpeza.

Mientras se excusaba, la taza de la vieja chocaba más y más.

— Tenía un hijo — dijo con singular expresión de tristeza, que no manifestaba ningún síntoma ordinario de pesadumbre. — Y ha prosperado. ¡Oh! ha prosperado mucho. Pero no hay que hablar de él, si lo permiten. Está... — Dejó su taza, moviendo las manos, como si hubiera querido decir con un gesto: « muerto ». Pero repuso en alta voz: — Lo he perdido.

Esteban deploraba la tristeza que causara á aquella mujer, cuando su propietaria subió por la escalera y, llamándole al rellano de la misma, le dijo algunas palabras al oído. La Sra. Pegler no era nada sorda, por lo que oyó el nombre que se acababa de pronunciar.

— ¡Boulderby! — exclamó con voz ahogada, alejándose prontamente de la mesa. — ¡Oh! ésconedme. No quiero, por nada del mundo, que me vea. No dejen que suba, hasta que me haya marchado. ¡Se lo ruego, se le ruego!

Temblaba y parecía estar muy emocionada, ocultándose detrás de Raquel, que trataba de tranquilizarla, y sin saber lo que hacía.

— Vamos, señora, vamos — dijo Esteban, sorprendido. — No es el Sr. Boulderby, sino su



esposa. — ¿Tiene V. miedo de ella? No hace una hora que se deshacía V. en elogios de la misma.

— ¿Está V. seguro de que es la esposa y no el señor? — preguntó la vieja, que continuaba temblando.

— Seguro y cierto.

— Entonces harán el favor de no dirigirme la palabra y tratarán de no mirarme — dijo la vieja. — Déjenme sola en un rincón.

Esteban consintió, con una señal de cabeza, é interrogó con la mirada á Raquel, que no pudo darle ninguna explicación; después tomó la bujía, bajó y, al cabo de algunos instantes, volvió haciendo luz á Luisa, que entró en la habitación. Iba acompañada del mequetrefe.

Raquel se había levantado y hecho atrás, con su mantón y sombrero en la mano, mientras Esteban dejaba la bujía en la mesa, sorprendido de aquella visita inesperada. Después permaneció derecho allí cerca, con el puño cerrado junto al candelero, esperando que le dirigieren la palabra.

Era la primera vez que Luisa penetraba en la vivienda de un obrero de Cokeville; era la primera vez que se hallaba frente á frente con uno de ellos, individualmente. Sabía que formaban una legión de cientos y miles. Sabía la labor que un número fijo de ellos podía produ-

cir en un tiempo dado. Los veía por grupos, cuando dejaban ó iban á su nido, como las hormigas y las babosas. Sus lecturas le habían ilustrado más sobre las costumbres de los insectos trabajadores que respecto á las de aquellos hombres y mujeres que pertenecían, no obstante, á la familia de los obreros.

Sabía que la gente de Cokeville era algo que se hacía trabajar tantas horas, que se pagaba á á tal precio y nada más; algo que se reglamentaba por las leyes infalibles de la producción y el consumo; algo que venía, de vez en cuando, á chocar con esas leyes, creando dificultades; algo cuyo vientre se oprimía, cuando el trigo iba caro, y que padecía indigestiones, cuando el mismo iba barato; algo que crecía en una proporción de tanto por ciento, que cometía tantos crímenes por ciento al año, suministrando tal contingente por ciento al pauperismo del país; algo de que se servía el comercio al por mayor, para hacer grandes fortunas; algo que se rebelaba á veces, como el mar furioso, y causaba estragos, generalmente en perjuicio suyo, y después volvía á su calma. Pero jamás le vino á las mientes descomponer la cosa en unidades, como menos pensara aun en descomponer el mar, para distinguir separadamente las gotas de agua que lo forman.

Se entretuvo un instante, examinando la habitación. Después de mirar las dos ó tres sillas, los contados libros, los grabados sin valor y la cama que había en ella, echó una ojeada á las dos mujeres y á Esteban.

— Venía á hablarle de lo que ha ocurrido hace poco. Quisiera prestarle un servicio, si me lo permite ¿Esa señora es su mujer?

Raquel levantó los ojos, que respondieron claramente « no », y los bajó de nuevo.

— Ya me acuerdo — dijo Luisa, ruborizándose por su equivocación. — Sí, ahora recuerdo haber oído hablar de sus desdichas domésticas, aunque no presté entonces mucha atención á esos detalles. No tengo absolutamente el propósito de hacer ninguna pregunta que pueda molestar á las personas aquí presentes. Si le hago otras y le producen tal efecto, crea que no es ésta mi intención y que, si tengo la desgracia de incurrir en ello, es pura ignorancia de lo que debo decir.

Lo mismo que poco tiempo antes, cuando Esteban se había dirigido instintivamente y con preferencia á Luisa, en casa del Sr. Bounderby, miraba ahora instintivamente á Raquel, en ademán brusco y nervioso, síntoma particular de vacilación y timidez.

— ¿Le ha explicado lo que ha ocurrido entre él

y mi esposo? ¿Creo que V. es su primer refugio?

— Sí; ya sé como la cosa ha concluído, joven señora — dijo Raquel.

— ¿Si no me engaño, he oído que, habiéndole rechazado un patrono, los demás harán lo mismo? ¿Me parece que ha dicho V. eso?

— Hay tan pocas probabilidades, joven señora, tan pocas probabilidades de salir del paso, para un obrero mal visto por los patronos.

— No comprendo lo que quiere V. decir por mal visto.

— Se trata de la reputación de turbulento.

— ¿De manera que, por razón de los prejuicios de su clase y de la otra, se halla V. doblemente sacrificado? ¿Dichas clases están separadas de tal modo en esta ciudad, que entre ambas no existe el menor sitio para un obrero honrado?

Raquel movió la cabeza, como para decir que no conocía ninguno.

— Se ha acarreado la enemistad de sus compañeros — dijo Luisa — porque no quiso asociarse con ellos. Creo que hizo esta promesa à V. ¿Me permite preguntarle por qué la hizo?

Raquel se echó á llorar.

— No se la exigí, pobre muchacho. Le supliqué sólo que se apartara en interés propio, sin pensar en el mal que iba á irrogarle. Pero

una vez tomado ya su partido, sé que moriría mil veces, antes que faltar á su palabra. Le conozco bastante.

Esteban permanecía inmóvil y atento, en su actitud meditativa de costumbre, con la mano en la barba. Intervino entonces con voz menos firme que de ordinario.

— Nadie, sino yo, sabrá cuánto honro, quiero y respeto á Raquel, y como tengo razón. Cuando se lo prometí, le dije, en verdad, que era el ángel de mi vida. Era una promesa solemne. Nada puede hacer que yo la revoque.

Luisa volvió la cabeza hacia el operario, inclinándose con un sentimiento de respeto, enteramente nuevo en ella. Miró en seguida á Raquel y sus facciones se suavizaron.

— ¿Qué piensa V. hacer? — preguntó ella. Su voz también se había dulcificado.

— En verdad, señora — dijo Esteban, haciendo de tripas corazón y tratando de sonreír— cuando habré concluído mi tarea, será preciso que abandone esta ciudad y que busque trabajo en otro sitio. Feliz ó desgraciado, el hombre debe hacer lo que pueda, pues no es posible otra cosa, á no ser que quiera tirarse al suelo y morir en él de hambre.

— ¿Cómo viajará V.?

— A pie, buena señora, á pie.

Luisa se sonrojó, y apareció en su mano una bolsa. Oyóse el roce de un billete de banco, que desplegabá y ponía sobre la mesa.

— Raquel ; ¿ quiere V. decirle, pues sabrá V. hacerlo sin molestarle, que esto es para ayudarle en su viaje? ¿ Quiere V. rogarle que lo tome?

— No puedo hacerlo, joven señora — dijo ella, meneando la cabeza. — Dios la bendiga por haber pensado con tanta bondad en este pobre chico. Pero él es quien debe consultar su corazón y obrar en consecuencia.

Luisa se mostró al principio incrédula, luego un poco espantada y algo emocionada por una simpatía repentina, viendo á aquel artesano, que tal imperio ejercía sobre sí y que se había mostrado tan sencillo y entero en su reciente entrevista, como perdía de pronto su calma y ocultaba su rostro entre los manos. Extendió el brazo, como para tocarle, después se contuvo y permaneció inmóvil.

— Raquel misma — dijo Esteban, después de descubrir su semblante, — no podría hallar palabras más dulces que añadir al mérito de una oferta tan generosa. Para probarle que no soy hombre ingrato y sin razón, tomaré cincuenta francos. Se los pido prestados y se los devolveré más adelante. Nunca habré trabajado con tanto gusto, como cuando reconozca, con mi

exactitud en el pago de esta deuda, la bondad que ha tenido V. esta noche, que agradeceré eternamente.

Luísa tuvo que recoger el billete y cambiarlo por la suma, mucho más modesta, que aceptaba él á título de préstamo. Esteban no era ni elegante, ni bello, ni pintoresco, ni mucho menos; y, sin embargo, su manera de aceptar aquella oferta y de expresar su agradecimiento, sin frases, tenía un sello tal de gracia, que lord Chesterfield no hubiera podido enseñar á su hijo en cien años.

Tom se había sentado al extremo de la cama, balanceando una de sus piernas y chupando su bastón, con bastante indiferencia hasta entonces. Viendo á su hermana dispuesta á salir, se levantó con vivacidad é intervino á su vez.

— ¡Aguarda un poco, Lu! Antes de marcharnos, quisiera decirle dos palabras. Me ha venido una idea. Si quiere V. venir á la escalera, Blackpool, se la diré. No es precisa la luz, buen hombre.—Tom había manifestado una impaciencia notable, al ver que Esteban se dirigía al bufete para tomar la vela. — No precisa.

Esteban le siguió afuera; Tom volvió á cerrar la puerta y no apartó la mano del cerrojo.

— ¡Oiga! — murmuró — Creo que puedo prestarle un servicio. No me pregunte lo que es,

porque la cosa podría no dar buen resultado. Pero nunca es malo probar.

Su aliento caía como una llama en la oreja de Esteban, tan ardiente era.

— Nuestro ordenanza — dijo Tom — es quien se ha encargado de avisarle este mediodía. Digo nuestro ordenanza, porque yo también estoy en la casa de banca.

Esteban se decía: « ¡ Debe tener mucha prisa! » Tom hablaba confusamente :

— ¡ Veamos! — dijo Tom. — ¡ Escuche! ¿ Cuándo marcha V. ?

— Hoy es lunes — respondió Esteban, reflexionando. — Creo, señor, que marcharé el viernes ó el sábado.

— El viernes ó el sábado — repitió Tom. — ¡ Escuche! No estoy seguro de poder prestarle el servicio que quisiera hacerle... Es mi hermana, ya sabe V., que está ahora en su habitación... Mas esto puede ir bien y, si no se logra, no será grande el daño. Pues bien, voy á decirle lo que puede hacer. ¿ Conocerá á V. á nuestro ordenanza ?

— Ciertamente — dijo Esteban.

— Muy bien — replicó Tom. — Por la noche, cuando deje V. el trabajo, durante los contados días que permanezca V. aun aquí, pásese una hora ó dos por los alrededores de la casa de banca. Si ve V. que él se pasea por allí cerca, hágase el



desentendido, pues no le diré que le hable, á menos que no pueda prestarle el servicio que quisiera. En este último caso, le llevaría una esquila ó un encargo. De lo contrario, no. ¡Escuche! ¿Está V. seguro de haberme comprendido bien?

Había llegado á poner, en medio de la obscuridad, un dedo en el ojal del traje de Esteban, del que apretaba y removía el bolsillo de un modo verdaderamente extraordinario.

— He comprendido bien, señor — dijo Esteban.

— Escuche — repitió Tom. — Procure no equivocarse, y no vaya á olvidar lo que le digo. Cuando nos marchemos, daré cuenta de mi proyecto á mi hermana, y estoy seguro de que lo aprobará. ¡Escuche! ¿Está V. de acuerdo? ¿Lo ha comprendido bien? Bravo. Vamos, Lu, marchémonos.

Empujó la puerta, al llamar á su hermana, pero no entró en la habitación, y bajó por la escalera estrecha sin aguardar á que le hicieran luz. Estaba ya abajo, cuando Luisa empezó á descender, y no pudo tomarle el brazo hasta la calle.

La Sra. Pegler permaneció en su rincón, hasta que hubieron salido el hermano y la hermana, y Esteban hubiera vuelto con la bujía en la mano. No sabía ella como expresar su admiración

por la Sra. Bunderby, y, cual vieja inexplicable que era, se echó á llorar porque resultaba aquélla tan bonita y amable. Sin embargo, tuvo tanto miedo la Sra Pegler de que el objeto de su admiración regresase ó de que viniera otro visitante, que su alegría desapareció durante toda la noche. Por otra parte, demasiado tarde era ya para la gente que se levanta temprano y tiene que trabajar mucho durante el día, por lo que la reunión se dispersó. Esteban y Raquel condujeron á la misteriosa conocida hasta la puerta del *Café de las viajeros*, donde le dieron las buenas noches.

Fueron juntos al recodo de la calle en que vivía Raquel; y, á medida que se acercaban á ella, cesaron de hablar. Cuando llegaron al rincón oscuro, en que se terminaban sus contados encuentros, se detuvieron, silenciosos, cual si hubiesen temido dirigirse la palabra.

— Trataré de verte otra vez, Raquel, antes de que me marche; pero si no te veo...

— No me verás, Esteban, lo sé. Es preciso hablarnos con franqueza el uno al otro.

— Tienes razón. Es más valeroso y es preferible. He pensado que, como no más falta un día ó dos, será mejor para tí, Raquel, que no te vean conmigo. Esto podría causarte alguna desazón y no conduciría á nada.

— No es esto lo que me priva, Esteban. Pero ya sabes tú nuestras antiguas convicciones, y á ello es debido.

— Bien, bien — dijo él. — En todo caso, es preferible.

— ¿Me escribirás lo que te interese, Esteban?

— Sí. Y ahora no tengo mas que despedirme de tí. Que el cielo vaya contigo, que el cielo te bendiga, que el cielo te agradezca lo que por mí has hecho y te lo recompense.

— Que te bendiga á tí también, Esteban, durante toda tu peregrinación, y te dé paz y reposo al fin.

— La noche que velamos juntos, querida mía, — dijo Esteban Blackpool — te dije que siempre que vea algo ó piense en algo que me encolerice, tu acudirás á mi pensamiento, y á mi lado, para tranquilizarme. Ya estás junto á mí en este momento. Me haces ver las cosas con más resignación. ¡ Dios te bendiga! ¡ Buenas noches! ¡ Adiós!

¿ Qué cosa más sencilla que esa separación rápida, en medio de una pobre calle? Y, no obstante, fué para ambos un recuerdo sagrado. Economistas utilitarios, esqueletos de los maestros de escuela, comisarios del hecho, descreídos elegantes y estragados, todos los que

fundais y propagais doctrinas arrugadas, para uso del pueblo, bien sabeis que tendreis siempre que gobernar á los pobres. Pues bien : cultivad en ellos, tanto como podais, y mientras sea tiempo, las gracias de la imaginación y la dulzura de los afectos naturales, para adornar á las existencias que tanto necesitan de adorno ; de lo contrario, cuando llegue el día de vuestro triunfo, cuando la novela, gracias á vosotros, haya desaparecido completamente de sus almas y la vida se les aparezca en toda su fea desnudez, la realidad quizá tome la forma de un lobo hambriento.

Esteban trabajó los dos días siguientes, sin que nadie le dirigiera la palabra. Se le evitó como antes, por doquiera que fuese. Al finalizar el segundo día, vió llegado el término de su trabajo ; al acabar el tercero, no había nadie en su telar.

Cada una de las noches precedentes había pasado más de una hora por la calle, alrededor de la casa de banca, sin resultado alguno, ni en bien, ni en mal. Para que no pudiera acusársele de haber faltado á su promesa, resolvió esperar lo menos un par de horas la tercera y última noche.

Allí se hallaba la señora que cuidaba antes de la casa del Sr. Bounderby, sentada junto á una

ventana del primer piso, donde ya la había visto, y el ordenanza estaba hablando con ella, ó mirando por encima del transparente del piso bajo, sobre el cual se leía la palabra BANCO; á veces aparacía en la puerta, para tomar el aire. La primera noche, creyendo que le buscaba, Esteban pasó cerca de él; pero el otro apenas le miró, con sus ojos guiñadores, sin dirigirle la palabra.

Mucho eran dos horas, después de una larga jornada de trabajo. Esteban se sentó en los pedaños de una casa, se apoyó en un muro, debajo de una arcada, paseóse de un extremo á otro de la calle, escuchó si daban las horas en el reloj de la iglesia, paróse para mirar á unos niños que jugaban en la calle. Tan poco natural es pasearse sin motivo, que un simple vago corre siempre el peligro de hacerse notar. No bien pasó la primera hora, Esteban empezó á experimentar una sensación desagradable, figurándose que desempeñaba el papel de un personaje sospechoso.

Después vino el espitero á encender los faroles, dejando en pos de él, en la larga perspectiva de la calle, una doble hilera de luces que iban alargándose hasta confundirse y perderse en lontananza. La Sra. Sparsit cerró la ventana del primer piso, bajó el transparente y fué á sus

habitaciones. Pronto se vió como una luz subía detrás de ella por la escalera, primeramente visible por encima de la puerta de entrada y luego por las ventanas, á medida que pasaba de un piso á otro. Hubo un instante en que se alzó un extremo del transparente del segundo piso, como si el ojo de la Sra. Sparsit mirara por allí; y en el otro extremo, como si el ordenanza, á su vez, mirase por el otro lado. Sea lo que fuere, Esteban no recibió comunicación alguna. Se sintió aligerado, cuando hubieran transcurrido las dos horas, y se alejó con paso rápido para recuperar el tiempo perdido.

No tenía más que despedirse de su propietario y tenderse al suelo, en una cama provisional, pues tenía ya hecho el paquete para el siguiente día y todo estaba dispuesto para la marcha. Quería hallarse fuera de la población temprano, antes de que los obreros saliesen.

Apenas alboreara, salió Esteban, después de echar una ojeada de despedida á su cuarto, preguntándose con tristeza si lo volvería á ver. La ciudad parecía completamente desierta : se hubiera dicho que los habitantes la habían abandonado, para no tener ningún trato con él. En aquella hora todo ofrecía un aspecto desolado. El sol levante no formaba más que otra soledad en el cielo, semejante á un mar entristecido.

Pasando por delante de la casa en que vivía Raquel, aunque no fuera su camino; yendo por las calles de ladrillos rojos, por delante de las grandes fábricas silenciosas, que no temblaban aún y cerca de la estación del ferrocarril, mitad demolida y mitad reconstruída; por delante de los chalets de ladrillos rojos, rodeados por arbolillos ahumados y cubiertos de polvo sucio, andando por caminos carboníferos y cruzando una variedad de espectáculos feos, Esteban llegó á la cumbre del collado y volvió el rostro para dirigir una mirada en pos.

El día iluminaba de lleno la ciudad, y las campanas advertían la hora del trabajo matutino. El hogar doméstico no se había encendido aún, y las altas chimeneas reinaban en el cielo como señoras, mientras éste iba pronto á desaparecer, bajo las inmensas bocanadas de humo envenenado, que aquéllas difundían. Sólo durante media hora se doraron muchas ventanas de Cokeville, con una especie de albor matutino, en que los naturales del país pudieron ver el sol como en un eclipse eterno, á través de un vidrio ahumado.

¡Qué cambio significaba eso de pasar de las chimeneas á los pájaros! ¡Qué cambio implicaba eso de sentir como el polvo de la carretera reemplazaba bajo sus pies el carbón

bullicioso! ¡Qué cambio para Esteban, á su edad, revivir las sensaciones de su infancia, en aquella mañana de verano! Con estas meditaciones y el paquete debajo el brazo, Esteban paseaba su semblante atento á lo largo de la gran carretera. Los árboles formaban un arco encima de su cabeza, diciéndole, con su dulce murmurio, que dejaba en pos de él un corazón fiel y amante.

## CAPÍTULO XXIII

### PÓLVORA DE CAÑÓN

El Sr. James Harthouse, queriendo siempre ensayar lo que podría hacer á favor de su partido adoptivo, empezó por contar los votos que presumía adquirir. Gracias á las lecturas instructivas que tuvo la bondad de hacer, por indicación de sus amigos políticos; gracias también á su abandono elegante y distinguido para con la sociedad en general; gracias igualmente á la franqueza que sabía manifestar, hasta en el seno de la improbidad, y éste es, como se sabe, el juego más fino, eficaz y admirado de los pecados mortales, entre la gente educada; no tardó en pasar por un hombre en quien se podían



cifrar grandes esperanzas. Mucha ventaja envolvía para él su indiferencia para con todo, pues esto le permitía unirse con gente práctica y positiva, como si fuera uno de los suyos, y tratar á los demás partidos como una cáfila de hipócritas viles.

— Sí, querida señora Bounderby, hipócritas, en los cuales no tenemos fe y que no la tienen ellos en sí mismos. La única diferencia entre nosotros y los profesores de virtud, de caridad ó de filantropía... no le hace el nombre... es que sabemos que todo ello no significa nada y nosotros lo decimos, mientras que ellos, si bien lo saben como nosotros, se guardan bien de manifestarlo.

¿Por qué se había ofendido ó inquietado Luisa, al oír declarar semejantes principios? ¿Estaban éstos tan en desacuerdo con los de su padre ó con su educación primera, para que la atemorizasen? ¿Existía tanta diferencia entre ambas escuelas que, una y otra, la encadenasen á las realidades materiales y le prohibiesen tener fe en otra cosa? ¿Había desarrollado Tomás Gradgrind en su alma, cuando era cándida y pura, algo que costase á James Harthouse reformar?

Era ella tanto más digna de lástima, en aquella circunstancia, que alimentaba en su espíritu (este sentimiento existía en ella antes

de que su padre eminentemente práctico hubiese empezado á formar su inteligencia) una necesidad instintiva de creer en una humanidad menos mezquina y más noble que la que se le había mostrado siempre; era una lucha constante de duda y cólera en su corazón : sus dudas procedían de que, desde su juventud, ahogaron en su alma toda aspiración generosa; su enfado renacía, cuando pensaba en el mal que se la había hecho, si realmente era la voz de la verdad la que percibía en aquel confuso murmullo. En uná naturaleza acostumbrada desde tanto tiempo á anonadarse, y era tan afligida y estaba tan dividida, que la filosofía de Hart-house acababa de obrar como un consuelo y una justificación. Si todo era vacío y sin ningún valor, ella no había perdido ni sacrificado nada. ¡Qué importa! dijo á su padre, cuando éste le propuso un marido. ¡Qué importa! decía aún. Con una confianza desdeñosa, se preguntó : « ¿Qué importa todo? », y ella proseguía su camino.

¿ Con qué fin ? Sin embargo, avanzaba paso á paso, bajaba siempre hacia un abismo fatal, pero con progreso tan lento é imperceptible, que creía permanecer estacionada. Cuanto al Sr. Harthouse, no se preguntaba adónde iba ni se preocupaba siquiera de ello. No acari-

ciaba ningún proyecto ni plan definidos; el vicio no era en él bastante enérgico para que comprometiera su quietud despreocupada. De momento era una diversión y una distracción, cual requería en un guapo caballero como él, algo más de lo que convenía, tal vez, á su reputación de indiferente y bello. Poco después de su llegada escribió con tono rebosando languidez á su hermano, el honorable y divertido miembro del Parlamento, que los Bounderby eran « muy divertidos » ; que Bounderby hembra, lejos de tener la cabeza de Medusa, que esperaba encontrar, era joven y bonita en grado sumo. Después de esto no habló más de tal familia y pasó en su casa todos los momentos de ocio. Iba á verles con frecuencia, durante el curso de sus exhibiciones y giras electorales en el distrito de Cokeville. El Sr. Bounderby le animaba á estas visitas. Nada se conformaba mejor con los gustos jactanciosos del Sr. Bounderby que poder decir á todo el mundo que, por su parte, se burlaba bien de la gente de buena familia, pero que si su esposa, la hija de Tom Gradgrind, gustaba de tal sociedad, que buen provecho la hiciera.

El Sr. James Harthouse empezó á pensar que experimentaría una sensación nueva, si lograba que se operara, en provecho suyo y en el rostro de la mujer hermosa, el cambio

agradable que advirtiera un día á favor del mequetrefe.

Era buen observador y, como tenia excelente memoria, no olvidaba detalle alguno de las revelaciones del hermano. Enlazaba éstos con lo que descubriera en la hermana, y pronto empezó á comprenderla. Verdad es que lo mejor y más íntimo del carácter de la joven esposa no estaba al alcance de la inteligencia del Sr. Harthouse, pues sucede con el alma humana lo que con el océano, que tiene abismos que no todos pueden sondear; pero no tardó él en leer asaz corrientemente por la superficie.

El Sr. Bounderby había tomado posesión de una casa y parque situados á unas quince millas de la ciudad, y á una milla ó dos de un ferrocarril que circulaba á través de un país salvaje, sobre numerosos viaductos, minado aquél por pozos de carboneras abandonadas y salpicado de noche por los fuegos y la forma de las locomotoras estacionarias, á la entrada de los pozos en explotación. El paisaje se hacia menos áspero, según se aproximaba uno al retiro del Sr. Bounderby, donde se atenuaba y se transformaba en sitio rústico, dorado por el brezo y blanqueado por el oxiacante, á cada primavera, y en verano se sombreaba por el follaje de los árboles, que el soplo del viento hacia estremecer. El banco

Bounderby había hecho embargar aquella propiedad, por virtud de una hipoteca, bajo la que había sucumbido uno de los potentados de Cokeville, demasiado impaciente por hacerse rico, y que sólo se había engañado en sus cálculos por dos millones y medio. A veces ocurrían esos percances á las familias más respetables de Cokeville, pero se sabe ya que la quiebra no tiene relación alguna con las clases imprevisoras que señalan los economistas.

El Sr. Bounderby se instaló con satisfacción extrema en aquella buena y pequeña propiedad y, por humildad vanidosa, se puso á plantar coles en el jardín. Gozábase en vivir como en un cuartel, rodeado de aquellos muebles elegantes, llegando á hacer objeto de sus baladronadas de costumbre á los mismos cuadros.

— Sabe V., caballero, — decía — me aseguran que Nickits (era éste el propietario despojado) pagó 700 libras (17.500 francos) por esta marina. Pues bien, si he de hablarle con franqueza, que el diablo se me lleve si en mi vida le echo la mirada más de siete veces; resultará, pues, á cien libras la ojeada: ¡No, por San Jorge! No olvido que soy Josué Bounderby de Cokeville. Durante muchísimos años he dejado de poseer pinturas (pues hubiera sido preciso que las hubiera robado) salvo la del

retrato de un hombre que se afeitaba, sirviéndole de espejo un zapato. Era una imagen impresa en las cajas de betún, que utilizaba yo para enlustrar las botas, cuando se me confiaba alguna de éstas. No bien los cajas estaban vacías, las volvía á vender por un sueldo, y contento estaba yo con embolsar el dinero.

Después se dirigía al Sr. Harthouse y proseguía en el mismo tono :

— Harthouse, tiene V. aquí un tronco de caballos. Haga venir media docena más, si quiere, que ya hallaremos sitio donde alojarlos. Hay cuadras para doce caballos y, si no calumnian á Nickits, aquellas estaban todas ocupadas : una docena de caballos, señor, en cifras redondas. Cuando niño, ese hombre se educó en Westminster. Fué allí, al colegio de Westminster, con una bolsa real, mientras que mi alimento exclusivo se componía entonces de mondaduras, y no tenía otra cama para dormir que el cesto de las verduleras del mercado. Aunque se me ocurriera guardar una docena de caballos (que no se me antoja ello, pues tengo bastante con un caballo) no podría verlos con tranquilidad tan bien instalados y sin pensar en los lugares donde antaño yo me acostaba. No podría verlos, caballero, sin ordenar que los sacaran de allí al punto. Y, no obstante, ¡ cómo

cambia todo! Vé V., esta propiedad, la conoce y sabe que no hay otra parecida en Inglaterra, ni en el extranjero, y desafío á cualquiera á que encuentre otra similar; y ¿á quien vé V. aposentado en ella, como un gusano dentro de una nuez? A mí, caballero, á Josué Bounderby, mientras que Nickits (según me dijeron ayer en el despacho) que recitaba versos latinos en las piezas representadas en Westminster, y á quien aplaudían los magistrados y la nobleza de este país hasta rabiarse, lloriquea ahora, sí señor, lloriquea ahora en un quinto piso de una calle oscura de Amberes.

A la sombra del follaje de este retiro, durante las jornadas calurosas y largas del verano, el Sr. Harthouse empezó sus observaciones en el semblante que tanto le asombrara, cuando lo vió por primera vez; y se dispuso á ensayar de modo que esta operación produjera un cambio á favor suyo.

— Señora Bounderby, juzgo feliz la ocasión de hallarla sola. Hace mucho tiempo que deseaba tener una entrevista con V.

No era azar maravilloso encontrarla precisamente en la hora que se hallaba sola siempre en aquel lugar, objeto favorito de sus paseos. Había allí un claro, em medio del bosque sombrío, donde yacían algunos árboles derribados,

encima de los cuales tenía costumbre de sentarse, para mirar las hojas caídas bajo el soplo del otoño último, como miraba antaño las cenizas rojas que caían en el hogar de la casa paterna.

Sentóse á su lado y le dirigió una mirada.

— Su hermano de V... mi joven amigo Tom...

El rostro de Luisa se animó, y volvióse hacia él con expresión de interés.

— No he visto nada, en mi vida — pensó él — más notable y encantador que el rayo que acaba de iluminar repentinamente esas hermosas facciones.

La fisonomía del Sr. Harthouse hizo traición á su pensamiento, traición calculada tal vez, porque obedecía probablemente á instrucciones secretas de su autor.

— Le pido mil perdones. La expresión del interés fraterno de V. es tan encantadora... Tom debiera estar tan orgulloso de ello... Sé que esto no tiene excusa, pero no puedo impedir que mi admiración se transparente.

— Es usted tan espontáneo — dijo ella, con calma.

— No, señora Bounderby, no me diga eso; ya sabe que no disimulo con usted. Ya sabe que me considero como una mala muestra de la naturaleza humana, dispuesto á venderme cuando



se me ofrezca una suma razonable, y que soy absolutamente incapaz de seguir los procedimientos usados entre los pastores de Arcadia.

— Aguardo — replicó ella — la comunicación que iba V. á hacerme respecto á mi hermano.

— Usted se muestra severa conmigo, y lo merezco. Me considero el mayor holgazán del mundo; pero no soy mentiroso... usted convenirá en ello. La verdad es que me ha causado un instante de sorpresa, distrayéndome de la cuestión. Vuelvo á su hermano. Me intereso por él.

— ¿Se interesa V., al fin, por algo, señor Harthouse? — preguntó ella, medio incrédula y medio agradecida.

— Si me hubiera V. preguntado esto la primera vez que vine aquí, le hubiera dicho que no. Hoy, aun á riesgo de despertar en usted una incredulidad explicable, diré que sí.

Hizo ella un ligero movimiento, como si hubiese querido hablar, mas no halló palabra alguna. Después, pudo responderle.

— Señor Harthouse, quiero creer que V. se interesa por mi hermano.

— ¡Gracias! Me hace V. justicia, y puedo lisonjearme de que merezco, por ello, el agradecimiento que me quiere V. manifestar... Ha hecho V. tanto por Tom... Toda su exis-

tencia, señora Bounderby, revela una abnegación admirable para con su hermano,... perdoneme de nuevo... si me aparto del asunto. En fin, lo cierto es que me intereso por Tom... por él mismo.

Había hecho ella un gesto casi imperceptible, como para levantarse al punto é irse antes de que hubiera terminado la frase. Por lo cual él dió otro giro á sus explicaciones, y ella no se movió.

— Señora Bounderby, — repuso en tono ligero que, sin embargo, parecía costarle esfuerzo, siendo aun más expresivo que el acento grave que acababa de abandonar. — ¿No es un crimen imperdonable que un joven de la edad de su hermano sea aturdido, ligero, dispendioso y, en fin, algo disipado, como se dice ?

— Sí.

— Permita V. que le hable con franqueza. ¿Supone que juega ?

— Creo que hace apuestas.

Esperando el Sr. Harthouse un instante más, como para dejarle concluir la respuesta, ella añadió :

— Estoy segura de ello.

— Y ¿ pierde, naturalmente ?

— Sí.

— Cuando se apuesta, puede uno tener la se-

guridad de perder. ¿ Puedo insinuar que le ha facilitado V. á veces dinero, para cubrir sus apuestas ?

Luisa permanecía sentada, con los ojos bajos; pero, al oír esta pregunta, miró al Sr. Harthouse, como para darse cuenta de ella y mostrar que la había ofendido.

— Crea que no se trata ahora de una curiosidad impertinente, querida señora. Temo que Tom corra peligro de crearse poco á poco dificultades, y desde el fondo de mi triste experiencia deseo tenderle una mano de socorro. ¿ He de repetir que lo hago sólo por él ? ¿ Es necesario ?

Pareció como si quisiera ella contestar, pero guardó silencio por esta vez.

— Para confesarle con franqueza lo que me ha venido al pensamiento, — prosiguió James Harthouse, recobrando su tono ligero, siempre con embarazo simulado — le diré confidencialmente que no sé si tiene él que deplorar su educación. Dudo, y perdone V. mi sinceridad, dudo que nunca haya existido confianza entera entre él y su papá.

— No me parece probable — dijo Luisa, ruborizándose con el recuerdo que despertaba en ella misma tal observación.

— O entre él y... (estoy seguro de que

interpretará V. favorablemente mi pensamiento) y su estimable cuñado ?

Ella se sonrojó mucho más y sus mejillas quemaban, al responder con voz muy débil :

— Tampoco me parece probable.

— Señora Bounderby — dijo Harthouse, después de breve pausa — ¿ no estaría bien que nos permitiéramos mayor confianza V. y yo ? ¿ Tom le ha pedido prestadas á V. sumas de consideración ?

— Comprenderá V., señor Harthouse — contestó ella, después de vacilar un poco ; aunque desde el principio de la conversación se hallaba indecisa y turbada, no había perdido en modo alguno el imperio que ejercía sobre sí — comprenderá V. que, si respondo á sus preguntas, no es por quejarme ni expresar remordimiento. Toda queja sería inútil ; no deploro en absoluto lo que he hecho.

— Y, además, ¡ un corazón de mujer ! — pensó James Harthouse.

— Cuando me casé, descubrí que mi hermano tenía muchas deudas ; quiero decir muchas deudas para un joven de su posición ; bastantes para obligarme á vender algunas joyas. No era un sacrificio. Las vendí de buena gana. No tenían valor á mis ojos.

Fuese que ella leyera en la mirada de Hart-

house que éste comprendía la indicación, fuese que su conciencia le hiciera temer que no pensase que eran regalos de su esposo, se contuvo y se sonrojó. Si no hubiera comprendido antes, este sonrojo repentino hubiera revelado todo á un hombre menos malicioso que aquél.

— Después he dado á mi hermano, en distintas épocas, todo el dinero de que he podido disponer. Confiando en V., por el interés que le toma, no le haré una confidencia á medias. Desde que tiene V. la costumbre de venir aquí, ha tenido necesidad de sumas de dos ó tres mil francos. No he podido darle una cantidad tan fuerte. He sufrido, naturalmente, muchas inquietudes, por lo que podría ocasionarle tal penuria; pero hasta hoy he guardado secreto, y lo confío al honor de V. No he comunicado mis inquietudes á nadie, porque... Ya me comprende V.

Se detuvo bruscamente.

Como hombre listo en aprovecharse de tales ventajas, vió y cogió la ocasión para ofrecer á Luisa su propia imagen, ligeramente disfrazada con el retrato de su hermano.

— Señora Bounderby, aunque no valga yo gran cosa y no sea más que un hombre de placer, me interesa vivamente lo que V. acaba de decirme. Comprendo y participo de la indul-

gencia sabia con que mira V. los errores de Tom. Sin querer faltar de ningún modo al respeto, ya del Sr. Gradgrind, ya del Sr. Bounderby, he de reconocer que la educación de Tom no ha dado el éxito apetecido. Educado de modo que no puede luchar ventajosamente con el mundo en que tiene que vivir, el primer uso que hace de su libertad es entregarse á excesos provocados por un exceso contrario : por un exceso forzado que se le impuso durante mucho tiempo, con la mejor intención del mundo, no cabe duda. Pero la noble rudeza y la independencia británica, á despecho de su encantadora originalidad, no predisponen... estamos de acuerdo sobre ello... no predisponen á la confianza. Si puedo decir que le falta esa delicadeza á la que un joven corazón mal conocido, un carácter mal comprendido y un talento mal dirigido se sentirían inclinados á pedir consuelo y consejo, habré explicado del todo mi punto de vista.

Mientras la miraba fijamente, por la claridad veleidosa que danzaba sobre la yerba, en la oscuridad del bosque lejano, Harthouse leyó en su semblante que se dirigía á sí propia las palabras que acababa él de dirigirle, con esa intención.

— Precisa hacer uso, pues, de la mayor indul-

gencia. Sin embargo, Tom tiene un defecto que no sabría perdonarle y que le reprocho severamente.

Luisa le miró en el rostro y le preguntó cuál era ese defecto.

— Quizá — respondió — debiera yo no decir más. Quizá, en suma, hubiera sido mejor no hacer esta alusión.

— Me espanta V., señor Harthouse. Dígame lo que es.

— Para no causarle vanas inquietudes, ya que tal confianza sobre hermano, que aprecio en grado elevadísimo, acaba de establecerse entre nosotros, obedezco. No puedo perdonar á Tom que se muestre tan insensible en sus palabras, miradas y acciones á la ternura de su mejor amiga, á su desinterés, á los sacrificios que para él se ha impuesto. El agradecimiento que le manifiesta, por lo que he podido juzgar, es muy ligero. Lo que ella ha hecho por él merecería un amor y una gratitud constantes, en vez de mala cara y chascarrillos. Por despreocupado que parezca, no soy tan indiferente, señora Bounderby, que no descubra ese defecto en su hermano ni lo considere como un pecado venial.

Flotó el bosque ante ella, pues sus ojos estaban inundados de lágrimas. Brotaban de

una fuente profunda, escondida durante mucho tiempo, y era tal el dolor de su corazón, que no pudo desahogarse ni consolarse en el llanto.

— En una palabra, señora Bounderby: todos mis esfuerzos deben encaminarse á corregir á su hermano de ese defecto. Mi conocimiento más amplio de esos asuntos y mis advertencias sobre los medios de salir del apuro, advertencias competentes, las cuales procederán de un picaronazo que también ha hecho de las suyas en mayor escala, espero que me darán cierta influencia sobre él y yo me aprovecharé de ellas para alcanzar al fin que me he propuesto. He dicho bastante y quizá demasiado. Tengo el aire de querer hacer el buen chico, mientras que, palabra de honor, no abrigo el menor intento de ello, se lo declaro francamente. Alla abajo, entre los árboles, — anadió, después de alzar la vista y mirar entorno — columbro precisamente á su hermano. Como parece dirigirse por este lado, haremos bien en ir á su encuentro. Se halla muy silencioso y mustio durante estos últimos días. Quizá su conciencia fraterna le recrimina. Si es que hay una conciencia; porque oigo hablar demasiado de ella, para que lo pueda creer.

Ayudó á Luisa á que se levantara, le tomó el brazo, y los dos fueron al encuentro del



mequetrefe. Tom andaba con paso indolente, fustigando las ramas con aire desocupado, ó bien se inclinaba por arrancar con su bastón y de un modo obstinado el césped que cubría el tronco de los árboles. Se sobresaltó, cuando llegaron á su lado, en el momento en que se entregaba á esta última distracción, y cambió de color.

— ¡Toma! — murmuró. — No sabía que estuviesen aquí.

— ¿Qué nombre, Tom—dijo el Sr. Harthouse, poniendo su mano en el hombro del mequetrefe y obligándole á volverse de frente, de modo que los tres se dirigieron á la casa — qué nombre iba V. á grabar en las árboles?

— ¿Qué nombre? — respondió Tom. — ¡Oh! quiere V. decir qué nombre de mujer.

— Sospechamos, en verdad, que ha inscrito V. en la corteza de un roble el nombre de una hermosura maravillosa, Tom.

— No las doy por aquí, señor Harthouse, á menos que alguna belleza maravillosa, disponiendo libremente de una buena fortuna, se enamore de mí. Podría ser tan fea como rica, sin temor de que yo la rechazara. Grabaría su nombre tantas veces como quisiera en la corteza de los robles.

— ¡Diablo! Tom, tiene V. sentimientos mercenarios.

— Mercenarios — repitió Tom. — ¿ Quién no es mercenario ? ¡ Preguntadlo á mi hermana !

— ¿ Has advertido que fuera éste un defecto mío, Tom ? — dijo Luisa, sin quejarse de ningún modo por el descontento ó el mal humor de su hermano.

— Nadie lo sabe mejor que tú, si me refiero á ti ó no : me dirijo á tí sobre el particular — dijo con acento grosero.

— Tom se ha vuelto misántropo. Esto sucede de vez en cuando á todos los que se aburren — dijo el Sr. Harthouse. — No crea lo que dice, señora Bounderby. No lo piensa de ningún modo ; y para hacerle conocer sus sentimientos, voy á comunicarle algunas de sus opiniones sobre V., que me ha expresado particularmente, si no efectúa al instante una enmienda honrosa.

— En todo caso, señor Harthouse — dijo Tom, suavizándose un poco, gracias á la admiración que le inspiraba su principal, pero meneando la cabeza con mal humor — no podrá decirle que la haya alabado nunca de ser mercenaria. He podido ensalzarla por lo contrario, y lo haría aun, si no tuviera buenas razones. Pero dejémoslo correr ; esto no puede interesarle y, en cuanto á mí, tengo ya la cabeza llena de ello.

Caminaron en dirección á la casa, donde Luisa dejó el brazo del visitante, para entrar en sus habitaciones. Harthouse la siguió con los ojos, mientras ella subía las gradas y desaparecía, luego, bajo la sombra de su puerta ; después volvió á poner la mano en el hombro del hermano y, con una señal de cabeza, le obligó á dar un paseo por el jardín.

— Tom, amigo mío, tengo que decirle una palabra.

Se habían parado en medio de un zarzal de rosas, muy descuidado. La humildad del Sr. Bounderby no permitía rosas como las de Nic-kits, el antiguo propietario, y Tom sentóse en el parapeto de una terraza, arrancando el capullo de las flores y deshojándolas; mientras que su demonio familiar le dominaba, con un pié en el parapeto y el cuerpo apoyado con gracia en el brazo, que sostenía la rodilla levantada. Podía vérselos desde la ventana de la Sra. Bounderby. Quizá Luisa los miraba.

— Tom, ¿ qué tiene V. ?

— ¡ Ah ! señor Harthouse — dijo Tom, con un lamento. — Me he excedido, y me aburro en mi consunción.

— También yo, amigo mío.

— ¡ Usted ! — replicó Tom. — ¡ Usted, que es un modelo de despreocupación ! Señor Hart-

house, me encuentro en un horrible lodazal. No tiene V. idea del apuro en que me hallo... ¡Cuando pienso que mi hermana podía sacarme de él, si hubiese querido!

Y se puso á morder el capullo de las rosas, deshojándolas con los dientes y la mano, que temblaba como la de un viejo paralítico. Después de fijar en él una mirada escudriñadora, su compañero repuso con aire negligente :

— Tom, usted no es razonable: usted es demasiado exigente con su hermana. Usted ha recibido ya dinero de ella, picaronazo, ya lo sabe.

— Sí, señor Harthouse, convengo en ello ¿Donde quiere V., pues, que lo tome? Mire al Sr. Bounderby alabándose siempre de que á mi edad vivía con cuatro sueldos al mes ó con una cantidad por el estilo. Mire á mi padre trazándome lo que él llama una línea de conducta y atándome de pies y manos, desde que me destetaron. Mire á mi madre que sólo tiene dolencias. ¿Donde quiere V. que un individuo halle dinero, y á quien ha de pedirlo, sino á su hermana?

Casi lloraba, y esparcía las rosas por docenas. El Sr. Harthouse le cogió de la ropa, con aire benévolo.

— Pero, querido Tom, y ¿si no tiene dinero su hermana?

— ¿ Si no tiene, Sr. Harthouse ? No pretendo que lo tenga. Quizá he necesitado yo más dinero del que ella puede disponer. Pero en este caso hubiera debido procurárselo. No vale la pena de que le oculte nada, después de lo que ya le he dicho ; ya sabe V. que no se casó con el viejo Bounderby enamorada de él, ni por amor propio, sino en bien mío. Luego ¿ por qué no obtiene ella de él, por amor mío, lo que necesito ? Nada la obliga á decir lo que quiera hacer de su dinero ; es bastante lista ; podría obtener dinero de él, mimándole, si quiere. ¿ Por qué motivo no quiere hacerlo, si sabe lo necesario que es ? No. Se queda allí como una piedra, en lugar de mostrarse afectuosa, para lograr de él lo que me hace falta. No sé como califica V. eso ; pero yo lo estimo como una conducta desnaturalizada.

Debajo del parapeto y cercano á él, hacia el otro lado, había un surtidor en el que el Sr. James Harthouse tuvo ganas de echar á Tomás Gradgrind, hijo, del mismo modo que, al contrariárseles, amenazaban los fabricantes de Cokeville con echar todos sus bienes al Océano Atlántico. Mas no abandonó su postura graciosa, y la balaustrada no vió caer al otro lado más que los cupullos de rosa, acumulados por Tom, los cuales en aquel instante sobre-

nadaban en el surtidor, formando una isla flotante.

— Querido Tom — dijo el Sr. Harthouse — ¿quiere V. permitir que sea su banquero?

— En nombre del cielo — replicó vivamente Tom — ¡no me hable V. de banqueros!

Al lado de las rosas parecía pálido, muy pálido.

El Sr. Harthouse, como hombre bien educado y acostumbrado á la mejor sociedad, no podía permitirse ninguna manifestación de extrañeza y aun menos de sentimiento. Y levantó algo sus párpados, con una ligera sensación de sorpresa; y, sin embargo, el asombro era cosa tan contraria á su escuela, como á las doctrinas del colegio Gradgrind.

— ¿Cuánto necesita de momento, Tom? Se trata de cuatro guarismos... Vamos, hable... Diga la cifra.

— Señor Harthouse — replicó Tom, que lloraba ahora realmente (y sus lágrimas valían más que sus quejas recientes, por misero que fuera el aspecto que le daban) — es tarde. De nada me serviría ahora el dinero. Me convenía antes, para que me aprovechase. De todos modos, se lo agradezco mucho. Usted es un amigo verdadero.

¡ Amigo verdadero !

— ¡Mequetrefe, mequetrefe! — pensó el Sr. Harthouse, indolentemente. — ¡Qué imbécil eres!

— Considero su oferta como alto testimonio de benevolencia, señor Harthouse.

— ¡Pues bien! — replicó el otro — mi benevolencia le será útil más tarde. Y si quiere acudir á mí, amigo mío, cuando se vea en tales apuros financieros, podré indicarle, para salir de ellos, algún medio que no podría V. hallar solo.

— Gracias, — dijo Tom, moviendo la cabeza, con aire lúgubre y machacando capullos de rosa. — Quisiera haberle conocido antes, señor Harthouse.

— Ve V., Tom — dijo el Sr. Harthouse, para concluir, tirando una rosa ó dos como ofrenda á la isla, que se empeñaba en llegar al muro, como para incorporarse á la tierra firme — el hombre pone egoísmo en todo lo que hace y no difiere de los demás mortales. Deseo ardientemente... (la languidez con que manifestó ese deseo ardiente era tropical en alto grado) que se muestre V. menos frío para con su hermana... es su deber... Tiene V. que ser, para con ella, un hermano más amante y agradable. Es también su deber.

— Haré lo que V. desea, señor Harthouse.

— Ya que estamos de acuerdo, Tom — dijo

el Sr. Harthouse dándole un golpecito en el hombro, como para hacerle creer (lo que el pobre tonto hizo) que le imponía tal condición un muchacho despreocupado, que no quería abusar de la expansión de su agradecimiento — separémonos hasta la hora de comer.

Cuando Tom entró á comer, su pesadumbre no le impidió presentarse en el salón antes de que llegara el Sr. Bounderby.

— No he querido molestarte, Lu — dijo dando la mano á su hermana y besándola. — ¡ Sé que me quieres y yo también te quiero !

En el semblante de Luisa hubo, aquel día, una sonrisa para otro persona. ¡ Ay, dirigida á otra persona !

— Ello prueba que no es el mequetrefe quien sólo le interesa — pensó el Sr. Harthouse, cambiando la reflexión que hiciera al ver por vez primera aquella cara bonita. — No, no; no es él solo.

## CAPÍTULO XXIV

### EXPLOSIÓN

La mañana del día siguiente era demasiada hermosa para que se quedara uno en la



cama : por lo que James Harthouse se levantó temprano, yendo á sentarse junto al alféizar y fumar allí, á sus anchas, el tabaco rarísimo que ejerciera tal influencia saludable en su joven amigo. Dilatándose todo su ser, al calor de los rayos del sol, rodeado por el incienso de su pipa oriental, mientras el humo ensimismador se fundía en la dulce y rica atmósfera, cargada de perfumes primaverales, reflexionaba él sobre las condiciones ventajosas en que se hallaba, como un jugador empedernido cuenta sus ganancias. De momento no sabía ya lo que era el fastidio ; y por ello podía entregarse con atención á aquel cálculo.

Él y Luísa conocían un secreto, que ignoraba el marido ; un secreto que redundaba de modo positivo en la indiferencia de Luísa para con su esposo y en la incompatibilidad de caracteres que, desde el principio, existía entre ella y él. Ingeniosa y claramente habíale él probado que conocía su corazón, hasta en sus más delicados pliegues ; habíase aprovechado de su afección más tierna para acercársele, y ¡ qué progreso había hecho ! habíase colocado en medio de su único afecto, y la barrera tras la cual escondía su vida, se había bajado como por encanto. ¿ No era todo eso muy divertido y satisfactorio ?

Sin embargo, no habia tenido hasta entonces idea de llevarla por mal camino. En interés del público y de las relaciones particulares, mejor hubiera sido, para honrar el siglo en que vivía el Sr. Harthouse, que la legión numerosa de taimados, de que él formaba parte, fuese francamente viciosa, en lugar de permanecer en la indiferencia y de remitirse á las ocasiones. Los bancos de hielo que se dejan arrastrar por la corriente son los que ocasionan más naufragios.

Cuando el diablo toma la figura de un león furioso, se muestra bajo una forma que es atractiva sólo para los salvajes ó los cazadores. Pero cuando se peina y enlustra á la moda, cuando está cansado del vicio y de la virtud, estragado por el azufre del infierno, como por los goces celestes, entonces hay que temerle, porque es el diablo en persona, el verdadero, ya se ponga á hacer de Maquiavelo en política, ya de D. Juan en el hogar doméstico.

James Harthouse estaba, pues, descansando en el alféizar, fumando con abandono, y no hacía mas que pensar en el camino por él andado, á lo largo de la ruta en que se lanzara casualmente. Estaba indicado de modo visible el fin que perseguía, pero no se tomaba la molestia de hacer ningún cálculo sobre él : *Che sarà, sarà.*

Como pensaba aquel día dar un largo paseo

á caballo, pues mediaban de allí algunas leguas hasta el punto en que se celebraba una reunión política, que debía ofrecerle ocasión de ensayarse en provecho de la pandilla Gradgrind, se vistió temprano y bajó á tomar su almuerzo. Era curioso ver en la mirada de Luísa que ésta le tenía en la consideración que le tomara el día antes. Hallábase en la misma situación en que él se colocara. Percatóse al punto de ello, al advertir la mirada, llena de interés, que le dirigió Luísa.

El tiempo no transcurría mal ni bien para el Sr. Harthouse, pero si le dió cierto fastidio el empleo abrumador de aquella jornada, regresando á caballo hacia las seis. Entre la verja de entrada y la casa existía una avenida, de media legua de extensión, y avanzaba él al paso por el camino recto y lleno de arena, que perteneciera antes al Sr. Nickits, cuando el Sr. Bounderby se lanzó desde la espesura con tanta violencia, que el caballo espantadizo se corrió al otro lado del sendero.

— ¡ Harthouse ! exclamó el Sr. Bounderby  
— ¿ no sabe V. la noticia ?

— ¿ Qué noticia ? — preguntó Harthouse, apaciguando al caballo y mandando al Sr. Bounderby, desde el fondo del alma, á todos los demonios.

— ¿Es que no ha oído V. hablar de la cosa?

— Solo he oído á V., al caer aquí como una bomba, y hasta le ha oído este bruto, en términos de que se ha amedrantado. Nada más he oído.

El Sr. Bounderby, muy rojo y acalorado, se plantó en medio del camino, delante de la cabeza del caballo, para hacer estallar la bomba con más efecto.

— ¡ Han robado el banco !

— ¡ Ah, bah !

— Lo robaron ayer por la tarde ; lo robaron de un modo extraordinario ; lo robaron por medio de llaves falsas.

— ¿ Han robado mucho ?

El Sr. Bounderby, en su comezón de dar más importancia á la cosa, se amoscó por tener que contestar.

— ¡ Cáspita ! No ; no mucho. Pero podía haber sido así.

— ¿ Cuánto ?

— ¡ Oh ! Respecto á la suma, si quiere V. conocerla, no excede mucho de tres mil ochocientos francos — dijo Bounderby, con impaciencia. — Mas no se trata de la suma, sino del hecho en sí. Se ha robado mi casa de banca, y esto es lo que importa. Me sorprende que no lo vea V. así.

— Querido Bounderby — dijo James, poniendo el pie en el suelo y dando las riendas al criado — lo veo perfectamente; y estoy tan aturdido como pueda desear V. por el espectáculo que acaba de ofrecer á mi espíritu. Sin embargo, espero que me permitirá felicitarle, y lo digo de todo corazón, por no haber experimentado V. mayor pérdida que ésa.

— Gracias — contestó Bounderby, en tono seco y poco amable. — Pero voy á decírselo. Podían robarme quinientos mil francos.

— No lo dudo.

— ¡No lo duda V.! ¡Carape, tiene V. razón en no dudarlo! Por San Jorge — dijo el Sr. Bounderby, con movimiento de cabeza amenazador — podía perder dos veces quinientos mil francos. No sé lo que hubiera podido perder, si los ladrones no se hubieran alarmado.

En aquel momento se acercó Luísa, acompañada de la Sra. Sparsit y de Bitzer.

— Aquí está la hija de Tom Gradgrind, que sabe todo lo que hubiera podido perder, si V. lo ignora — sopló el huracanado Bounderby. — ¡Ha caído como herida por una bala, caballero, al anunciarle yo la cosa! Esta es la primera vez que le ocurre, que yo sepa, y en mi opinión le honra mucho, dadas las circunstancias.

Luísa estaba aún débil y pálida. James Hart-

house le ofreció el brazo ; y durante el camino, andado á paso lento, le preguntó como se había efectuado el robo.

— Iba á decirselo — exclamó Bounderby, dando el brazo á la Sra. Sparsit, con aire colérico — Si no hubiese sido V. tan curioso por conocer la suma, hubiera empezado por ahí. ¿Conoce V. á esta dama, que es una verdadera dama, la Sra. Sparsit ?

— Tengo ya el honor...

— Muy bien. Y ¿á este joven, á Bitzer, no lo había visto también, en igual ocasión ?

El Sr. Harthouse inclinó la cabeza, en señal afirmativa, y Bitzer saludó con su puño.

— Muy bien. Residen en la casa de banca. ¿Lo sabía V., quizá? Muy bien. Ayer tarde, á la hora de cerrar el despacho, arregló todo como de costumbre. En la sala de hierro, á cuya puerta se acuesta este individuo, había no importa cuánto. La pequeña caja del gabinete de Tom, destinada el recibo de los valores menores, contenía tres mil ochocientos y algunos francos...

— Tres mil ochocientos cincuenta y ocho francos noventa y cinco céntimos—dijo Bitzer.

— ¡Vamos ! — replicó Bounderby, deteniéndose y volviéndose de frente. — Procure usted no interrumpirme. Bastante tengo con que me

hayan robado, mientras V. roncaba, por estar demasiado bien alimentado, y aun viene á interrumpirme con sus cincuenta y ocho con ochenta y cinco. Cuando tenía su edad, no roncaba. No comía bastante para roncar. Y no interrumpía con el cincuenta y ocho, ochenta y cinco. No, nunca, aunque conociera la cifra exacta.

Bitzer llevó de nuevo el puño á su frente, con aire apesadumbrado, y pareció conmoverse y humillarse hondamente por el ejemplo de abnegación moral que le ofrecía la juventud del Sr. Bounderby.

— Tres mil ochocientos y algunos francos — repuso el Sr. Bounderby.— El joven Tom había cerrado esta suma en su caja, que no es de las más sólidas ; pero mejor hubiera sido pensar antes en ello. Se había dejado todo en buen orden. Durante la noche, mientras este individuo roncaba... Señora Sparsit ¿ no dice V. que le ha oído roncar ?

— Señor — replicó la Sra. Sparsit — no puedo decir que le haya oído roncar precisamente y, por tanto, ne debo afirmar el hecho. Pero en las veladas de invierno, cuando se dormía en su mesa, le oí hacer algo que puedo considerar como una especie de sofocación. En varias ocasiones de esas le oí emitir sonidos

análogos á los de un reloj de pesas. No — añadió la Sra. Sparsit, con el aire soberbio de una mujer que conoce su obligación de hacer un relato estrictamente verídico — no quiero recriminar en nada el carácter moral de Bitzer. Lejos de ello, pues siempre lo he considerado como un joven imbuido de excelentes principios; y deseo que esta disposición pueda ser antes interpretada en su favor.

— Pues bien — repusó el irascible Bounderby — mientras roncaba ó sofocaba, ó imitaba un reloj de pesas ó no importa qué, durante el sueño, no sé qué clase de individuos ni cómo (hay que averiguar si estaban escondidos ó no en la casa) han penetrado hasta la caja de Tom y se han llevado el contenido. En un momento de alarma, han huído por la puerta de delante, que han vuelto á cerrar con dos vueltas (había sido cerrada así por Bitzer y la llave estaba debajo de la almohada de la Sra. Sparsit) con una llave falsa, recogida en la calle, cerca de la casa de banca, este mediodía. Nada se transcurrió hasta esta mañana, en el momento que Bitzer, este joven, se levantó y empezó á abrir y arreglar los despachos, antes que llegaran los dependientes. Entonces, fijandose en la caja de Tom, vió la puerta abierta, la cerradura forzada y el dinero desaparecido.



— A propósito ¿dónde se halla Tom? — preguntó Harthouse, mirando en torno.

— Ha ido á ayudar á la policía en sus averiguaciones — repondió Bounderby. — Por eso se ha quedado allí, en la casa de banca. Quisiera que esos bandidos hubieran tratado robarme, cuando tenía la edad de Tom. Le aseguro que no les hubiera salido bien la cuenta, pues entonces no tenía un maravedís.

— ¿Se sospecha de alguien?

— ¿Si se sospecha de alguien? ¡Ya lo creo! Carape, — replicó el Sr. Bounderby, abandonando el brazo de la Sra. Sparsit, para enjugarse el rostro colorado. — No se roba el banco de Josué Bounderby de Cokeville, sin que las sospechas recaigan sobre alguien. No, no.

El Sr. Harthouse se permitió preguntar de quien se sospechaba.

— ¡Pues bien! — dijo Bounderby, parándose y volviéndose para encararse con todos. — Voy á decírselo. Pero no vayan á repetirlo por todas partes. No lo difundan, para no poner sobre aviso á los ladrones, que forman una cuadrilla. ¿Me prometen Vds. guardar secreto? Aguarden un instante. (El Sr. Bounderby se enjuga otra vez la frente.) ¿Qué diría V. (aquí el orador estalla con violencia) si hubiera un operario comprometido en esto asunto?

— Espero — dijo Harthouse, con tono des-  
preocupado — que no será nuestro amigo Black-  
pot.

— Diga *pool* en lugar de *pot*, caballero —  
replicó Bounderby. — Es nuestro hombre.

Luísa dejó escapar una débil exclamación de  
duda y de sorpresa.

— ¡Oh! sí. Ya lo sé. — dijo Bounderby,  
cazando al vuelo esta protesta. — Ya lo sé.  
¿Acaso no estoy acostumbrado á eso? Es la  
mejor gente del mundo. ¡Sabido! Tienen la  
lengua bien colgada, ¡quíá! Quieren sólo que  
se les expliquen sus derechos : helo ahí en una  
palabra. Pero voy á decirles lo que hay en ello.  
Muéstrenme Vds. un obrero descontento, y será  
capaz de todo. — Sí; de todo!

Era ésta una de las ficciones populares de  
Cokeville, que se imbuyeron á la opinión, por  
lo cual había algunas almas que lo creían sin-  
ceramente.

— Pero yo la conozco, á toda esa gente —  
prosiguió el Sr. Bounderby. — Leo en ella como  
en un libro abierto. Usted puede confirmarlo,  
Sra. Sparsit. ¿Qué advertencia hice á ese Black-  
pool, cuando puso por primera vez sus pies en  
mi casa, á la que vino con la intención delibe-  
rada de enseñarme el modo de abolir la reli-  
gión y dar una zancada á la Iglesia estable-

cida? Señora Sparsit, usted que, por razón de su origen noble está al nivel de la aristocracia, diga si dije ó no á ese hombre : usted no es individuo que me guste; usted acabará mal.

— Es cierto, señor — respondió la Sra. Sparsit — usted le hizo una repulsa de esa índole, en tono que debía causarle mucha impresión.

— ¿No es verdad, señora — dijo el Sr. Bounderby — que ofendió los sentimientos de V. ?

— Sí, señor — dijo la Sra. Sparsit, sacudiendo modestamente la cabeza — es verdad. Aunque no pretendo que mis sentimientos sean más delicados, bajo ciertos puntos de vista... más torpes, si se prefiere esta expresión... como no lo habrían sido, si hubiese ocupado siempre aquí la misma posición actual.

El Sr. Bounderby fijó en el Sr. Harthouse una mirada llena de orgullo, como diciendo :

— Soy el propietario de esta dama, y merece toda su atención, así me permito creerlo.

Después siguió el hilo de su conversación :

— Usted recordará, señor Harthouse, lo que le dije delante de V. mismo. No le mascullé las palabras. No uso de contemporizaciones con ellos. Les conozco, ¡vaya ! Pues bien, señor ¿qué sucede? Que desaparece al cabo de tres días. Se marcha sin que nadie sepa adonde va : como hizo mi madre, cuando yo era un niño, con la

diferencia de que ese individuo es una persona aun menos estimable que mi madre, si es posible. ¿Qué hizo antes de marcharse? Ustedes no lo creerían nunca... — El Sr. Bounderby daba un golpe en el fondo del sombrero, á cada final de frase, como si el mismo hubiera sido una pandereta — si les digo que se le vió durante tres días en acecho junto á la causa de banca? ¿Que se le vió rondar, al caer de la tarde, por los alrededores? ¿Que la Sra. Sparsit se dijo que no podía rondar por allí con buena intención? ¿Que esta dama llamó la atención de Bitzer sobre ese individuo, y que lo han observado ambos? ¿Si les digo que, segun informes tomados hoy, parece que también se fijaron en él los vecinos?

Ahora que había ya llegado al punto culminante de su discurso, el Sr. Bounderby, al estilo de los danzantes orientales, se encasquetó la pandereta.

— Esto infunde sospechas — dijo James Harthouse. — He de convenir en ello.

— También lo creo, caballero — dijo Bounderby, con aire de desafío — también lo creo. Pero Blackpool no estaba solo. Hay una vieja. Uno no se entera de esas cosas sino cuando el mal está ya hecho; no bien se roba el caballo, se descubre que la puerta de la cuadra cerraba mal; ahora se trata de una vieja : de una vieja

que acostumbra llegar á la población en un mango de escoba, de tiempo en tiempo. Acecha la casa durante todo un día, antes que el otro la releve, y la noche en que vió V. á su cómplice, se fué con él, para celebrar consejo é informarle, al sustituirla en su facción... y ¡ que el diablo se la lleve !

La noche en que lo visité había una anciana en la habitación, y se había apartado de los demás, pensó Luisa.

— Esto no es todo. Aun se sabe más sobre ellos — continuó Bounderby, con varios movimientos de cabeza, un tanto misteriosos. — Por ahora he dicho ya bastante. Tengan la bondad de no propalarlo : no hablen de ello á nadie. La buena política aconseja dejarles un poco de las riendas, al principio. No hay peligro en ello. Naturalmente, se les castigará según *todo el rigor de las leyes*, como dicen los abogados callejeros, y estará muy bien. La gente que saquea los bancos debe sufrir las consecuencias de tal desmán. Si no hubieran consecuencias, iríamos todos á saquear los bancos.

Con lentitud había tomado la sombrilla de manos de Luisa y la había abierto, de manera que pudiese ella andar bajo su sombra, aunque no hiciera sol.

— De momento, Lu Bounderby — dijo su

marido — tendremos que ocuparnos de la Sra. Sparsit. Los nervios de la Sra. Sparsit han sufrido mucho con este asunto, y se quedará aquí un día ó dos. Así, pues, procura calmarla.

— Muchas gracias, señor — observó la discreta dama — pero no piense en mí, se lo ruego. No necesito nada.

Se hizo al punto evidente que, si algo podía impugnarse á la Sra. Sparsit en sus relaciones con el interior doméstico del Sr. Bounderby, era que se ocupaba poco de ella y mucho de los demás; lo que la hacía cargante. Cuando se le indicó su cuarto, mostróse impresionada de modo tan horrible por el aspecto confortable de la habitación, que hubiérase creído que deseaba pasar la noche en la mesa de la cocina.

— Verdad es que los Powler y los Scadgers estaban acostumbrados al lujo, pero mi deber es acordarme — hacía observar la Sra. Sparsit, con gracia altiva, especialmente cuando se hallaba delante de algún criado — que no soy ya lo que era. A la verdad — añadía — si pudiese borrar el recuerdo de que el Sr. Sparsit era un Powler, ó que estoy unida á la familia Scadgers, ó si estuviera en mi mano cambiar lo sucedido y hacer de mí una persona de humilde origen,

emparentada con gente corriente, lo haría de buena gana. Creería, á tenor de las circunstancias, que es mi deber hacerlo.

Hállandose en la mesa, la impulsaba igual espíritu de abnegación á rechazar los platos suculentos y los vinos, hasta que el Sr. Bounderby le ordenaba formalmente que tomase de ello. Entonces ella respondía : « A la verdad, señor, es V. demasiado bueno »; y renunciaba, por obediencia, á su firme resolución de comer, como lo había anunciado de modo categórico, un simple pedazo de carnero. Se deshacía en excusas, cuando necesitaba un poco de sal; y como era demasiado amable para no corroborar, tanto como posible fuese, el testimonio del Sr. Bounderby sobre el mal estado de sus nervios, se apoyaba una que otra vez en el respaldo de su silla y lloraba en silencio. Entonces podía verse (ó mejor se estaba obligado á ver, pues ella atraía sobre sí la atención general) una lágrima de gran dimensión, parecida á un pendiente de cristal, que se deslizaba por su nariz romana.

Pero el rasgo dominante de la Sra. Sparsit, desde el principio al fin, era su resolución inquebrantable de compadecer al Sr. Bounderby. A veces, mirándole, no podía menos de mover la cabeza, como si dijera : « ¡ Ay, pobre

Yorick! » Después de traicionarse, á despecho suyo, con estos signos exteriores de emoción, sonreía ligeramente, ofreciendo resplandores de alegría, y decía con amenidad : « Conserva V. su buen humor, señor, y doy gracias por ello al cielo. » Parecía considerar como una verdadera bendición el hecho de no haber sucumbido el Sr. Bounderby bajo el peso de sus infortunios. Otro rasgo singular, que á duras penas podía vencer, era que siempre se deshacía en excusas. Mostrábase inclinada á llamar Srta. Gradgrind á la Sra. Bounderby, lo cual efectuó más de sesenta veces en el transcurso de una noche. La repetición de este error producía en la Sra. Sparsit una especie de turbación modesta; pero á la verdad, decía ella, le parecía muy natural decir Srta. Gradgrind, al paso que no podía figurarse que fuera esposa del Sr. Bounderby la joven á quien había tenido la suerte de conocer de niña. Otra singularidad de este *quidproquo* inconcebible, era que, por más que pensara en ello, seguía pareciéndole imposible, « dado que la diferencia era tan notable », según hacía observar.

En el salón, después de comer, el Sr. Bounderby sentenció en último recurso y en autoridad privada el asunto del robo, examinando á los testigos, tomando nota de sus declaracio-



nes y condenándoles á las penas más rigorosas. Terminado el proceso, se envió á Bitzer á Cokeville, con orden de que encargara á Tom que regresase en el expreso.

Cuando se encendieron las luces, la Sra. Sparsit murmuró :

— No esté V. tan abatido, señor. Quisiera verle alegre como antes.

El Sr. Bounderby, á quien este consuelo volvía estúpidamente sentimental, suspiró como una gran foca.

— No puedo verle de este modo, caballero — dijo la Sra. Sparsit. — Pruebe una partida de chaquete, señor, como cuando tenía yo la honra de vivir bajo su mismo techo.

— No he tocado desde entonces el chaquete, señora — dijo Bounderby.

— No; ya lo sé — dijo la Sra. Sparsit, con acento de conciliación. — Recuerdo que este juego no interesa á la Srta. Gradgrind. Tendría una satisfacción, señor, en que V. se dignara...

Se pusieron á jugar junto á una ventana que daba al jardín. La noche era bella : no había claridad de luna, pero el ambiente era cálido y embalsamado. Luisa salió con el Sr. Hart-house á dar una vuelta por el jardín, de donde se oyeron sus voces en el silencio de la noche, pero no lo que decían. La Sra. Sparsit, desde

su sitio, pugnaba por mirar á través de la oscuridad exterior.

— ¿Qué ocurre, señora? — preguntó el Sr. Bounderby. — ¿Vé V. algún incendio?

— ¡Oh no! — respondió la Sra. Sparsit. — Pensaba en el rocío.

— Y, ¿porqué le interesa el rocío, señora? — dijo el Sr. Bounderby.

— No por mí, señor — replicó la Sra. Sparsit — pero temo que se constipe la Srta. Gradgrind.

— No se constipa nunca — dijo el Sr. Bounderby.

— ¿De veras, señor? — dijo la Sra. Sparsit. Y tuvo un acceso de tos en la garganta.

A la hora de retirarse, el Sr. Bounderby pidió un vaso de agua.

— ¿Cómo, señor? — dijo la Sra. Sparsit. — Y, ¿su jerez caliente, con limón y moscada?

— A la verdad, he perdido ya la costumbre de tomarlo — dijo el Sr. Bounderby.

— ¡Es lástima, señor! — replicó la Sra. Sparsit. — Pierde V. todas sus buenas costumbres antiguas. ¡Un poco de ánimo, señor! Si lo permite la Srta. Gradgrind, me ofrezco á prepararle su copa de jerez, como en otro tiempo.

Habiendo la Srta. Gradgrind permitido de muy buena gana que la Sra. Sparsit hiciese todo lo

que quisiera, esta dama, llena de delicadas atenciones, confeccionó el brevaje y lo presentó al Sr. Bounderby.

— Esto le hará bien, señor. Esto le calentará el corazón. Es lo que le hace falta, y no debiera V. dejar de tomarlo.

Y cuando el Sr. Bounderby dijo : « ¡ A la salud de V., señora ! », ella respondió con hondo sentimiento :

— Gracias, señor. El mismo voto hago por V., y le deseo toda la felicidad posible.

Finalmente, le dió las buenas noches de un modo patético, y el Sr. Bounderby fué á acostarse, convencido, en su ánimo idiotizado, que había sentido una contrariedad sensible, no pudiendo precisar de qué ni de quién tenía que quejarse.

Mucho después de desnudarse y acostarse, Luisa estuvo aguardando la llegada de su hermano. Sabía que no podía entrar, por lo menos, antes de la una de la mañana; pero en el silencio melancólico del campo, no muy propicio á calmar la agitación de su alma, el tiempo le pareció muy largo. Después, cuando la oscuridad y el silencio parecieron haberse recrudecido, oyó llamar á la verja de entrada. Le pareció haber deseado que la campanilla resonara de aquel modo durante todo el día; pero cesó el ruido, y

sus últimas vibraciones se perdieron por el aire, quedando muda otra vez la noche.

Aguardó como un cuarto de hora, á lo que le pareció. Entonces se levantó, púsose una bata y salió de su cuarto, en medio de la oscuridad, subiendo á la habitación de su hermano. La puerta estaba cerrada : la abrió sigilosamente y llamó á Tom, acercándose á su cama en silencio.

Se arrodilló junto á ella, rodeó con el brazo el cuello de su hermano y atrajo hacia sí el semblante de Tom. Sabía bien que no dormía, que solo lo simulaba, pero no dijo nada.

De repente él tembló, como si acabara de despertar en sobresalto :

— ¿Qué hay? — dijo. — ¿Qué hay?

— Tom ¿no tienes nada que decirme? Si alguna vez me has querido y tienes un secreto, que quieras ocultar á los demás, comunícamelo.

— No te comprendo, Lu. Sin duda te levantas de la cama y aun sueñas.

— Querido hermano—y puso su cabeza en la almohada, cubriendo, con sus cabellos, el rostro de Tom, como si hubiera querido ocultarlo á todas las miradas, menos á la suya — ¿no tienes que decirme nada? ¿No hay nada que puedas decirme, si quieres? Nada de lo que me digas alterará mi cariño por tí, ya lo sabes. Te lo ruego, Tom, dime la verdad.

— No te comprendo, Lu.

— Del mismo modo que estás ahí acostado, Tom, en la noche triste y sombría, estarás en alguna otra parte algún día, y tal vez tu propia hermana, si vive aún, se verá obligada á separarse de tí. Del mismo modo que estoy junto á tí, con los pies desnudos y á medio vestir, estaré extendida en la noche de la muerte, hasta que me deshaga en polvo. ¡En nombre de aquella noche, Tom, dime ahora la verdad!

— ¿Qué quieres saber?

— Puedes estar seguro (con la energía de su amor, lo estrechó contra su pecho, como si hubiera sido un niño) de que no te haré ningún reproche. Puedes estar seguro de que te compadeceré y seré siempre tu amiga. Puedes estar seguro de que te salvaré, cueste lo que cueste. ¡Oh Tom! ¿no tienes nada que decirme? ¡Habla quedo, dime solamente *si*, y te comprenderé!

Llevó el oído hacia los labios del hermano; pero éste guardó silencio obstinado.

— ¿Ni una palabra, Tom?

— Como quieres que te diga *si*, como quieres que te diga *no*, ¿si no entiendo? Lu, eres una buena muchacha y digna de tener un hermano mejor que yo. Pero no tengo nada más que decirte... Vete á la cama, vete á la cama.

— Estás cansado — dijo ella, al cabo de

unos minutos, con acento ya más parecido á su voz ordinaria.

— Sí, estoy abrumado de cansancio.

— ¡Has estado tan ocupado y molesto hoy!..  
¿Se ha descubierto algo más?

— Nada más de lo que sepas de parte de... él.

— Tom, ¿has dicho á alguien que fuimos á casa de aquella gente y que los vimos á los tres juntos?

— No. ¿No me rogaste que no dijera nada, cuando fuimos á su casa?

— Sí. Pero yo no sabía lo que iba á suceder.

— Ni yo tampoco. ¿Cómo hubiera podido saberlo?

En la vivacidad de esta respuesta había mucho mal humor.

— ¿He de decir, después de lo ocurrido — repuso la hermana, de pie junto al lecho (se habia retirado y levantado gradualmente)— que hice esa visita? ¿Debo decirlo? ¿Qué he de hacer?

— ¡Por Dios, Lu! No acostumbras á pedirme consejos. Dí lo que quieras. Si lo callas, haré lo que tú. Si hablas, bien; se habrá dicho todo.

La oscuridad era demasiado intensa para que pudieran distinguirse, pero ambos parecían estar muy atentos y reflexionar seriamente, antes de hablar.

— Tom ¿crees tú que el hombre á quien di dinero está verdaderamente comprometido en este crimen ?

— No sé nada. No veo porque no pueda estarlo.

Se produjo entonces un instante de silencio, porque él había vacilado y enmudecido.

— Escucha — dijo Tom, como si hubiese tomado una resolución — hablándote con franqueza, te diré que estaba tan lejos de tener buena opinión de él, que le hice salir á la escalera, para decirle sencillamente que debía estar contento de la suerte que tuvo con la visita de mi hermana, esperando yo que haria buen uso de su donación. Ya sabes si le hice salir ó no. Por lo demás, nada he de declarar en contra suyo, tengo razón en creer que sea un buen muchacho, y espero que no tenga nada que ver en ello.

— ¿ Se enfadó con lo que le dijiste ?

— No; tomó muy bien la cosa : sus modales son buenos. ¿ Dónde estás, Lu ? — Se sentó en la cama, para darle un beso. — Buenas noches, querida mía, buenas noches.

— ¿ No tienes nada más que decirme ?

— No. ¿ Qué quieres que te diga ? ¿ No quieres hacerme decir una mentira ?

— Oh no, por cierto : hoy menos que nunca.

Me sabría mal por el reposo de tus noches, que te deseo más tranquilas que ésta.

— Gracias, querida Lu. Estoy tan cansado, que me extraña no responderte todo lo que tú quieres, para que me dejes dormir. ¡Vete á la cama, vete!

Después de besarla nuevamente, se volvió, echó el cubrepies por encima de su cabeza y quedó inmóvil, como si hubiera ya llegado la noche invocada por Luísa para dar mayor fuerza á sus ruegos. Ella permaneció un rato junto á la cama; después se alejó á paso lento. Paróse ante la puerta, la abrió, volvió la cabeza, antes de salir, y le preguntó si la había llamado. Pero él no se meneó siquiera: volvió ella á cerrar con cuidado la puerta y entró en su cuarto.

Entonces el miserable levantó la cabeza con precaución y, viendo que se había marchado, saltó de la cama, fué á cerrar la puerta con llave y volvió al lecho, arrojándose encima de la almohada: allí se arrancó los cabellos, lloró amargamente, quiso á su hermana, aunque irritado contra ella, lleno de un desprecio odioso, aunque impenitente, para consigo mismo; lleno de igual desprecio odioso é impotente para todo lo bueno del mundo.



## CAPÍTULO XXV

### PARA CONCLUIR

La Sra. Sparsit, al pasar unos días de descanso en la villa Bounderby, con objeto de reponer sus nervios, ejerció día y noche una vigilancia tan activa, bajo la sombra de sus pestañas coriolanescas, que sus ojos hubieran bastado para advertir á un marinero un peñasco terrible, como su nariz romana, pues en ellos lucían como dos faros encendidos sobre arrecifes; pero la buena señora tranquilizaba á la gente con sus maneras dulces y reposadas. Aunque se creyera difícilmente que sus nocturnas desapariciones fuesen sólo cuestión de forma, de tal modo permanecían despiertos aquellos ojos clásicos, pareciendo que aquella nariz inflexible pudiese ceder, no obstante, á la influencia de un sueño apacible, algo había en su persona, ya en el modo de sentarse ó de alisar los mitones (que no eran muy blandos, pues parecían estar hechos con un tejido tan impermeable como el enrejado de una despensa) había tal serenidad en su manera de cabalgar al portante, en su silla, hacia países desconocidos, con el

pie en su estribo de algodón, el observador más suspicaz no podía menos de tomarla por una tórtola incorporada, por capricho de la naturaleza, al tabernáculo terrestre de alguna ave de rapiña.

No había mujer, como ella, para rondar y escudriñar en la casa. ¿Como hacía para que simultáneamente se la encontrase en todos los pisos? Era inexplicable. Una dama en quien el sentimiento de las convenciones parecía ingé-nito, emparentada, además, con familias tan distinguidas, no podía saltar per encima del tramo ó dejarse caer de arriba abajo, por llegar más pronto; y, sin embargo, la facilidad extraordinaria con que iba de un punto á otro hubiera podido justificar las suposiciones más fantásticas. Otra circunstancia, también notable en la Sra. Sparsit, era que nunca se apresuraba por nada. Se trasladaba con la rapidez de una bala desde el desván al piso bajo, sin que perdiera aliento ni dignidad en el momento de su arribo. Dudo que ningún ojo mortal la viera andar con paso precipitado.

Se mostró muy cortés con el Sr. Harthouse y cambió con él algunas palabras amables. Poco después de llegar á casa del Sr. Boun-derby, le hizo su reverencia majestuosa en e jardín, después de almorzar.

— ¡Cómo pasa el tiempo! Parece, caballero, — dijo la Sra. Sparsit — como si fuera ayer que tuve el honor de recibirle en la casa de banca, cuando V. tuvo la bondad de venir á pedirme la dirección del Sr. Bounderby.

— Es una circunstancia que no olvidaré en todo el curso de las edades — respondió el Sr. Harthouse, inclinando la cabeza hacia la Sra. Sparsit, con aire indolente.

— Vivimos en un mundo muy extraño, caballero — dijo la Sra. Sparsit.

— He tenido el honor, por una coincidencia que constituye mi orgullo, de hacer igual observación, aunque no en términos tan vivos.

— Digo un mundo extraño, caballero — prosiguió la Sra. Sparsit, después de responder á su cumplido, bajando las pestañas negras, lo que dió á su semblante una expresión que se harmonizaba perfectamente con el tono meloso de su voz — un mundo extraño en lo que se refiere á nuestra actual intimidad con personas que ayer nos eran desconocidas. Recuerdo, caballero, que en tal ocasión llegó V. á decir que la Sra. Gradgrind la daba miedo.

— Su memoria me honra más de lo que mi poca importancia merece. Aproveché sus indicaciones, corrigiendo mi timidez, y creo inútil añadir que fueron acertadas. El talento de la

Sra. Sparsit en todo... en una palabra... en todo lo que requiere acierto... entreverado de cierta fuerza moral... y espíritu de familia tiene bastantes ocasiones en qué manifestarse, de modo que no pueda caber duda de ello.

Hubiérase creído que iba á dormirse con este cumplido, por el tiempo que necesitara para llegar al fin y la distracción que, haciéndolo, había demostrado.

— ¿Ha encontrado V. á la Srta. Gradgrind (á la verdad, no puedo acostumbrarme á llamarla Sra. Bounderby, pues sería absurdo de mi parte) tan joven como yo le había dicho? — preguntó la Sra. Sparsit.

— Me hizo V. su retrato á maravilla — dijo el Sr. Harthouse. — El parecido es perfecto.

— Es una persona muy amable — dijo la Sra. Sparsit, haciendo rodar sus mitones uno sobre otro.

— Amable en extremo.

— En otro tiempo se notaba — dijo la Sra. Sparsit — que la Srta. Gradgrind carecía de animación; pero confieso que, al parecer, ha ganado mucho en este particular. Me ha dejado sorprendido. Mire: ahora viene precisamente el Sr. Bounderby — exclamó la Sra. Sparsit, con varias inclinaciones de cabeza consecutivas, como si no hubiera tenido ojos y oídos bas-

tante para él. — ¿Como sigue V. esta mañana, señor? Vamos, un esfuerzo y póngase un poco más alegre.

Cátate, pues, que esta obstinada perseverancia de la Sra. Sparsit en querer aliviar la miseria de su huésped y alijerar el peso de su fardo, hizo que el Sr. Bounderby fuera más dulce que de ordinario para con ella y más duro que de costumbre para con los demás, empezando por su esposa. Así, cuando la Sra. Sparsit le dijo con forzada alegría : « Necesita V. almorzar, señor ; pero ño creo que la Srta. Gradgrind tarde en venir », el Sr. Bounderby contestó :

— Si aguardo á que mi mujer se ocupe de mí, señora, sé bien que tendré que aguardar hasta el día del juicio. Le ruego, pues, que se tome la molestia de prepararme el te.

La Sra. Sparsit consintió y volvió á tomar su primitivo sitio en la mesa.

Nueva ocasión se ofrecía á la Sra. Sparsit para demostrar mucho más sentimiento. ; Era tan humilde que, al presentarse Luisa, se levantó diciendo que nunca hubiera pensado en sentarse en aquel lugar, y menos ahora, aunque durante largos años hubiese tenido el honor de preparar el almuerzo del Sr. Bounderby, antes de que la Srta. Gradgrind (mil perdones, quería decir la Sra. Bounderby... esperaba que se la

dispensaría, pues ella no podía acostumbrarse á ello, aunque contaba en breve familiarizarse con tal expresión) hubiese aceptado la posición que ocupaba ahora! Si se había permitido acceder al deseo de una persona cuya voluntad, desde mucho tiempo, era ley para ella — agregaba — obedecía á que la Srta. Gradgrind se había retrasado un poco y el tiempo del Sr. Bounderby era precioso... enfin, porque sabía de larga fecha lo necesario que era para él almorzar á hora fija.

— ¡No! Quédese V. ahí, señora — dijo el Sr. Bounderby — quédese V. en el mismo sitio. La Sra. Bounderby se alegrará de que le evite V. esa molestia, puede estar segura de ello.

— No diga eso, señor — replicó la Sra. Sparsit, con tono casi severo. — Esto es demasiada descortesía para la Sra. Bounderby, y no está en el carácter de V.

— Tranquilízese, señora... ¿Verdad, Lu, que lo mismo te da? — dijo el Sr. Bounderby á su esposa, con acento malhumorado.

— Es verdad ¿Qué puede importarme? ¿Por qué quieren que esto me moleste?

— Y á nosotros. ¿Qué quiere V. que esto nos haga, Sra. Sparsit? — dijo el Sr. Bounderby, con un sentimiento de dignidad ofendida. — Ya vé, señora, la poca importancia que á estas

cosas da V. ¡ Por san Jorge ! Aquí á uno se le hará renunciar á sus amadas tradiciones domésticas. Tiene V. ideas muy rancias, señora. ¡ Véngame ahora á hablar de los hijos de Tom Gradgrind !

— ¿Qué es lo que tiene V...? — preguntó Luisa, friamente extrañada. — ¿ Quién le ha ofendido ?

— ¡ Ofendido ! — repitió Bounderby. — ¿ Piensa V. que no lo hubiera dicho ya, si se me hubiese ofendido ? ¿ Que no hubiera pedido reparación ? Tengo la costumbre de hablar con franqueza. No voy con rodeos.

— Á la verdad, no supongo que nadie haya encontrado á V. demasiado discreto ó demasiado delicado en la expresión de sus sentimientos — respondió tranquilamente Luisa. — En cuanto á mí, debo decirle que jamás he tenido que hacerle ese reproche, ya como niña, ya como mujer. No sé lo que quiere V.

— ¿ Lo que quiero ? — replicó el Sr. Bounderby. — Nada. Por lo demás. ¿ cree V., Lu Bounderby, que yo, Josué Bounderby, si quisiera algo, no me arreglaría para obtenerlo ?

Como daba golpes en la mesa, haciendo retumbar las tazas, Luisa le miró con el semblante animado por un rubor orgulloso : ¡ Otro cambio ! pensó el Sr. James Harthouse.

— Esta mañana se hace V. incomprendible — dijo ella — pero no se tome la molestia de dar más explicaciones, se lo ruego. No soy curiosa ni quiero saber más.

Terminada esta discusión, el Sr. Harthouse se puso á hablar de cosas fútiles con alegría indolente. Pero á partir de aquella fecha, la influencia ejercida por la Sra. Sparsit en el Sr. Bounderby contribuyó á que Luisa se acercase á James Harthouse, enajenando más de su marido á la joven esposa y aumentando esa confianza peligrosa en un extranjero, á la cual se había ella abandonado gradual é insensiblemente, de modo que actualmente, de quererlo, no hubiera podido retroceder. ¿Lo deseaba? ¿No lo quería? Este es un secreto que permaneció oculto en su corazón.

Estaba la Sra. Sparsit conmovida de tal modo, que después del almuerzo, cuando entregó al Sr. Bounderby su sombrero y hallóse sola con él en la antecámara, le imprimió un casto beso en la mano, diciendo: « Bienhechor mío. » y se retiró llena de tristeza. Es, sin embargo, un hecho incontestable para el autor, que conoce bien esta historia verídica, que cinco minutos después de abandonar el Sr. Bounderby su casa, con el mismo sombrero puesto, la propia nieta de los Scadgers, parienta aliada de los



Powler, agitó con aire de amenaza su mitón derecho, bajo la nariz del retrato de su protector, haciendo una mueca despreciativa á esta obra de arte y diciendo :

— Muy bien hecho, imbécil, me alegro mucho.

Acaba el Sr. Bounderby de salir, cuando Bitzer apreció. Este había llegado con un mensaje de Pedro-Loge, en el tren que en aquel momento marchaba, silbando y alborotando por los viaductos, que estaban emplazados sobre las minas de hulla, pasadas y presentes, de aquel país inculto. Traía una esquela urgente, anunciando á Luísa que la Sra. Gradgrind estaba muy enferma. Nunca había estado bien la pobre señora, por lo que recordaba su hija : pero de algunos días á aquella parte había empeorado su estado, y se había abatido mucho durante la noche pasada. Estaba en aquel instante tan próxima á la muerte, como creía estar cerca de algo que exigiera, para salir del paso, la sombra de una imposible veleidad, con su carencia de medios volitivos.

Acompañada por el más rubio de los ordenanzas, servidor pálido y bien elegido para abrir la puerta de la muerte, á la cual llamaba la Sra. Gradgrind, Luísa fué con el tren á Cokeville, por encima de las minas de hulla, pasadas

y presentes, viéndose pronto absorbida por las humeantes máquinas de aquella ciudad devoradora. Mandó al mensajero á su trabajo, tomó un coche y se hizo llevar á su antiguo domicilio.

Pocas veces había vuelto á él, desde su matrimonio. Su padre estaba siempre en Londres, ocupado en mover y remover el montón de ceniza parlamentaria, sin extraer de él lentejuelas ni lingotes, y en aquel momento se hallaba aun allí atareado en farfullar el acopio de escombros nacionales.

Su madre, siempre acostada en un canapé, consideraba las visitas de su hija como motivos de molestia; Luísa no se sentía dispuesta á acompañar á los niños; no se había siquiera ablandado para con Sissy, desde el día en que la hija del saltimbanqui levantara los ojos, para mirar con aire de tierna compasión á la prometida del Sr. Bounderby. La Sra. Bounderby no sentía deseos de visitar la casa paterna, y no había vuelto á ella.

Acercándose á la morada de su niñez, no sintió despertarse en ella aquellos dulces recuerdos que se relacionan con el hogar paternal : los sueños de la edad primera, sus fábulas etéreas, las decoraciones graciosas, encantadoras é imposibles con que la imaginación embellece un mundo aun desconocido. Todas aquellas ilu-

siones, que bueno es haber tenido en la vida alguna vez y recordar cuando se es demasiado viejo para volver á creer en ellas, no podían prender en ella, dada la infancia descolorida que le hiciera pasar su educación. Para ella no se evocaban tales recuerdos de la juventud, unos después de otros, como la Caridad atrae hacia sí á todos los niños; no querían volver á formar para ella, con sus manos inocentes, en los caminos pedregosos de este mundo, un jardín al que bueno sería que acudiesen todos los hijos de Adán, para desvanecer con más frecuencia el desencanto, al calor del sol antiguo, entregándose á la confianza sencilla y candorosa, en vez de mostrarse orgullosos de la sabiduría alcanzada con las miserias de esta tierra. No, Luisa era bien estraña á tales ensueños. Antes de llegar á la razón, no pudo recorrer los caminos encantados de la imaginación, por los que habian pasado tantos niños antes que ella. En el término de su carrera mágica, no habia encontrado la razón, como una divinidad bienhechora, inclinándose ante divinidades no menos poderosas que ella. La razón se le apareció en los primeros tiempos como un ídolo sombrío, helado y cruel, al modo de un tirano feroz que hace comparecer á sus víctimas atadas de pies y manos,

para leer su conducta en su mirada inexpresiva y recoger de sus labios de hielo preceptos de ciencia insípida, con el movimiento y el aforamiento convertidos en vapor y kilos. Tales eran para Luísa los recuerdos de su infancia, en la casa paterna. Si tenía un recuerdo lejano del manantial que la naturaleza pusiera en su corazón, era para advertir que lo habían secado en el momento que se disponía á brotar. ¿Dónde estaban ahora aquellas aguas frescas? Habían ido á fertilizar, en otras personas, el suelo feliz dó el racimo crece con los sarmientos y los higos en los cardos.

Entró en la casa y habitación de su madre, con melancolía profunda. Desde que Luísa se marchara, Sissy había vivido con la demás familia en el mismo rango. Sissy se hallaba junto á la Sra. Gradgrind; y Jane, la hermanita, que contaba ahora diez ó doce años, estaba también en la habitación.

Costó mucho hacer entender á la Sra. Gradgrind que la mayor de sus hijas se encontraba allí. Descansaba en un canapé, recostada sobre cojines, por un resto de antigua costumbre; conservaba su actitud pasada, en todo lo que permitía su estado extremadamente débil. Se había resistido formalmente á guardar cama, temiendo, según decía, no ver nunca el fin de la cosa.

Su voz débil parecía venir de lejos, del fondo de su paquete de mantones, y el sonido de las palabras forasteras que se le dirijían, tardaba tanto en llegar á su oído, que se podía suponer que se encontraba en un pozo. La pobre señora estaba en aquel instante más cerca de la verdad que nunca : era una manera como otra de explicar la situación.

Cuando se la dijo que la Sra. Bounderby estaba allí, respondió que nunca había llamado á su yerno por aquel nombre, desde que se había casado con Luisa; que mientras esperaba dar con un nombre adecuado, lo llamaba J.; y que no quería, en aquel momento, faltar á esa regla, no habiendo aun podido hallar un nombre que reemplazase aquella inicial. Rato hacía que Luisa estaba sentada junto á ella y que le había hablado, sin que la enferma la reconociera. Entonces pareció despertar de un sueño.

— Supongo, querida mía — dijo la Sra. Gradgrind — que te va bien. Tu padre fué quien lo arregló todo. Tenía verdadero empeño en realizarlo. Lo hizo con buen fin.

— Quisiera enterarme de cómo sigues tú, mamá, en vez de decirte como estoy.

— ¿Quieres saber cómo sigo? He ahí una cosa que me sorprende. Te aseguro que aquí

nadie se ocupa de ello. No me siento nada bien, Luísa. Estoy débil y muy aturdida.

— ¿Sufres mucho, querida mamá?

— Creo que el dolor está en algún sitio de este cuarto — dijo la Sra. Gradgrind — pero no estoy segura de si lo experimento.

Después de esta contestación extraña, guardó silencio durante un rato. Luísa, al tocar la mano de su madre, no sintió latir el pulso; pero al acercarla á sus labios, vió palpar en ella una señal de vida menguada.

— Casi nunca vienes á ver á tu hermana — dijo la Sra. Gradgrind. — De día en día, mientras crece, se va pareciendo más á tí. Quisiera que la vieses. Sissy, tráigala á mi lado.

Le llevaron la niña, y permaneció allí en pie, con la mano en la de su hermana. Luísa observó que Jane había venido con el brazo en torno al cuello de Sissy, y sintió la diferencia de este recibimiento.

— ¿Ves cómo se te parece, Luísa?

— Sí, mamá. Creo que se me parece. Pero...

— ¿Eh? Sí, es lo que digo siempre — exclamó la Sra. Gradgrind, con una vivacidad inesperada. — Esto me recuerda... Tengo... tengo que hablarte, querida mía. Sissy, haga el favor de dejarnos solas un momento.

Luísa había soltado la mano de Jane; el

semblante de su hermana era más sonriente y feliz que no había sido el suyo; había visto en él, con movimiento de despecho, hasta en la habitación de su madre moribunda, un reflejo de la dulzura de aquella otra cara también presente : tierno semblante, de mirada ingenua, que se había vuelto pálido por las veladas y la simpatía, pero más pálido aún por el contraste de una abundante cabellera, negra como azabache.

Al quedar sola con su madre, Luísa advirtió una calma lúgubre, que se esparcía por el semblante moribundo; se hubiera dicho que iba arrastrada por la corriente de algún gran río, sin oponer resistencia y aun feliz con ser llevada. La joven atrajo de nuevo á sus labios la sombra de una mano, y dijo para que su madre volviera en sí :

— ¿No ibas á decirme algo, mamá?

— ¿Cómo?... Ah! sí, sí. Ya sabes que tu padre está ahora ausente. Es preciso, pues, que yo le escriba sobre este particular.

— ¿Sobre qué particular? No te preocupes así, mamá. ¿Sobre qué particular?

— Recordarás, querida mía, que al decir algo, sobre cualquier cosa, no veo nunca el fin de ella y, por consiguiente, he dejado ya, desde mucho tiempo, de expresar mi opinión sobre las cosas.

— Te escucho, mamá.

Pero Luísa tuvo que acercarse á su oído y seguir con atención el movimiento de sus labios, para poder recoger, al objeto de darles sentido, voces muy débiles y entrecortadas.

— Has aprendido mucho, Luísa, y también tu hermano. *Hologías* de toda especie, desde la mañana hasta la noche. Si alguna *hología* existe que no se haya gastado hasta el exceso en mi casa, sólo espero que no hablen más de ella.

— Te oigo bien, mamá. Esfuérate sólo un poco, para continuar.

Luísa decía esto para impedir que su madre se dejara llevar por la corriente demasiado á prisa.

— Pero existe una cosa que no se halla en las *hologías*... Tu padre la ha omitido ó la ha olvidado, Luísa. No sé de fijo lo que es. Pensaba en ello, cuando Sissy estaba aquí, sentada á mi lado. Ahora ya no podré recordar el nombre. Esto me dá inquietud. Quiero escribirle y rogarle en nombre del cielo que lo descubra. Dame una pluma, dame una pluma.

No tenía fuerza para moverse; solo su pobre cabeza seguía meneándose de derecha á izquierda y de izquierda á derecha, no pudiendo disponer de otro lenguaje.



Se figuró, no obstante, que se le había dado lo que pidiera y que tenía entre los dedos la pluma, á pesar de que no la hubiera podido sostener. Poca importancia envuelven las letras ininteligibles que escribía imaginariamente en los sobres. No tardó en quedar inmóvil la mano que las trazara; se apagó la luz que diera brillo tan débil y dudoso á aquella sombra chinesca, medio borrada, y la Sra. Gradgrind, á pesar de su corta inteligencia, se sintió revestida de la gravedad imponente de los sabios y de los patriarcas, al salir de las tinieblas en que el hombre se arrastra y se agita en vano.

## CAPÍTULO XXVI

### LA ESCALERA DE LA SRA. SPARSIT

Como los nervios de la Sra. Sparsit se resistían á tonificarse, esta digna señora hizo una estancia de algunas semanas en la villa Bunderby, donde se resignó á alojarse y alimentarse como una princesa, á pesar de la inclinación cenobítica de su espíritu, fundada en un sentimiento de las convenciones, por razón de su empobrecido estado. Mientras duraron aquellas vacaciones, la guardesa de la casa de

banca permaneció fiel á sus funciones, persistiendo en compadecer al Sr. Bounderby en sus barbas, con pie la l tan tierna, que pocos hombres pueden lisonjearse de haber inspirado otra igual, y también seguía llamando al retrato del propio objeto de su ternura : « Imbécil », en *sus* barbas, con amargura y desprecio hondos.

Como el tempestuoso Bounderby se había metido entre ceja y ceja que la Sra. Sparsit era una mujer superior, ya que había ella observado la contrariedad general é inmerecida de que él debía quejarse (aunque no sabía de fijo lo que era) y como, además, se figuraba que Luisa se hubiera opuesto á recibir visitas frequentas de esta señora, sin el respeto que debía á la voluntad de su señor y dueño, resolvió no separarse fácilmente de la Sra. Sparsit. Por ello fué que, hallándose bastante aliviados los nervios de la parienta de los Scadgers, para volver á consumir de nuevo la molleja de ternera de la soledad, él la dijo en la mesa, durante la comida, el día antes que se marchara :

— Ah! señora, venga aquí todos los sábados, y quédese hasta el lunes, mientras dure la buena estación.

A lo que respondió la Sra. Sparsit en estos términos, más ó menos, á pesar de no haber abrazado la religión mahometana :

— Oír es obedecer.

No siendo poética el alma de la Sra. Sparsit, ¿cómo fué que le acudió á las mientes esta idea, formulada por medio de una alegoría? A fuerza de inspeccionar á Luísa, de observar aquel aire impenetrable, que aguzaba la curiosidad, terminó por elevarse á la altura de la inspiración. Levantó en su espíritu una escalera inmensa, en cuya base se descubría el profundo abismo de la vergüenza y de la deshonra ; y de día en día, de hora en hora, veía á Luísa rodando gradualmente por esa escalera.

La Sra. Sparsit no se ocupaba más que en mirar su escalera y seguir con los ojos á Luísa, mientras ésta bajaba, ora con paso lento, ora á prisa, ya franqueando varios peldaños á la vez, ya parándose, aunque sin intentar nunca volver á subir. De retroceder un solo paso, la Sra. Sparsit hubiera sido capaz de sentir *spleen* y de morir de tristeza.

En efecto, Luísa siguió bajando, sin detenerse, hasta el día en que el Sr. Bounderby hiciera á la Sra. Sparsit la invitación semanal que más arriba hemos indicado. Estaba esta señora, pues, de buen talante y dispuesta á conversar.

— A propósito, caballero — dijo — si me permite preguntarle algo que lleva V. con reserva

(y es mucho atrevimiento el mío, sabiendo, como sé, que no obra V. nunca sin motivo) ¿ le ruego que me diga si ha descubierto V. alguna cosa más?

— No señora, todavía no; y ello me sorprende, dadas las circunstancias. No se hizo Roma en un día.

— Tiene V. razón, caballero — dijo la Sra. Sparsit, moviendo la cabeza.

— Ni en una semana.

— No, en verdad, caballero — replicó la Sra. Sparsit, con dulce melancolía.

— Tambien yo, como comprenderá V., señora — dijo Bounderby — puedo esperar. Si Rómulo y Remo aguardaron ¿ por qué no debe hacer lo mismo Josué Bounderby de Cokeville? Ellos disfrutaron, sin embargo, de una juventud más dichosa que la mía. Tuvieron una loba por nodriza; yo también tuve una loba, no por nodriza, sino por abuela. En vez de darme leche, me golpeaba. Era una verdadera vaca de Alderney.

— ¡ Ah !... suspiró la Sra. Sparsit, estremeciéndose.

— No, señora — prosiguió Bounderby. — No he sabido nada más. Sin embargo, el asunto se encuentra en buenas manos; y el joven Tom, que trabaja ahora con bastante ardor (cosa

nueva en él, pues no se ha educado como yo), ayuda á la policía tanto como puede. Yo les hago la siguiente recomendación : « Estad tranquilos y haced el muerto ; obrad secretamente, tanto como queráis, pero sin dejar que se transluzca nada ; de lo contrario veríamos coaligarse á esos canallas, para poner fuera de alcance al individuo desaparecido. Estad tranquilos ; los ladrones perderán poco á poco el miedo y les pondremos la mano encima.

— Muy bien pensado, caballero — dijo la Sra. Sparsit. — Esto me interesa mucho. Y ¿ la vieja de que habló V., señor ?

— La vieja de que hablé — interrumpió Boun-derby, con tono acerbo (pues de nada podia alabarse respecto á ella) — no se encuentra, pero puede estar segura que darán con ella, por poco que quiera satisfacer su vieja cabeza malvada. Creo, sin embargo, si he de manifestar mi opinión, que cuanto menos se hable de ella, mejor será, señora.

Hallándose aquella noche descansando la Sra. Sparsit de sus tareas de embalaje, junto á la ventana, volvió á mirar hacia su gran escalera y percatóse de que Luísa bajaba sin cesar.

Sentada estaba junto al Sr. Harthouse, en un bosquecillo del jardín, hablando en voz muy baja ; él inclinábase hacia ella y su semblante

tocaba casi los cabellos de Luisa... Si no los tocaba realmente — decíase la Sra. Sparsit, haciendo grandes esfuerzos con sus ojos de halcón, para ver más claro. Se encontraba demasiado lejos de ellos, para que pudiese oír una palabra de su conversación ó enterarse de que hablaban realmente en voz baja, aunque lo deducía por su postura. Decían lo siguiente :

— ¿ Se acuerda V. de ese hombre, señor Harthouse ?

— ; Oh ! perfectamente.

— ¿ Su catadura, sus modales y lo que dijo ?

— Perfectamente ; me produjo la impresión de un ser atrocemente fastidioso, anodino y vulgar. Por lo demás, era bastante hábil, como lo probó con su elocuencia, adquirida en la escuela de la humildad virtuosa ; pero le aseguro que yo mismo, hace poco, me decía : Amigo mío, abultas la cosa.

— Confieso que me apena juzgar mal á ese hombre.

— Querida Luisa... como dice Tom (éste no la llamaba nunca querida mfa) ¿ sabe V. algo bueno de ese individuo ?

— No, en verdad.

— ¿ Ni de cualquier otro individuo de su clase ?

— No — replicó ella, con acento parecido al

de antes, que había perdido desde algún tiempo — ¿Como quiere V. que los conozca? Nada sé de los hombres ni mujeres de esta clase.

— Querida Luisa, dignese admitir las ideas que le expone con humildad su atento amigo, que ha estudiado á algunos de estos excelentes individuos ; porque son excelentes, y lo reconozco, á pesar de ciertas pequeñas debilidades, entre las que se cuenta la de apropiarse de todo lo que está al alcance de su mano. El individuo en cuestión se entretiene en hacer frases muy bien ; pero ¿quién no sigue su conducta? También hace profesión de moralidad : muy bien ; pero todos los charlatanes hacen profesión de moralidad. Desde la Cámara de los Comunes hasta la casa de corrección, todo el mundo hace gala de moralidad, menos la gente de nuestro partido ; y esta escepción es lo que, en realidad, impide que seamos soporíferos. Usted ha oído hablar y se ha enterado de la cuestión : se trata de un individuo de la clase hilachosa, que se ve depuesto en sus funciones por el Sr. Bounderby, quien no atesora, como demasiado sabemos, la delicadeza necesaria para dorarle la píldora. El miembro de la clase hilachosa se siente vejado é irritado ; abandona la casa á regañadientes, halla alguién que le propone esa asociación para el negocio del banco, acepta, se mete

algo en el bolsillo, que poco antes se hallara vacío, y se aleja con ánimo reposado sobre el particular. A la verdad, hemos de convenir en que ese Blackpot, en vez de ser un hombre vulgar, hubiera sido un individuo muy por encima de los demás, si no se hubiese dado prisa en aprovechar la ocasión. Quizá se hubiera adelantado á ella, de tener la inteligencia necesaria.

— Casi siento remordimiento — contestó Luisa, después de meditar un instante en silencio — de empezar á creer á V. y de que, por lo dicho, me aligere de un gran peso.

— Digo cosas razonables, que pueden creerse sin remordimiento. He hablado de ello más de una vez con mi amigo Tom (pues entre él y yo existe absoluta confianza), y participa por completo de mi opinión en este asunto, como yo de la suya. . . ¿Quiere V. dar un paseo?

Y, á través de las avenidas sombreadas por el descenso de la luz crepuscular, se alejaron los dos, paseando, ella apoyada en el brazo de él, sin pensar en modo alguno que iba bajando, sin interrupción, por la escalera de la Sra. Sparsit.

De noche y día la Sra. Sparsit sustentaba *mordicus* ese edificio. Pero no bien llegase Luisa abajo y desapareciese en el abismo, podía la



escalera derrumbarse sobre la joven; pero el monumento debía permanecer en pie hasta aquel instante, para solaz de la Sra. Sparsit, la cual advertía diariamente como Luisa bajaba sin cesar, siempre más á prisa.

La Sra. Sparsit veía al James Harthouse como iba y venía, oyendo hablar de él á derecha é izquierda, fijándose en la manera como él advertía las transformaciones del rostro de Luisa, que estudiaba; notaba, lo mismo que él, si se cubría con alguna nube, cómo y en qué instante; también sabía por qué se dilataba inmediatamente; y abría de modo extraordinario sus ojos negros, sin el más ínfimo conato de piedad y de remordimiento, absorta en su anhelo curioso, con el interés que ofrecía el espectáculo de verla llegar á los últimos peldaños de aquella escalera imaginaria, sin que una mano le prestara auxilio y evitase que cayera en el precipicio.

A pesar de todo su respeto para el Sr. Boun-derby (que ella distinguía en público del imbécil del retrato) la Sra. Sparsit no tenía el menor propósito de impedir que Luisa descendiera. Aguardaba en silencio, atisbando disimuladamente la escalera; y cuando agitaba, lo que sucedía raras veces, su mitón derecho y cerraba el puño, con mirada amenazadora, viendo bajar

aquella figura, lo hacía á escondidas y sin que nadie lo advirtiera.

## CAPÍTULO XXVII

MÁS BAJO, SIEMPRE MÁS BAJO

Luisa bajaba por la gran escalera, sin volver los ojos ; yendo directamente y sin dilación, como un peso en aguas profundas, hacia el abismo oscuro que abajo la aguardaba.

Enterado el Sr. Gradgrind del fallecimiento de su esposa, había salido de Londres y la había enterrado, como es de rigor en un hombre práctico. Después se dió prisa en volver á su montón de ceniza nacional y púsose nuevamente á pasarla por el cedazo, con el objeto de descubrir lo que buscaba en ella y lanzar el polvo á los que buscaban otra cosa. En una palabra, volvió á hacerse cargo de sus funciones parlamentarias.

Sin embargo, no descansaba la Sra. Sparsit un punto en su vigilancia asídua. Aunque separada de su escalera, durante la semana, por el trayecto de ferrocarril que unía la casa de campo á Cokeville, no dejaba de observar con atención los movimientos todos de Luisa, como una gata en acecho. El marido, el hermano,

el Sr. James Harthouse, el sobre de las cartas y de los paquetes, todo objeto animado ó inanimado que tuviera alguna relación con la escalera, le suministraba, sin saberlo, informes útiles. « Ya tiene V. el pie en el último peldaño, señorita, » dijo la Sra. Sparsit, increpando, con su mitón amenazador, á la mujer que descendía, según ella. « Por más que haga V., sus artificios no me deslumbrarán. »

No obstante, sea por efecto del arte, sea por efecto de la naturaleza, ó gracias al fondo primitivo del carácter de Luísa, ó merced á los sentimientos que las circunstancias le despertaran, lo cierto es que su extraña reserva desconcertaba á la Sra. Sparsit, estimulando su curiosidad. El propio James Harthouse no tenía á veces la seguridad de comprender al objeto constante de sus desvelos. A ratos nada podía leer en el rostro que estudiara con tal ahinco, y la joven solitaria se convertía para él en un misterio más impenetrable que las demás mujeres, rodeadas de satélites que las hacen disimular.

El Sr. Bounderby tuvo, sin embargo, que ausentarse tres ó cuatro días, por un asunto que reclamaba su presencia. Comunicó esta noticia á la Sra. Sparsit un viernes, en la casa de banca.

— Pero V. irá á mi casa, señora — añadió él. — Irá V. allí, como si yo estuviese. Que esté ó no esté allí, es lo mismo.

— Le ruego, señor, que no me diga eso — le dijo ella, con acento de reproche. — La ausencia de V. hará que note allí cierta diferencia, y espero que así lo entienda V.

— Pues tratará V., señora, de hacer caso omiso de ella, á pesar de mi ausencia — dijo el Sr. Bounderby, envanecido por aquella amistosa reconvención.

— Señor Bounderby — replicó la Sra. Sparsit. — Su voluntad para mí es ley. De lo contrario, no hubiera acatado sus amables órdenes, no estando muy segura de que la Srta. Gradgrind sienta el mismo placer que V., si acepto su hospitalidad generosa. Pero no debe V. añadir una palabra más, señor. Iré allí, ya que me lo pide.

— ¡ Carape ! ¡ Supongo que, cuando la invito á mi casa, señora — dijo el Sr. Bounderby, abriendo los ojos demesuradamente — no necesita V. de otra invitación que la mía ?

— No, en verdad, señor — contestó la Sra. Sparsit — Puede V. suponerlo. No hablemos más. Solo quisiera, señor, verle alegre como antes.

— ¿ Qué quiere V. decir, señora ? — preguntó el Sr. Bounderby, con voz tempestuosa.

— Señor, en otro tiempo había en V. una elasticidad que deploro no advertir actualmente. Vamos, señor, hay que retroceder.

El Sr. Bounderby, al experimentar la influencia de esa recomendación, que acompañara la Sra. Sparsit con mirada compasiva, no supo hacer otra cosa que rascarse la cabeza con ridículo embarazo; solo después, al poco rato, vióse que quería retroceder á los buenos tiempos, asumiendo un aire insolente para con todas las personas á quienes se dirigiera aquella mañana.

— Bitzer — dijo la Sra. Sparsit aquella misma tarde, no bien el Sr. Bounderby se puso en camino y se cerró el banco, — vaya á saludar de mi parte al joven Tom, preguntándole si quiere subir, pues tendría gusto en comer con él una costilla de cordero y nueces y tomar un vaso de cerveza.

Estando siempre Tom dispuesto á aceptar una invitación de esa índole, dió una respuesta amable, á la que acompañó pronto su persona.

— Señor Tomás — dijo la Sra. Sparsit — he pensado que, al ver V. en la mesa este refrigerio, sentiria tentación.

— Gracias, señora Sparsit — dijo el mequetrefe. Y se puso á comer con aire sombrío.

— ¿Cómo sigue el Sr. Harthouse? — preguntó la Sra. Sparsit.

— ¡Oh! muy bien — dijo Tom.

— ¿Dónde piensa V. que debe estar ahora? — preguntó la Sra. Sparsit, después de encomendar al mequetrefe á las divinidades infernales, para que fuese más comunicativo.

— Ha ido á cazar en el Yorkshire — dijo Tom — Ayer envió á Luísa una banasta de caza, grande como la torre de San Pablo.

— Sólo con verle — dijo afablemente la Sra. Sparsit — se adivina que el Sr. Harthouse es un cazador muy diestro.

— En grado sumo — dijo Tom.

Desde su primera edad tenía Tom algo que perjudicaba á su mirada, y había aumentado en él este defecto de tal modo, recientemente, que no podía mirar á una persona en la cara durante tres segundos. Fácil y regocijadamente podía observar esto la Sra. Sparsit, si así lo quería.

— El Sr. Harthouse se ha captado mi simpatía — dijo la Sra. Sparsit — como se capta la de todos los que le conocen. ¿Podremos verle pronto, señor Tom?

— Sí, sí; le aguardo mañana — replicó el mequetrefe.

— ¡Ah! ¡Qué buena noticia me da! — exclamó la Sra. Sparsit, con acento meloso.

— Me ha dado cita para esta noche, aquí cerca, en el andén del ferrocarril — dijo Tom — y creo que comeremos juntos acto seguido. Tardará ocho ó diez días en venir á la casa de campo, pues tiene varios compromisos; esto es lo que me ha dicho. Á pesar de ello, no me extrañaria que se quedara aquí el domingo, y fuera á vernos allí.

— A propósito — dijo la Sra Sparsit — ¿Se acordará V. de un encargo que deseo hacerle para su hermana, señor Tom?

— ¡Cáspita!... Trataré de acordarme — respondió el mequetrefe, con mal humor — con tal de que no sea largo.

— Sólo se trata de ofrecerle mis respetos — dijo la Sra. Sparsit — y advertirla de que temo no poder ir esta semana á aburrirla con mi presencia, pues estoy aún algo nerviosa, y prefiero quedarme aquí con mi tristeza.

— ¡Oh! Si no es más que eso — observó Tom — no será una desgracia que olvide el encargo, porque Luisa no piensa en V. probablemente hasta que la vé delante.

Después de pagar con tan amable cumplido la costilla de cordero de su huésped, se encerró el joven en un mutismo huraño, hasta que bebió toda su cerveza.

— Ah, señora Sparsit, es preciso que me marche — y se largó.

El día siguiente, sábado, la Sra. Sparsit lo pasó en la ventana, contemplando como iban y venían los parroquianos, siguiendo con la mirada á los carteros, hasta darse cuenta del tránsito general de la calle, revolviendo muchas cosas en su cabeza, pero sin perder de vista, especialmente, su escalera. Llegada la noche se puso el sombrero y el chal, y salió tranquilamente. Tenía, sin duda, sus razones para rondar furtivamente por la estación en que el viajero del Yorkshire debía apearse, y escogió su observatorio detrás de los pilares, en los rincones, ó detrás del vidrio de una sala de espera, antes que mostrarse ostensiblemente en el recinto.

Tom estaba allí, aguardando á que llegara el tren de marras. En éste no venía el Sr. Hart-house. Tom esperó á que se disolviera el gentío y se apaciguase el tumulto; después consultó el itinerario de trenes, para saber las horas de salida y llegada, pidiendo informes á los empleados de la estación. Luego se alejó poco á poco, paróse en la calle, miró á derecha é izquierda, se quitó el sombrero y se lo volvió á poner, bostezó, estiró los brazos, ofreciendo, en suma, todos los síntomas de mortal fastidio del que tiene que aguardar el tren siguiente, es decir, una hora y cuarenta minutos más.



— Este es un pretexto para deshacerse de él — dijo la Sra Sparsit, alejándose de la ventana del despacho en que se colocara últimamente para ver á Tom. — Harthouse está en este momento con su hermana.

Esto fué, para ella, un rayo de luz, y se lanzó acto seguido á aprovecharlo, sin perder minuto. Al otro extremo de la ciudad se hallaba la estación del ferrocarril que pasaba cerca de la casa de campo, por lo que la Sra. Sparsit disponía de poco tiempo y, además, el camino era difícil. Pero tomó con tanta rapidez un coche desocupado, bajó tan á prisa de él, sacó el dinero, tomó el billete y montó en un vagón tan aceleradamente, que se sintió arrastrada por los viaductos emplazados sobre las hulleras presentes y pasadas, cual si la hubiese arrebatado y la transportase una nube.

Durante el camino, vió delante de ella, inmóvil en el aire, su escalera y á la persona que bajaba por los peldaños. Era ello tan visible á los ojos negros de su espíritu como eran á los ojos negros de su cabeza clásica los hilos eléctricos; y no la perdió de vista un instante.

La noche, que era nebulosa y de otoño, entreabriendo sus párpados medio cerrados, vió como la Sra. Sparsit se escurría del vagón, como bajaba por la pequeña escalera del andén

á la calle empedrada, atravesándola y entrando por una avenida verde, escondiéndose en una espesura de ramas y de hojas.

Al momento de cerrar cautelosamente una verja, la Sra. Sparsit oyó uno ó dos pájaros que velaban algo tarde y gorjeaban indolentemente; vió como pasaba un murciélago y volvía á pasar por encima de su cabeza, con vuelo perezoso, y escuchó el ruido quedo de sus pasos, que hollaban el polvo espeso, por el cual se andaba como por encima de terciopelo; y ello fué todo.

Se acercó á la casa, siempre escondida detrás de los arbustos, dió una vuelta por el exterior del edificio, examinando las ventanas del piso bajo, á través de las hojas. La mayor parte de las ventanas estaban abiertas (pues no es costumbre cerrarlas en tiempo tan caluroso); pero no se veía en ellas luz y todo estaba silencioso. Recorrió el jardín sin resultado. Pensó en el bosque y se dirigió á él con paso furtivo, sin preocuparse de las hierbas altas ni de los espinos, de los gusanos ni de los babosas, de los caracoles ni de los demás insectos. Avanzando con cautela y explorando con la nariz y los ojos, la Sra. Sparsit se introdujo poco á poco é ingeniosamente por los espesos zarzales, que hollaba con sus pies; y estaba tan absorta en el

objeto de su preocupación, que hubiera andado con la misma bravura, aunque el bosque hubiese estado poblado de víboras.

¡Silencio!

Era tan brillante y vivo en la sombra el resplandor de los ojos de la Sra. Sparsit, que los pajarillos, fascinados por él, hubieran podido caer de sus nidos al suelo.

Por allí cerca hablaban en voz baja. Eran Luisa y James Harthouse. ¡Ah! ¡Ah! ¿Ven Vds. como la cita dada á Tom era un pretexto para desembarazarse de él? Allí estaban los dos, junto al árbol derribado.

La Sra. Sparsit achicóse tanto como pudo, al objeto de que no la viesen en la alta hierba, húmeda por el rocío, y se acercó un poco hacia ellos. Volvió luego á levantarse y permaneció detrás de un árbol, como Robinson Crusoe al tender una emboscada á los salvajes. Hallábase tan cerca de ellos que, sólo dando un paso, los hubiera tocado. Harthouse estaba allí de incógnito; no se había presentado en la casa. Llegó con su caballo, que ató en una pradera, al otro lado del cercado, y tuvo que andar á pie por los campos vecinos.

— Querido amor mío ¿cómo queria que obrase? Sabía que estaba V. sola, y no he podido permanecer lejos de su presencia.

— Baja la cabeza tanto como quieras — pensó la Sra. Sparsit, — para darte un aire más seductor; nada maravilloso veo en tu semblante, cuando lo muestras. Pero no sospechas, de todos modos, *querido amor mio*, los ojos que tienes fijos en tí.

En efecto, bajó Luísa la cabeza. Le rogó encarecidamente que se marchase, se lo ordenó, pero sin volver de su lado la cabeza y sin levantarla. Cosa notable era, sin embargo, que la señora escondiba jamás hubiese visto á Luisa tan tranquila y serena como en aquel instante. Tenía las manos encima una de otra, como las de una estatua, y no se advertía turbación alguna en su voz.

— Querida hija mía — murmuraba el Sr. Harthouse (y la Sra. Sparsit quedó sorprendida, al ver como su brazo rodeaba la cintura de Luisa) — ¿no permite V. que me quede algunos instantes á su lado?

— No aquí.

— Dígame dónde, Luísa.

— No aquí.

— ¡Disponemos de poco tiempo y vengo de tan lejos! Ya ve V. mi sacrificio y mi desesperación. Jamás se vió esclavo alguno peor maltratado por su dueña. Después de anhelar una acogida calurosa, que me devolviera á la vida,

verme ahora recibido con la frialdad de antaño, crea V. que me destroza el corazón.

— ¿Cuántas veces he de repetirle que quiero permanecer sola?

— Pero preciso es que nos veamos, querida Luisa. ¿Dónde nos veremos?

— Ambos temblaron. También tembló la espía, como una culpable, creyendo que había otro detrás de ella. Era el chasquido de la lluvia, que empezaba á caer en grandes gotas.

— ¿Quiere V. que vuelva con el caballo y me presente en su casa, suponiendo, y será fútil suposición, que su dueño está en ella y me reciba con alborozo?

— ¡No!

— Sus órdenes crueles se ejecutarán al pie de la letra, aunque deba yo considerarme como el hombre más desgraciado. He sido insensible al encanto de las demás mujeres; y ahora me veo subyugado y pisoteado por la más bella, amable é imperiosa! Querida Luisa, no puedo marcharme y abandonarla, en tanto abuse V. por tal modo de su poder.

La Sra. Sparsit le vió como retenía á Luisa, con el brazo que rodeaba su cintura, y oyó al mismo tiempo, sin perder una sílaba, que él la declaraba su adoración, diciéndola que ella constituía la única prenda por la que todo lo

arriesgaba, hasta su vida. Nada era, comparado con su amor, el deseo más vehemente que abrigara; por ella rechazaba, como vil interés, el triunfo electoral que tenía casi en la mano. Sólo se ocuparía de él, si contribuía á acercarle á ella; pero lo rehusaba, si tenía que alejarse; se ofrecía á huir con ella, adonde quisiera, y allí rodear su amor de misterio, si así lo deseaba; se sometía al destino que la impusiera, cualesquiera que fuese. Todo le era igual, mientras ella se entregara al hombre que comprendía su desprendimiento y su sacrificio, al hombre á quien inspirara, desde el primer día, una admiración y un interés que no creía poder sentir de nuevo, al hombre que alcanzara su confianza, mereciéndola por su sacrificio y su pasión.

La Sra. Sparsit recogió todas estas palabras dichas y oídas apresuradamente, en medio del alborozo de su malicia satisfecha, del temor de que la descubriesen y del ruido creciente de la pesada lluvia, que caía sobre las hojas, anunciando la tormenta que se avecinaba. Todas las recogió la Sra. Sparsit, aunque rodeadas por tal niebla de confusión, que la espía, mal informada, al escalar el Sr. Harthouse la pared del cercado y llevarse el caballo, no estaba cierta del lugar en que se reunirían los dos amantes

ni de la hora exacta. Sabía, no obstante, que se habían dado cita para aquella noche.

Quedó uno de ellos cerca de la Sra. Sparsit, en medio de la oscuridad; y mientras pudiera seguir los pasos de Luisa, no temía equivocarse.

— *Oh, querido amor mío* — pensó la Sra. Sparsit — no sospechas la escolta que llevas.

La Sra. Sparsit vió como Luisa salía del bosque y entraba en la casa. ¿Qué hacer? La lluvia se había convertido en un verdadero chubasco. Las medias blancas de la Sra. Sparsit cobraron tintas de diversos colores, entre las que sobresalía el verde; llevaba espinas en los zapatos: balanceábanse orugas en su vestido; por su sombrero y su nariz se deslizaban y gotaban riachuelos. Ello no fué obstáculo para que la Sra. Sparsit se escondiera detrás de unos arbustos, con el fin de reflexionar lo que tenía que hacer en aquel instante.

Pero ¿no sale ahora Luisa de su casa? ¿Ha tenido apenas tiempo de tomar el manto y cubrirse con él, y ya se aleja? ¡Va á unirse con su amante! Su pie deja ya el último pedazo de la escalera... y miradla como cae en el abismo.

Andando, á pesar de la lluvia, con paso rápido y firme, se alejó de la gran avenida y

tomó un camino paralelo. La Sra. Sparsit la seguía en la sombra de los árboles, aunque á corta distancia. Temía perderla de vista, por el paso con que andaba en medio de la oscuridad.

Al pararse Luísa á cerrar en silencio la pequeña verja, la Sra. Sparsit también se detuvo. En su marcha Luísa anduvo por el camino que tomara la Sra. Sparsit, al venir. Salió de la verde avenida y atravesó la carretera pedregosa, subiendo por la escalera de madera que conducía al ferrocarril. La Sra. Sparsit sabía que no tardaría en pasar el tren para Cokeville, por lo que pensó que esta ciudad seria su primera etapa.

Dado el estado perdido y chorreante de su ropa, no se exigían grandes precauciones para que no conociesen á la Sra. Sparsit; pero se detuvo en un rincón de la estación, que formaba penumbra, arrugando allí y cambiando los pliegues de su chal, que colocó encima de su sombrero. Disfrazada de este modo, pudo subir por la escalera y tomar su billete en la taquilla, sin temor de que la reconocieran. Luísa se había sentado en un rincón, esperando que llegara del tren, y la Sra. Sparsit aguardó en otro. Ambas escucharon el trueno, que retumbaba con violencia, y la



lluvia que caía por el techo ó fustigaba el parapeto de los arcos. Las lámparas, apagadas casi todas, permitíanles contemplar el relámpago en su fulgor, cuando éste temblaba en zizás por los carriles.

La estación fué presa al poco rato de una sacudida y no tardó en palpar como un corazón enfermo : era el tren que llegaba : fuego, vapor, luz roja, silbido formidable, gran ruido, son de una campana, grito de advertencia, Luisa colocada en un vagón y la Sra. Sparsit en otro : la estación pequeña aparecía como un punto desierto y extraviado en medio de la tormenta.

Por más que el frío y la humedad hicieran rechinar los dientes de la Sra. Sparsit, no por ello dejaba ésta de sentir alegría profunda en su corazón. Luisa se había precipitado al fondo del abismo, y la buena señora creía que velaba su cadáver. Después de desplegar tanta actividad para la pompa fúnebre, ¿ cómo no había ella de sentir alegría en su corazón ?

— Llegará á Cokeville antes que él — pensaba la Sra. Sparsit — por más que galope á prisa el caballo de nuestro amador. ¿ Dónde lo aguardará ella ? Y luego ¿ hacia qué punto se dirigirán ? Paciencia. Ya veremos.

La lluvia era tan torrencial, que fué causa de

mucha confusión, no bien el tren llegó al punto de destino. Se habían reventado muchos canales, se habían obstruido las cloacas y las calles estaban inundadas. Así que puso el pie en el suelo, la Sra. Sparsit dirigió una mirada desesperada al sitio de los coches, que aguardaban á los viajeros y que éstos se disputaban en desórden.

— Subirá en un coche — dijo ella — y desaparecerá antes de que tenga tiempo de seguirla en otro. Aunque me aplasten, quiero ver el número y oír la dirección que dé al cochero.

Pero la Sra. Sparsit se equivocó en sus cálculos. Luisa no tomó coche alguno. Se marchó á pie. Los ojos negros, que escudriñaban el vagón en que ella viajara, no fueron bastante listos y se quedaron rezagados. Al cabo de algunos minutos, viendo que no se abría la portezuela, la Sra. Sparsit pasó y volvió á pasar por delante del vagón, acabando por mirar en el interior, que estaba desocupado. Cátenla ahora mojada hasta los huesos, con los pies haciendo á cada paso flic-flac en sus botas, con una capa de lluvia en su clásico semblante, con el sombrero arrugado lo mismo que un higo, con todas sus prendas deterioradas; y por detrás, en toda la extensión de su persona de noble estirpe, se hubiera podido contar, en los señales que había

en su ropa mojada, cada botón, cada lazo y cada broche de su vestido; todo ello adornado, de aquí y de allá, por aquel musgo verdoso que se cría en el antemural de un viejo parque, en una avenida descuidada. La Sra. Sparsit, en pago de todo lo que sufriera, no tuvo otro remedio que verter un torrente de amargas lágrimas, exclamando:

— ¡ La he perdido !

## CAPITULO XXVIII

### EL TUMBO

Los basureros del taller nacional, después de divertirse unos y otros, entregándose á una serie de reñinas bulliciosas, se dispersaron por algún tiempo y el señor Gradgrind fué á pasar las vacaciones en su casa.

Se disponía éste á escribir en su habitación, adornada con el reloj lúgubrememente estadístico, para demostrar indudablemente algo. Tal vez quería demostrar que el buen Samaritano era un economista detestable. El ruido de la lluvia no le distraía en gran manera; pero solicitaba algo su atención, pues alzaba de tiempo en tiempo la cabeza, como para amonestar á los elementos.

Al retumbar el tren con violencia, miraba él hacia Cokeville, diciéndose para sí que el flúido eléctrico podía derribar algunas de sus chimeneas.

Se oía á lo lejos el trueno, y la lluvia parecía un diluvio, cuando se abrió la puerta de su estancia. Volvió los ojos, por detrás de la lámpara de su mesa, y columbró estupefacto á su hija primogénita.

— ¡Luisa!

— Papá, tengo que hablarle.

— ¿Qué ocurre? ¡Tu aspecto es muy extraño! ¡Cielos! — dijo el Sr. Gradgrind, siempre más sorprendido. — ¿Cómo has podido venir con este chubasco?

Llevó ella las manos á su ropa, como si no supiera que estaba mojada. Descubrió después su cabeza y, dejando caer al suelo el manto y el capuchón, permaneció con la mirada fija en su padre. La veía éste tan pálida, tan amenazadoza y tan desesperada, con los cabellos en tal desorden, que tuvo realmente miedo.

— ¿Qué ocurre? Te ruego, Luisa, que me digas lo que ocurre.

Ella se dejó caer en una silla, delante de él, y puso su mano helada en el brazo de su padre.

— Papá, me ha educado V. desde la cuna.

— Sí, Luisa.

— ¡ Maldita sea la hora en que nací para tal destino !

La miró con aire de duda y de espanto, repitiendo con el tono propio del hombre que no entiende :

— ¡ Maldita sea la hora ! ¡ Maldita sea la hora !

— ¿ Cómo ha podido V. darme la vida, robándome todas esas cosas que dan más valor al hombre vivo que á un muerto con conciencia de su estado ? ¿ Dónde están las gracias de mi alma ? ¿ Qué ha hecho V., papá, qué ha hecho V. del jardín que debía florecer antaño y que ahora es un desierto ?

Golpeóse el pecho con ambas manos.

— Si hubiese florecido alguna vez en mí, hubieran bastado sus cenizas para salvarme del vacío en que ahora se hunde mi existencia. No quería decirle esto : pero, papá ¿ no recuerda V. la última conversación que tu vimos en esta misma estancia ?

Sospechaba tan poco lo que acababa de manifestarle, que no sin dificultad pudo responder :

— ¡ Si, Luísa !

— Lo que hoy ha salido de mis labios, se lo hubiera dicho aquel día, de haber V. venido un solo instante en mi ayuda. Nada le recrimino, papá. Lo que nunca trató V. de desarrollar en

mi espíritu, tampoco lo vertió V. en el suyo; pero si lo hubiese hecho tiempo atrás, Dios mío, ó me hubiese abandonado á mí misma, ¡hoy hubiera sido más perfecta y más feliz!

Al oír estas palabras, que eran triste recompensa de todos sus cuidados, el Sr. Gradgrind apoyó su cabeza en la mano y lanzó un gemido.

— Si hubiera V. sabido, papá, lo que temiam yo en mí, la última vez que nos encontramos aquí juntos, á pesar de que trataba de vencerlo (¡ay! desde mi infancia no he hecho otra cosa que dominar los impulsos de mi corazón); si hubiera V. sabido que en el fondo de mi alma quedaban sentimientos, afectos y debilidades capaces de desenvolverse en ella, á pesar de todos los cálculos del hombre, pues ello es desconocido de vuestra aritmética como el Creador lo es de todas las cosas; si hubiera V. sabido esto, ¿me habría V. dado un esposo de que hoy abomino?

El respondió:

— No, no, pobre niña.

— ¿Me hubiera V. condenado à la educación fría y marchitadora que me ha endurecido y maleado? ¿Me hubiera V. sustraído, sin enriquecer á nadie, la parte inmaterial de la vida, la primavera y el estío de mi creencia,

el refugio contra lo sórdido y malo que existe entre los seres reales de nuestro alrededor, la escuela en que hubiera aprendido á ser más humilde y confiada para con ellos, tratando, en mi esfera, de hacerles bien ?

— ¡Oh ! no, no, Luísa !

— No obstante, papá, si hubiera sido yo del todo ciega; si me hubieran obligado á buscar mi camino á tientas, y se me hubiera dejado libre para desarrollar mi imaginación en la forma y superficie de las cosas, que sólo conocía por el tacto, hubiese sido mil veces más feliz, más prudente, más amable, más inocente y más *mujer* de lo que soy ahora con los ojos que tengo en la cabeza. Escuche lo que voy á decirle.

Cambió de postura para sostenerla con el brazo. Como Luisa se levantara en el mismo instante, se encontraron el uno cerca del otro. Puso ella una mano en el hombro de su padre, mirándole fijamente :

— He crecido en medio de un hambre y de una sed que no han sido satisfechos, llevada por un desco ardiente á una región en que estuviesen proscritas las reglas, las cifras y las definiciones, luchando paso á paso durante el camino.

— No sabía que fueses desgraciada, hija mía.

— Lo sabía yo, papá. En esta lucha he despedido y aplastado á mi ángel bello, para

hacer de él un demonio. Lo que aprendí no ha servido más que para despertarme dudas, volviéndome incrédula y desdeñosa, y he echado de menos lo que no he aprendido. Mi recurso lúgubre y postrero ha sido la idea de que la vida pasaría pronto, no ofreciendo nada que valiese la pena ó el fastidio de una lucha por ella.

— ¿Cómo? ¡A tu edad, Luisa! — preguntó el padre, con voz compasiva.

— Sí, á mi edad, — repitió Luisa. — En esas estoy, papá. Voy mostrándole ahora, sin temor ni esperanza, las llagas mortales que se abrieron en mi corazón, cuando me propuso V. casarme con el que hoy es mi marido. Acepté. Ni usted ni él pueden echarme en cara que le haya demostrado amor. Yo sabía, y V. también, papá, lo mismo que él, que nunca le había amado. No existía en mí indiferença absoluta, porque esperaba dar gusto y ser útil á Tom. Aproveché esta escapatoria desesperada como un consuelo triste de mi imaginación, y ahora he visto con exceso la vanidad de mi propósito. Tom fué objeto de toda la ternura de mi vida; lo fué quizá por haber empezado yo á compadecerle. Poco importa ahora la causa de ello, á menos que la misma le haga ver con más indulgencia las faltas de un hermano.



Mientras el Sr. Gradgrind la tenía en sus brazos, puso ella la otra mano en el hombro de su padre, con los ojos siempre fijos en él.

— No bien me hallé irrevocablemente casada, renació en mí la antigua lucha. Me rebelaba contra aquel yugo, con el ardor de la antipatía que separa nuestras naturalezas individuales, que no se conciliarán con todos las fórmulas generales de V., mientras la anatomía no sepa donde hundir el escalpelo y descifrar los secretos de mi corazón.

— ¡Luisa! — exclamó el padre, con acento de súplica; pues recordaba bien lo que había ocurrido entre ambos, en la última entrevista que tuvieron en la propia habitación.

— No te recrimino, papá; no me quejo. No he venido para eso.

— ¿Qué puedo hacer, hija mía? Pideme lo que quieras.

— Voy á ello, papá... Mientras me encontraba así, trabé conocimiento con una nueva persona: un hombre como no había visto nunca otro parecido en mi vida; hombre de mundo, ligero, cumplidor, elegante, mostrándose siempre tal como es; proclamando en voz alta su desprecio por las cosas que yo aborrezco secretamente; dándome á entender, desde el primer día, aunque yo no sepa cómo, que me com-

prende y lee en mi pensamiento. Por más que yo hiciera, no lo he encontrado más depravado que yo. No estábamos muy lejos el uno del otro. Me extrañó sólo que un hombre, no interesándose por nada, pusiera interés en mí.

— ¡En tí, Luisa!

Quizá el padre hubiera dejado instintivamente de abrazar á su hija, de no sentir que las fuerzas de ésta flaqueaban y ver como un brillo extraño dilatava sus ojos, fijos en él.

— Nada diré del medio que ha usado para obtener mi confianza. Importa poco la manera como la ha conseguido. La verdad es, papá, que ha triunfado. Lo que sabe V. de la historia de mi matrimonio, no tardó él en descubrirlo en seguida y con todo detalle.

El semblante del buen hombre se cubrió de una palidez mortal, y retuvo á su hija en sus brazos.

— Eso es todo, papá. No le he deshonrado. Pero si me pregunta V. si he querido ó si quiero aun á ese hombre, le diré con franqueza, papá, que puede ser. No lo sé.

De súbito quitó ella las manos del hombro de su padre, oprimiéndose con ellas el pecho. ¿Era éste el mismo rostro, que antes fuera duro y seco, y brillaba con ardor y fuego? ¿Era esa Luisa Gradgrind, que se erguia en

toda su estatura, resuelta á concluir mediante un último esfuerzo lo que había empezado, dejando escapar, al fin, las pasiones comprimidas por mucho tiempo en el fondo de su alma?

— Aquella noche estaba ausente mi marido, y vino él á encontrarme; se presentó como mi amante. En este momento me aguarda, y no he hallado otro medio para que se alejase. No sé si estoy enfadada conmigo, no sé si estoy avergonzada, no sé si me siento degradada en mi propia estima. Pero tengo la convicción de que la filosofía y las lecciones de V. no me salvarán. Pues bien, papá, ya que Vds. me ha hecho como soy, busque algún medio para salvarme.

La abrazó más estrechamente, para impedir que Luisa cayera al suelo; pero ella le gritó con voz terrible :

— ¡Si me tiene V. cogida, me moriré! ¡ Déjeme caer al suelo!

Dejó que se desplomara sobre el piso; ¡y á sus pies pudo contemplar inanimado el orgullo de su corazón y el triunfo de su sistema!

## CAPÍTULO XXIX

### AÚN FALTABA MÁS

Luísa despertó de su letargo, abrió los ojos lentamente y se halló de nuevo en su cama y en su habitación antiguas. Al principio le pareció un sueño todo lo ocurrido desde que le eran familiares aquellos objetos; pero poco á poco, á medida que las cosas circundantes se dibujaban en forma real ante sus ojos, los acontecimientos pasados se ofrecieron á su espíritu en toda su exactitud.

Apenas podía mover la cabeza dolorida y pesada. Tenía cansados los ojos, y se sentía muy débil. Una extraña apatía se había apoderado de ella, de suerte que no advirtió la presencia de su hermanita hasta al cabo de algunos instantes. Aún después de haberse cruzado sus miradas y de acercarse la niña á la cama, Luísa quedó algunos minutos mirando en silencio, abandonando á Jane su mano, que ésta cogía con timidez, antes de que preguntase :

— ¿Cuándo me han traído aquí?

— Ayer noche, Luísa.

— Y ¿quién me trajo?

— Creo que fué Sissy.

— ¿Por qué dices que crees?

— Porque la he encontrado aquí esta mañana. No vino á despertarme, como hace siempre, y he ido yo en busca de ella. Como no se hallaba en mi cuarto, la he buscado en toda la casa, y la he hallado aquí, por fin, cuando se disponía á cuidarte y mojar tu frente con agua de Colonia. ¿Quieres ver á papá? Sissy me ha dicho que debíamos avisarlo, no bien despertases.

— ¡Que cara más radiante, Jane! — dijo Luísa, mientras que la hermanita, siempre tímida, se inclinaba para besarla.

— ¿De veras? Pues me gusta. Estoy cierta de que es Sissy quien me vuelve de este modo.

El brazo de Luísa, que había empezado á rodear el cuello de la niña, se separó de él.

— Puedes avisar á papá, si quieres. — Después, deteniéndola un instante, añadió : — ¿Eres tú quien ha arreglado de modo tan bonito esta habitación, dándole un aire de bienvenida?

— ¡Oh! no, Luísa. Ya estaba así, cuando he subido. Es...

Luísa volvió la cabeza á la almohada, sin oír nada más. Cuando se hubo retirado su hermana, volvióse de nuevo y permaneció con la mirada

fija en la puerta, hasta que ésta se abrió para dar paso al Sr. Gradgrind.

Ofrecía éste un aire inquieto y abatido : su mano, firme de ordinario, tembló en la de su hija. Se sentó junto á la cama, preguntó cariñosamente á Luisa como seguía, recomendándola que estuviera tranquila, después de la agitación del día anterior y del chubasco á que se había expuesto. Hablaba con voz dulce y alterada, distinta de su acostumbrado acento dictatorial. Parecía buscar las palabras :

— ¡Querida Luísa! ¡Pobre hija mía!...

Estaba cohibido de tal modo, que tuvo que callar. Empezó de nuevo :

— ¡Hija mía infortunada!...

Le parecía tan difícil tratar el asunto, que dijo nuevamente :

— Inútil es, Luísa, que te exprese el pesar que me causó y me causa tu revelación de ayer. El suelo tiembla bajo mis pies. El único sostén en que me apoyaba, de cuya solidez me parecía y me parece imposible dudar, se ha roto en un instante. Este descubrimiento me ha anonadado. No hay sentimiento alguno de egoísmo y de condeño en lo que te digo, pero hallo muy difícil soportar el golpe que recibí ayer.

Ella no podía ofrecerle ningún consuelo en este punto, puesto que su propia vida no había

sído más que un naufragio perpetuo contra una misma roca.

— No diré, Luísa, que si me hubieses desengañado tiempo atrás, por una casualidad feliz, hubiera sido mejor para tu tranquilidad y la mía : sé que mi sistema no permitía provocar una confianza de esa índole. He calculado, he repasado... mi sistema y lo he aplicado rigurosamente ; debo aceptar la responsabilidad de mis equivocaciones. Te ruego que creas, querida hija mía, que lo hice sólo con el mejor deseo.

Hablaba con voz conmovida, y justicia es declarar que decía la verdad. Al arquear abismos sin fondo con su miserable varilla de aduanero y tropezar por la superficie del globo con su compás enmohecido, creyó haber cumplido una de las obras más bellas del mundo. Estaba agitado, en el límite de su corto lomo, destruyendo á su alrededor las flores de la existencia, con más sinceridad en sus miras que la mayor parte de vocingleros con quienes se aliara.

— Papá, estoy convencida de ello. Sé que he sido siempre la preferida. Sé que ha querido V. hacerme feliz. No le reconvegno ni lo haré jamás.

Tomó él la mano que le tendía ella y la guardó en la suya.

— Querida hija mía, he pasado toda la noche en mi despacho, repasando en mi espíritu nuestra penosa entrevista. Cuando imagino tu carácter, cuando pienso que durante tantos años me has ocultado lo que he sabido hace pocas horas; cuando pienso en las circunstancias cuya violencia te ha arrancado esta confesión, no puedo menos de colegir que debo desconfiar de mí mismo.

Hubiera podido seguir más allá, en la confesión de su impotencia, al ver el semblante que le miraba en aquel momento; y con su mano apartó los cabellos desordenados de su hija, que le ocultaban el rostro. Esas caricias tan sencillas, de las que nadie se hubiera percatado, eran de mucha significación en el Sr. Gradgrind; y su hija las recibía como palabras de arrepentimiento.

— Pero — repuso el Sr. Gradgrind lentamente, vacilando y con desanimación. — Si tengo razón en desconfiar de mí por el pasado, Luísa, no he de desconfiar menos por el presente y el porvenir, y no quiero ocultarte mis dudas. Ayer, á esta hora, no se me hubiera oído tal lenguaje; pero hoy no creo haber merecido la confianza que pusiste en mí, ni ser capaz de responder al llamamiento que acabas de hacerme, ni que tenga el instinto necesario (no he



querido reconocerlo, hasta aquí) para ayudarte y volverte al buen camino, hija mía.

Luisa se había vuelto del otro lado de la almohada, y tenía el semblante apoyado en su brazo, de manera que su padre no podía verlo. Se había calmado la violencia y la cólera de la joven esposa; más no lloraba, á pesar de que la conmovían sentimientos más dulces, y su padre, ¿quien lo creería?, deseaba que vertiese lágrimas.

— Hay quien me asegura — continuó, también vacilando — que existe una sabiduría de la Cabeza y una sabiduría del Corazón. No lo creía, y, como acabo de decirte, desconfío de mí. Había pensado siempre que la cabeza bastaba para todo. Muy posible es que no baste para todo; ¿cómo he de atreverme, esta mañana, á sostener lo contrario? Si esa otra clase de sabiduría fuera acaso la que he echado en olvido, y que éste es precisamente el instinto necesario, Luisa... »

Mucha duda había aun en sus palabras, como si se tratase de una hipótesis que le repugnara, hasta en aquel momento. Luisa no respondió; estaba acostada, ante él, en la cama, medio vestida, casi del mismo modo que la viera el día anterior, al desplomarse en el suelo.

— Luisa — y de nuevo puso la mano en los

cabellos de su hija. — En estos últimos tiempos he estado ausente de mi casa muchas veces; y aunque tu hermana ha sido educada según el... sistema... (parecía ahora pronunciar con repugnancia esta palabra), su educación se vé modificada por asociaciones empezadas muy pronto, en lo que la concierne, y quizá... Te pido con ignorancia y humildad, hija mía, si acaso esto es una suerte. ¿Qué piensas de ello?

— Papá — respondió Luísa, sin moverse — si se ha despertado en el corazón de V. alguna armonía que quedase muda en el mío, hasta convertirse en tempestad, que Jane dé gracias al cielo y prosiga por la ruta dichosa que le está trazada, considerando como una felicidad haber evitado la que se me hizo tomar.

— ¡Hija mía! ¡Hija mía! — dijo el padre, con acento de desesperación. — ¡Honda pena me causa verte en ese estado! ¿Qué le hace que no me reconvengas, si yo me inculpo cruelmente? — Inclínó la cabeza y habló en voz baja — Luísa, tengo la idea vaga de que se efectúa en mí un cambio feliz, resultado del amor y del agradecimiento. Lo que no hizo ni pudo hacer la cabeza, ¿lo hará poco á poco el corazón en silencio? ¿Lo crees tú posible?

Ella no respondió.

— No será, en todo caso, por alabarme de ello. ¿Como podría yo tener un ápice de orgullo, viendo lo que he hecho de tí? ¿Lo crees tú posible?

El padre la miró otra vez, acostada y desesperada, y, sin decir más, se alejó de la habitación. No bien la hubo abandonado, oyó ella un paso ligero cerca de la puerta, y percatóse de que Sissy se había colocado junto á la cabecera de su cama. No levantó la cabeza. Al pensar que iban á verla en aquel lamentable estado y que se justificaría la involuntaria mirada de piedad, que la mortificó tanto en otro tiempo, sintió encenderse en ella sorda cólera, como los fuegos malsanos que se ocultan en la ceniza. Toda fuerza comprimida estalla y destruye. No bien se aprisiona el aire, bienhechor para la tierra, el agua que la fertiliza, el calor que hace madurar la cosecha, el mundo se trastorna. Tal era la historia del corazón de Luísa; sus excelentes cualidades naturales, en fuerza de ser rechazadas, se habían convertido en una masa dura, que se rebelaba contra una amiga.

Felizmente entonces sintió como se posaba en su cuello una dulce mano, y se figuró que la creían dormida. Esta mano simpática no podía despertar su cólera. Que permanezca allí, que permanezca allí.

Permaneció allí, despertando y animando multitud de pensamientos dulces en Luísa, que no pudo sentirse rodeada de silencio y de cuidados, sin que sus lágrimas se abriesen paso por sus cerrados ojos. El otro semblante tocó el suyo, y sintió que también había llanto en aquellas mejillas, llanto que se derramaba por ella.

Fingiendo Luísa que despertaba y habiéndose sentado en la cama, Sissy se alejó y permaneció tranquilamente en pie, junto á su cabecera.

— ¿Espero que no la molesta mi presencia? Venía á preguntarle si quiere que me quede con V.

— ¿Por qué? Mi hermana no puede estar sin V. Lo es todo para ella.

— ¿De veras? — preguntó Sissy, moviendo la cabeza.

— Quisiera también servir de algo á V., si pudiese.

— ¿Qué? — preguntó Luísa, casi con dureza.

— No importa qué, lo que más necesite, si fuera posible. En todo caso quisiera serle útil del mejor modo que yo pudiese. Y si quiere V. probar, verá que me desanimo difícilmente. ¿Quiere V. permitir?

— ¿Es papá quien la ha enviado aquí á decirme esto?

— No, en verdad — contestó Sissy. — Me ha dicho que podía entrar ahora, pero, en cambio, me ha hecho salir esta mañana... ó al menos...

Vaciló y se detuvo.

— ¿O al menos, qué? — preguntó Luísa, fijando en ella una mirada escrutadora.

— He pensado que mejor era que me hiciese salir; pues ignoraba si le gustaría á V. verme aquí.

— ¿Es que la he aborrecido siempre?

— Espero que no, porque yo siempre la he querido, y he deseado siempre darle pruebas de ello. Pero V. cambió algo para conmigo, poco antes de abandonar la casa de su padre, y no me extrañaba. ¡Sabía V. tantas cosas, y yo tan pocas! Por lo demás, era natural en medio de los nuevos amigos, con quienes iba V. á vivir... No tenía yo ningún motivo para ello, y así es que nunca la he odiado.

Ruborizóse al decir esto, con animación y modestia. Luísa comprendió ese afecto y sintió remordimiento.

— ¿Quiere V. que pruebe? — dijo Sissy, que se sentía alentada, alargando su mano acariciadora hacia el cuello que se inclinaba á ella.

Luísa tomó aquella mano y la guardó en la suya, conteniendo así el brazo que la hubiera rodeado pronto, y contestó.

— Ante todo, Sissy, ¿sabe V. lo que soy? Soy tan orgullosa y dura, tan turbada y triste, tan colérica y tan injusta para los de más y para conmigo, que en mí no hay más que tormenta, tinieblas y maldad. ¿No le espanta eso?

— ¡No!

— Soy tan desgraciada, y se ha derrumbado ahora de tal modo lo que hubiera podido cambiar mis sentimientos, que no necesitaría de un guía para que me enseñase la paz, el contento, el honor y todo lo que me hace falta de bueno, si hubiera permanecido hasta hoy sin conocer lo que á los ojos de V. me hace tan sabia. ¿No la espanta esto?

— ¡No!

Con la inocencia de su afecto animoso y la exhuberancia de su antigua devoción, que el injusto abandono de Luisa no había podido acallar, difundió ella una luz suave en el humor sombrío de su compañera.

Luisa levantó la mano de Sissy, para que con la otra pudiera enlazar su cuello.

Después se puso de rodillas y, estrechando en sus brazos á la hija del saltimbanqui, la contempló casi con veneración.

— Perdóneme, compadézcame, asístame. Apiádese de mi gran miseria, y deje que mi cabeza repose en un corazón amante.

— ¡ Ah ! ¡ póngala aquí ! — exclamó Sissy,  
¡ Póngala aquí, querida mfa !

## CAPÍTULO XXX

### MUY RIDÍCULO

El Sr. James Harthouse pasó todo un día y una noche en tal agitación, que al gran mundo le hubiera costado mucho, con el monóculo en el ojo, reconocerle por el joven Sr. Jem, hermano del divertido y honorable miembro del parlamento, durante el intervalo de aquella enajenación mental. La verdad es que estaba muy agitado. Hubo instantes en que llegó á expresarse con la viveza propia de los mártires comunes.

Entraba y salía de un modo incomprendible, como hombre que no sabe qué hacer. Corría por la calle como un salteador de caminos. En una palabra, estaba de tal modo fastidiado, que olvidaba algunas reglas que había que practicar, impuestas por la moda, para ofrecer el fastidio de la gente encopetada.

Después de lanzar su caballo sobre Cokeville, en medio de la tormenta, como si no hu-

quiera más que dar un paso, pasó toda la noche en vela : de tiempo en tiempo tiraba con furia de la campanilla, culpando al criado, que velaba en el hotel, de haber retenido alguna carta ó mensaje, que tenían que haberle entregado sin falta para él, hurgándole para que hiciera entrega de ello acto seguido.

Despuntó el alba, llegó la mañana, el día avanzó, sin que llegase carta ni mensaje. Entonces el Sr. Harthouse se dirigió á la casa de campo. Allí se enteró de que el Sr. Bounderby estaba ausente y de que la señora se hallaba en la ciudad. Se había marchado repentinamente la noche anterior. Ignoraron que se hubiese ido hasta que recibieron la orden de no aguardarla.

¿Qué hacer? No había más que seguirla por la ciudad. Se presentó en la casa de banca y no estaba allí. ¡Cómo! ¿Tampoco la Sra. Sparsit? ¡Verse reducido á deplorar la ausencia de aquella mujer-dragón!

— A fe mía, que lo ignoro — dijo Tom, que tenía sus razones para estar inquieto sobre aquella ausencia. — Se ha ido á alguna parte esta madrugada. Es una mujer llena de misterio. La aborrezco. Se parece á ese albino Bitzer, que tiene siempre fijos en las personas los ojos parpadeantes.



— ¿Dónde estaba V. anoche, Tom?

— ¡Donde estaba anoche! — exclamó Tom — ¡Vamos! Me gusta eso. Estaba aguardándole á V., Sr. Harthouse, hasta que empezó á llover como no he visto en mi vida. ¡Dónde estaba! ¡Esta sí que es buena! Usted es quien debe preguntarse donde estaba.

— No pude venir... me retuvieron.

— ¡Retuvieron! — gruñó Tom — En ese caso estábamos ambos retenidos. Yo me había retenido en el ferrocarril, aguardándole, de modo que dejé pasar todos los trenes, menos el de mercancías. Hubiera sido chusco marchar en aquel tren, con semejante noche, chapoteando hasta casa por un pantano. Así es que me obligó á quedarme en la ciudad.

— ¿Dónde?

— ¿Dónde? Pues en mi cama, en casa del viejo Bounderby.

— ¿Ha visto V. á su hermana?

— ¿Cómo diablo quiere V. que haya visto á mi hermana — replicó Tom, abriendo los ojos desmesuradamente — si está á quince millas de aquí?

Maldiciendo las salidas descorteses del joven, por quien profesaba amistad tan sincera, el Sr. Harthouse terminó la entrevista sin ceremonia, preguntándose por centésima vez que

significaba todo aquello. Había en el asunto una cosa clara : estuviere Luísa en la ciudad ó no, le hubiese él hecho una declaración demasiado prematura, después de tanta molestia para comprenderla, ó hubiese faltado valor á la dama, ocurriéndole algun accidente ó equivocándose de momento, no había otro remedio que aguardar la marcha de los acontecimientos, cualesquiera que éstos fuesen. No podía moverse del hotel, donde todo el mundo sabía que habitaba, durante su residencia en aquella región tenebrosa. Debía permanecer atado allí, como el caballo en su cuadra. Después de esto... *che sarà, sarà.*

— Mientras aguardo la cita ó el desafío, los reproches penitentes de la bella ó una partida de boxeo con mi amigo Bounderby, á la moda del Lancashire (lo que me parece probable, en el estado actual de mis asuntos) empezaré por ir á comer — dijo el Sr. James Harthouse — Bounderby tiene sobre mí la ventaja de que pesa más. Si debe haber entre nosotros alguna explicación á la inglesa, no haré mal en prepararme á ella por medio de un régimen sólido.

Llamó y, echándose con descuido en el canapé, dió la orden siguiente : « Que tengan la comida dispuesta para las seis, sin olvidar de incluir en ella un bifteck. » Y, entre tanto,

mató el tiempo como pudo. No le era ello fácil, dado su tormento; pues á medida que transcurrían las horas, sin traer la menor explicación, su inquietud aumentaba y se acumulaba á interés compuesto.

No obstante, tomó las cosas con la mayor tranquilidad posible en la naturaleza humana, revolviendo en su mente la idea chusca de ejercitarse en el boxeo.

— Y ¿si diera cinco francos al criado para *derribarle*? — dijo, bostezando.

Y más tarde expresó :

— O ¿si alquilo por horas á un individuo que pese de cien á ciento veinte kilos, como mi amigo Bounderby?

Pero estas chanzas no consiguieron divertir aquella tarde ni distraer la ansiedad de James Harthouse; he de confesar que halló el tiempo terriblemente largo.

Le fué imposible, aún antes de comer, sustraerse á repetidas excursiones por los dibujos de la alfombra, mirando por la ventana, escuchando en la puerta el rumor de pasos y sintiéndose acalorado, no bien oía que éstos se acercaban á su habitación. Pero, después de comer, al suceder el crepúsculo al día, y la noche al crepúsculo, empezó á experimentar lo que él llamaba « todas las torturas del santo

oficio ». Sin embargo, como era siempre fiel á la convicción (y era ésta la única que tuviera en este mundo) de que el buen tono verdadero consiste en la despreocupación, aprovechó esta crisis para pedir velas y un periódico.

Hacia media hora que estaba á punto de leerlo, cuando el criado apareció y le dijo, con acento humilde y misterioso :

— Dispense, señor. Preguntan por V.

El recuerdo vago de que era ésta la fórmula empleada por los agentes de policía, cuando querían echar mano de un tunante, pasó por la mente del Sr. Harthouse y preguntó al criado :

— ¿Qué diablo quiere V. decir con : *Preguntan por V.*?

— Dispense, señor. Hay una señora joven que desea hablarle.

— ¿Fuera? ¿Dónde?

— Detrás de la puerta, señor.

— ¡Que el diablo se te lleve, imbécil! — exclamó Bounderby, precipitándose hacia el corredor, donde encontró, en efecto, á una joven, para él desconocida. Vestía con sencillez; era muy reposada y bonita. Mientras la introducía en su cuarto y le adelantaba una silla, observó, á la luz de las bugías, que era aún más bonita de la que imaginara antes. Su aspecto era muy inocente y muy joven. La

expresión de sus rasgos era de las más agradables. No tenía miedo de él ni parecía hallarse turbada. Veíase únicamente que se preocupaba del objeto de su visita. Se advertía que se olvidaba de si propia, para no pensar más que en ello.

— ¿Es el Sr. Harthouse á quien hablo? — dijo ella, cuando estuvieron solos.

— El mismo.

Y él añadió, para sí :

— Y le habla usted con los ojos más confiados que él haya visto nunca y con la voz más segura, á pesar de su tranquilidad, que haya oído en su vida.

— Si no conozco bien... (y pongo de manifiesto mi ignorancia sobre el particular) — dijo Sissy — el asunto relacionado con su honor de caballero, en su esencia (y el rubor subió á las mejillas del Sr. Harthouse, al oír este preámbulo) : creo poder contar, sin embargo, con el honor de V., para que guarde secreto sobre mi visita y lo que voy á decirle. Contaré con él, si me lo promete V...

— Puede V. contar con él, se lo prometo.

— Soy joven, como ve V. ; vengo sola, como tambien vé V. Al dirigirme aquí, caballero, sólo me he aconsejado y me he animado con la esperanza.

— Se vé, empero, que esa esperanza es muy viva — pensó el Sr. Harthouse, al seguir la rápida mirada que levantó ella al cielo. — ¡Vaya un preámbulo más chusco! No sé donde irá á llevarnos esto.

— Creo — dijo Sissy — que habrá V. adivinado á qué persona acabo de dejar.

— Hace ya veinticuatro horas (y me han parecido otros tantos siglos) que me hallo en la mayor ansiedad, en la mayor inquietud — contestó él — respecto de cierta dama. ¿Espero que no me engaña la esperanza de que viene V. de su parte?

— Hace una hora que la he dejado.

— ¿La ha dejado V. en...?

— En casa de su padre.

Dilatóse el semblante del Sr. Harthouse, á despecho de su sangre fría, aumentando aún su perplejidad.

— Por lo dicho — pensó — no veo absolutamente adonde vamos.

— Llegó ayer á su casa, por la noche, en medio de la tormenta. Estaba muy agitada, y ha pasado la noche en un estado de insensibilidad. Vivo en casa de su padre y estoy con ella. Puede tener V. la seguridad, caballero, de que no volverá á verla en toda su vida.

Quedó el Sr. Harthouse sorprendido y sus-

piró profundamente. Si algún hombre se ha visto reducido á no saber qué decir, era él. El candor infantil de Sissy, su modesta intrepidez, su sinceridad natural y su completa abnegación por ocuparse exclusivamente y con calma del objeto de su visita; todo ello, unido á su fe sencilla en una promesa al aire, daban á la entrevista un sesgo que no le era familiar, sintiéndose él desarmado y sin poder encontrar una palabra de defensa.

Sin embargo, concluyó por decir :

— Una noticia tan sorprendente, que se me comunica con tanta confianza y por labios tan bonitos, no puede menos que desconcertarme en grado sumo. ¿Me permite de le pregunte si la dama en cuestión le ha encargado que me transmita ese mensaje en términos tan desesperados?

— No me ha encargado de ningún mensaje.

— El hombre que se ahoga, se agarra á una paja. Sin querer yo deprimir su juicio ni dudar de su sinceridad, me permitiré expresarle que me refugio también en la esperanza de que no todo está perdido y de que no se me condena á un destierro perpetuo.

— No debe abrigar V. la menor esperanza. Al venir aquí, mi primer objeto es, caballero, advertirle que debe V. renunciar á toda idea de

volver á hablarla, como si ella hubiera muerto ayer, al entrar en casa de su padre.

— ¿Hay que renunciar?... Pero, y ¿si yo no pudiese ó si tuviera el defecto de la obstinación, no queriendo renunciar?

— No por ello dejaría de ser inútil toda esperanza.

El Sr. Harthouse la miró con una sonrisa incrédula en los labios; pero esta sonrisa no fué notada por Sissy, que tenía el espíritu absorto en ideas más serias.

Se mordió él los labios y reflexionó un instante.

— ¡Pues bien! Si acabo desgraciadamente por reconocer — dijo — después de las gestiones que he de hacer para cerciorarme de ello, que estoy realmente condenado á la situación desesperada de un destierro perpetuo, no me erigiré en perseguidor de esa dama. Mas ¿no decía V. que ella no le había hecho encargo alguno?

— Sólo me he aconsejado en mi amistad para con ella y en su amistad para conmigo. No he de hacer valer ante V. otro título que el de haber permanecido á su lado, desde que se presentó en su casa, y de haber obtenido su confianza. No poseo otro título que el conocimiento de su carácter y las circunstancias de



su matrimonio. ¡Ah! señor Harthouse, son misterios que, según parece, ha logrado V. también penetrar.

Sintióse conmovido por el fervor de tal llamamiento, hasta el fondo de la cavidad en que su corazón debiera hallarse (si lo hubiera tenido), en aquel nido de huevos abandonados, en que los pájaros del cielo hubieran hecho su empolladura, si no se les atemorizara.

— No soy lo que llaman un individuo moral — dijo — y nunca he tratado de pasar por ello. Soy tan inmoral como puede serlo cualquiera. Y, sin embargo, si he causado la menor pena á la señora objeto de esta conversación, si la he comprometido de una manera desdichada, si he llegado á manifestarle sentimientos que no están de acuerdo con... lo que se llama... el hogar doméstico, si me he aprovechado de que su padre es una máquina, ó de que su hermano es un mequetrefe, ó de que su esposo es un bruto, me tomaré la libertad de asegurarle que en mí no había mala intención; he resbalado, sin advertirlo, de un grado á otro con facilidad tan diabólica, que no me percaté de que el índice fuese tan largo hasta que empecé á hojear el volumen. Ahora veo, añadió el Sr. James Harthouse, que hay para una novela de varios tomos.

Aunque enunciara todo esto con el ligero tono que le era peculiar, se advertía ahora que un barniz cortés quería cubrir una fea superficie. Calló un instante, y luego prosiguió con más sangre fría, si bien con aire de descontento y decepción, que no podían disimular todos los barnices del mundo.

— Después de la comunicación que se me hace, de modo que no ofrece duda alguna, y no conozco labios de que mejor la hubiese yo aceptado, me creo en la obligación de decirle, ya que disfruta V. de la confianza de esa dama, que no puedo resistirme á creer en esa sentencia imprevista de un destierro eterno. Posible es que no deba yo volver á ver á esa dama; y puedo decir que me duele haber llevado las cosas tan lejos para... para... (se hallaba cohibido y no daba con la frase); pero no voy á prometerle tampoco que me convierta en lo que llaman un hombre moral ó que crea, en modo alguno, en la existencia de tal fabuloso fénix.

El semblante de Sissy indicaba claramente que su misión no había terminado.

— Me ha dicho V. — repuso él, al levantar ella sus ojos nuevamente — que éste era el primer objeto de su visita. ¿Supongo, pues, que habrá otro?

— Sí.

— ¿Quiere tener la amabilidad de comunicármelo?

— Señor Harthouse — dijo Sissy, con una mezcla de dulzura y de firmeza que lo desconcertaba del todo, y con la seguridad ingenua de verle ejecutar lo que le pedía, lo cual le colocaba en situación difícil — la única reparación posible, y que de V. depende, es abandonar esta ciudad en seguida y por siempre. Estoy convencida de que nada puede V. con el mal que ha causado : aquélla es, pues, la única compensación que está en su mano. No diré que sea gran cosa, pero de todos modos algo es, y no hay medio de obrar distintamente. Pues bien; aunque no tenga yo más títulos que los conocidos para mandar en V., (y esto se queda entre nosotros) le ruego que se marche esta noche de la población y que no vuelva más á ella.

Si hubiera tratado de ejercer en él otra influencia que la sinceridad de sus palabras, la rectitud de sus intenciones, si hubiera demostrado la menor duda ó la menor irresolución, si hubiera hablado con reserva ó fingimiento, á despecho de su buena voluntad; si hubiera manifestado ó experimentado el temor de exponerse á sus chanzas, á su resistencia ó á sus objeciones, el Sr. Harthouse se hubiera aprovechado de ello inmediatamente... Mas su atur-

dimiento era tan inútil para conmover el alma ingenua y confiada de Sissy, como para cambiar el azul de un cielo hermoso con mirarlo de modo sorprendido.

— Pero — repuso él, muy embarazado — ¿comprende V. la importancia de lo que pide? ¿Ignora V. acaso que estoy aquí por una cuestión pública, bastante ridícula en sí, pero que me he ofrecido á llevar á buen fin y para la que se me cree capaz de sacrificio? Indudablemente ignora V. todo eso, y no deja la cosa, sin embargo, de ser un hecho.

Fuese ó no un hecho, lo cierto es que Sissy no paró mientes en la argumentación.

— Por otra parte — prosiguió el Sr. Harthouse, dando vueltas por la estancia, con aire de vacilación — no se puede desempeñar papel más absurdo. Será cubrir de ridículo la vida entera de un hombre eso de gastar lo que yo por esa gente y retirarme de modo tan incomprensible.

— Sin embargo — repitió Sissy — es la única reparación que pueda V. ofrecer, caballero. Es tan firme mi convicción, que sin ella no me hubiera presentado á pedirselo.

Volvió él á echar una ojeada al rostro de Sissy y continuó paseándose.

— A fé mía que no sé lo que debo hacer. ¡ Es el colmo de lo absurdo !

Ahora le correspondía capitular y pedir que guardaran secreto.

— Si me dispongo á hacer una cosa tan ridícula — dijo al cabo de poco rato, parándose de nuevo y apoyándose en la chimenea — debe ser con la promesa formal de que se observe la discreción más inviolable.

— Tengo confianza en V., caballero — replicó Sissy — y V. la tendrá en mí : confianza por confianza.

La posición que ocupaba él delante de la chimenea le recordó su entrevista con el mequetrefe. Era la misma chimenea y no pudo menos de pensar que aquella noche él era el mequetrefe. Estaba seguro de que lo tenía en los zapatos.

— La verdad es que nadie se ha visto en situación más ridícula — dijo contemplando la alfombra y luego el techo; riendo, frunciendo el ceño, alejándose de la chimenea y volviendo á ella. — Pero no veo otro camino para salir del paso. *Che sarà, sarà*, y esto es lo que ocurrirá, á lo que parece. Debo, pues, marcharme de aquí.... Bien. Le doy palabra de que lo cumpliré.

Sissy se levantó. No la sorprendía el resultado, pero se sentía feliz por él y su semblante rebosaba contento.

— Me permitiré añadir — continuó el Sr.

Harthouse — que dudo de que otro embajador ó embajadora se hubiera dirigido á mí con tal éxito. He de confesarle que, no solo me coloca V. en una situación muy ridícula, sino que acaba de derrotarme en toda la línea. ¿Me hace V. el obsequio de decir el nombre de mi enemiga victoriosa, para que lo recuerde?

— ¿Mi nombre? — dijo la embajadora.

— Perdone V. mi curiosidad, pero ya vé que me voy. ¿Es usted de la familia?

— Soy una pobre muchacha — replicó Sissy — ... á la que abandonaron en su infancia... Mi padre era saltimbanqui... Fuí recogida por el Sr. Gradgrind, y desde entonces he vivido bajo su techo.

Había ya desaparecido.

— No faltaba más que esto, para completar mi derrota — dijo el Sr. James Harthouse, tendiéndose en el canapé, con aire resignado, después de quedar un instante inmóvil como una estatua. — Mi vergüenza es completa. ¡Una pobre muchacha! ¡Un saltimbanqui! ¡James Harthouse machacado en el mortero!... ¡James Harthouse transformado en una pirámide ridícula! ¡Nada quemás e esto!

A propósito de la gran pirámide le vino le idea de dirigirse al Nilo. Cogió al punto una pluma y escribió á su hermano la siguiente esquela,

con garabatos propios de un jeroglífico y del asunto :

« Querido Jack. Todo concluye en Cokeville, me aburro demasiado, dejo la ciudad y voy á ensayar los camellos.

Tu af.<sup>mo</sup>, JEM. »

Llamó.

— Enviadme el criado.

— Se ha ido á la cama, señor.

— Decidle que se levante y prepare mis baúles.

Escribió dos esquelas más : una para el Sr. Bounderby, diciéndole que se marchaba de allí é indicándole el sitio donde podría encontrarle, durante quince días; la otra, en el mismo sentido, al Sr. Gradgrind. Aun no se había secado la tinta en los sobres, y él había ya dejado detrás suyo las largas chimeneas de Cokeville, instalado en un coche del ferrocarril, que iba disparado y relumbraba por el paisaje sombrío.

La gente moral supondrá tal vez que el Sr. James Harthouse sacó en lo sucesivo algunas reflexiones consoladoras del recuerdo de esta repentina marcha, pues constituía una de las acciones raras de su vida que compensase las demás y que le había servido de desenlace en

una cuestión enojosa. Mas no fué así. Únicamente sacó de ello el pesar íntimo de haber logrado sólo cubrirse de ridículo, el temor de los chismes que pudieren propalar los tunantes como él, si lo descubrían, es decir, un tormento más. De molo que ocultó precisamente con especial cuidado la acción más laudable de su existencia, si tuvo alguna, con la particularidad de que aun estaba avergonzado de ella.

## CAPÍTULO XXXI

### HARTO DECISIVO

Á despecho de un formidable constipado, de una afonía completa y continuos estornudos, que amenazaran, á cada momento, dislocar su majestuosa osamenta, la incansable Sra. Spar-sit persiguió á su principal, hasta que dió con él en la metrópoli; presentándosele con todo el esplendor de su dignidad personal, en el hôtel de Saint-James Street, y allí no pudo contener por más tiempo su cañón cargado hasta la boca, haciéndolo estallar como una bomba. Después de cumplir su misión con infinita alegría, aquella mujer, de sublime espíritu, cayó indispuesta en la espalda del Sr. Bounderby.



El primer cuidado de éste fué sacudirse y desembarazarse de ella, dejando que por sí misma se repusiera como pudiese de las diversas fases de su indisposición, en el suelo. Luego recurrió á los estimulantes más enérgicos, torciendo los dedos pulgares de la enferma, golpeando sus manos, rociándole la cara con agua y llenándole la boca de sal. Cuando, gracias á esas atenciones delicadas, logró hacer que la Sra. Sparsit volviera en sí y (no tardó mucho) el Sr. Bounderby la metió en un tren expreso, sin ofrecerle refrigerio alguno, y la llevó á Cokeville más muerta que viva.

Considerada como una ruina clásica, la Sra. Sparsit ofrecía un espectáculo interesante, al llegar al término de su viaje; pero juzgándola bajo otro punto de vista, el daño experimentado por ella resultaba excesivo y disminuía su derecho á la admiración pública. Sin pensar en el estado descompuesto de la ropa y en la salud de la dama, el Sr. Bounderby la metió en seguida en un coche y la llevó á Pedro-Loge.

— ¡Ah! Tom Gradgrind — dijo Bounderby, penetrando como un huracán en la habitación de su suegro, ya muy entrada la noche — ahí tiene V. á una dama... ya conoce V. á la Sra. Sparsit... que ha de decirle algo que le dejará mudo de estupefacción.

— ¿No ha recibido V. mi carta? — exclamó el Sr. Gradgrind, ante esa aparición inesperada.

— ¡No se trata aquí de su carta, caballero! — comenzó á vocear el Sr. Bounderby. — ¡Vaya un instante más precioso, á fe mía, para hablar de cartas! ¡Digo que venir ahora con cartas á Josué Bounderby de Cokeville, en la situación de espíritu en que se encuentra!

— Bounderby — dijo el Sr. Gradgrind, como amonestándole pacíficamente — hablo de una carta especial que le he dirijido sobre Luísa.

— Tom Gradgrind — replicó Bounderby, golpeando varias veces la mesa con la mano — yo también le hablo de una mensajera especial que ha venido á buscarme para tratar de un asunto referente á Luísa. Adelántese V., Sra. Sparsit.

Se volvió tan cargante la Sra. Sparsit y fueron tales sus muecas, al tratar de dar la pobre su testimonio, aunque sin poder emitir claramente una palabra, dado que se le había inflamado la garganta, que el Sr. Bounderby, fuera de sí, la cogió por el brazo y la sacudió.

— Si no puede V. hablar, señora — dijo Bounderby — deje que lo haga yo. No es muy á propósito el momento para que una dama, por distinguido que sea su parentesco, deje

oir hipos y cloqueos como si tragara bolas. Tom Gradgrind, hece poco que la Sra. Sparsit, aquí presente, sorprendió por casualidad una conversación al aire libre entre la hija de V. y un apuesto caballero, el Sr. James Harthouse, amigo de V.

— ¿De veras? — dijo el Sr. Gradgrind.

— ¡Ah! ¡sí, de veras! — exclamó el Sr. Bounderby — y en esa conversación...

— Es inútil que me la repita, Bounderby. Sé lo que ha ocurrido.

— ¿Lo sabe V? En este caso — dijo Bounderby, á quien irritaban la dulzura y la calma de su suegro — ya que sabe V. tantas cosas, quizá tampoco ignore donde se halla su hija en este momento.

— Sin duda. Está aquí.

— ¿Aquí?

— Querido Bounderby, me permito rogarle, en interés de todos, que modere esos arrebatos. Luísa está aquí. Desde que cesara la conversación con la persona á que alude V., y que deploro vivamente haberle presentado, Luísa se apresuró á venir aquí, para ponerse bajo mi protección. Pocas horas hacía que yo había regresado, cuando la recibí... aquí, en esta habitación. Fué á tomar en seguida el primer tren para Cokeville, corrió de la estación á casa de

su padre, en medio de una tormenta espantosa, y se me presentó en un estado parecido al de la locura. No he de añadir que desde entonces no ha salido de mi casa. En su interés y en el de V., le suplico que se calme.

El Sr. Bounderby miró á su alrededor en silencio, á todos los lados, menos al de la Sra. Sparsit; pero volviéndose bruscamente hacia la sobrina de Lady Scadgers, dijo á esta mujer desgraciada :

— ¡Ah! señora, mucho gusto tendremos en oír las excusas que crea V. conveniente hacernos, por haber recorrido el país á gran velocidad y sin otro equipaje que un despropósito, señora!

— Caballero — murmuró la Sra. Sparsit — Mis nervios y mi salud se hallan demasiado quebrantados, por haber servido á V., y no puedo hacer otra cosa que refugiarme en mis lágrimas.

Y así lo hizo.

— Pues bien, señora — dijo Bounderby. — Sin querer tratarla de distinto modo del que merece una señora de noble origen, voy á añadir otra palabra : creo que hay otro sitio en donde puede V. refugiarse, y éste es un coche. Y como el que nos ha traído aquí está aun en la puerta, me permitiré conducirle á él, para que vuelva V. á la casa de banca. Lo mejor que

podrá V. hacer, una vez allí, es poner los pies en el agua más caliente que pueda soportar, y tome V. un poco de ron con manteca hirviendo, cuando se halle en la cama.

En diciendo esto, el Sr. Bounderby alargó la mano derecha á la Sra. Sparsit y acompañó á esta afligida dama hasta el vehículo en cuestión, mientras ella soltaba por la calle más de un estornudo plañidero. No tardó él en volver á subir solo.

— ¡Ah! He conocido en su semblante, Tom Gradgrind, que V. quería hablarme, — repuso — héme, pues, aquí. Pero le advierto que no estoy de muy buen humor. Se lo digo francamente : no es cuestión ésta que me agrade, ni aún del modo que V. la ha referido ; y no considero que su hija me tratase nunca con el respeto y la sumisión que Josué Bounderby de Cokeville debía esperar de su mujer. Tiene V. sus ideas, y no lo pongo en duda ; pero ya sabe V. que yo también tengo las mías. Si el propósito de V. es decirme esta noche algo contrario á mi sincera confesión, vale más que nos despedamos ahora mismo.

Mientras el Sr. Gradgrind, como se ha visto, se mostraba conciliador, el Sr. Bounderby hacía todo lo posible por romper los cristales. Era ésta una particularidad, entre otras, de su carácter amable.

— Querido Bounderby — empezó el Sr. Gradgrind — en respuesta...

— Me permito expresarle — dijo el Sr. Bounderby — que no me gusta ser tan querido de la gente. Esto para empezar. Cuando se me manifiesta querer, observo casi siempre que es para sorprenderme ó chuleárseme. No le hablo de modo cortés; pero ya sabe V. que no lo soy. Si quiere V. cortesía, ya sabe donde la dan. Hay muchos caballeros, amigos de V., que le servirán este artículo tanto como quiera; pero yo carezco de su provisión.

— Bounderby — continuó el Sr. Gradgrind — todos estamos sujetos al error...

— ¿Yo creía que V. no podía estarlo nunca? — interrumpió Bounderby.

— Quizá también lo he creído yo. Pero repito que todos estamos expuestos al error; y le agradeceré la delicadeza de que me ahorre estas alusiones á Harthouse. Haré caso omiso, en nuestra conversación, de la intimidad de V. para con él y del estímulo que le daba; pero le suplico que no me impugne tampoco nada sobre este particular.

— ¡Ni siquiera lo he nombrado! — dijo Bounderby.

— ¡Bien, bien! — respondió el Sr. Gradgrind, con paciencia y casi con sumisión; y

quedóse reflexionando algunos instantes. —  
Boulderby, empiezo á dudar que nosotros hayamos comprendido bien á Luísa.

— ¿Qué quiere V. decir con *nosotros*?

— Pues bien, *yo*, si V. quiere — dijo el Sr. Gradgrind, replicando á aquella contestación brutal. — Dudo que haya comprendido bien á Luísa. Dudo que le haya dado por completo la educación que le convenía.

— Por fin, henos ahí— respondió Boulderby. — Estoy de acuerdo con V. sobre este punto. ¿Ha concluído V., al fin, por descubrirlo? ¡Educación! Voy á decirle lo que es la educación : poner á uno á la puerta ó castigarlo á media ración en todo, menos en los golpes. A esto llamo educación.

— Creo que su buen sentido le demostrará — dijo el Sr. Gradgrind, en tono de amonestación humilde, — que por mérito que tenga tal sistema, es difícil aplicarlo á las niñas en general.

— No lo veo en modo alguno, caballero — replicó el terco Boulderby.

— Bien — dijo el Sr. Gradgrind, suspirando. — No discutiremos este punto. Le aseguro que no tengo deseos de suscitar una controversia. Sólo quisiera reparar el mal, si fuese posible; y espero que me ayudará V. á ello cordialmente, Boulderby, pues he sido muy desgraciado.

— No le entiendo — dijo Bounderby, con obstinación afectada — y, por consiguiente, nada puedo ofrecerle.

— Me parece, querido Bounderby — prosiguió él Sr. Gradgrind, con el mismo acento humilde y propiciatorio — que he llegado á conocer el carácter de Luísa, en el intervalo de algunas horas, mejor que lo hiciera durante los años anteriores. Este conocimiento se me ha revelado por circunstancias penosas, y no puedo lisonjearme de haberlo hecho por mí mismo... Creo que Luísa reúne cualidades que... se olvidaron cruelmente ó se malearon. Y... yo quería decirle... si V. quisiera ayudarme, durante algun tiempo, para lograr que Luísa se restablezca animándola en sus buenos sentimientos naturales, á fin de que los desarrolle con ternura... esto... sería útil para la felicidad de todos. — Ya sabe V. — dijo el Sr. Gradgrind, ocultando el rostro en las manos — que siempre he preferido á Luísa, respecto á los demás.

El tempestuoso Bounderby se volvió de carmesí, al oír estas palabras, hinchándose de tal modo que podía temerse que se desplomara bajo la congestión : sus orejas eran de púrpura ardiente, y matizaron algunos tonos de carmesí. Logró, sin embargo, contener su indignación.



— ¿Quiere V. guardarla aquí — dijo — durante algún tiempo?

— Tenía... el propósito de aconsejarle, querido Bounderby, que permitiese á Luisa que se quedara aquí, temporalmente, para que la cuide Sissy, que V. conoce por Cecilia Jupe, pues ella la comprende y ha obtenido su confianza.

— ¡De lo cual deduzco, Tom Gradgrind — dijo Bounderby, levantándose, con las manos en el bolsillo — que existe, según V., *incompatibilidad de carácter* entre Luisa y yo?

— Creo que, en este momento, hay incompatibilidad general entre Luisa... y casi todas las relaciones sociales en que la he colocado — fué la triste contestación del padre.

— Escúcheme un instante, Tom Gradgrind — dijo Bounderby, mirándole en el rostro, con la tez siempre coloreada, las piernas separadas, las manos en el bolsillo y con los cabellos parecidos á un campo de trigo, que doblegase el vendaval. — Acaba V. de explicarse, y ahora voy á hacerlo yo. Soy un Cokeburgués; soy Josué Bounderby de Cokeville; conozco todos los rincones de la ciudad; conozco sus fábricas; conozco sus chimeneas; conozco su humo; conozco sus obreros; lo conozco todo al dedillo, y es visible y real. Pero cuando viene un hombre á hablarme de cualidades imagina-

rias, le digo siempre, quien quiera que sea, que le veo venir. Quiere comer sopa de tortuga y venado con cuchara de oro, deseando buenamente instalarse en un coche tirado por seis caballos. Esto es lo que quiere la hija de V. Ya que V. opina que debe dársela lo que quiera, le aconsejo que lo se dé V. mismo; y le advierto; Tom Gradgrind, que no lo alcanzará nunca de mí.

— Bounderby — dijo el Sr. Gradgrind — esperaba que hablaría V. de otro modo, después de la súplica que le he dirigido.

— Aguarde — replicó Bounderby — Ha desembuchado V. todo lo que quería decir, y le he escuchado hasta el fin. Ahora hágame el obsequio de oirme á su vez. Ha sido V. un modelo de inconsecuencia; pero no quiera ser con exageración un modelo de injusticia; pues aunque me duela ver á Tom Gradgrind en la situación que se encuentra, deploraría mucho más que fuese aún descendiendo. Ya que V. dice que existe incompatibilidad entre su hija y yo, voy á manifestarle, por mi parte, que es de las más graves y la resumo del siguiente modo : la hija de V. no sabe apreciar las cualidades de su marido. Su hija no siente bastante la honra de tal alianza... ¡No, por San Jorge! Y me parece que no voy con rodeos.

— Bounderby — objetó el Sr. Gradgrind — esto no es razonable.

— ¿De veras? — dijo Bounderby. — Me encanta oírle hablar de este modo. Ya que Tom Gradgrind, con las nuevas luces que le iluminan, pretende que lo que digo no es razonable, no he de saber más para creer que mis afirmaciones son sensatas. Con su permiso, voy á continuar. Conoce V. mi origen y sabe que, durante muchos años, no he necesitado calzador, puesto que no tenía zapatos para ponerme. ¡Pues bien! Apesar de ello (y es V. del todo libre en creerme ó no) hay señoras... señoras de noble origen... ¡caballero!... que besarían la huella de mis pasos.

Lanzó esta frase al rostro de su suegro, como un cohete.

— Mientras que la hija de V. — prosiguió Bounderby — no es de noble origen, y no necesito declarárselo. Me preocupan poco esas menudencias; pero ello constituye un hecho y le desafio, Tom Gradgrind, á que cambie un hecho. Y ¿ por qué le digo esto ?

— Temo que no es por tratarme con dulzura — observó el Sr. Gradgrind, á media voz.

— Escúcheme hasta el fin — dijo Bounderby — y no hable V. hasta que le toque el turno. Le digo esto porque hay señoras, pertenecientes

á familias distinguidas, que se han sorprendido de ver la manera como se porta su hija para conmigo. La insensibilidad de ésta las ha dejado estupefactas : se han preguntado como podia yo sufrirlo. Y esto es también lo que hoy me pregunto, y no lo toleraré más.

— Bounderby — dijo Gradgring, levantándose — Mejor será que no prolonguemos esta conversación.

— Al contrario, Tom Gradgrind, mejor será que la continuemos. Al menos — (fué esta la consideración que le indujo á pedirlo)... al menos hasta que haya dicho lo que me propongo; y luego podremos interrumpirla tan pronto como quiera. Vamos á un punto que tal vez simplifique la cosa. ¿Que queria V. decir con la proposición que me ha dirigido no hace mucho?

— ¿Qué quiero decir, Bounderby?

— Si, ese proyecto — añadió Bounderby con inflexible cabeceo.

— Espero que V. consentirá amablemente en que Luisa pase aquí una temporada de descanso y de reflexión, que tal vez produzca poco á poco en ella un alivio por varios conceptos.

— ¿Para hacer que desaparezcan las ideas de incompatibilidad? — dijo Bounderby.

— Puede V. hacer la pregunta en estos términos.

— Y, ¿dónde ha tomado V. esas ideas? — preguntó Bounderby.

— Temo, según le he dicho, que Luisa no ha sido comprendida. ¿Es pedir mucho, Bounderby, eso de que V., de más años que ella, me preste su ayuda para volverla al buen camino? Usted aceptó, casándose con ella, una gran responsabilidad. La tomó V. para el bien como para el mal...

Posible es que Bounderby no gustara de oír las mismas palabras que dirijiera á Esteban Blackpool; lo cierto fué que interrumpió en seco la cita litúrgica con un arrebato de cólera.

— ¡Vamos! — exclamó. — No necesito que me diga V. eso. Sé cómo la tomé, lo mismo que V. Esto no le importa, porque es de mi incumbencia.

— Quería observarle, Bounderby, que tanto V. como los demás estamos sujetos al error; y una ligera concesión de su parte, fundada en la responsabilidad que aceptó, no sólo sería un acto de bondad, sino una deuda que Luisa tiene el derecho de exigir.

— No es ésta mi opinión, — gruñó Bounderby. — Voy á terminar este asunto con arreglo á mi juicio. No quiero hacer de él un motivo de querrela entre nosotros, Tom Gradgrind. A decir verdad, creo que sería in-

digno de mi reputación querellarme por tan poca cosa. En cuanto al caballero, amigo de V., que vaya al diablo, si bien le parece. Cuando le encuentre en mi camino, le diré mi modo de pensar; si no le encuentro, no le diré nada, porque no vale la pena de molestarle por ello. En cuanto á la hija de V., que he convertido yo en la Sra. Lu Bounderby y que debía permanecer como Lu Gradgrind, si no entra en mi casa mañana, al mediodía, inferiré que prefiere quedarse en otro sitio y le enviaré su ropa y demás, para que pueda V. conservarla aquí en lo sucesivo. Respecto á la incompatibilidad que me obliga á poner este ultimatum, diré á todo el mundo : « Soy Josué Bounderby : me han educado de tal y cual modo ; la señora es hija de Tom Gradgrind y ha sido educada de tal y de cual manera ; pues bien, el vehículo no marchaba bien, con los dos juntos, y ha sido preciso desenganchar. » Creo, sin lisonjearme, que todo el mundo sabe que no soy un hombre ordinario ; y la mayoría de la gente comprenderá que, si no me va bien con una mujer, será porque ésta es más ordinaria que yo.

— Me permito suplicar á V. que reflexione antes de tomar semejante decisión, Bounderby, — insistió el Sr. Gradgrind.

— Me decido siempre al instante — dijo Boun-

derby, poniéndose el sombrero. — Todo lo que hago, lo hago *incontinenti*; me sorprendería que Tom Gradgrind hiciera tal observación á Josué Bounderby de Cokeville, conociéndole como lo conoce, si no debiera en lo sucesivo extrañarme todo lo de Tom Gradgrind, ya que acaba de hacerse partidario de una porción de tonterías sentimentales. Le he comunicado ya mi resolución, y nada más tengo que añadir. Servidor de V.

Dicho esto, el Sr. Bounderby fué á su casa de campo y se acostó. El día siguiente, á los doce de la mañana y cinco minutos, ordenó á sus criados que empaquetaran cuidadosamente los efectos de la Sra. Bounderby y que se los llevaran á casa de Tom Gradgrind; después hizo anunciar en los periódicos la venta de una casa de campo, por *convenio amistoso*, y volvió á llevar vida de soltero.

## CAPÍTULO XXXII

### PERDIDO

No se perdió de vista, sin embargo, el robo de la casa de banca; y el asunto, desde aquel día, ocupó el primer sitio en la atención del jefe

de aquel establecimiento. Para demostrar que no sin motivo se lisonjeaba continuamente de su prontitud y actividad, el Sr. Bounderby, en su calidad de hombre poco común, que debía su encumbramiento á sí propio; en su calidad de maravilla comercial, más admirable que la misma Venus que saliera del seno de las olas, al paso que él salió del seno del fango; el Sr. Bounderby tendía á demostrar lo poco que sus sinsabores domésticos disminuían su actividad industrial. Por consiguiente, durante los dos primeras semanas de su segundo celibato, movióse más que de ordinario y armó tal alboroto respecto al robo, que los agentes encargados de perseguir á los autores deseaban que no se hubiese cometido. No daban nunca con ellos. Habían perdido la pista. Aunque se mantuvieran tan tranquilos, desde que la noticia se divulgara, de modo que la gente creyera que las averiguaciones se habían abandonado por inútiles, nada nuevo se había descubierto. Cada uno de los culpables, hombres y mujeres, había huido del alcance de los polizontes. Ninguno de ellos había dado el menor paso que pudiera hacerles traición. Lo más sorprendente era que no se había oído hablar más de Esteban Blackpool, y la vieja también se hallaba rodeada de misterio.



Así estaban las cosas, sin que ninguna señal oculta indicase que debían ir más lejos, hasta que el Sr. Bounderby, viendo que las pesquisas no daban resultado, se decidió á dar un golpe atrevido. Redactó é hizo fijar un cartel, ofreciendo una recompensa de quinientos francos al que prendiera ó hiciera prender al llamado Esteban Blackpool, supuesto cómplice en el robo del banco de Cokeville, cometido la noche de . . . del mes . . . del año . . . , etc. Dió las señas del citado Esteban Blackpool, es decir, hizo una descripción minuciosa de su traje, de su tez, de su estatura aproximada y de sus maneras; explicó de que manera se marchara el obrero de la ciudad, indicando el sitio en que se le viera por última vez. El cartel se imprimió en grandes caracteres negros, sobre papel blanco, fijándose en todas las paredes de la población, por la noche, para que este aviso diera en los ojos de la población entera.

Aquella mañana las campanas de las fábricas tuvieron que doblar con violencia, para que acudiesen al trabajo los grupos de obreros que, apiñados ante los carteles, al despuntar el día, los devoraban con ojos ávidos, y los más ávidos no eran los de los que sabían leer, sino de los ignorantes: éstos, escuchando al amigo que leía en alta voz (siempre encontraban á alguno que

les prestara ese servicio), contemplaban los caracteres que decían tantas cosas con un terror vago y un respeto que hubieran parecido casi risibles, si el espectáculo de la ignorancia pública no estuviera siempre lleno de amenazas y de infortunios. ¡ Cuántas miradas y cuántos oídos se ocuparon aquel día en el asunto de los carteles, en medio del funcionamiento de las agujas, de la trepidación de los telares y del ron-ron de las ruedas! Y, cuando los obreros se dispersaron, no fueron menos los lectores de los carteles.

Slackbridge, el delegado, convocó para aquella noche á su auditorio. Había obtenido del impresor un cartel nuevo, que llevaba en el bolsillo. Oh amigos míos y compatriotas, trabajadores oprimidos de Cokeville, oh hermanos míos en humanidad y trabajo, oh conciudadanos, ¡ qué bullicio, cuando Slackbridge desdobló lo que él llamaba : « este documento infernal », y lo expuso á las miradas y á la execración de la comunidad obrera !

¡ Oh hermanos míos en humanidad, ved de lo que es capaz un traidor, que ha huido del campo de los grandes corazones, alistados bajo la bandera santa de la justicia y de la unión !  
¡ Oh amigos míos, queridos compañeros de humillación, que sufrís el yugo soberbio de la tiranía, vosotros á quienes el despotismo pisotea

en el polvo, donde os quisiera hacer arrastrar el vientre hasta el fin de vuestros días, como la serpiente del paraíso terrenal; oh hermanos míos, nada he de añadir, como hombre; oh hermanos míos ¿qué pensais *ahora* de Esteban Blackpool, con sus espaldas ligeramente encorvadas y su estatura de unos cinco pies y siete pulgadas, tal como nos lo ofrece este documento infamante, esta hoja de deshonor, este cartel pernicioso, este anuncio abominable? ¿Con qué indignación soberbia aplastareis la vibora? ¿Quién quisiera otorgar esa tarea y esa vergüenza á la sagrada raza que, felizmente, ha desterrado al infame y lo ha rechazado por siempre de su seno? Recordareis la noche en que se os presentó aquí; ya sabeis como, palabra por palabra, le perseguí en sus contestaciones tortuosas: ya sabeis de qué modo bajó la cabeza, volviéndose, yendo con rodeos y subterfugios, hasta el momento en que, no sabiendo ya de que pié cojeaba, se vió echado por mí de este recinto, siendo después señalado por el dedo del desprecio y quemado al hierro candente de todo espíritu serio y libre. Amigos míos, trabajadores, (pues me lisonjeo de tal estigma) vosotros que habeis levantado vuestra cama, dura pero honrada, con el fruto de vuestro trabajo, y no en el crimen, vosotros que ganais con el sudor

del rostro un pan insuficiente, aunque libre, ¿qué nombre merece, en vuestra opinión, ese vil cobarde, que se presenta ante vosotros sin careta y en toda su natural fealdad?... ¿Un qué?... ¡Un ladrón! ¡Un bandido! ¡Un prófugo! ¡Un proscrito, cuya cabeza se halla tasada! ¡Una úlcera para el carácter noble del tejedor de Cokeville! Por tanto, oh hermanos míos, que estais asociados en una santa obra, á la que vuestros hijos y nietos, aun antes de nacer, han prestado su conformidad, propongo en nombre de la Agregación del Tribunal Reunido, que mira siempre por vuestro bien, que se preocupa sin cesar de vuestros intereses, propongo en este meeting la siguiente declaración : que habiendo la comunidad de obreros de Cokeville renegado solemnemente de Esteban Blackpool, tejedor, á quien se alude en este cartel, no tiene nada que ver la misma con sus delitos vergonzosos, no siendo tampoco responsable, como clase social, de sus actos deshonorosos.

De este modo habló Slackbridge, rechinando de dientes y sudando como un buey. Algunas voces severas gritaron : « No », y otras, en número de unas cuarenta, apoyaron la oposición con gritos de : « ¡Escuchad! ¡Escuchad! » Hasta hubo un obrero que dirigió al conferen-

ciente la siguiente amonestación : « ¡ Slackbridge, vais demasiado lejos ! ¡ Moderaos ! » Pero eran sólo algunos pigmeos contra un ejército de gigantes ; la mayoría de la asamblea se avino á lo predicado en el evangelio de San Slackbridge, aclamándole por tres veces, mientras él, gesticulando y jadeante, permanecía de pie ante ellos.

No bien se echaron á la calle los obreros y obreras que tomaran parte en aquella reunión, Sissy, á quien llamaran poco antes, volvió al lado de Luisa :

— ¿ Qué hay ? — pregunto ésta.

— Esta aquí el Sr. Bounderby — contestó Sissy, pronunciando este nombre tímidamente — con su hermano el Sr. Tom y una joven que dice llamarse Raquel y á quien V. conoce.

— ¿ Qué quieren, Sissy ?

— Desean verla. Raquel tiene los ojos encendidos y parece que está muy irritada.

— Papá, — dijo Luisa (pues el Sr. Gradgrind se hallaba presente) — no puedo menos de recibirlos, por una razón que se explicará. ¿ Pueden entrar aquí ?

El Sr. Gradgrind no veía en ello inconveniente, y Sissy fué á buscar á los visitantes. Casi inmediatamente volvió con ellos. Tom fué el último en entrar, y quedóse en el rincón más oscuro de la estancia, cerca de la puerta.

— Señora Bounderby — dijo el marido, saludándola friamente — espero que no la molestaré. La hora no es muy adecuada, quizá. Esta joven dice cosas que hacen mi visita necesaria. Como el hijo de V., Tom Gradgrind, se obstina en guardar silencio, me he decidido á realizar esta confrontación.

— Usted me ha visto ya una vez, señora — dijo Raquel, poniéndose frente de Luisa.

Tom tosió.

— Usted ma ha visto ya una vez, señora — repitió Raquel, viendo que Luisa no contestaba.

Tom tosió de nuevo.

— Es verdad.

Raquel miró con altivez al Sr. Bounderby y repuso :

— ? Quiere V. manifestarnos, señora, donde nos vió y cuáles eran las personas presentes?

— Fuí á la casa en que se alojaba Esteban Blackpool, la noche en que lo despidieron de la fábrica, y allí ví á usted. Se encontraba también con ustedes una mujer vieja, la cual no habló y apenas la pude distinguir, pues se hallaba en un rincón oscuro. Me acompañaba mi hermano.

— !Cómo! ¿No podía V. decirnos esto antes, Tom? — preguntó Bounderby.

— Prometi á mi hermana no decirlo... (Luisa confirmó este aserto)... Por lo demás, — aña-

dió el mequetrefe, con amargura — lo explica ella tan bien y con tantos detalles... que hubiera sido lástima privarla de tal placer!

— Haga el favor de decirnos, señora — prosiguió Raquel — ¿por qué motivo fué V. á casa de Esteban Blackpool aquella desgraciada noche?

— Me daba lástima — replicó Luisa, sonrojándose mucho — y deseaba saber lo que se proponía, para prestarle mi ayuda.

— Gracias, señora — dijo el Sr. Bounderby — ¡Le estoy muy agradecido!

— ¿No le ofreció V. — preguntó Raquel — un billete de banco?

— Sí; pero él lo rehusó, y sólo pude hacerle aceptar cincuenta francos en oro.

Raquel volvió de nuevo los ojos hacia el Sr. Bounderby.

— ¡Sí, por cierto! — dijo Bounderby. — Reconozco que se confirman los puntos del cuento que me ha contado V., por ridículo é inverosímil que me pareciese al principio.

— Señora — dijo — se trata á Esteban Blackpool de ladrón en impresos que se han fijado al público en esta ciudad y, quizá, en otros sitios. Esta noche se ha celebrado un meeting para hablar de él en forma deshonrosa. ¡Esteban es el hombre más honrado, más franco y más bueno que en el mundo existe!

Cedió la indignación al dolor é interrumpióse ella con sus sollozos.

— Crea V. que lo deploro — dijo Luisa.

— ¡Oh, señora, así lo espero! — contestó Raquel. — Pero no sé nada. Ignoro lo que puede V. haber hecho. Ustedes no nos conocen, no se preocupan de nosotros ni se creen de la misma especie. No estoy segura del motivo que la llevó á casa de Esteban. No puedo decirle que haya venido V. con alguna intención secreta, sin pensar en el dolor y la desdicha que podía causar á aquel muchacho. Entonces le manifesté : « ¡Que Dios la bendiga, por haber venido! », y lo dije de todo corazón. ¡Parecía V. apiadarse tanto de su pena! ¡Más hoy no sé, no sé!

Viéndola tan fiel en su estimación por Esteban Blackpool y tan profundamente afligida, Luisa no tuvo ánimo de reconvenirla por sus injustas sospechas.

— Cuando pienso — dijo Raquel, en medio de sus sollozos — que el pobre chico estaba tan agradecido, creyendo que V. era tan buena para él ; cuando pienso que se llevó la mano al semblante fatigado, para ocultar las lágrimas á que le moviera tal acción... ¡Oh! sí, espero que lo deplora V., como dice, y que no tenga ningún motivo oculto para ello... ¡Mas no sé, no sé!



— ¡Vaya! Solo nos faltaba esto — aulló el mequetrefe, agitándose con desasosiego en su rincón scuro. — ¿Ha venido V. aquí para insultar á la gente? Merecería que la pusieran á la puerta, para aleccionarla. ¡Esto sería lo más justo!

Nada respondió ella, y sólo se oyó el murmurio de su llanto ahogado, hasta que el Sr. Bounderby se puso á hablar.

— Vamos — dijo. — Ya sabe V. lo que ha prometido. En vez de llorar, mejor será que piense en ello.

— Me da verguenza — dijo Raquel, enjugando sus lágrimas — que me hayan Vds. visto en tal estado; pero ya ha concluido. Señora, al leer lo que se ha impreso contra Esteban (una sarta de mentiras, como si las aplicaran á V.) me dirijí á la casa de banca, para manifestar que conozco el punto en que se halla Esteban y prometer que estará aquí dentro de dos días. No encontré al Sr. Bounderby, y el hermano de V. me despidió; después traté de ver á V. y, no pudiéndolo lograr, volví á mi trabajo. Al salir de la fábrica, he oído lo que se habla de Esteban; pero sé bien, y lo digo con orgullo, ¡que volverá para desautorizarlos! He ido, pues, de nuevo á casa del Sr. Bounderby, habiéndole, por fin, encontrado; le he dicho todo lo

que sé, él no me ha dado crédito y por ello me ha conducido aquí.

— Todo ello, hasta aquí, es muy exacto — convino el Sr. Bounderby con las manos en el bolsillo y el sombrero en la cabeza. — Pero no hace dos días que les conozco, á Vds, y, entendiéndolo V. bien, sé que no ocultan su lengua en el gaznate. Pero no se trata ahora de hablar, sino de obrar. Usted ha prometido hacer algo : pues bien, hágalo. Esto es todo.

— He escrito á Esteban por el correo de esta noche, como ya le he escrito una vez, desde que se marchó — dijo Raquel — y estará, aquí, lo mas tarde, dentro de dos días.

— Bien. Ahora yo voy á decirle una cosa — replicó el Sr. Bounderby. — También se la ha vigilado á V. de tiempo en tiempo, pues no se halla V. libre de la sospecha de complicidad en este asunto, por lo que dice el adagio de que *Dios las cria y ellos se juntan*. Tampoco se ha olvidado lo del correo. He de decirle que no es verdad que pasase por el buzón ninguna carta dirigida á Esteban Blackpool. Hágame el obsequio de decirme por donde ha podido pasar. A menos que V. misma se engañe y no le haya escrito nunca.

— Aún no hacía ocho días, señora — dijo Raquel, volviéndose á Luisa — que se había

marchado, recibí carta de él, la única que me haya escrito, diciéndome que tenía que buscar trabajo con nombre supuesto.

— ¡Ah! ¡Por san Jorge! — exclamó Bunderby, silbando. — ¡Cambia de nombre! ¡Diablo! ¡No es muy agradable eso para un personaje tan inmaculado! Ya sabe V. que los tribunales encuentran siempre sospechoso que un inocente haga uso de distintos nombres.

— ¿Qué quisiera V., señora — dijo Raquel, con lágrimas en los ojos — que quisiera V., en nombre del cielo, que hiciese el pobre chico? Tenía á los patronos contra él, de una parte, y los obreros de otra, á pesar de que pedía sólo trabajar en paz y vivir honradamente? ¿No puede un obrero tener una alma y una voluntad propias? ¿Es preciso que obre mal para con unos, ó para con otros, si quiere que no le hostiguen como á una liebre?

— Es cierto. Es cierto. Lo compadezco de todo corazón — respondió Luisa — y espero que se justificará.

— Respecto á esto, señora, puede V. estar segura de que sí.

— ¿Podemos estar seguros de ello, á pesar de que no quiera V. decirnos dónde se halla?

— Nada quiero hacer por que venga aquí de malgrado. Volverá espontáneamente, de su pro-

pia voluntad, para justificarse y dar un mentís á los que han querido mancillar su reputación, mientras él no podía defenderse. Le he dicho lo que se forja en contra suya — dijo Raquel, firme como una roca, ante las insinuaciones del Sr. Bounderby — y estará aquí, lo más tarde, dentro de dos días.

— Á pesar de lo cual — añadió el Sr. Bounderby. — Si antes se le echa mano encima, tendrá ocasión de disculparse inmediatamente. Por lo que á V. hace, nada tengo que decir en contra; es verdad lo que ha venido á V. á contarme; sólo que le he dado yo los medios de demostrarlo, y nada más. ¡Buenas noches tenga V.! Debo ir á examinar más á fondo este asunto.

Salió Tom de su rincón, no bien se moviera el Sr. Bounderby; le siguió, se puso á su lado y se alejó con él. La única frase de cortesía que pronunciara, antes de salir, fué un brusco « Buenas noches, papá. » Después de este lacónico discurso y de una mirada fosca á su hermana, abandonó la casa.

Desde que su áncora de salvación había vuelto á ella, el Sr. Gradgrind no hablaba mucho. Aun no había roto el silencio, cuando Luísa dijo dulcemente :

— Raquel, cuando me conozca V. mejor, no desconfiará de mí.

— No está en mi modo de ser — respondió Raquel, en tono más amistoso — desconfiar de nadie; pero cuando se desconfía tanto de mí... de todos nosotros... no puedo rechazar tales ideas. Le pido mil perdones por haberla ofendido. No pienso ya lo que decía hace poco. Y, sin embargo, puede ello repetirse, viendo la injusticia con que se trata al pobre Esteban.

— ¿Le ha dicho V. en la carta — preguntó Sissy — que se sospecha de él, según parece, por haber rondado delante de la casa de banca, al anochecer? Es un dato que puede serle útil para las explicaciones que debe dar á su regreso. De este modo, no le cogerán desprevenido.

— Sí, querida señora — respondió Raquel — aunque no pueda yo adivinar lo que pudo hacer allí. Nunca iba por aquel sitio. No era su camino, sino el contrario. Su camino era el mío, y éste no pasa por allí.

Sissy se había acercado á Raquel, preguntándole donde vivía, y si podría ir el día siguiente á su casa, para saber noticias de Esteban.

— Dudo — dijo Raquel — que pueda hallarse aquí antes de dos días.

— Entonces, volveré también pasado mañana por la noche — dijo Sissy.

Cuando Raquel se hubo marchado, después

de consentir en esta visita, el Sr. Gradgrind levantó la cabeza y dijo á su hija :

— Querida Luisa, jamás he visto á ese hombre, que yo sepa. ¿Crees tú que se halla verdaderamente comprometido en este asunto ?

— Llegué á creerlo, papá, con mucho pesar, pero ahora lo dudo.

— Es decir, que has hecho todo lo posible por creerle culpable, al ver las sospechas que sobre él recaían. ¿Qué piensas de su apostura y de sus maneras? ¿Su aspecto es honrado?

— Muy honrado.

— ¿Y esa Raquel, cuya confianza no vacila un momento? Me pregunto — dijo el Sr. Gradgrind preocupado — si el verdadero culpable ignora tales acusaciones. ¿Dónde está? ¿Quién puede ser?

Poco tiempo hacía que los cabellos del Sr. Gradgrind habían empezado á perder el color. Como apoyara su cabeza grisácea y su semblante envejecido en la mano, Luisa, con el semblante lleno de espanto y de piedad, fué á sentarse con apresuramiento al lado de su padre. En aquel instante sus ojos se cruzaron casualmente con los de Sissy. Ésta se sonrojó y se estremeció. Luisa llevó entonces un dedo á sus labios.

Á la noche siguiente, cuando Sissy comunicó

que Esteban no habia regresado, lo dijo en voz baja. Á la segunda noche, volviendo con la misma noticia, habló en voz misteriosa y espantada. Á partir de aquel cambio de mirada, no pronunciaron ellas más el nombre del tejedor, ni á él aludieron, cuando menos en alta voz. Siempre que el Sr. Gradgrind hablaba del robo, parecia como si quisiesen cambiar de conversación.

Transcurrieron los dos dias prefijados; pasaron, en junto, tres días y tres noches, sin que se presentara Esteban, sin que se oyera hablar de él. El cuarto día Raquel, cuya confianza seguía siendo inquebrantable, pues pensaba que se habia extraviado su carta, fué al despacho del banco á mostrar las cuatro líneas que recibiera de Esteban; en ellas daba éste su dirección, que era en una de las numerosas colonias obreras, algo separadas de la gran carretera, á unas veinte millas de distancia. Enviáronse mensajeros al indicado sitio, y toda la ciudad esperaba que Esteban sería conducido á ella al siguiente día.

Durante ese tiempo, no se apartó el mequetrefe un instante del Sr. Bounderby, como si fuera su sombra, acompañándole en todas sus diligencias. Estaba muy agitado, con una horrible excitación febril, mordiéndose los dientes en

la carne viva y hablando casi con tartamudeo. Algo había en su voz de enronquecido y sus labios estaban casi negros, como si hubiesen pasado por el fuego. Á la hora en que se esperaba al supuesto ladrón, se halló el mequetrefe en el andén del ferrocarril, apostando á que el obrero había desaparecido antes de que llegasen á él los mensajeros enviados, y que no se le vería más.

Tenía razón el mequetrefe. Los agentes volvieron solos. Había salido la carta de Raquel, y ésta fué reclamada en correos, y Esteban se había largado al punto. No se sabía más. No cabía duda para el espíritu de los cokeburgueses : se preguntaban éstos si Raquel había escrito realmente á Esteban para que viniese, ó si le avisó para que se escapase. Las opiniones estaban divididas sobre el particular.

Transcurrieron seis y siete días, y comenzó de nuevo otra semana. El miserable mequetrefe volvió á mostrarse á la gente con ánimo triste, desafiándola.

— ¡Ah! ¿Que aquel sospechoso individuo no era quizá el ladrón verdadero? ¡Bonita suposición, á fe mía! ¿Dónde, pues, se encontraba y por qué no volvía?

¿Dónde se hallaba? ¿Por qué no volvía? En medio de la noche sombría, el eco de estas



mismas palabras, que de día lanzara á diestra y siniestra, volvieron á resonar, á falta de Esteban, en el oído de Tom hasta el siguiente día.

## CAPÍTULO XXXIII

### POR FIN, SE LE ENCUENTRA

Transcurrieron un día y una noche, luego otro y otra, sin que compareciera Esteban Blackpool. ¿Dónde se hallaba y por qué no venía?

Sissy iba cada noche á casa de Raquel, sentándose á su lado, en la limpia habitación. Raquel trabajaba durante el día á más no poder, como acostumbra esa gente, á despecho de sus inquietudes. Poco se interesaban las culebras de humo en si alguien huía ó era arrestado, fuese un culpable ó un inocente : á despecho de lo que sucediere, no se apartaban de su existencia rutinaria ni los elefantes atacados de melancolía ni los partidarios de los hechos positivos. Pasaron un día y una noche, luego otro y otra, sin que nada nuevo fuese á interrumpir la monotonía cokeburguesa. La desaparición de Esteban Blackpool cobraba el aspecto de todas las cosas de Cokeville, convirtiéndose en un hecho

tan monótono como la maquinaria de cualquier manufactura.

— Apostaría — dijo Raquel — á que no hay en la ciudad veinte personas que crean en la inocencia de ese pobre muchacho.

Las dos jóvenes se hallaban sentadas en aquel cuarto, que sólo iluminaba el farol de la esquina de la calle. Como Sissy fué la primera en llegar, al anochecer, para aguardar á que la obrera regresara de su trabajo, la halló Raquel junto á la ventana, donde permanecieron luego las dos, pues no necesitaban de otra luz para esclarecer su triste plática.

— Si por desgracia no hubiese yo podido hablar con V. todas las noches — dijo Raquel — creo á veces que hubiera perdido el ánimo. Pero V. me devuelve la esperanza y el valor. ¿Verdad que está V. convencida, á pesar de las apariencias contrarias, de que logrará Esteban disculparse?

— Lo creo, Raquel — respondió Sissy — lo creo de todo corazón. Estoy tan convencida de ello, Raquel, que la confianza con que rechaza V. toda desanimación no debe engañarla, puesto que participo también de ella : no dudo de él, como si lo hubiera conocido durante el tiempo que V. le ha tratado.

— Y yo, querida mía, — dijo Raquel, con voz

temblorosa, — que le he visto durante tantos años, siempre resignado y fiel para lo bueno y probo, aunque no supiera nada de él y tuviera que aguardarle cien años, diría en mi último suspiro : « ¡ Dios conoce mi corazón; y sabe que no he dejado nunca de tener confianza en Esteban Blackpool! »

— En casa todos estamos convencidos, Raquel, de que tarde ó temprano se reconocerá su inocencia.

— Estoy cada vez más persuadida de elló, querida mía — dijo Raquel — y veo lo buena que es V. en dejar la casa, para venir expreso á consolarme, haciéndome compañía y exhibiéndose conmigo, cuando yo misma no dejo de estar libre de sospechas; por lo que cada vez más lamento las palabras de desconfianza que dirijí á la joven señora. Y, sin embargo...

— Ya no desconfía V. de ella, ahora, ¿verdad, Raquel?

— No, desde que V. me la hace ver con frecuencia. Pero no puedo evitar...

Hablaba en voz tan baja, como si lo hiciera para consigo misma, que Sissy, á pesar de hallarse junto á ella, tuvo que prestar mucha atención.

— No puedo menos de desconfiar de alguien. No acierto á descubrir quién sea, ni có-

mo ni por qué se obrara así; mas temo que alguien haya hecho desaparecer á Esteban. Imagino que, de venir espontáneamente á disculparse ante todos, hubiera comprometido á alguien y que, para evitarlo, ese alguien lo haya contenido y hecho desaparecer.

— Es horrible pensarlo — dijo Sissy, palideciendo.

— Sí, sí; horrible es pensarlo. ¡Figúrese V. que lo hayan asesinado!

Sissy se estremeció, volviéndose aún más pálida.

— Cuando me acude semejante idea, querida mía — dijo Raquel — y ello me ocurre con frecuencia, á pesar de lo que haga para rechazarla, y para ello cuento de uno á mil, mientras trabajo, ó recito las lecciones aprendidas en mi niñez; cuando me acude semejante idea, tengo fiebre y experimento la necesidad de andar á prisa durante algunas horas. De no hacerlo así, no puedo acostarme. ¡Vea! ahora la acompañaré hasta su casa.

— Quizás, al volver, ha caído enfermo — dijo Sissy, ofreciéndola un poco de esperanza, como había hecho ya excesivamente. — En tal caso, existen en el camino muchas poblaciones en que puede haberse apeado.

— Pero no hay ninguna en que pueda ha-

llarse. Se le ha buscado por doquiera, sin dar con él.

— Es verdad — respondió Sissy, con pesadumbre.

— Para el viaje á pie, sólo necesitaba dos días. Aun cuando se le cansasen las piernas, no se hubiera detenido, pues en mi carta le envié dinero para que tomase la diligencia, en caso de que le sobrara bastante para pagar su asiento.

— Esperemos que el día de mañana nos traiga mejores nuevas... Salgamos á tomar un poco de aire, Raquel.

Arregló ella cuidadosamente el chal de Raquel, sobre los cabellos negros y lucientes de ésta, como tenía costumbre de hacer la obrera. Espléndida era la noche, y algunos pequeños grupos de « Brazos » conversaban acá y allá, en la esquina de las calles : poca gente había en ellas, pues era ya hora de cenar.

— No se halla V. tan agitada, Raquel, y su mano está menos caliente.

— No bien empiezo á andar, me pongo mejor ; mas si no lo hago, se embrollan mis ideas y temo una indisposición.

— No conviene que se desanime V., Raquel ; pues se la puede necesitar, de un momento á otro, para defender á Esteban. Mañana es sábado y, si no tenemos noticia alguna,

¿quiere que el domingo por la mañana salgamos al campo? Esto le dará fuerzas para la semana siguiente. ¿Le parece bien?

— Sí, querida mía.

Entraban entonces por la calle del Sr. Bounderby. Sissy, para ir á su casa, tenía que pasar por allí; se dirigieron, pues, de aquel lado. Acababa de llegar á Cokeville un tren, que hizo poner á muchos carruajes en movimiento, y los viajeros, al dispersarse, produjeron cierta emoción en la ciudad. Algunos coches las hostigaban por delante y por detrás: se paró uno de modo tan repentino enfrente de casa del Sr. Bounderby, en el momento en que Sissy y Raquel pasaban por allí, que ambas volvieron la cabeza instintivamente. Á la luz de un mechero de gas y frente á la escalera que conducía á la casa del banquero, divisaron á la Sra. Sparsit, presa de una agitación violenta, esforzándose en abrir la portezuela del carruaje; y, al ver á las dos jóvenes, la dama les gritó que se parasen:

— ¡Qué coincidencia tan extraña! — exclamó la Sra. Sparsit, no bien el cochero la sacara del apuro.

— ¡Qué coincidencia más providencial!... ¡Salga, señora! — anadió acto seguido, dirigiéndose á alguien que se hallaba dentro del

coche — ¡ Salga, si no quiere que la hagamos salir á la fuerza !

Después de estas palabras, bajó del carruaje la misteriosa vieja en persona, encima de la cual puso la mano la Sra. Sparsit con apresuramiento.

— ¡ Que nadie toque á esa mujer ! — gritó la Sra. Sparsit, con energía — ¡ Que nadie la toque ! ¡ Me pertenece ! ¡ Entre, señora ! — añadió al punto, del mismo modo que le dijera antes « salga V. » — ¡ Entre, señora, si no quiere que lo hagamos á la fuerza !

La vista de una matrona de aspecto clásico, á punto de asir el pescuezo de una anciana y arrastrarla á una casa, hubiera en todo tiempo despertado la curiosidad de los desocupados ingleses, que se consideran felices si pueden presenciar tales espectáculos, y les hubiera hecho invadir la casa para ver el desenlace de tal asunto ; pero aumentado el atractivo de ello por la algarabía que se armara sobre el robo del banco, tan notorio y á la vez tan misterioso, era natural que los curiosos no pudiesen resistir la comezón de penetrar en la casa, aunque debiera hundirse el techo bajo sus pies. Por ello fué que el grupo reunido al azar, que se componía de unos veinticinco vecinos, de los más oficiosos, se empujó y corrió detrás de Sissy y de Raquel,

del mismo modo que éstas andaban con prisa detrás de la Sra. Sparsit y de su cautiva. Toda aquella gente se presentó, resueltamente, en el comedor del Sr. Bounderby, donde los rezagados no desperdiciaron la ocasión de subir á las sillas.

— ¡Digan al Sr. Bounderby que baje! — gritó la Sra. Sparsit. — Raquel, ¿conoce V. á esta mujer?

— Es la Sra. Pegler — dijo Raquel.

— ¡Creo que es la misma! — dijo la Sra. Sparsit, con aire de triunfo. — ¡Digan al Sr. Bounderby que baje! ¡Vamos, señores, hagan Vds. sitio!

En aquel instante la vieja Pegler, envolviéndose en el mantón y tratando de eludir las miradas, murmuró algunas palabras de súplica.

— ¡Está V. buena! — replicó la Sra. Sparsit, en alta voz. — Le he dicho ya veinte veces, durante el camino, que no la dejaría ir, sin entregarla antes á él mismo en persona.

En el ínterin apareció el Sr. Bounderby, acompañado del Sr. Gradgrind y del mequetrefe, con los cuales se disponía á celebrar una conferencia en el piso superior. La mirada del Sr. Bounderby manifestó un sentimiento de sorpresa, más que de hospitalidad, á la vista de los comensales, no invitados, que llenaban todo el comedor.



— ¡ Veamos! ¿ Qué significa esto? — preguntó — Sra. Sparsit, ¿ qué significa esto?

— Caballero — comenzó diciendo la digna ama de gobierno — doy gracias á mi buena estrella por haberme deparado la ocasión de traerle aquí á una persona que busca V. desde mucho tiempo ha. Estimulada en mi deseo de sacarle del ansia que le consume, caballero, y sin otro guía que los informes vagos sobre la supuesta localidad en que moraba esta vieja (informes suministrados por esta joven obrera, Raquel, que se halla aquí felizmente, para identificar á la culpable), he tenido la suerte de conseguir, caballero, que la persona de referencia viniera conmigo. . . muy á pesar suyo, no hay que decirlo. No es sin grandes molestias, caballero, que he cumplido esta delicada misión; mas la cuestión era prestar á V. un servicio, y no importan las molestias : á este fin, el hambre, la sed y el frío se convierten en verdaderas satisfacciones.

Calló la Sra. Sparsit; pues leía en el semblante del Sr. Bounderby una extraña mezcla de todos los matices y diversidades del chasco y de la importunidad, no bien se ofreció á sus ojos la Sra. Pegler.

— ¡ Veamos, señora! ¿ Es que se burla V. de mí? — fué la contestación inesperada, aunque

vigorosa, del Sr. Bounderby. — ¿Le pregunto nuevamente, señora, si quiere V. burlarse de mí?

— ¡Señor! — exclamó la Sra. Sparsit, con voz débil.

— ¿Por qué se mete V., señora, en lo que no le importa? — mugió Bounderby. — ¿No tiene V. bastante con sus quehaceres, que ha de meter su nariz oficiosa en los de mi familia?

Esta alusión malévola al rasgopreciado de su semblante, anonadó á la Sra. Sparsit. Cayó rígida y como petrificada en su asiento; y, dirigiendo al Sr. Bounderby una mirada estupefacta, se echó á raspar lentamente y uno por uno sus mitones, que estaban petrificados como ella.

— ¡Mi querido Josué! — exclamó la Sra. Peger, que temblaba mucho. — ¡Hijo mío querido! No debes enfadarte conmigo. No es por mi culpa, Josué. He dicho y repetido á esa señora que no te sería agradable lo que hacía, pero no ha querido escucharme.

— ¿Por qué ha dejado V. que la llevase aquí? ¿No podía arrancarle el gorro ó un diente, ó arañarla, ó hacerla cualquiera otra cosa? — preguntó Bounderby.

— ¡Querido hijo mío! Me ha amenazado con hacerme conducir aquí por los guardias, si me resistía. ¿No era mejor seguirla tranquilamente sin armar escándalo en una... (la Sra. Pe-

gler dirigió entonces una mirada tímida y á la vez satisfecha á su alrededor). . . casa tan bonita? ¡Te aseguro, en verdad, que no es por mi culpa, hijo mío querido, noble y digno! He permanecido siempre quieta y discreta, Josué, querido hijo mío. No he faltado á mi promesa. Nunca he dicho á nadie que fuese tu madre. Te he admirado de lejos, y he venido de tiempo en tiempo á la ciudad, con largos intervalos, para mirarte á escondidas y con orgullo: lo he hecho siempre de incógnito, querido hijo mío, y me he marchado inmediatamente.

El Sr. Bounderby, con las manos en el bolsillo, se paseaba impaciente, aturrullado, á lo largo de la mesa del comedor, mientras que los espectadores recogían ávidamente cada sílaba de las tiernas súplicas de la Sra. Pegler y abrían, también á cada sílaba, ojos más y más asombrados. El Sr. Bounderby continuaba aun paseándose, cuando la Sra. Pegler terminó su alocución. El Sr. Gradgrind, á su vez, se dirigió en estos terminos á la vieja señora, de la que tanto mal le dijeran:

— Me extraña, señora — dijo con tono severo — que se atreva V., en sus viejos años, á reclamar como hijo suyo al Sr. Bounderby, después de los tratamientos desnaturalizados é inhumanos que le ha infligido.

— ¡Yo, desnaturalizada! — exclamó la pobre Sra. Pegler. — ¡Yo, inhumana! Y ¿para con mi querido hijo?

— ¡Su querido hijo! — repitió el Sr. Gradgrind. — Sí, sí, le es á V. muy querido, ahora que se ha hecho rico gracias á sus esfuerzos, señora, no lo dudo; pero no le era tan querido, cuando en su niñez lo abandonó V. á la borra-cha de su abuela.

— ¡Yo, abandonar á mi Josué! — exclamó la Sra. Pegler, juntando las manos. — Que Dios le perdone, caballero, esas invenciones malévolas y las calumnias que dirige contra la memoria de mi pobre madre, que era tan buena y que murió en mis brazos antes de que Josué viniera al mundo. ¡Ojalá se arrepienta V. de lo que dice, caballero, y que Dios le conceda la gracia de vivir mucho tiempo, para que llegue á mejores sentimientos!

Estaba tan seria y tan indignada que, el Sr. Gradgrind, espantado por la sospecha que acudió á su mente, le preguntó con tono más suave:

— ¿Negará V. pues, señora, que su hijo... abandonado, al nacer, por su madre, fué... recogido del arroyo?

— ¡Josué en el arroyo! — exclamó la Sra. Pegler. — ¡Cómo! ¡Caballero! ¡Nunca! ¡De-bería V. avergonzarse de lo que dice! Mi hijo

sabe bien, y puede decirsele él mismo, que nació de padres pobres, pero que le quisieron con la ternura de los más encopetados y se impusieron muchas privaciones, para enseñarle á escribir y contar debidamente, en prueba de lo cual conservo aún sus cuadernos ! ¡ Ah, sí, los tengo ! — dijo la Sra. Pegler, con sublevado orgullo. — Mi hijo sabe bien, y él mismo puede manifestárselo, que al morir el bueno de su padre (Josué tenía entonces ocho años) la pobre viuda, como era su deber, supo también sacrificar sus gustos y orgullo, para hacerle seguir su camino y ponerle en aprendizaje. Y, si fué un buen aprendiz, halló también un buen patrón, que le ayudó á establecerse. De este modo llegó á enriquecerse, y diz que es muy rico... Debe V. saber, caballero... pues mi querido hijo no se lo dirá... que él no se ha olvidado nunca de su madre y, aunque posea ésta una tienda en un pueblo, me envía una pensión de ochocientos francos (que es más de lo que necesito, de suerte que aun ahorro algo), con la condición única de que permanezca en la aldea, de que no me alabe de ser su madre y no venga á aburrirme. Es lo que hago, aunque me llevo aquí de incógnito, para mirarle de lejos, una vez al año, sin que él lo sepa. Y tiene razón — dijo la Sra. Pegler, excusándole afectuosamente —

al desear que permanezca en mi pueblo; pues si estuviera aquí, no dejaría de cometer una infinidad de cosas inconvenientes, mientras que de este otro modo soy feliz: nadie me impide sentir el orgullo de tener un hijo como Josué, y así puedo quererle á mis anchas. Por V., caballero, me avergüenzo — dijo la Sra. Pegler, para terminar — de tales calumnias y de tales sospechas. Es la vez primera que entro aquí: no quería venir, ya que mi hijo no lo consintiera. No, por cierto, no me hubiera presentado, sino se me hubiese conducido aquí. ¡Vaya! Debiera V. avergonzarse; sí, debiera V. avergonzarse de la acusación de que he sido una mala madre, cuando mi hijo está presente aquí para desmentirlo.

Los espectadores colocados en pie sobre las sillas, así como los demás, dejaron oír un murmullo de simpatía á favor de la Sra. Pegler. El Sr. Gradgrind comprendió que había dado un paso en falso, cuando el Sr. Bounderby, que no interrumpiera su paseo y cuyo semblante se hinchara gradualmente y se volviera más y más colorado, se detuvo bruscamente.

— Á la verdad, no sé — dijo el Sr. Bounderby — por qué razón los señores aquí presentes han querido honrarme con su visita; mas no pido explicaciones: cuando se hallen Vds. satisfechos,

espero tendrán la bondad de retirarse; ó mejor será que, satisfechos ó no, se larguen Vds. cuanto antes. Me parece que esta noche no he de dar cátedra sobre mis asuntos de familia. No tengo en modo alguno ese propósito, ni lo haré. Los que aguardan explicaciones sobre este asunto quedarán defraudados en su esperanza, especialmente Tom Gradgrind, que es quien debe entenderlo así más que nadie. En cuanto al robo del banco, se ha padecido un error á propósito de mi madre. Si no se hubiese pecado por exceso de celo, ese error no se hubiera cometido y, por mi parte, repudio el exceso de celo. ¡ Buenas noches !

Aunque el Sr. Bounderby tomara así la cosa y se expresara con el aplomo de costumbre, algo de corrido había en su aspecto tempestuoso, que le daba un aire deplorable y extraordinariamente ridiculo. Convencido de ser un fanfarrón de humildad, de haber apoyado en mentiras su débil reputación y no haber respetado la verdad, con sus alardes jactanciosos, como si hubiera tenido la pretensión abyecta, entre las más abyectas, de atribuir su origen á una genealogía noble, desempeñaba el papel más torpe del mundo, mientras miraba por la puerta, que tenía de par en par abierta, para mayor comodidad, del modo como desfilaban aquellos visitantes

que, como él sabía, no dejarían de divulgar el incidente por toda la población; la catadura del pobre fanfarrón desconcertado no hubiera sido más ridícula, aunque le hubiesen cortado las orejas. La propia Sra. Sparsit, aunque hubiese caído de la cumbre de la alegría al cenegal de la desesperación, no se hallaba aún tan baja como aquel hombre poco ordinario, el supuesto hijo de sus obras, Josué Bounderby de Cokeville.

Raquel y Sissy, dejando que la Sra. Pegler tomara posesión de una cama en casa de su hijo, sólo por aquella noche, se dirigieron juntas hacia Pedro Loge y se separaron en la puerta. El Sr. Gradgrind las había alcanzado por el camino, habiéndoles hablado con interés de Esteban Blackpool, diciendo que la injusticia evidente de las sospechas recaídas sobre la Sra. Pegler debiera ejercer, por modo natural, una influencia favorable al obrero en el ánimo del público.

El mequetrefe, durante todo esta escena, no se separó un momento de Bounderby, á quien, por lo demás, no abandonaba desde algún tiempo. Tom creía que, mientras Bounderby no descubriera nada sobre él, nada tenía que temer. Por otra parte, no iba nunca á casa de su hermana y sólo la había visto una vez, desde que regresara, esto es, la noche en que siguió al Sr. Bounderby, como á su sombra, cual hemos ya referido.



El espíritu de Luisa abrigaba un temor sombrío y vago, del que no hablaba nunca, pero que envolvía con misterio espantoso á aquel joven perverso é ingrato. Igual pensamiento acudió á la mente de Sissy, y en la misma forma indecisa, cuando Raquel hablara de que el regreso de Blackpool podia quizá comprometer á alguien y que, por ello, lo hubiesen hecho desaparecer. Nunca dijo Luisa que sospechase de su hermano, en lo del robo, no habiéndose ella ni Sissy hecho tampoco confidencia alguna sobre el particular, de no ser por la expresión de la mirada cambiada el dia en que soñó el Sr. Gradgrind, con la cabeza gris apoyada en la mano; pero ambas se comprendían, y cada una de ellas leía en el pensamiento de la otra. Tan terrible era este nuevo temor, que se cernía en ellas como la sombra de un fantasma. No se atrevía Luisa á pensar que tal fantasma estuviera cerca de ella ó de su amiga. Lo mismo ocurría con Sissy.

Y, sin embargo, no abandonaba al mequetrefe el valor que llamara en su auxilio. Si el ladrón no es Esteban Blackpool, ¿por qué no se presenta éste? Veamos, ¿por qué no comparece?

Pasaron dos noches más y un día, sin que Esteban Blackpool regresara. ¿Dónde, pues, se hallaba y por qué no volvía?

## CAPÍTULO XXXIV

### CLARIDAD LUNAR

Al domingo siguiente Sissy y Raquel se reunieron temprano, para dar un paseo por el campo. Hermoso, claro y fresco era aquel día de otoño.

Como Cokeville no se contentase en cubrir de ceniza su misma cabeza, sino también la de la vecindad, al igual de los devotos que hacen penitencia y tratan de que lleven los demás el cilicio, los que deseaban respirar algunas bocanadas de aire puro (lo que no es, por cierto, la más criminal de las vanidades mundanas) tenían la costumbre de hacerse transportar en ferrocarril á algunas millas de distancia de las fábricas, antes de empezar su excursión campestre. Sissy y Raquel hicieron como las demás, para huir del humo cokeburgués, y se apearon en una estación que se hallaba á la mitad del camino entre la población y la casa de campo del Sr. Bounderby.

Aunque el paisaje verde estuviera manchado acá y allá por montones de carbón, completamente verde era en los demás sitios. Veíanse árboles; las alondras cantaban (sin saber que

durante el domingo está prohibido) (1); y el aire llevaba aromas deliciosos, siendo todo ello coronado por la bóveda azul que formaba el cielo reluciente. De un lado, en lontananza, Cokeville aparece como una masa de negra niebla; hacia más allá, empiezan las colinas á dibujarse; otro punto de vista se ofrece en el ligero cambio de la luz del horizonte, que brilla en el mar lejano; por la fresca hierba, que huellan sus pies, vese jugar la graciosa sombra del ramaje, que va obscureciéndola acá y allá; las hayas están llenas de hojas, y todo descansa. Las locomotoras, á la entrada de las minas, están tan tranquilas como los viejos caballos delgados en la hierba, después de practicar su trabajo diario en el suelo; las ruedas han dejado de rodar, durante algunas horas; sólo continúa su evolución la gran rueda del mundo, pero sin saltos ni ruido, como las de nuestros manubrios.

Se paseaban ellas por los campos y las avenidas sombreadas, escalando, á veces, las ruinas de un antemural, que se rompía, de tan podrido como estaba, al poner ellas el pie encima. Otras veces andaban por entre escombros de ladrillos y de vigas, medio ocultos bajo la hierba, los cuales correspondían al

(1) Alusión irónica al descanso dominical, entre los protestantes ingleses.

emplazamiento de una explotación abandonada. Seguían con preferencia los caminos trazados y los senderos, evitando los terraplenes en que la hierba era espesa y alta, donde crecían, confundidas unas con otras, la zarza y la grama, pues se contaban del país lúgubres historias acerca de los pozos viejos de las canteras, ocultos bajo engañosos indicios.

Era ya cerca del mediodía, cuando pensaron en descansar. Á nadie habían visto, ni de cerca ni de lejos, desde hacía buen rato. Nada interrumpía su soledad.

— Tan tranquilo es este lugar, Raquel, y parece tan poco frecuentado el camino por que hemos venido, que quizá seamos las primeras en hollarlo.

Mientras hablaba, Sissy se fijó en un pedazo de madera, que había por el suelo, roído trozo de alguna calzada antigua. Se levantó para examinarlo.

— Me parece — añadió — que no hace mucho tiempo que esto se ha roto. La madera está aún blanca en la parte que ha cedido... ¡Oh, Raquel!

Corrió hacia la obrera y le echó los brazos al cuello.

— ¿Qué hay?

— No sé. ¿No ves un sombrero abandonado en la hierba?

Ambas se adelantaron. Recogió Raquel el sombrero, temblando de pies á cabeza. Prorrumpió en lágrimas y sollozos : Esteban Blackpool había escrito su nombre en el forro.

— ¡Oh, pobre muchacho, pobre muchacho! Lo habrán asesinado; su cadáver no puede estar lejos.

— ¿Hay... Ve V. sangre en el sombrero? — balbuceó Sissy.

Permanecieron un rato sin atreverse á mirar, mas lo examinaron al fin, no viendo en él señal de violencia, tanto en el interior como en el exterior. El sombrero se encontraba allí desde hacía algunos días, pues estaba manchado por la lluvia y el rocío, viéndose la huella de su forma en la hierba dó se encontraba. Ambas mujeres miraron con espanto á su alrededor, sin moverse de su sitio, pero no vieron ningún vestigio más de Esteban.

— Raquel — murmuró Sissy — me adelantaré un poco sola.

Se había separado de ella y se disponia á dar un paso, cuando Raquel la estrechó en sus brazos, con un grito que retumbara á lo lejos, á través del paisaje. Delante de ellas, á sus pies, se hallaba el borde de un precipicio oscuro y escabroso, que la alta hierba escondía. Dieron un salto atrás y cayeron de rodillas, ocul-

tando cada una de ellas su semblante en el hombro de la otra.

— ¡Oh, señor! ¡Dios mío! ¡Está ahí bajo!  
¡Está ahí bajo!

Estas palabras, acompañadas de gritos terribles, fueron las únicas que pudo Sissy obtener primeramente de Raquel. Nada consiguieron las lágrimas, las súplicas y las reconvenciones. No se la podía hacer callar. Hubo que contenerla á la fuerza, pues de lo contrario se habría lanzado al pozo.

— ¡Raquel! ¡Querida Raquel! En nombre del cielo, no grite de ese modo. ¡Piense en Esteban, piense en Esteban, piense en Esteban!

Á fuerza de repetirle este ruego con fervor y angustia, Sissy logró que Raquel cesara en sus gritos; pero entonces la chica la miró con aire petrificado, como una estatua.

— Raquel, quizá Esteban vive aún. ¿Verdad que no quisiera V. dejarlo mutilado, en el fondo de ese espantoso precipicio, si pudiera auxiliarlo?

— ¡No, no, no!

— ¡Estése V. quieta, por amor de él! Deje que vaya yo á escuchar.

Al acercarse al abismo, se estremeció; pero se arrastró hasta el borde del mismo con las manos y de rodillas; y allí llamó á Esteban,

elevando la voz tanto como pudo. Aguardó, sin que ningún ruido contestase á su llamamiento. Llamó de nuevo y de nuevo aguardó : tampoco obtuvo respuesta. Volvió á empezar veinte y treinta veces. Cogió un terrón del otero en que tropezara Esteban y lo lanzó al abismo. No oyó siquiera que cayese.

El vasto paisaje, cuyo aspecto tranquilo la regocijara poco antes, infundió cierta desesperación en el alma valerosa de Sissy, cuando miró á su alrededor, al levantarse, sin ver socorro alguno al alcance de ella.

— Raquel, no hay que perder un instante. Es preciso que vayamos cada cual por nuestro lado, y llamemos en auxilio de él. Tome V. el camino por donde hemos pasado, y yo seguiré por el sendero. Diga á los que encuentre lo que ha sucedido. ¡Piense en Esteban, piense en Esteban!

En el semblante de su amiga leyó que podía fiarse de ella. Después de pararse un instante, para ver cómo corría, torciéndose las manos, Sissy se dirigió por su lado en busca de Esteban. Volvió á detenerse y ató su chal á un árbol, para reconocer el sitio ; y, tirando su sombrero, corrió como no corriera nunca en su vida.

— ¡Corre, Sissy, corre en nombre del cielo! No te detengas para cobrar aliento. ¡Corre, corre!

Animada en su carrera con estas súplicas, que ella misma se dirigía, corrió de pradera en pradera, de camino en camino, de lugar en lugar, como no corriera nunca en su vida, hasta que logró encontrar, junto á un edificio en construcción, á dos hombres que estaban tendidos á la sombra de un tinglado, durmiendo encima de la paja.

No era fácil despertarles y referirles el motivo de la diligencia, habida cuenta de como se hallaba ella emocionada y jadeante; mas no bien se hicieron ellos cargo de la cosa, se mostraron tan presurosos como ella. Uno de aquellos hombres dormía con sueño de borracho; pero al gritarle su compañero que había caído alguien en el pozo del Infierno, se levantó precipitadamente, se dirigió hacia un aguazal y allí remojó su cabeza, volviendo al punto desvelado.

Acompañada de estos dos reclutas, Sissy corrió hasta media milla más lejos, luego anduvo sola otra media milla, mientras los hombres tomaban una dirección diferente. Encontraron un caballo, y entonces encargó ella á un mensajero que llevara al ferrocarril y á galope tendido un telegrama para Luisa, que redactó y entregó al jinete. Toda la aldea estaba en conmoción; cada cual se daba prisa en buscar y reunir cabrestantes, cuerdas, pértigas, bujías,



linternas y otros objetos necesarios, para llevarlos al viejo pozo del Infierno.

Parecía á Sissy que habían transcurrido muchas horas, desde que dejara á Esteban en la tumba, dó se hallaba enterrado vivo. No pudo avenirse á permanecer lejos de él mucho tiempo; le parecía que ello significaba una deserción; volvió rápidamente sobre sus pasos, acompañada de media docena de obreros, entre los cuales iba el borracho, á quien la fatal noticia devolviera su serenidad, mostrándose el más servicial de todos. Cuando llegaron al viejo pozo del Infierno, se hallaba éste en el mismo estado de abandono en que lo dejara Sissy. Los obreros llamaron á Esteban y se pusieron á escuchar del modo que lo hiciera ella. Examinaron el borde del abismo y discutieron acerca de las circunstancias del accidente, sentándose luego en espera de los instrumentos que necesitaban.

El menor zumbido de insecto, el menor roce de hojas y la menor palabra dicha á media voz por los obreros, hacían estremecer á Sissy; pues se imaginaba oír cada vez un grito que salía del fondo del pozo. Mas el viento soplaba tranquilamente sobre el abismo, y de él no subía ruido alguno á la superficie; permanecieron todos sentados en la hierba, aguardando. Hacia un buen rato que esperaban, y empezaba á

reunirse á ellos gente desocupada, que se había enterado del accidente, cuando fueron allí, uno por uno, los que llevaban instrumentos de verdadera utilidad. Durante este intervalo, volvió Raquel de su excursión, y entre sus acompañantes iba un médico, el cual traía vino y medicamentos, bien que nadie creyese hallar vivo al desgraciado Esteban.

En vista de que eran ya bastantes los curiosos para proceder á los trabajos de salvamento, el obrero desvelado, ya se hubiese puesto á la cabeza de los demás por su propia iniciativa, ya que hubiese sido ello determinado por el consentimiento unánime de sus compañeros, formó un gran círculo alrededor del viejo pozo del Infierno, colocando centinelas en él, para guardarlo. Excepto los trabajadores voluntarios que se habían ofrecido, sólo admitió primeramente en el interior del círculo á Sissy y á Raquel. Sin embargo, también pudieron penetrar en él, una hora más tarde, después de recibirse el aviso de Sissy en Cokeville, el Sr. Gradgrind, Luisa, el Sr. Bounderby y el mequetrefe.

Cuatro horas hacía que el sol iba á su ocaso, desde que Sissy y Raquel se sentaran en la hierba por primera vez, cuando lograron disponer un aparato, con pértigas y cuerdas, que permitiese á dos hombres bajar en el pozo sin

peligro. La colocación y preparación de esa máquina, aunque sencilla en sí, había ofrecido grandes dificultades; se habían olvidado muchas cosas indispensables, por las que hubo que mandar un expreso á la aldea próxima. Eran las cinco de aquella hermosa tarde de otoño, cuando se hizo bajar una vela encendida al pozo, para ver si la atmósfera estaba demasiado viciada. Tres ó cuatro de aquellos semblantes rudos se apretaban uno contra otro en el borde del abismo, observando con atención la luz que el hombre encargado de correr el cabrestante dejaba hundir ó detenía, según las indicaciones de ellos. Cuando se hizo subir la vela, vióse que estaba aun encendida, difundiendo sólo débil claridad. Echóse entonces un poco de agua en el pozo, se enganchó el cubo y el obrero desvelado, en compañía de un camarada, se instaló en él con linternas y dió la orden de bajar.

Mientras se descorría la cuerda, tiesa y dura, mientras chirriaba el cabrestante por el esfuerzo, ningún hombre ni mujer de los doscientos reunidos allí respiraba libremente ó como de ordinario. Al fin subió de abajo una señal y el cabrestante cesó de dar vueltas. Había mucha más cuerda de la que se necesitaba. Pareció tan largo el intervalo durante el cual los

hombres del cabrestante permanecieron cruzados de brazos, que algunas mujeres declaraban que había ocurrido algún accidente. Pero el médico, que tenía el reloj en la mano, dijo que no habían transcurrido aun cinco minutos, encargándoles que se callasen. Apenas hubo hablado, el cabrestante se revolvió y de nuevo se puso en movimiento. Los ojos prácticos reconocieron que no daba vueltas con la misma pesadez que si hubiera levantado á dos obreros; uno de ellos debía haber quedado en el fondo del pozo.

La cuerda volvió á subir, tiesa y dura; el cadenaje se iba enrollando en el cilindro y todas las miradas permanecieron fijas en la abertura del pozo. El obrero desvelado saltó prestamente en la hierba. En grito general se le preguntó: « ¿Muerto ó vivo? » y se hizo al punto un silencio mortal.

— No bien respondiera: « ¡Vivo! » la gente prorrumpió en aclamaciones y muchos lloraron.

— Pero se ha lastimado mucho — añadió el obrero, no bien se pudo hacer oír nuevamente. — ¿Dónde está el doctor? Se ha hecho tanto daño, caballero, que no sabemos cómo subirlo.

Conferenciaron, fijándose la gente con inquietud en el semblante del médico, que hacía algunas preguntas y movía la cabeza al oír las

contestaciones. Empezaba el sol á declinar, y la roja claridad del crepúsculo iluminaba y mostraba la ansiedad de que todos estaban poseídos.

El resultado de la consulta fué que los obreros volvieron al cabrestante y el minero bajó nuevamente al pozo, llevando consigo el vino y algunos objetos pequeños. Entonces volvió á subir su camarada. Durante aquel intervalo, y siguiendo las instrucciones del médico, se trajo un cañizo sobre el cual se formó un lecho, con ropa y paja, mientras el médico preparaba vendas y aspas, con chales y pañuelos, colocándolos en el brazo del minero é indicándole la manera de hacer uso de ellos. Aquel valiente obrero, con el oído atento, con el semblante iluminado por la luz que tenía en la mano, apoyando la otra en un pedazo de maderamen y dirigiendo, á veces, una mirada rápida al fondo del pozo, no era el personaje menos notable de aquella conmovedora escena.

Llegó, sin embargo, la noche; y hubo que encender antorchas.

Por las pocas palabras que dijo el hombre á los que le rodeaban (pues pronto se formó un círculo entorno á él), parece que el obrero había caído sobre un montón de escombros, convertidos en polvo, y su caída había sido algo

atenuada por los terrones que se desmoronaban de las paredes. Yacía de espaldas, con la mano derecha detrás de él, y creía, por lo que recordaba, que no se había movido desde que cayera, habiéndolo sólo hecho para introducir su mano en el bolsillo, donde había metido pan y carne, de lo que había comido algunos mendrugos, y también para beber agua, de tiempo en tiempo.

Dejó el trabajo desde que le escribieron, dirigiéndose á la casa de campo del Sr. Boun-derby, en medio de la noche, cuando cayó. Si había atravesado aquel sitio peligroso de la comarca, á aquella hora tan intempestiva, fué porque se sentía inocente del delito que se le imputaba y se apresuraba á tomar el camino más corto, para entregarse á la justicia. El viejo pozo del Infierno, dijo el minero, en señal de maldición, quiere justificar siempre su mal nombre. Era de temer que, aun cuando hubiese hablado, Esteban no viviría mucho tiempo, pues tenía el cuerpo demasiado magullado.

Cuando todo estuvo dispuesto, y escuchadas las recomendaciones que le hicieron apresuradamente sus compañeros y el médico, el minero desapareció en el pozo antes de que funcionara el cabrestante. La cuerda se desenrolló como hiciera antes; se dió la señal desde abajo y el cabrestante cesó en sus vueltas. Esta vez

nadie se cruzó de brazos. Cada cual inclinó su cuerpo, estrechando el manubrio, disponiendo de modo que el cabrestante volviese en sentido inverso para atraer el cubo. Por fin se dió la señal y el círculo entero de trabajadores se inclinó hacia delante.

La cuerda funcionaba con tanta pendez, que les costaba mucho hacerla rodar, y el cabrestante gemía y se quejaba como un condenado. Apenas nadie se atrevía á mirar la cuerda, pensando que pudiese fallar. Mas fué enrollándose sin accidente por el cilindro, apareciendo la cadena y luego el cubo, á cada lado del cual se habian cogido los dos obreros (era un espectáculo que daba vértigo y oprimía el corazón), sosteniendo con ternura en sús brazos á una pobre criatura humana, cuyo cuerpo estaba destrozado y entortijado.

Un sordo murmullo de piedad surgió de la multitud, y las mujeres se echaron á llorar con desconsuelo, cuando lentamente separaron de la cubeta de hierro aquella forma humana, que casi no tenía forma, y que acostaron en el lecho de paja. El médico fué el primero en acercársele. Hizo lo que pudo para arreglar el cuerpo en la camilla, pero lo mejor fué abrigarlo suavemente. Hecho lo cual llamó á Sissy y á Raquel. Entonces vieron un semblante pá-

lido, descompuesto, dolorido, que miraba al cielo, y una mano quebrada que descansaba en la ropa que cubría el resto de su cuerpo, como si reclamase el apretón de alguna otra.

Le dieron algo á beber, le refrescaron con agua el semblante y le hicieron tomar algunas gotas de cordial con un poco de vino. Aunque siguiera mirando al cielo y permaneciera inmóvil, sonrióse y dijo :

— ¡Raquel!

Ella se arrodilló á su lado, en la hierba, y se inclinó sobre él, de modo que su semblante se colocó entre el cielo y los ojos del obrero, que no tenía la fuerza siquiera de volverlos, para mirar á su amiga.

— ¡Raquel! ¡Querida mía!

Ella le tomó la mano. Sonrió de nuevo y dijo :

— No la sueltes.

— ¿Sufres mucho, mi querido Esteban?

— He sufrido, pero ya no sufro. Sí, he sufrido un dolor horrible, atroz y duradero, querida mía... pero ya ha concluído. ¡Oh, Raquel! ¡Qué lodazal! Siempre el mismo lodazal.

El espectro de su mirada de otro tiempo pareció pasar por su semblante, al repetir esa palabra.

— Como se sabe, el pozo en que he caído, querida mía, ha costado la existencia á cente-



nares de hombres... padres, hijos, hermanos, que eran queridos por miles de seres, á quienes sostenían y de quienes aplacaban el hambre. El pozo en que he caído es más mortífero que una batalla, á causa del grisú. Leí esto en una solicitud de los mineros, donde todo el mundo puede leerlo; se suplica á los legisladores, en nombre de Cristo, que no permitan que el trabajo les asesine, sino que, por el contrario, los salven de tales accidentes, resguardándolos para sus mujeres é hijos, á quienes quieren tanto como los magnates pueden querer á los suyos. Cuando la mina se hallaba en explotación, mataba sin necesidad á la gente; y desde que la han abandonado, también la mata sin necesidad. ¡Ya veis que debemos morir siempre innecesariamente, de un modo ú otro, en este lodazal!

Dijo esto con voz dulce, sin cólera contra nadie y como testimonio simple á favor de la verdad.

— ¿No has olvidado á tu hermanita, Raquel? No es probable que la olvides ahora, ni que me olvides á mí, que voy á estar muy cerca de ella. Ya sabes cómo trabajaste por ella, pobre é infortunada amiga mía, cuando permanecía sentada durante todo el día en su pequeña silla, junto á la ventana, y cómo murió, joven y

diforme, víctima de ese aire insano, que bien pudieran purificar, no dejando que apeste en las tristes moradas de los trabajadores. ¡Te digo que es un lodazal! ¡Un lodazal por doquiera!

Luisa se le acercó; pero él no pudo verla, pues tenía el rostro fijo en el cielo estrellado.

— Si todo lo que nos toca á nosotros, pobre gente, no fuera un verdadero lodazal, querida mía, ¿hubiera tenido yo necesidad de venir aquí? Sin el lodazal en que nos metemos nosotros mismos, ¿no nos hubiéramos comprendido mejor mis compañeros y yo? Si el Sr. Boun-derby me hubiese conocido mejor... ó si no me hubiese conocido absolutamente... no se habría enfadado conmigo... Pero ¡mira allá arriba, Raquel, mira allá arriba!

Siguiendo la dirección de los ojos de Esteban, vió que éste contemplaba una estrella.

— Ha brillado sobre mí — dijo con respeto — en todos mis dolores y mis tristezas, desde que caí. Me ha iluminado hasta lo más profundo del alma. En fuerza de mirarla, Raquel, y de pensar en ti, he llegado á no acordarme más del lodazal. Como que la gente no me comprendió, tampoco yo comprendí á ella. Al recibo de tu carta, creí que la señorita, al venirme á ver, se había puesto de acuerdo con su hermano para fraguar un complot. Al caer,

senti cólera, y estuve á punto de ser tan injusto con ella como lo han sido conmigo y, sin embargo, hay que saber sufrir con resignación, ya en nuestros juicios, ya en nuestros actos. En medio de mi dolor y de mi pesadumbre, al fijar los ojos en el cielo... y ver el fulgor de aquella estrella..... me ha parecido ver claro, y mi deseo ardiente es que se aproximen todos unos á otros, tratando de comprenderse mejor que cuando me hallaba yo con ellos.

Luisa, con dulzura en sus palabras, se inclinó ante él, enfrente de Raquel, para que Esteban la viese.

— ¿Me ha oído V.? — preguntó Esteban, después de un instante de silencio. — No la he olvidado, señora.

— Sí, Esteban, le he oído. Y su deseo es también el mío.

— ¿Tiene V. padre?... Quisiera decirle algo.

— Está aquí — dijo Luisa con terror. — ¿Quiere V. que venga?

— Se lo agradeceré.

Luisa volvió luego con su padre. Cogidos de la mano, contemplaron ambos el semblante solemne del tejedor.

— Caballero, usted me disculpará y me rehabilitará ante los hombres. Le encargo de esta misión.

El Sr. Gradgrind se turbó y dijo que no comprendía bien.

— Caballero — respondió Esteban — su hijo se lo dirá. Pregúnteselo. No acuso á nadie : no quiero dejar detrás de mí ninguna acusación. Cierta noche vi y hablé á su hijo. Sólo pido á V. que me disculpe, y espero que lo hará.

Estando ya dispuestos algunos á transportar al herido y deseando ver el médico esta operación, se pusieron en marcha, á la cabeza de la camilla, los que llevaban antorchas y linternas. Antes de que se levantara el cañizo y mientras se preparaban para marchar, dijo Esteban á Raquel, sin dejar de mirar la estrella.

— Cada vez que he abierto los ojos y la he visto brillar sobre mí, en medio de mi dolor, he pensado si sería la estrella milagrosa del pesebre de nuestro Salvador. Apostaría á que lo es.

Se levantó el cañizo, y Esteban se alegró de creer que lo llevaban en dirección de la estrella.

— ¡Raquel, amada mía! No sueltes mi mano. Esta noche, querida mía, podemos pasearnos juntos, sin que nadie tenga qué decir por ello.

— No soltaré tu mano, y te acompañaré durante el camino.

— ¡Que Dios te bendiga! ¿Quiere tener alguien la bondad de taparme la cara?

Lo transportaron con cautela por los campos y las avenidas, á través del extenso paisaje. Raquel estrechaba siempre la mano de Esteban con la suya. Pocas palabras, y aun dichas en voz baja, interrumpieron el triste silencio de la multitud. Pero pronto ésta se convirtió en un cortejo fúnebre. La estrella había enseñado á Esteban donde se hallaba el Dios de los pobres ; y el operario fué á reunirse con el Redentor, en la mansión del reposo, por el camino de la humildad, del sufrimiento y del perdón.

## CAPÍTULO XXXV

### PERSECUCIÓN DEL MEQUETREFE

Antes de que se rompiera el círculo formado alrededor del pozo, desapareció uno de los personajes admitidos en él. El Sr. Bounderby y su sombra no se acercaron á Luisa, que daba el brazo á su padre, sino que se mantuvieron á distancia. Cuando el Sr. Gradgrind se aproximó á la camilla, por habersele llamado, Sissy, que prestaba atención á todo lo que ocurría, se deslizó detrás de aquella sombra perversa, cuyo semblante aterrado hubiera sido objeto de las miradas de todos, si éstas no se hubiesen ocupado

en el herido, y murmuró algunas palabras á su oído. Habló él un instante con ella, sin volver la cabeza, y desapareció. De este modo fué como el mequetrefe se salió del círculo, antes de que se pusiera en marcha la gente.

No bien entró su padre en casa, mandó recado á la del Sr. Bounderby, para que su hijo fuera á Pedro-Loge inmediatamente. Se le dijo que el Sr. Bounderby había perdido á Tom entre la multitud y, no habiéndolo visto más, suponía que se hallaba en casa de su padre.

— Creo, papá — dijo Luísa — que no volverá esta noche á Cokeville.

El Sr. Gradgrind volvió la cabeza y no dijo nada.

Á la mañana siguiente, se presentó él mismo en el Banco y, viendo que el puesto de su hijo se hallaba desocupado (no había tenido valor para ir á él en seguida), se dirigió por la calle al encuentro del Sr. Bounderby, que no debía tardar en llegar. El Sr. Gradgrind previno al banquero que, por razones que pronto le explicaría, rogándole que no se los preguntara de momento, creía necesario emplear á su hijo en otra parte, durante algún tiempo. Manifestóle asimismo que tenía la misión de rehabilitar la memoria de Esteban Blackpool y de declarar el nombre del ladrón. El Sr. Bounderby quedó

estupefacto, en medio de la calle, é inmóvil como un mojón, hinchándose como una bola de jabón, aunque estaba lejos de ser tan hermoso como éstas.

El Sr. Gradgrind volvió á su casa, encerrándose en sus habitaciones, donde permaneció todo el día. Al llamar Luisa y Sissy á la puerta, les respondió sin abrirla :

— Ahora no puedo recibiros, queridas mías ; aguardad hasta la noche.

Cuando volvieron al anochecer, les dijo :

— Aun no puedo veros. Hasta mañana.

Nada comió durante el día, y, al desaparecer éste, tampoco pidió luz. Le oyeron pasearse de un extremo á otro de su habitación, hasta hora muy avanzada.

Á la mañana siguiente, bajó á almorzar, á la hora de costumbre, ocupando su sitio en la mesa. Había envejecido. Se hallaba encorvado. Ofrecía, no obstante, un aspecto más tranquilo y feliz que cuando decia no reconocer en esta vida más que hechos. Antes de retirarse del comedor, señaló la hora en que podrian ir á verle Luisa y Sissy, y se alejó inclinando la cabeza.

— Querido papá — dijeron ellas, al acudir con exactitud á la cita — te quedan tres hijos : *yo misma*, con ayuda del cielo, acabaré por no parecerme á la de antes.

Alargó la mano á Sissy, como para decirla :  
Y también con tu ayuda, querida Sissy.

— ¿Crees que tu desdichado hermano premeditó ese robo — dijo el Sr. Gradgrind — cuando te acompañó al domicilio del pobre obrero?

— Temo que sí, papá. Sé que necesitaba dinero y que había gastado mucho.

— Al ver que Esteban Blackpool se alejaba de esta ciudad, su mala cabeza le debió sugerir la idea de hacer recaer las sospechas sobre ese desgraciado.

— Esa idea debió acudirle mientras estaba sentado allí, aguardándome; pues fui yo quien le insté para que viniese : la intención de la visita no partió de él.

— ¿Habló él con Esteban? ¿Lo hizo separadamente?

— Se lo llevó á fuera del cuarto. Después, al preguntarle yo el motivo, me dió algún pretexto más ó menos especioso; pero desde ayer noche, papá, al fijarme más detenidamente en las circunstancias de nuestra visita, aunque no acierte á explicarme la cosa, temí que debió ocurrir algo entre los dos.

— Veamos — dijo el Sr. Gradgrind — si tus temores te presentan á tu hermano en aspecto tan sombrío como á mí.

— Temo — dijo Luísa, vacilando — que



debió hacer á Esteban, quizá en su nombre, quizá en el mio, proposiciones que empeñasen al pobre hombre, con toda la inocencia y la honradez de su alma, á lo que nunca habia hecho, es decir, que fuera á aguardarle por los alrededores del Banco durante dos ó tres noches.

— Esto es evidente — dijo el Sr. Gradgrind.  
— No cabe duda.

Escondió el rostro y permaneció algunos minutos en silencio. Pero logró dominar su emoción.

— ¿Y cómo vamos á encontrarlo ahora? — dijo — ¿Cómo arrancarlo de la mano de la justicia? ¿Cómo encontrar á tu hermano, antes de que lo prendan los demás, en el corto espacio de tiempo que aun me queda para decir la verdad? Daría doscientos mil francos por obtenerlo.

— Sissy ha pensado en ello, papá.

Dirigió la mirada al sitio en que se hallaba Sissy, como si fuera el ángel tutelar de la casa, y le dijo con dulce acento de gratitud :

— ¡Siempre la misma, querida niña!

— Nuestros temores — respondió Sissy, mirando á Luisa — no datan de ayer ; pero al ver que llevaban á V. junto á la camilla y oir lo que le decía el obrero, pues me hallaba al lado de Raquel, me acerqué á Tom, sin que nadie lo notara, y le dije : « no me mire V. ;

hágalo del lado de su padre. ¡Le encargo que se marche en seguida, por él y por V.!» Temblaba ya, antes de que le diera este consejo, sobresaltándose aun más, y me respondió: «¿Dónde quiere V. que vaya? Tengo poco dinero, y no conozco á nadie que quiera esconderme.» Entonces pensé en el antiguo circo de mi padre. No he olvidado el sitio en que, durante este tiempo, da el Sr. Sleary sus representaciones y, además, estos días he leído un anuncio en los periódicos. Le he aconsejado, pues, que se dirigiera inmediatamente allí, dando su nombre al Sr. Sleary y diciéndole que le esconda, hasta mi llegada. «Estaré allí antes de que alboree,» me respondió y vi como se escurria de entre la gente.

— ¡Bendito sea Dios! — exclamó el padre. Quizá sea aún tiempo de hacerle marchar al extranjero.

La esperanza era tanto más justificada, cuanto que el punto adonde Sissy enviara á Tom se hallaba á tres horas de Liverpool, lo que facilitaba su huída á cualquier parte del mundo. Había que obrar con prudencia, al ir á reunirse con él, pues podían recaer sospechas sobre el joven, con mayor motivo si le daba al Sr. Bounderby por representar el papel de Bruto. Se convino en que Sissy y Luisa saldrían

solas y que el Sr. Gradgrind se uniría á ellas por otro camino. Se decidió que no se presentara él directamente al Sr. Sleary, para que no desconfiara ni indujera á su hijo á emprender la fuga, por temor de su padre : Sissy y Luísa se encargarian de preparar el terreno para la obligada entrevista. Una vez discutido este proyecto por los tres actores que debían desempeñar un papel en él, se dirigió el Sr. Gradgrind al campo, á primera hora de la mañana, para tomar el ferrocarril en que debía viajar. Por la noche las dos jóvenes salieron con destino al mismo punto, por otro camino, felicitándose de no encontrar en él á ninguna persona conocida.

Viajaron toda la noche, salvo durante los minutos de parada del tren en algunas estaciones; y se apearon al dia siguiente á una milla ó dos de la ciudad á que se dirijian. Tomaron allí un cabriolé y penetraron de incógnito en la población, á través de una infinidad de callejuelas, que eran la residencia habitual de los cochinos del país, constituyendo asimismo, aunque no tuvieran nada agradable ni magnifico, la carretera real de la comarca.

La primera cosa que vieron, al llegar á la ciudad, fué la armazón del circo Sleary. La compañía se habia marchado á otra localidad, que se hallaba á unas veinte millas más lejos,

pues allí los escuderos habían tenido que dar sus representaciones la noche precedente. La única vía de comunicación existente entre ambas ciudades era una carretera montuosa, que hacía algo difícil el camino. Aunque sólo se hubiesen detenido para almorzar apresuradamente y no tomaran otra comida, además de su inquietud; que no les permitía conciliar el sueño, no divisaron hasta el medio día siguiente los carteles anunciadores del circo Sleary, por las paredes y los tinglados, siendo ya la undada cuando se apearon en la plaza del mercado.

Al poner el pie en tierra, el pregón, con su trompeta, anunciaba una gran representación nacional, en la que debían tomar parte los escuderos y que iba pronto á empezar. Para no llamar la atención de nadie con preguntas en público, Sissy creyó más prudente tomar una entrada en la taquilla, por manera que, si el Sr. Sleary recaudaba el dinero, la reconociera fácilmente y obrara con discreción. De no ser así, lo encontrarían en el interior del circo, donde no dejaría de percatarse de ellas y de enterarlas discretamente de lo que hacía el fugitivo.

Se dirijieron, con el corazón palpitante, hacia el barracón tan conocido de Sissy. En él

se veía ya el estandarte, con la inscripción orlada de « CIRCO SLEARY », y también la garita, que no estaba, sin embargo, ocupada por el Sr. Sleary ; Maese Kidderminster, que había ya adquirido una madurez excesivamente terrestre, para que despertase en nadie la credulidad de que fuese Cúpido, cedió al imperio invencible de las circunstancias (y de su barba), después de haber asumido todos los papeles representables para atender á todas las exigencias del servicio, y se hallaba en aquel momento ocupado en la taquilla, con un tambor en reserva, para llenar sus ocios y emplear en él la parte supérflua de su fuerza. Examinaba con exceso el dinero que recibía, por temor de la moneda falsa, y no podía ver otra cosa. Por ello no reconoció á Sissy, al entrar ésta con su compañera en el circo, donde se hallaban ya.

El emperador del Japón, montado en un jamelgo viejo y pacífico, cuya piel blanca hermoseaban manchas negras, iba á hacer rodar cinco cubetas á la vez. (Como no se ignora, era ésta la diversión favorita de tal monarca). Sissy, aunque se familiarizó temprano con esta familia real, no conocía personalmente al emperador actual, cuyo reinado fué de los más placenteros. La Srta. Josefina Sleary, que debía aparecer en su gracioso ejercicio ecuestre de las

*Flores del Tirol*, fué anunciada por el payaso (que tuvo la buena ocurrencia de equivocarse, diciendo « ejercicio de las coliflores ») y se presentó el Sr. Sleary dando la mano á la Srta. Josefina.

No bien aplicara un latigazo al payaso y gritara éste: « Si lo repite V., le echo el caballo encima », el Sr. Sleary y su hija reconocieron á Sissy. No por ello dejaron de continuar el ejercicio con la mayor sangre fría; y el Sr. Sleary, aparte de su primera mirada, no dió más expresión á su ojo movable que la que ofrecía su ojo fijo. El ejercicio pareció largo á Sissy y Luísa, especialmente durante el último entreacto, dispuesto para que el payaso refiriera al Sr. Sleary, que respondía con calma á sus observaciones y tenía su ojo fijo en el público, la siguiente anécdota: « Dos pies, sentados sobre tres, se ocupaban en mirar á un pie, al presentarse cuatro pies, para apoderarse de uno; en vista de lo cual, se levantaron los dos pies, cogieron á los tres y los lanzaron á la cabeza de los cuatro pies, que huyeron con un pie ».

Aunque este chascarrillo no incluyera más que un modo ingenioso de presentar, en forma de alegoría, á un carnicero sentado en un escabel de tres pies, yendo un perro á quitarle un pie de carnero, exigió tanto tiempo

el relato y la explicación de ello, que el mismo se hizo muy pesado, en la inquietud que experimentaban Sissy y Luisa. Por fin la rubia Josefina hizo su reverencia, en medio de los aplausos del público, y el payaso, que se había quedado solo, se reanimó y dijo: « Ah! Ah! También yo, también yo ». Entonces dieron un golpecito á la espalda de Sissy y le hicieron signo de que saliera.

Llevóse á Luisa: el Sr. Sleary las recibió en una pequeña habitación, prohibida al público y que se componía de paredes de tela, de un pavimento de hierba y de un techo de madera inclinada, sobre el cual manifestaban su aprobación los espectadores del primer piso, pateando con ardor, como si hubieran querido pasar por él.

— Cecilia — dijo el Sr. Sleary, que tenía á su alcance un grog de aguardiente — ¡qué alegría ziento, al verte! Haz zido ziempre muy querida de nozotroz y creo que, dezde que te marchazte, noz haz honrado con tu comportamiento. Preciza que veamos á nueztroz compañeros, querida, antez de hablar de negocios; porque, zin ello, ze morirían de pezar, sobre todo laz mujerez. Jozefina ze ha cazado con E. W. B. Childerz, y tienen ya un chiquillo, el cual ze mantiene, á pezar de zuz trez años, encima del poney máz endiablado. Le llamamos

la pequeña maravilla de la equitación escolástica; y, si no oyez hablar de este niño en el circo de Aztley, será en caza de Franconi. ¿Te acuerdaz de Kidderminzter, á quien ze zuponía algo enamorado de tí? También ze ha cazado con una viuda, que podría ser zu madre. En zu tiempo bailaba en la maroma, pero ahora ya no baila en absoluto, porque ez tá demaziado gruezo. Tienen doz chiquilloz, de zuerte que con eloz y loz demáz ez tamoz bien proviztoz para representar obraz de mágia y exhibir prodigioz en ciérnez. Si viezez á nueztroz *Niños perdidos* en el bozque, con zu padre y madre, que mueren sobre un caballo, con zu tío, que loz toma bajo zu tutela sobre el caballo, mientras eloz mizmoz van á coger moraz sobre un caballo, hazta que el peti-rojo lez cubre de hojaz, así que mueren de hambre sobre un caballo, diríaz que ez la pieza más completa que hayaz vizto. ¿Te acuerdaz también de Emma Gordon, que fué para tí una madre? ¡Pardiez! No debía yo ziquiera preguntarlo. Puez mira : Emma perdió á zu marido. Cayó de espaldaz de encima de un elefante, representado al zultán de Indiaz en una especie de pagoda, y le costó la vida. Emma Gordon ze ha vuelto á cazar con un comerciante de quezo, que ze enamoró de ella dezde loz primeroz



palcoz ; y, como recauda el impueztó zobre loz pobrez, eztá en camino de hacer fortuna.

El Sr. Sleary, que respiraba con más dificultad que en otro tiempo, explicó todos estos cambios domésticos con mucha animación y, sobre todo, con una especie de inocencia maravillosa, que no debía esperarse de un veterano de caballería y de un viejo bebedor de grog, como él. Llevó allí inmediatamente á Josefina y E. W. B. Childers (cuyas mandíbulas parecían arrugadas, á la luz del dia) y á la pequeña maravilla de la equitación escolástica ; en una palabra, llevó allí á toda la compañía, y Luisa no podía salir de su sorpresa, al ver á todos estos extraños personajes, á estos acróbatas tan rosados y blancos de tez, tan avaros de faldas y tan pródigos de piernas, aún cuando daba gusto ver como se apresuraban en torno á Sissy, como natural era que ésta sollozara.

— ¡ Bien ! Ahora que Cecilia ha bezado á todoz loz niñoz, que ha eztrechado en zuz brazoz á todaz laz mujerez y dado apretonez de manoz á todoz loz hombrez, dezembarazad el techo todoz vozotroz y que loz múzicoz empiezen á tocar para el zegundo cuadro.

No bien se alejaran sus pupilos, prosiguió en voz baja :

— Ahora, Cecilia, no trato de dezecubrir nin-

gún secreto; pero supongo que la zeñorita ez...

— Es su hermana. No se engaña V.

— Y la hija del otro. Ezto ez lo que quería decir. ¿ Ezpero que el viejo caballero zigue bien?

— Mi padre no tardará en reunirse con nosotros — dijo Luisa, inquieta y con ansia de ir al grano. — ¿ Está seguro mi hermano?

— ¡ Zano y zalvo! — respondió Sleary. — ¿ Quiere V. dar una mirada al circo, zeñorita, por ezte agujero? Cecilia, ya zabez como ezto ze practica; ya encontrarás en otro zitio una grieta para tí.

Las dos mujeres miraron la sala, á través de las hendiduras de las tablas mal unidas.

— Ez *Jaime, el fanfarrón*, pantomima cómica é infantil — prosiguió Sleary; — el accezorio ez la caza donde debe refugiarze Jaime; y allí aparece mi payazo, armado de una cazuela y de un azador, puez representa el criado de Jaime; mirad al pequeño Jaime, con una ezpléndida armadura puezta, con doz negroz cómicoz, dos vecez más altoz que la caza, que eztan allí para traer y llevarze aquel accezorio; el gigante (que ez de mimbres y me ha coztado un precio fabulozo) no ha zalido aún. ¿ Loz ven Vdz. á todoz?

— Si, respondieron Luisa y Sissy.

— Zigan mirando — dijo Sleary — miren bien. ¿ Loz ven á todoz? Muy bien. Ahora, zeñorita...

Acercóles un banco, para que se sentaran.

— Tengo miz ideaz y el padre de V. laz zuyaz. No quiero zaber lo que ha hecho zu hermano; mejor ez que no lo zepa. Puedo decir que zu padre no ha abandonado á Cecilia y no olvido eztaz cozaz... El hermano de V. representa uno de eztoz negroz.

Luisa, dejó escapar un grito, que era de satisfacción y al mismo tiempo de bochorno.

— Ez un hecho — prosiguió Sleary — y, zin embargo, no hubieran Vdz. podido adivinarlo. Puede venir zu padre. Conzervaré aquí á zu hermano, despuéz de la representación. No lo deznudaré ni lo blanquearé ziquiera. Que venga, puez, zu padre, despuéz de la representación, ó venga V. mizma, y hallará aquí á zu hermano, con el cual podrá hablar á zuz anchaz, puez tendrán Vdz. todo el circo á zu dizpozición. No ze fijen en zu fizonomía, puez lo importante ez que no le reconozcan.

Luisa, después de dar muchas gracias, se sentó con el corazón más ligero y no quiso entretener al Sr. Sleary por más tiempo. Le dió un recuerdo afectuoso para Tom, y se alejó

con los ojos en lágrimas. Quedaron en que más tarde volvería con Sissy, hacia el medio día.

El Sr. Gradgrind llegó una hora después. No encontró una sola cara conocida; y estaba persuadido de que ahora, mediante el concurso del Sr. Sleary, su hijo deshonorado podría marchar á Liverpool aquella misma noche. Como ninguna de ellos podía acompañar al fugitivo, sin exponerse á que los descubriesen, por bien que se disfrazasen, el Sr. Gradgrind escribió de antemano á un corresponsal con quien podía contar, rogándole que embarcase al dador, á cualquier precio, en un vapor destinado á la América del Norte ó del Sud, adonde pudiera enviarsele al punto y en secreto.

Terminados estos preparativos, se pasearon por la población, en espera de que el circo quedara del todo desocupado, hasta que, no sólo los espectadores, sino los caballos y la compañía lo hubieren evacuado. Después de muchas idas y venidas, vieron como el Sr. Sleary tomaba una silla y se sentaba delante de una puerta contigua, fumando su pipa, para anunciarles que ya podían dirigirse a él.

— Zervidor de uzte, caballero — dijo con precaución, para distraer á la gente, saludando al Sr. Gradgrind, al penetrar los visitantes en el circo. — Zi me necezita V., me encontrará

aquí. Zu hijo ze ha puezto la librea cómica, pero no debe ezto apenarle, caballero.

Entraron, y el Sr. Gradgrind, desconsolado, se sentó en medio del circo y en la silla que utilizaba el payaso para sus ejercicios. En uno de los bancos del fondo, que parecía estar aun más lejos, gracias á la luz pálida de aquel extraño sitio, se hallaba el miserable mequetrefe, hurraño como de costumbre y que el Sr. Gradgrind tuvo desgraciadamente por hijo.

Llevaba un vestido medioeval, que se parecía bastante al de un suizo, con gran eflorescencia de adornos, además de un chaleco inmenso, unos calzones cortos, zapatos con bucles, llenos de agujeros, y un tricornio estupendo. Nada de ello se le ajustaba, estando el traje hecho de tela basta, roída por las potillas y agujereada. En su semblante se advertían cicatrices blancas, en los sitios donde el miedo y el calor diluyeran la capa grasienta con que le embadurnaran las facciones. El Gradgrind no hubiera creído, antes de verle con sus ojos, que existiera nada tan vergonzoso, triste, detestable y ridículo como aquel mequetrefe, en su librea cómica; y, sin embargo, era un hecho bien visible. Y pensar que llegara á eso uno de sus hijos modelos.

Al principio, el mequetrefe no quería acer-

carse; se obstinaba en permanecer en el gallinero. Cedió, por fin, á las instancias de Sissy (pues renegaba en absoluto de Luisa), bajó de banco en banco, gradualmente, hasta que permaneció de pie en el serrín, del picadero, al extremo del circo, á la mayor distancia del punto en que el Sr. Gradgrind se hallaba sentado.

— ¿Cómo ocurrió eso? — preguntó el padre.

— ¿Cómo ocurrió eso? — respondió el hijo con mal humor.

— Sí, ese robo — dijo el padre, alzando la voz.

— Yo mismo forcé la caja, por la noche, antes de salir del despacho, y la dejé entreabierta. Tiempo hacía que habia encargado la llave falsa. La tiré al dia siguiente á la calle, para que creyeran que otros la habian utilizado. No tomé todo el dinero de una sola vez; fingi hacer el arqueo todas las noches. Ya lo sabe V. todo.

— Si el rayo hubiera caido ante mi — dijo el padre — no me hubiera asombrado más.

— No veo, sin embargo, lo que hay de sorprendente en ello — gruñó el hijo. — Entre la gente que desempeña cargos de confianza, siempre hay quien abusa. Este es el problema y la solución que le he oído á V. repetir veinte veces como principio fijo. ¿Acaso puedo yo

algo contra los principios? ¿Acaso consuela V. á la gente con el raciocinio, papá? Pues bien : consuélase V. de igual modo.

El padre escondió el rostro en sus manos, y el hijo permaneció en pié, con su disfraz vergonzoso, mordiendo una brizna de paja; sus manos, que en la palma estaban casi desteñidas, se parecían á patas de mico. El dia declinaba rápidamente; y el mequetrefe, de tiempo en tiempo, volvía la blancura de sus ojos hacia el lado de su padre, con expresión de fastidio y de impaciencia. Era aquella la única parte de su rostro que conservara expresión, dada la capa espesa de pintura que cubría su semblante.

— Tienes que ir á Liverpool, y embarcarte para el extranjero.

— Sé que no tengo otro remedio. Por lo demás, no sé que pueda llevar en otro sitio una vida más miserable que la que llevo en éste, desde que tengo uso de razón — dijo el mequetrefe, lloriqueando. — Algo es.

Fué el Sr. Gradgrind á la puerta y volvió con el Sr. Sleary, á quien preguntó.

— ¿Cómo haremos para que marche ese mal sujeto?

— Ya he penzado en ello, caballero. No hay tiempo que perder, debiendo decir *zi ó no* inmediatamente. De aquí al ferrocarril hay zeiz

teguaz; zaldrá un coche dentro media hora; para conducir loz equipajes al tren, que lo llevará directamente á Liverpool.

— Pero mirele — gruñó el Sr. Gradgrind. — ¿Qué coche querrá...

— No quiero que viaje con la librea cómica — interrumpió el Sr. Sleary — diga V. una palabra y, con mi almacén de trajes, le transformo en Periquín en menos de cinco minutos.

— No comprendo, — dijo el Sr. Gradgrind.

— En carretero, zi quiere V. Dígalo, caballero. Zerá precizo que ze mande á búzcar cerveza. Nada hay como ella, para blanquear á un negro cómico.

Apresuróse el Sr. Gradgrind en aceptar; el Sr. Sleary apresuróse en elejir una blusa, un sombrero de fieltro y otras prendas, que se hallaban dentro de un baúl; el mequetrefe se apresuró en cambiar de atavíos, detrás de un telón de sarga; y el Sr. Sleary se apresuró, otra vez, en ir á buscar cerveza y blanquear á su negro.

— Ahora — dijo — venga al coche y salte con presteza al imperial. Le acompañaré hasta el despacho de billetes, y creerán que forma V. parte de mi compañía. Despídase de su familia, y no se entretenga.

Dicho esto, el Sr. Sleary se retiró por delicadeza.



— Aquí tienes una carta — dijo el Sr. Gradgrind. — Se te facilitará todo lo que necesites. Y veremos si, con el arrepentimiento y una mejor conducta, logras desvirtuar la acción abominable que has cometido y que ha tenido consecuencias tan fatales. Dame la mano, pobre hijo mío, y que te perdone Dios como yo te perdono.

El culpable, conmovido por las palabras y el acento de su padre, estuvo por derramar algunas lágrimas mezquinas. Pero cuando Luisa abrió sus brazos, la rechazó de nuevo.

— Tú no; nada tengo ya que ver contigo.

— ¡Oh! Tom, Tom, es así como me dejas, después de haberte querido tanto.

— ¡Después de haberme querido tanto! — replicó él con dureza. — ¡Vaya un querer! Plantar allí al viejo Bounderby y despedir al Sr. Harthouse, á mi mejor amigo, para volver á casa de tu padre, en el momento en que yo corría mayores peligros. ¡Vaya un querer! Y cuenta que habíamos ido allí, cuando tu me veías en el amasadero. ¡Vaya un querer! Di antes que me has hecho traición, sencillamente. Por otra parte, tú nunca has sentido afecto por mí.

— ¡Listo! — dijo Sleary desde la puerta.

Salieron todos, empujándose los unos á los otros. Luisa gritaba á Tom que le perdonaba y

que le seguía queriendo ; que algún día deploraría haberla dejado de aquel modo, sintiéndose feliz, más tarde y lejos de ella, al recordar lo que acababa de decirle.

El Sr. Gradgrind y Sissy, que se hallaban delante de Tom, mientras su hermana trataba de conmoverlo, se pararon y retrocedieron repentinamente.

Bitzer estaba delante de ellos, jadeante, con sus delgados labios entreabiertos, con sus blancas cejas temblorosas, con su pálido semblante mas pálido que de ordinario, como si una correría, que dá color á los demás, tuviese la virtud de quitarle el suyo. Estaba allí, sudoroso y sofocado como si no se hubiera detenido desde la tarde, ya lejana, en que persiguiera á Sissy.

— Mucho siento desbaratar los planes de Vds — dijo Bitzer, moviendo la cabeza. — Pero no puedo dejarme meter la mano por escuderos ; héle ahí en blusa, y debo cojerlo.

Y hasta se creyó, á lo que parece, en la obligación de cojer á Tom por el pescuezo, para mayor seguridad, y así lo hizo.

## CAPÍTULO XXXVI

### RASGO FILOSÓFICO

Al punto de entrar en el barracón, empezó Sleary por cerrar la puerta, con objeto de impedir que los intrusos penetrasen en el interior. Bitzer, que seguía teniendo cogido por el pesquezo á su prisionero, que estaba paralizado de miedo, permanecía en medio del circo ecuestre mirando, con ojos parpadeantes, á su antiguo principal, que estaba casi perdido en la obscuridad del crepúsculo.

— Bitzer, — dijo el Sr. Gradgrind muy abatido y en tono de sumisión humilde. — ¿No tienes corazón?

— La circulación, caballero — replicó Bitzer, que no pudo menos de sonreír á esta pregunta, por lo extraña que le parecía — la circulación de la sangre no podría existir sin él. No hay nadie, caballero, por poco familiarizado que esté con los hechos establecidos por Harvey, respecto á la circulación de la sangre, que dude de que yo tenga corazón.

— ¿Es el tuyo accesible al sentimiento de la compasión? — dijo el Sr. Gradgrind, con voz suplicante.

— Es accesible á la razón, caballero, — res-

pondió el discípulo de los hechos — y á nada más.

Ambos interlocutores se miraron; el semblante del Sr. Gradgrind era tan blanco como el del espía.

— ¿Qué motivo... y hasta diré qué motivo razonable puedes tener para impedir la huida de este desgraciado muchacho — dijo el Sr. Gradgrind — y para torturar á su desgraciado padre? Mira á su hermana. ¡Tén piedad de nosotros!

— Caballero — respondió Bitzer, con tono decidido y lógico. — Si me pregunta V. por qué quiero llevar al joven Tom á Cokeville, soy demasiado razonable para no decírselo. Desde el primer día sospeché que Tom era el autor del robo de la casa de banca. No le quitaba ya ojo, ni aun antes, pues advertía ya su conducta. Guardé mis observaciones para mí; pero esto, desde luego, no impidió que continuara en ellas, y hoy tengo una colección extensa de pruebas contra él, descontando su escapatoria y su confesión, que he llegado á tiempo de poder oír. Tuve ayer el gusto de vigilar su casa, por la mañana, y le he seguido hasta aquí. Voy á llevar al joven Tom á Cokeville, para entregarlo á manos del Sr. Bounderby. Estoy persuadido, caballero, de que el Sr. Bounderby me hará

ascender y me otorgará la plaza del joven Tom. Yo deseo francamente obtener esa plaza, caballero, pues ella me hará bien quisto en el mundo y me dará provecho.

— Si no se trata más que de interés personal... — empezó por decir el Sr. Gradgrind.

— Dispense que le interrumpa, caballero — replicó Bitzer — pero no ignora V. que todo el sistema social reside en una cuestión de interés personal. A éste es al que, ante todo, debe consultarse. De tal modo se domina á la gente. El hombre se ha hecho así. Era muy joven cuando se me catequizó de esta manera, como ya sabe V.

— ¿Qué cantidad aceptaría V. á cambio del ascenso que ambiciona? — preguntó el Sr. Gradgrind.

— Le agradezco mucho — replicó Bitzer — la proposición indirecta que se sirve V. hacerme; pero estoy resuelto á no aceptar indemnización alguna de esa índole. Como conozco los principios prácticos de V., he previsto ya que me propondría V. semejante cosa: he hecho ya mis cálculos y considero como más seguro y ventajoso para mí que me asciendan en el banco, y no vender mi silencio á un ladrón, por cualesquiera suma que se me ofrezca.

— Bitzer, — dijo el Sr. Gradgrind, extendiendo los brazos, como para decir; *miren cuán*

*desgraciado soy!* — Bitzer, sólo me queda un medio para conmoverte. Estuviste muchos años en la escuela que fundé. Si en memoria de todos los cuidados que se te prodigaron, pudieses olvidar un momento tu interés personal y dejar á mi hijo, te suplico que lo hagas.

— En verdad que me extraña, caballero — replicó el ex-discípulo, que era muy hábil en sus réplicas — que tome V. en la controversia una posición que no es posible defender. Mi educación se pagó; fué un contrato pasado, que quedó cumplido al dejar yo la escuela.

Principio fundamental de la filosofía del Sr. Gradgrind era éste de que todo trabajo merece su salario. Nadie debe dar nada, bajo ningún pretexto, ni ayudar á nadie, gratuitamente. Debe abolirse el agradecimiento como todas las virtudes que de él derivan. Cada centímetro de existencia de los hombres, desde el nacimiento hasta la muerte, debe ser una compra ó venta que se concierta y paga al contado. Y, si por tal camino no llegamos al cielo, será porque éste no es un sitio político económico, en el que tengamos nada que hacer. Convengo en que mi educación no me costó mucho — añadió Bitzer — pero ¿qué prueba ello? Si me fabricaron con baratura, no es ello razón para que yo no trate de hacerme pagar lo más caro posible.

Al llegar á esta parte de su discurso, Bitzer quedó algo desconcertado por las lágrimas de Sissy.

— No lloren Vds de ese modo, se lo ruego — dijo — porque esto sólo servirá para irritarme. Crean Vds que tengo ojeriza al joven Tom. No hay nada de ello. Sólo por los motivos razonables que acabo de exponerles, quiero llevarlo á Cokeville. Si trata de resistir, gritaré... ¡al ladrón! ; pero no opondrá resistencia : pueden Vds estar convencidos de ello.

El Sr. Sleary, que escuchara estas doctrinas con atención profunda, con la boca abierta y ambos ojos fijos, se adelantó á su vez.

— Caballero — dijo al Sr. Gradgrind — ya sabe V. lo mismo que zu hija (puezto que ze lo he dicho) que ignoraba lo que el hijo de uzted habia hecho y que no trataba de zaberlo, puez me figuraba que ello zólo conzistiria en una bagatela. Pero á la verdad, como eze joven declara que ez cueztión de robo en un banco, ezo ze vuelve zerio, demaziado zerio para que pueda entenderme con uzted, como indica ezte joven rubio. Por conziguiente, caballero, no debe uzted enfadarze conmigo, zi me pongo al lado de eze joven rubio y zi digo que tiene razón y que no hay medio de zalir de ahí. Pero, voy á decirle lo que puedo hacer por uzted, caballero ; engancharé un cabriolé y llevaré á zu hijo y á eze

joven rubio á la eztación, para evitar un ezcándalo. No conziento á máz, y zólo haré ezo.

La deserción del último amigo que les quedara provocó nuevas lamentaciones de parte de Luisa y causó al Sr. Gradgrind una aflicción aún más profunda. Pero Sissy, mirando alternativamente al Sr. Sleary, no se engañó sobre la verdadera intención del director. Al dirijirse todos hacia la puerta, este último honró á la joven con un ligero movimiento de su ojo errante: era éste un modo de indicar á Sissy que permaneciese un instante detrás. Cerrando entonces la puerta con llave, le dijo con mucha animación :

— Tú patrón zigue ziendo tu amigo, Cecilia, y lo zerá en adelante. Por lo demáz el joven rubio ez un canalla, el cual pertenece á eze bruto orgullozo que miz pupiloz estuvieron á punto de echar por la ventana. Hoy la noche zerá muy ozcura. Tengo un caballo que lo hace todo, menoz hablar; tengo una jaca que trola quinze millaz por hora, cuando Childers la conduce; tengo un perro que tendrá clavado á un hombre en zu zitio durante veinte y cuatro horaz conzecutivaz. Di doz palabraz al oido del zeñorito. Dile que no tema el vuelco, cuando el caballo empiece á bailar, y que aceche la llegada de un tilburi arraztrado por una jaca. Dile que



zalte á tierra tan pronto como vea acercarse eze tilburi, puez la jaca le hará recobrar lindamente el tiempo perdido. Zi mi perro permite zólo que el joven rubio ponga el pie en tierra, podrá ir á Roma. Y zi mi caballo se mueve antez de mañana por la mañana del zitió en que haya empezado á bailar, no lo conoceré... Vamoz, lizto.

Se movieron con tal presteza, que al cabo de diez minutos el Sr. Childers, que rondaba por la plaza del mercado con zapatillas, había recibido ya la consigna y el tiro del Sr. Sleary estaba ya dispuesto. Era un espectáculo interesante ver como el perro sabio ladraba entorno al vehiculo, mientras el Sr. Sleary, con un simple movimiento de su ojo móvil, recomendaba á Bitzer á la atención particular del inteligente cuadrúpedo. Llegada la noche, subieron los tres viajeros al carruaje y se pusieron en marcha; el perro sabio, animal de talla formidable, había dejado fascinado á Bitzer en su sitio y no se alejaba de la rueda, junto á la cual se hallaba sentado, para estar mejor dispuesto á echarse encima de él, en caso de que mostrase la menor veleidad de poner el pie en tierra.

El Sr. Gradgrind y las dos mujeres pasaron la noche velando en el hotel. Al dia siguiente, á las ocho de la mañana, el Sr. Sleary y el perro se presentaron juntos y alegres.

—Todo va bien, caballero—dijo el Sr. Sleary.  
— El hijo de uzted ze ha embarcado ya indudablemente. Childerz fué á recibirlo por el camino, á media hora de aquí. El caballo bailó la polka, hazta que no ze pudo tener máz zobre laz piernaz (de no eztar enganchado, habría bailado el valz) y luego le dije una palabra al oído, con lo que ze echó á dormir como un bienaventurado. Al querer continuar zu camino á pie el canalla, eze joven rubio, el perro le cogió de la corbata, con laz cuatro piernaz al aire; lo derribó y lo echó zobre loz adoquinez. Luego volvió á zubir, y no ze movió hazta que he hecho cambiar ezta mañana al caballo de determinación.

Desde luego se comprenderá que el Sr. Gradgrind le colmara de bendiciones, dándole á entender, con suma delicadeza, que estaba dispuesto á manifestarle su agradecimiento por medio de alguna importante cantidad.

— No nezezito dinero para mí, caballero; pero Childerz ez padre de familia y, zi quiziera V. ofrecerle un billete de ciento veintecinco francos, quizá hallaría aceptable el ofrecimiento. Ademáz, zi quiere V. regalar un collar al perro y un cabezal con cazcabelez al caballo, lo tomaré de buena gana.. ¡El grog lo tomo ziempre!...

Habia ya pedido un vaso de él y encargaba otro.

— Zi no fuera rezultar demaziado pedigüeño, caballero, le propondría que diera una comilona á la compañía, á cuatro francoz por cabeza (dezcontando al perro), y ezto lez agradaría mucho.

Dijo el Sr. Gradgrind que estaba dispuesto á dar tales muestras de agradecimiento; las estimaba muy exiguas, según manifestaba, para semejante servicio.

— Muy bien, caballero. En ezte cazo, zi encarga V. una función, ziempre que pueda, á los zaltimbanquiz que encuentre, nozotroz zeremoz entonces zuz deudorez. Antez de irme, zi lo permite zu hija, caballero, quiziera decirle doz palabraz.

Luisa y Sissy se retiraron á la habitación contigua; el Sr. Sleary, mientras bebia su grog, prosiguió en estos términos :

— Caballero, no necezito decirle que el perro ez un animal zorprendente.

— Su instinto — dijo el Sr. Gradgrind — tiene algo de maravilloso.

— Llámele V. como quiera... pero que me ahorquen zi zé darle algún nombre — dijo Sleary. — Ez zorprendente el modo como el perro encuentra á uno... y el camino que hace por ello...

— Su olfato — dijo el Sr. Gradgrind — es muy seguro.

— Que me ahorquen, zi zé cómo llamarlo — repitió Sleary, moviendo la cabeza. — Pero vi á un perro que vino á encontrarme, como zi hubieze ido á un amigo y le preguntara: « ¿No conocería V., por casualidad, á un individuo llamado Zleary? ¿Un individuo llamado Zleary, que tiene un picadero... hombre un tanto gordo... de mirada despierta? » Y que el amigo le conteztaze: « A la verdad, no puede lizonjearme de conocerle perzonalmente, pero zé que hay un perro capaz de haberle encontrado. » Y ezte perro, al zer konzultado, reflexionaría un momento y diría. « ¿Zleary? ¿Zleary? Ezpera... ¡Ah zí, pardiez! Alguien me ha hablado de él, no ha mucho tiempo. Puedo zaber zu direccíon en un peztañear. Como me mueztro tan á menudo en público, y he zeguido tantoz paízez, zé que tiene infinidad de perroz que me conocen, caballero...

Estas reflexiones dejaban estupefacto al Sr. Gradgrind.

— En todo cazo, — prosiguió el Sr. Sleary, después de mojar sus labios en el grog, — hará unoz catorce mezez que dimoz representacionez en Chezter. Preparábamoz la ezcena de loz *Niños perdidoz en el bozque*, cuando llegó un perro al circo, por la entrada de loz artiztaz. Venía, al parecer, de lejoz, y zu eztado era laz-

timozo, puez cojeaba y á duraz penaz veía. Al principio ze dirijió á loz niñoz, olfateándoloz uno por uno, como zi buzcara á alguno que conocieze; luego vino hacia mí, hizo un ezfuerzo y ze levantó zobre zuz pataz trazeraz, débil como eztaba. Dezpuez movió la cola y murió... ¡Caballero, aquel perro era Pata-alerta!

— ¡El perro del padre de Cecilia!

— El perro viejo del padre de Cecilia. Puez bien, caballero : conociendo como conozco á eze perro, juro que no hubiera venido á encontrarme, zi zu dueño no hubieze fallecido... y no eztuvieze ya enterrado... Jozefina, Childerz y yo hablamos mucho de ello, preguntándonoz zi debiamoz ó no ezcribir á V. Quedamoz en que *no*. Nada bueno teniamoz que comunicar. ¿Para qué, puez, atormentar el ezipiritu de Cecilia y hacerla dezgraciada? De modo que no ze zabrá zi Jupe abandonó cobardemente á zu hija ó zi prefirió morir zolo, antez que azociarla á zu mizeria... ¡No lo zabremoz bien, caballero, hazta que conozcamoz como loz perroz ze laz componen para venir á encontrarnoz!

— Sissy, ha conservado la botella que le dió su padre, para alejarla, y mientras viva creerá que la abandonó por el afecto que le tenía — dijo el Sr. Gradgrind.

— Ezto noz prueba doz cozaz ¿verdad, caba-

llero? — dijo Sleary con aire meditativo, mientras con los ojos sondeaba las profundidades de su grog. — La primera demuestra que en el mundo existe un amor que no es en modo alguno de interés personal, sino cosa muy distinta; y la otra prueba un modo de calcular ó de no calcular que es tan difícil de definir como la inteligencia de los perros.

El Sr. Gradgrind miró por la ventana, sin responder. El Sr. Sleary vació el vaso y llamó á las señoras:

— Mi querida Cecilia, abrázame y hazta más ver. Zeñorita, es un espectáculo muy hermoso ver que trata V. á Cecilia como á una hermana, en la que tiene V. confianza y que honra de todo corazón. Espero que su hermano viva y se haga digno de V., procurándole alguna felicidad. Caballero, venga un apretón de manos por vez primera y última. No sea V. duro con nosotros, pobres vagabundos, que también hay que divertirse. No siempre se ha de estudiar ni trabajar. El mundo no se hizo para ello exclusivamente. Ustedes tienen la *obligación* de aceptarnos, caballero. Obre, pues, caritativa y prudentemente y trate de sacar partido de nosotros, en vez de despreciarnos. No hubiera creído nunca — añadió el Sr. Sleary, sacando de nuevo la cabeza por la puerta, para

soltar esta peroración, — que yo hubiese podido representar un buen pâyazo.

## CAPÍTULO XXXVII

### FINAL

No es sin peligro, cuando se vive en la esfera de un hombre fatuo y violento, el permitirse ver antes que él algo que le interese. El Sr. Bounderby no perdonó jamás á la Sra. Sparsit la audacia de tomarle la delantera y de haber pretendido saber más que su principal en sus negocios. Indignado en extremo por el descubrimiento triunfal que hiciera, al poner la mano sobre la Sra. Pegler, pensó de tal modo en esa despreocupación increíble en una persona de la posición subalterna de la Sra. Sparsit, que la culpa de la governante de su casa aumentó extraordinariamente á sus ojos, formando una como bola de nieve. El Sr. Bounderby pensó, finalmente, que el despido de esa mujer bien nacida le permitiría decir: « Era una señora emparentada con familias nobles y queria que yo apencara con ella; más yo no quise y la he puesto á la calle. » Lo encontraba

muy provechoso : se desharía de ella, para vanagloriarse después, y castigaría así á la Sra. Sparsit por sus inconveniencias.

Orgullosa con esta gran idea, el Sr. Bounderby fué á merendar, sentándose en el comedor de otro tiempo, en el que se hallaba su retrato. La Sra. Sparsit estaba sentada junto al fuego, con el pié en su estribo de algodón, sin sospechar nada de lo que iba á ocurrirle.

Después del asunto Pegler, esa distinguida dama volvió á cubrir con un velo de melancolía y arrepentimiento la piedad que le inspiraba el Sr. Bounderby. A consecuencia de este cambio de ánimo, tenía costumbre de asumir un aire de tristeza, no bien distinguía al Sr. Bounderby, lo que no dejó de simular en aquel momento, para recibir mejor á su amo.

— ¿Qué hay, señora? — preguntó el Sr. Bounderby en tono rudo y seco.

— Por Dios, caballero — respondió la Sra. Sparsit. — Espero que no va V. á comerse mi nariz.

— ¡Comerme su nariz! Señora — repitió el Sr. Bounderby — ¡su nariz!

Daba á entender, por lo que juzgó la Sra. Sparsit, que se trataba de una nariz desarrollada con exceso, para tal aventura. Después de esta contestación insultante, el Sr. Bounderby cortó



un pedazo de pan y tiró con cierta violencia el cuchillo por la mesa.

La Sra. Sparsit quitó el pié del estribo, diciendo :

— ¡ Señor Bounderby!

— ¿Qué, señora? — replicó el Sr. Bounderby. — ¿Por qué me mira V. de ese modo?

— ¿Me permite que le pregunte, caballero — dijo la Sra. Sparsit. — si tiene V. motivo para mostrarse tan irritado esta mañana?

— Sí, señora.

— ¿Me permite suplicarle que me diga — prosiguió aquella mujer, ofendida, — si tengo la desgracia de haber causado á V. ese mal humor?

— ¡Vaya! le diré una cosa, señora — dijo Bounderby. — No he venido aquí para ser un juguete. Por bien nacida que sea una mujer, no debe permitirse fastidiar y atormentar á un hombre como yo, que no puedo tolerarlo.

El Sr. Bounderby creyó necesario ir derechamente al grano, para evitar que, si dejaba surgir una discusión sobre detalles, perdiese la partida.

La Sra. Sparsit comenzó por levantar sus cejas coriolanescas, después las frunció y colocó su labor en la canastilla, levantándose.

— Caballero — dijo con majestad — veo que en este momento no le es agradable mi compañía. Voy á retirarme á mis habitaciones.

— Permitame que le abra la puerta, Señora.

— Gracias. Ya sabré abrírmela yo misma, caballero.

— Permítamelo : se lo ruego, señora — dijo Bounderby, adelantándose á ella y poniendo la mano en el cerrojo — pues aprovecharé la ocasión para decirle una palabra, antes de que salga... Señora Sparsit, temo que se halle V. aquí un poco estrecha; me parece que mi humilde techo no es un teatro bastante grande para una mujer que despliega tanto ingenio en los asuntos de los demás.

La Sra. Sparsit le lanzó una mirada de desprecio profundo, lo que no impidió que le respondiera con mucha cortesía :

— ¿De veras, caballero?

— Verá V.; lo he pensado á raíz de los últimos acontecimientos, señora — respondió Bounderby — y en mi pobre juicio...

— ¡Oh! le ruego, caballero — interrumpió la Sra. Sparsit con vivacidad jovial — que no deprima su juicio de ese modo. Todos saben que el juicio del Sr. Bounderby es infalible. Todos tienen pruebas bastantes de ello. Es el tema de todas las conversaciones. Deprima V. sus demás cualidades, si quiere V., caballero — dijo la Sra. Sparsit, riendo — pero le pido gracia por su juicio.

El Sr. Bounderby enrojció y repuso con cierto embarazo :

— Decía, señora, que el tren de mi casa debiera ser distinto, para que brillase una mujer de su mérito : un tren por el estilo de su parienta lady Scadgers. ¿No cree V., señora, que encontraría en él bastantes asuntos para ocupar su actividad oficiosa?

— No se me había ocurrido nunca semejante idea, caballero — replicó la Sra. Sparsit — pero ya que me hace V. pensar ahora en ello, le diré que la cosa, efectivamente, me parece muy probable.

— ¡Veamos, pues! Y ¿si lo intentara V., señora? — dijo Bounderby, depositando en la canastilla de la dama un sobre que contenía visiblemente un billete. — Podrá V. marcharse cuando le acomode; no corre prisa; pero de momento, tal vez sea más agradable á una señora del mérito de V. que tome su alimento en sus habitaciones, donde no se la molestará. Sólo debo pedirle que me dispense V. de que yo, Josué Bounderby de Cokeville, la haya tenido tanto tiempo bajo un cubo.

— No se tome V. esa molestia, caballero — replicó la Sra. Sparsit. — Si pudiera hablar ese retrato... que es mas feliz que el original (pues tiene la ventaja de no ser la risa de nadie y de no

desagradar á la gente)... podría testificar que hace muchos años tengo la costumbre de increparlo como al retrato de un *imbécil*. Ya sabe V. que todo lo que haga un *imbécil* no causa la menor sorpresa ni la menor indignación; un *imbécil*, por más que haga, no inspira otro sentimiento que el desprecio.

Dicho esto, la Sra. Sparsit, cuyas facciones romanas parecían en aquel momento una medalla acuñada en conmemoración del profundo desprecio que le inspiraba el Sr. Bounderby, contempló fijamente á su principal, de los pies á la cabeza, pasó por delante de él con desdén majestuoso y subió á sus habitaciones. El Sr. Bounderby cerró la puerta, se colocó delante de la chimenea, fijando intensamente los ojos en su retrato... y en el porvenir.

¿ Miró hasta muy lejos, en el porvenir ?  
¿ Se apercibió realmente que la Sra. Sparsit sostenía un combate diario, con las armas propias del arsenal femenino, contra la pérfida, avara y huraña lady Scadgers que, guardando siempre cama, por razón de su pierna misteriosa, devoraba en seis semanas su trimestre insuficiente, en su pequeño alojamiento mal ventilado ? Pero, ¿ vió otra cosa ? ¿ Se vió acaso convertido en el panegirista de Bitzer, presentándolo como un hombre de porvenir, que había obtenido la

plaza del joven Tom, á quien estuvo á punto de coger en persona, si algunos quisques no le hubiesen ayudado en su evasión? ¿No vió el reflejo de su propia imagen, al hacer un testamento vanidoso, según el cual debían comer en lo sucesivo en un *Hall Bounderby* venticinco farsantes, cuya edad fuera mayor de cincuenta años, debiendo llevar en los botones de su librea el nombre de Josué Bounderby de Cokeville, alojarse en edificios bounderbianos, asistir á una capilla bounderbiana, dormirse con los sermones de un limosnero bounderbiano, vivir en una propiedad bounderbiana, y dar náuseas á todos los estómagos sanos, con su montón enorme de estupidez y orgullo bounderbianos? ¿Previó el día en que, cinco años más tarde, Josué Bounderby de Cokeville moría de un ataque de apoplejía fulminante; en una calle de la ciudad donde aquel admirable testamento debía empezar su larga carrera de embrollo, de robo, de bajezas, para redundar sólo en provecho de la gente de curia? No es probable... ¿Qué hacía, pues, el retrato, sino le revelaba nada de eso?

Catad al Sr. Gradgrind; el mismo día y á la misma hora, en su gabinete de trabajo. Trata también de penetrar en el porvenir; y ¿que vé en él? ¿Colúmbrase acaso á sí mismo; anciano

decrépito y de cabellos blancos, que sabe ya doblregar, según las circunstancias, sus teorías antes inflexibles; poniendo los hechos y las cifras muy por debajo de la Fé, de la Esperanza y de la Caridad, sin tratar de exhibir esa trinidad celeste en medio de su pequeña mecánica enmohecida? ¿Se vé, á causa de este cambio, objeto del desprecio de sus ex-socios políticos? ¿Los observa dedicidos á que los *estercoleros* nacionales formen un cuerpo *sui generis*, que no tenga que cumplir ningún deber con esa abstracción llamada *pueblo*, derrotando al *honorable preopinante*, sin cesar, cinco noches á la semana, en discursos que duran hasta las primeras horas de la mañana? Probable es que leyera eso en el porvenir, toda vez que conocía á sus colegas.

Catad á Luísa, aquella misma noche, contemplando el fuego, pero con semblante más plácido y más humilde. ¿Qué escenas ofrece el porvenir á la mirada de la joven? Carteles fijados en las paredes de la ciudad, con la firma de su padre, para rehabilitar al difunto Esteban Blackpool, tejedor, y publicar el crimen de su propio hijo, haciendo valer, sin embargo, las circunstancias atenuantes de la juventud y las tentaciones (no pudo decidirse á agregar *y la educación*) del culpable; estos carteles

pertenecían ya al presente. En la tumba de Esteban Blackpool, el Sr. Gradgrind hizo grabar un epitafio en que se refería la muerte del obrero, lo que, por decir así, correspondía también al tiempo presente, pues Luisa sabía que ello se debía hacer. Vea estas cosas con toda claridad. Pero ¿qué distinguía en el porvenir?

A una obrera, á Raquel, que volvía al trabajo de la fábrica, después de una larga enfermedad, yendo y viniendo á horas fijas con los tejedores cokeburgueses; á una mujer de belleza soñadora, vestida siempre de negro, aunque plácida, serena y hasta alegre en ciertas ocasiones; la única alma de la población que parece apiadarse de una criatura degradada y siempre borracha, que á veces pide en la calle limosna á la obrera, llorando; á una mujer que trabaja de la mañana á la noche, que trabaja siempre, haciéndolo con gusto, sin pedir otra cosa, ya que considera el trabajo como la suerte que le ha tocado en esta vida, hasta el momento en que ya no pueda más. ¿Lo vió Luisa? — Si así fué, no se engañaba.

¿Vió á un hermano solitario, que vivía á muchas leguas de distancia y escribía en una hoja regada por las lágrimas, pues las últimas palabras de Luisa tuvieron don profético, de modo

que no estimaba ya como un sacrificio la cesión de todos los tesoros del mundo por volver á ver un solo instante aquel rostro querido? Después, ¿cuándo ese hermano se acercaba á su patria, con la esperanza de volver á ver á su hermana, y caía enfermo por el camino; y luego una carta, de letra desconocida, en la que se anunciaba que en tal fecha el joven había muerto en el hospital, víctima de la fiebre tifóidea y que se sintió allí arrepentido, « echándola de menos y queriéndola; su nombre ha sido el último que ha pronunciado. » ¿Lo vió Luísa? Si fué así, no se engañaba.

¿Vióse casada de nuevo, madre, educando á sus hijos con amorosa solicitud; velando siempre por que fuesen jóvenes de espíritu y de cuerpo, pues sabía que esta era la mejor juventud, cuyo tesoro verdadero constituía, merced al recuerdo, una bendición y una felicidad hasta para los más sabios? ¿Lo vió Luísa? ¡Ay! de ser así, se habría engañado.

Pero se vió rodeada y querida por los felices hijos de Sissy; se hizo muy docta en la literatura de cuentos de hadas, persuadida de que no era bueno desdeñar ninguna de las puras imaginaciones de la infancia; no desperdiciando nada por conocer á sus semejantes, hasta á los más humildes, para hermo-



sear su existencia mecánica y real, por medio de las gracias y goces imaginativos, sin los cuales se marchita el corazón de los niños, convirtiéndose moralmente en muerte absoluta la más vigorosa madurez física. Sin ello la seuda prosperidad nacional, que se demuestre con guarismos, se parece, al fin y á la postre, á las profecías amenazadoras que se escribieron en la pared para los comensales del festín de Baltasar. ¿Ejerció ella de este modo la caridad, no á manera de voto romántico, ni de obligación temeraria, ni de convención, fantasía ó deseo vanidoso, sino por cumplir sencillamente un deber á que se viera obligada? ¿Se vió así Luísa? Entonces no se engañaba.

Querido lector, de tí ó de mí depende que ocurran ó no tales cosas en el respectivo límite de nuestra esfera de acción individual. ¡Pues que sucedan! Nuestro corazón se aligerará por ello, cuando algún día, soñando junto al fuego del hogar, miremos como blanquea y se apaga la ceniza.



# ÍNDICE

---

I. Lo necesario .....	1
II. La degollación de los inocentes.... ..	3
III. Una grieta.....	15
IV. El señor Bounderby.....	25
V. La nota tónica.....	39
VI. El circo Sleary .....	51
VII. La señora Sparsit.....	77
VIII. No hay que sorprenderse nunca.....	90
IX. Los progresos de Sissy.....	101
X. Esteban Blackpool.....	116
XI. No hay medio de lograrlo .....	127
XII. La vieja.....	141
XIII. Raquel .....	151
XIV. El gran fabricante .....	165
XV. Padre é hija.....	175
XVI. Marido y mujer .....	189
XVII. Efecto en el banco .....	200
XVIII. El señor James Harthouse .....	226
XIX. El mequetrefe.....	242
XX. Hermanos y amigos.....	251
XXI. Obreros y patronos.....	266
XXII. La desaparición .....	279
XXIII. Pólvora de cañón.....	302
XXIV. Explosión .....	326

XXV. Para concluir.....	351
XXVI. La escalera de la señora Sparsit.....	367
XXVII. Más bajo, siempre más bajo.....	376
XXVIII. El tumbo.....	393
XXIX. Aún faltaba más.....	402
XXX. Muy ridículo .....	413
XXXI. Harto decisivo.....	430
XXXII. Perdido .....	445
XXXIII. Por fin, se le encuentra .....	463
XXXIV. Claridad lunar.....	480
XXXV. Persecución del mequetrefe .....	499
XXXVI. Rasgo filosófico.....	521
XXXVII. Final .....	533

*Ex Libris*

*Silvestre Terrazas*

*Editor - Publicista*

*El Correo de Chihuahua*

*1899 - 1935*

*Chihuahua, Chihuahua, Mexico*

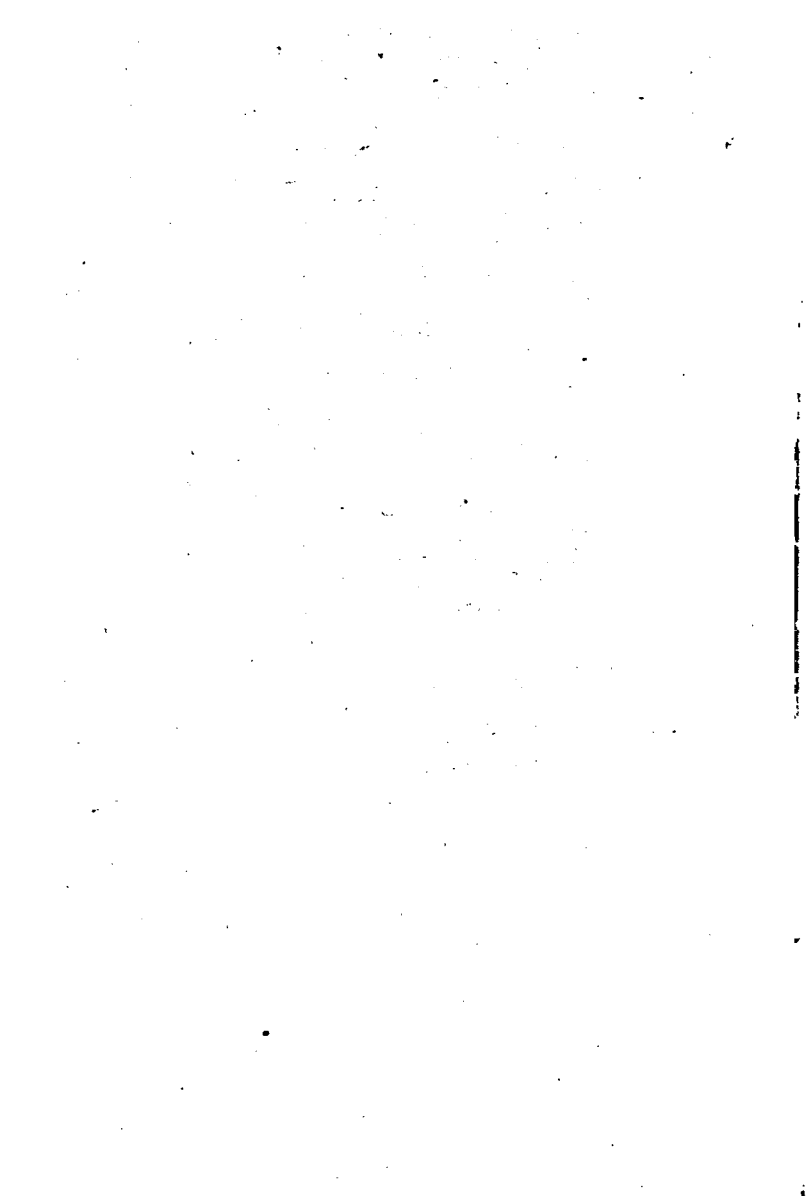
---

PARIS. — IMP. GARNIER FRÈRES, 6, RUE DES SAINTS-PÈRES.

---









U. C. BERKELEY LIBRARIES



C053824489

The image shows a book cover with a dense, repeating floral and scrollwork pattern in a dark red or maroon color. In the center, there is an illustration of a book. The book's cover is a lighter shade of red and features the text "GARNIER" in a large, serif font at the top, "HERMANOS" in a smaller font below it, and "PARIS" in a large font at the bottom. A decorative banner or ribbon is draped across the bottom of the book illustration. The entire cover is framed by a thin, dark border.

GARNIER  
HERMANOS  
—  
PARIS